AURELIO ESPINOSA POLIT, S. I.

EL TEATRO DE SOFOCLES



EDITORIAL JUS, S. A. MEXICO, 1960

CLASICOS UNIVERSALES "JUS"

No. 2



El Teatro de Sófocles

AURELIO ESPINOSA POLIT, S. I.
Rector de la Universidad Católica del Ecuador y Profesor de Lengua y Literatura Griegas en el Instituto Superior de Humanidades Clásicas de la misma.

EL TEATRO DE SOFOCLES

EN VERSO CASTELLANO

— LAS SIETE TRAGEDIAS Y LOS 1129 FRAGMENTOS —

EDITORIAL JUS, S. A. MEXICO, 1960

PRIMERA EDICION

EDITORIAL JUS, S. A.
Plaza de Abasolo 14, Col. Guerrero.
México 3, D. F.

Imprimi potest, 2 Octobris, 1958.—Aloisius Orellana, S. I., Praep. VProv. Aequat.

Quiti, die 8 Octobris, 1958.—Imprimi potest.—† C. M. Card. de la Torre, Archiepiscopus Quitensis.

SOFOCLES

ESTA NUEVA VERSIÓN

Dos motivos la justifican: ser la primera en dar el texto completo de Sófocles (los 1129 fragmentos, además de las siete tragedias), y ser también la primera que en castellano traduce íntegramente en verso al trágico de Colono.

¿Por qué en verso? No es esto ni capricho ni alarde; es necesidad. Si se quiere dar de Sófocles una idea que se aproxime a lo que en realidad es, no hay sino un medio: tratar de conservarle su carácter poético, traducirle en verso. Si no, se le quita algo que le es esencial.

No hay por qué volver a las largas discusiones acerca de cómo deben ser traducidos los poetas. Basta preguntar: ¿Sería igual la obra de Sófocles si la hubiese escrito en prosa? La ideología, la psicología, la dramática serían las mismas; pero la obra, como realidad estética, sería distinta. Esta diferencia que en una obra pone, no tanto el verso, cuanto el espíritu poético con que se concibe y con que se realiza, es algo concreto y positivo, que necesariamente debe aparecer también, hasta donde es posible, en la traducción. Si se renuncia a incluir este elemento en la traducción, como hace con lealtad el traductor en prosa, se renuncia a dar, y aun a intentar siquiera, una traducción cabal. Deliberadamente se deja perder la excedencia de vitalidad que pone en un escrito la poesía, cuyo efecto, según Friderick W. Myers, consiste en "suplir con sutiles combinaciones en las palabras vivificadas por el ritmo y por mil otros misteriosos recursos, aquello que falta a la impotencia natural de los signos convencionales del lenguaje, para expresar toda la escala de los humanos sentimientos".[1]

Las buenas traducciones en prosa son de gran utilidad para quienes, proponiéndose percibir por propia cuenta en el texto original el valor integral de la obra poética, sólo necesitan una ligera

[1] *Essays. Classical,* pp. 113, 115.

ayuda que despeje esporádicas dificultades de vocabulario o de construcción sintáctica; pero son totalmente impotentes para comunicar una idea cabal de la obra, para dar acceso a su espíritu superior.

Se objetará que a este espíritu superior, vinculado a la poesía del original, tampoco da acceso una traducción en verso, porque el espíritu poético es intraducible. "No se traduce la música" se ha dicho, y con razón. Pero, si no se traduce, puede transportarse de un tono a otro, de un instrumento a otro. Una traducción poética no podrá jamás igualar un original poético; pero para quienes no tienen otro medio de entrar en contacto con este original, puede salvar algo al menos de lo que substancialmente confiere la poesía al texto que ella informa.

Quisiera atraer la atención hacia un aspecto peculiar del problema general en el caso de las tragedias griegas. Hay poesías líricas en que es tan avasallador el potencial poético, que se basta a sí mismo y transflora aun en la más pedestre versión en prosa. Tal, por ejemplo, el Cantar de los Cantares salomónico. Esto se verifica claramente en la lírica coral helénica: un coro de tragedia, aun vertido en prosa llana, nunca es pura prosa. Y ahora sobre todo, cuando el versolibrismo de las escuelas modernas de poesía nos ha familiarizado con una factura de renglones irregulares de sólo ritmo interno, indudablemente una versión en prosa adecuadamente ritmada, y ayudada por lo exótico del vocabulario, bastaría para que se trasparentara triunfante el inocultable lirismo de los coros. Pero al lado de los coros hay en el teatro griego el contraste desconcertante del diálogo. Cuanto tienen aquéllos de vistoso y deslumbrante en pompa verbal y audacia de imágenes, tiene éste de sencillez y transparencia, de llaneza corrida y casi de candor. El diálogo trágico, singularmente el de Sófocles, realiza un doble fenómeno difícil de explicar: que, por una parte, salvo contadas excepciones de deliberado énfasis de dicción (el llamado *oncos* de Esquilo), es tan llano como la conversación más espontánea; y que, por otra, estas mismas sencillez y familiaridad tienen una dignidad extraña, un realce imperceptible, un indefinible dejo de algo superior. Este algo superior no deja la menor duda de dos fenómenos: el de su existencia real, y el de la absoluta necesidad de que se conserve en las traducciones para la conservación del efecto de la obra.

Pero ¿cómo conservarlo en castellano —idioma que no tiene, como el inglés, un vocabulario específicamente propio para lo poético? El único medio para no aplebeyar el diálogo de las tragedias es conservarle el verso, que es su forma propia. Pero lo delicado del problema en la práctica está en que la poetización del diálogo es en el drama griego sumamente tenue. Con aquel afinamiento exquisito que caracterizó todas sus manifestaciones artís-

ticas, atinaron los griegos para el género dramático con un metro que reúne tres ideales conveniencias: el ser perfectamente perceptible y armonioso, el ser adaptable a toda clase de tonos, y el distanciarse tan poco del habla natural que parece muchas veces confundirse con ella.

Este metro es el senario yámbico, verso de seis pies bisílabos, cortado en dos mitades desiguales por una cesura acompañada o no de mórula efectiva, tan apto para la rápida *esticomitía* (o sea el duelo, verso a verso, entre dos interlocutores), como para la discusión amplia y reposada o la narración oratoria. Afortunadamente —lo que no acontece con el hexámetro dactílico de las epopeyas— tiene el senario yámbico una correspondencia castellana que poco deja que desear: el endecasílabo suelto. La identidad numérica es casi exacta: no falla sino en una sílaba; la libertad rítmica es bastante equivalente; la falta de rima es un elemento más de parecido; y se equipara sobre todo en lo paradójico de su característica doble: tenuidad melódica y eficacia del realce poético conferido a la dicción. Al endecasílabo suelto castellano pudiera aplicarse con igual propiedad lo que del senario yámbico griego dice Aristóteles en su *Poética*: que viene casi naturalmente a los labios, como que son muchos los que se nos escapan en la conversación.[2] De suerte que el poeta dramático se limita a convertir en continuo lo que era frecuente, guardando en sus versos toda la sencillez, frescura y naturalidad de la conversación familiar.

Para reproducir con alguna aproximación el indefinible encanto de la forma externa del teatro griego, no nos faltan, pues, los medios. Las normas seguidas en esta traducción de las tragedias de Sófocles son muy sencillas: los senarios yámbicos de los diálogos dramáticos pasan a endecasílabos sueltos; los llamados *commos* o diálogos líricos, a endecasílabos rimados o a romances, para recalcar su alejamiento de la conversación llana; los *estásimos* o coros, a diversos tipos de versos y combinaciones de metros, los más aptos para seguir el ritmo proteico del original.

Y, por cierto que no ha sido la interpretación de este exótico lirismo la que ha causado la mayor dificultad, sino el empeño por salvar la inimitable sencillez y verdad translúcida de los diálogos y monólogos, eludiendo deliberadamente el énfasis y la marcialidad, connaturales al diálogo del teatro español, pero que falsearían radicalmente el del teatro griego. Nada pierde éste con esta desnudez, como atinadamente pondera el claro poeta cuencano Manuel María Ortiz: "No sé si me equivoco, escribe, pero la sublime sencillez del diálogo me encanta más que el lirismo de los coros. ¿Cómo no ha de haber poesía en ese lenguaje que plasma los estados de alma más sutiles y complejos, de la manera más natu-

[2] Caps. IV y XXII.

ral y humana —arte dificilísimo—, sin que jamás caiga en vulgaridad, antes se encumbra algo así como a la serenidad de los cielos estrellados, donde los más grandes soles parpadean con la sencilla placidez de las estrellas?"

Por lo demás la indispensable fidelidad de la traducción no está comprometida por el verso. Con métricas tan rígidas como la francesa clásica, podrá ser, no sólo difícil, sino imposible, aspirar a una literalidad rigurosa; pero con la flexibilidad de la métrica castellana, es enteramente hacedero mantener en verso una presición literal tan estrecha como en prosa, junto con mayor energía y mayor concisión.

SÓFOCLES PARA HOY

Pero el afán por conservar a las tragedias de Sófocles su aire y su ambiente propios, sumado a la preocupación de dar de ellas una traducción todo lo más fiel y más ceñida al texto original que ha sido posible, no responde a ningún empeño de arqueología literaria, como el que tan decididamente persigue la mayor parte de los filólogos y cultores de los estudios clásicos tomados como ciencia. Empresa legítima es la suya, como legítimo y por muchos conceptos trascendental es el interés histórico por la reconstrucción del pasado de la humanidad, para la cual elemento informativo de primera importancia es la literatura, y de un modo especial la dramática, cuyo preciso cometido es la reproducción escenificada de la realidad de la vida. Con todo, distinto es el punto de vista en que he querido ponerme.

Podemos leer y estudiar a Sófocles para volver hacia él, en viaje de retorno, a través de los siglos; y podemos leerle y estudiarle para hacerle venir a él hacia nosotros, redivivo y rejuvenecido. Podemos tratar de acomodar nuestra actualidad a su antigüedad; pero también podemos probar qué figura hace su antigüedad en nuestra actualidad. Podemos explorar su archivo vetusto por el afán de saber cómo era el hombre hace veinticuatro siglos; y podemos con igual éxito, y tal vez mayor provecho, comprobar admirados cuán idéntico en todo lo fundamental era el hombre de hace veinticuatro siglos con el hombre de hoy. Podemos, en una palabra, considerar las tragedias de Sófocles como documentos históricos; pero pueden ellas no menos servirnos de auténticas y actuales lecciones de vida.

El hombre de las tragedias de Sófocles no es el hombre del mito griego, ni siquiera el de la sociedad griega del siglo V antes de Cristo. Es el hombre esencial, es el hombre perenne en quien pueden reconocerse las generaciones todas que van pasando por el mundo. Este tomo de traducciones suyas no es, por tanto, libro

para arqueólogos literarios, es para todo hombre culto, es sobre todo para la juventud estudiosa, que necesita libros de texto adecuados para la gran asignatura trascendental, el estudio de la vida. El conocimiento de las ciencias (fuera de nociones que nadie debiera ignorar) es ocupación de especialistas; el conocimiento de la vida es incumbencia de todos. Y quien tenga empeño en afinar y profundizar su conocimiento de la vida por el estudio de las intimidades del corazón humano, pocos maestros hallará de tanta competencia y de tanta eficacia como el trágico de Colono.

EL SÓFOCLES HISTÓRICO

Supuesto este enfoque, que centra el interés principal en la actualidad del poeta, no voy a detenerme en los datos concretos de su vida con la insistencia que en ellos ponen aquellos para quienes sólo tiene importancia la historia. Ayudarán, sin embargo, para una apreciación exacta de su producción artística algunos datos sumarios, por el influjo directo o indirecto que tuvieron en ella.

Nunca pueden ser indiferentes el sitio y el tiempo en que aparece determinado autor. No es en modo alguno indiferente que fuese la ciudad de Atenas donde surgiese Sófocles —o más exactamente el pueblo cercano de Colono, cantado por él en el postrero de sus dramas—, ni que acertase a vivir precisamente en el período más glorioso de aquella ciudad, única en la historia de la cultura humana, ni que para el desenvolvimiento de su genio contase con la altura espiritual del ambiente que respiraba, con la compañía de otros genios y con los adelantos básicos realizados en el arte del teatro por sus predecesores. Por el feliz concurso de excepcionales circunstancias, fue Sófocles un hombre de apogeo. En la literatura griega, aurora radiante es Homero; ocaso ensangrentado, Demóstenes; Sófocles, sol de medio día. Su alma juvenil se abrió a la vida en el esplendor y el júbilo de la victoria de Salamina, y sus ojos se cerraron a la luz antes de ver el desastre de Egos Pótamos. Nubes siniestras enlutaron el cielo de Atenas durante su larga existencia; pero no dejó él que le ensombrecieran el alma. Él, al contrario, contribuyó a sostener el espíritu de Atenas en medio de sus reveses. No se debe olvidar que todas sus tragedias fueron escritas en plena guerra del Peloponeso, en los fatídicos treinta años que al fin llevaron a Atenas a la ruina. Pero así como el trágico relato de aquella guerra en las páginas de Tucídides, exclusivamente ocupadas en las maniobras políticas y las operaciones militares, no dejan ni sospechar la posibilidad de una intensa actividad poética en la ciudad acosada por las preocupaciones bélicas, así por igual esta esplendorosa y serena actividad patente en la obra de

Sófocles tampoco deja sospechar que estuviera Atenas debatiéndose por ese mismo tiempo en angustias de agonía.

Poca parte tomó Sófocles en la vida pública. Llegó a ser elegido por dos veces "estratega", una de ellas por el entusiasmo que despertó su *Antígona*, pero más alto servicio que con cualquier intervención militar prestó a su patria con el espíritu superior que le infundió en hora tan crítica con sus obras maestras, y sobre todo con la inmortalidad que han bastado a conferirle las pocas que han sobrevivido a la destrucción del tiempo.

Grande es el hombre que hace grande a su patria; muchos son en Grecia los que conquistaron esta grandeza, asegurándole un puesto ni disputable ni disputado entre los pueblos civilizadores; pero uno de ellos es, sin controversia posible, Sófocles.

LA CATEGORÍA DE SÓFOCLES

Comparado con sus dos grandes rivales en la escena ateniense, con Esquilo su predecesor y con Eurípides su coetáneo, los críticos están acordes en reconocerle una posición intermedia, que no responde propiamente a ningún cotejo, sino a la imposibilidad de toda verdadera comparación.

Esquilo tiene, ante todo, el mérito de la prioridad, que no lo es únicamente de tiempo, sino también de iniciación genial del desarrollo del género dramático. Tiene, además, a su favor la alteza de concepciones, la grandeza más sostenida en la entonación, la sublimidad inigualada de los revuelos líricos. Son más salientes en él y más frecuentes los nobles excesos que caracterizan a casi todos los grandes genios. Está claramente en la línea de Dante, de Shakespeare, de Goethe.

Eurípides está gozando en la actualidad de una renovación de aprecio y de interés notoria, que se explica por sus afinidades con la crisis existencialista que atraviesa el mundo. Gustan su preocupación centrada más en la ideología que en el arte, su dejo inquieto, amargo y mordaz; gustan su misma morbosidad y su inestabilidad estética tan capaz de finísimas perfecciones como de desconcertantes fallas; gustan en una palabra todas las peculiaridades del tercer trágico que le ponen en uno como plano de compañerismo con los autores modernos y le ganan fáciles simpatías.

Sófocles es otra cosa. No tiene ni la majestad y titánica rudeza de Esquilo, ni la versatilidad de Eurípides, atrayente por su misma atrevida despreocupación. Tiene en cambio lo que en vano se buscara en ellos. Sófocles es serio, es consciente, es mesurado, es el hombre que está siempre en su punto y que por lo mismo desconcierta a los que se han imaginado que constitutivo propio del genio es lo descomunal, inesperado y excesivo. De. éstos tiene Sófocles

que hacerse perdonar su sensatez y regularidad, y la que han llamado su impecable y desesperante perfección; tiene que hacerse perdonar lo que, según evidencia el estudio comparado de la literatura universal, es la cualidad más rara, por ser, si no la más valiosa, la que supone el más difícil conjunto de virtualidades, el más estable equilibrio de dones nativos y adquiridos: a saber, la perfección sostenida, característica en que apenas ha tenido más sucesores que Virgilio, Milton y Racine. Sófocles no es el genio deslumbrante y arrebatador que subyuga y aplasta; es el genio que nos tiende la mano para elevarnos, que, con sólo que le prestemos oído, nos da la fácil ilusión de que estamos a su mismo nivel y que holgadamente percibimos tanto como él, cuando en realidad lo que ha hecho ha sido tomarnos sobre sus hombros, como con un pajarillo haría un águila caudal, y levantarnos a las alturas en las que pasea sus habituales revuelos. Sófocles es genio de intimidad que apenas se hace sentir, genio complaciente que hace por quien se le entrega más tal vez que cualquier otro.

CARACTERIZACIÓN DE SÓFOCLES

Para ser exactos habría que decir que existen en él tres genios en uno, y ésta podría ser la caracterización sintética del gran trágico que, por medio siglo, fue pacífico señor del escenario de Atenas: genio dramático, genio psicológico, genio poético.

Pero ¿no sería posible afirmar lo mismo de otros muchos? ¿no constituyen estas tres capacidades el conjunto normal de prendas de todo el que escribe para el teatro? —No, porque hay quien lo hace deliberadamente en prosa, renunciando a las galas poéticas, o tal vez despreciándolas; y hay grandes dramaturgos que, contentos con cautivar por la acción, no descuellan en la psicología. De Sófocles es preciso afirmar, no solamente que es grande en la técnica dramática, grande en la pintura de caracteres y grande en la poesía con que vivifica sus tragedias, sino, además, que tiene por distintivo esencial la fusión constante y armoniosa de esta triple excelencia.

Tan indisoluble es el vínculo interno con que en él se aduman estas tres prerrogativas, que sólo el separarlas, aun sin negarlas, es desfigurar el retrato que de él se trace y falsear los juicios que sobre él se profieran. Ésta es la falla de uno de los libros más sugestivos entre los que recientemente se han escrito sobre el poeta de Colono: *Sófocles, el dramaturgo,* de A. J. A. Waldock, Profesor de la Universidad de Sydney en Australia. *Sófocles, el dramaturgo...* Basta leer el título para prever las desviaciones de una crítica indebidamente particularizada. Limitarse de propósito en las tragedias de Sófocles al valor de la técnica dramática, y pretender

explicar por ella sola todas las peculiaridades que presentan, es procedimiento tan descaminado como empeñarse en resolver un sistema de ecuaciones con varias incógnitas, no considerando sino una de ellas.

EL DRAMATURGO

Aristóteles estampó en su *Poética* la teoría y las reglas de la dramaturgia, pero lo hizo un siglo después de Esquilo, Sófocles y Eurípides, y a vista de sus piezas. Entre éstas, una le pareció que descollaba por la pureza de las líneas y lo genuino del intento, y la escogió para presentarla como paradigma de lo que podía darse como trasunto casi sin tacha del ideal dramático. Era *Edipo Rey* de Sófocles.

Pero es el caso singular que Sófocles es el primero en no conformarse con este canon. *Edipo Rey* es la única de sus tragedias en que el valor dramático basta por sí solo para la suprema excelencia. En todas las otras hay ciertas fallas técnicas, implacablemente recalcadas por Waldock, quien no cae en la cuenta de que son fallas deliberadamente admitidas por fines superiores y triunfalmente compensadas por cualidades de otro orden, psicológico y poético.

No por las normas de Aristóteles sino por las del propio Sófocles deben ser juzgadas sus tragedias; y la única norma que las domina todas, y que a él le rige en la selección de medios, es la que se deriva de este concepto fundamental, que "la dramática no es otra cosa que la representación viva de un trozo de vida humana". Donde haya por tema un genuino trozo de vida, en que, debatiéndose algún grave problema, actúen, inquietos y desgarrados, verdaderos seres humanos, hay para Sófocles drama. Casos habrá en que el problema sea uno solo, y una la acción que acerca de él se entable, y que se realice en un solo lugar y en un solo día, y sea uno solo el personaje al que todo converja. Tal conjunto constituye una oportunidad inmejorable, y aprovechándola, nos da Sófocles los dos *Edipos.* Pero hay también casos en que el trozo de vida humana sucede en dos sitios distintos e implica un desdoblamiento de cuestiones debatidas. No retrocede por ello Sófocles, y nos da *Áyax.* Tampoco retrocede si en la acción hay dos aspectos que para su respectiva ejecución necesiten dos personajes, ambos principales en su esfera, y nos da *Electra.* Y así de las demás.

La perfección técnica no era, pues, para Sófocles elemento primario e insustituible. Para salvar grandes temas trágicos, que, de atenerse al rigor de los moldes aristotélicos, tendrían que sacrificarse, contaba con el absorbente interés de la psicología y con los encantos de la sublimación poética.

EL POETA

Y empezando por ésta, es maña suya ahogar en poesía las fallas del drama en cuanto drama, fallas, por ejemplo, de verosimilitud, las que de suyo menos sufre el teatro. Por este capítulo quedarían excluidos de las tablas muchos temas de sumo interés, muchos lances de una fuerza patética conmovedora. No los excluye Sófocles; lo que hace es envolverlos en un halo de poesía tan irisado y tan vistoso, tan sugerente y acaparador, que no deja lugar a que se fije uno en achaques de verosimilitud.

Estudiemos un caso. Los griegos han abandonado por enfermo a Filoctetes en la isla de Lemnos. No es ésta ningún desierto ni dista más de 70 km. de Troya. ¿Cómo se puede imaginar que en ella estuviese abandonado el infeliz diez años enteros sin ser socorrido por nadie? Esto era inverosímil; pero era la base para el drama. Sófocles, lejos de disimular la dificultad, la ataca de frente y aun la recalca; pero la pone en boca del mismo Filoctetes con ponderaciones tan patéticas, que sólo se piensa en vivir con él la terrible escena que rememora.

Al encontrarse con Neoptólemo y ver que éste no le reconoce, pregunta angustiado y estupefacto:

¿Ni mi nombre has oído, ni los males
en que hasta hoy mi vida se consume?

Ante la negativa deliberadamente fría y despegada del joven, estalla Filoctetes en este largo monólogo conmovedor:

¡Oh, qué infeliz! ¡qué odiado de los dioses!
¡Verme como me veo, y que hasta ahora
ni rumor de ello haya llegado a casa
ni a punto alguno de la Grecia toda!
...Y ésos que aquí me echaron, almas negras,
se están riendo y guardan su secreto,
mientras mi llaga sin cesar rebrota
y cada día más pujante crece!

Hijo, retoño espléndido de Aquiles,
yo soy aquel de quien oíste acaso
que las armas de Heracles señorea:
soy el hijo de Poyas, Filoctetes,
a quien los dos Atridas, conjurados
con el de Cefalonia, en esta isla
tan sin pudor abandonaron solo,
solo como me ves, víctima inerme

de tan horrible enfermedad, herido
con esa envenenada mordedura
de la serpiente matadora de hombres...
¡Con mi llaga, hijo mío, me dejaron!
Me tendieron aquí, y alzaron vela,
cuando al paso abordaron en su viaje
desde el peñón de Crises. Satisfechos
al verme adormecido tras las bruscas
sacudidas del mar, en esta playa,
debajo de esta peña, me dejaron
y se fueron, poniéndome a la vera
unos andrajos viles, bien a tono
con mi suerte, y un poco de alimento...
¡Prueben un día parecidos trances!

Piensa ahora, hijo mío, cuál sería
mi despertar del sueño, al verlos idos,
mis llantos al mirarme en tal miseria,
lejos las naves de mi propia flota,
y nadie junto a mí, nadie en mi ayuda,
nadie que en mi dolencia me aliviara...
Miré en torno, y no vi ningún repuesto
sino de angustia, y de ésta, hijo, sobrado...

Pasaron, mes tras mes, las estaciones,
y era preciso en mi morada estrecha
valerme por mí mismo para todo.
Remedio de mis hambres, este arco:
al vuelo él me cazaba las palomas;
y cuando algo lograba echar a tierra
la flecha disparada, hasta cogerlo,
iba arrastrando mi sangrante herida,
paso a paso, infeliz. Todo faltaba,
el agua indispensable, y en invierno
cuando el hielo cundía, alguna leña
para cortar. Yo mismo iba en su busca
con mi tullido pie, siempre arrastrando...
¿Y el fuego que no había? —Largamente
dando piedra con piedra, al fin consigo
hacer brotar la chispa en ella oculta,
y tengo el fuego con que vivo ahora:
que al fin, un techo y fuego es cuanto basta,
si no es ¡ay! que mi pie sigue lo mismo.

Mira ahora, hijo mío, qué tal isla
es ésta en la que estoy. No hay marinero

que a ella venga queriendo, pues no tiene
ni puerto donde anclar, ni factoría
donde vender, ni casas, ni hospedaje.
No viene para acá gente con juicio.
Claro que algunos llegan sin quererlo
—larga es la vida y sus azares muchos—.
Éstos, hijo, al hallarme, de palabra
me mostraron piedad; hasta les debo
un poco de comida, alguna ropa.
Mas una cosa nadie nunca quiso
cuando lo supliqué: llevarme a casa.
Y así vivo muriendo, en desventura,
diez años ya, con hambres y miseria,
cebando siempre esta insaciable llaga.

Esto es lo que me han hecho los Atridas
y Ulises, hijo mío. ¡Que los dioses
suerte igual les deparen por castigo!

Quien haya escuchado esto declamado al vivo en el teatro, no puede pensar en la inverosimilitud de semejante desamparo en Lemnos. Queda subyugado por la figura patética de Filoctetes, y sigue viviendo con él su tragedia hasta el fin.

La poesía que derrocha Sófocles generosamente es las más veces de este género, genuinamente dramática, con una fuerza extraordinaria de contagio emocional; poesía en el propio vigor del término, no mera elocuencia de sentimiento, porque va más allá de las palabras y expresa precisamente lo que no puede expresarse con ellas, esto es, la conmoción interna, el dejo desesperado, la dolorida impotencia para decir todo lo que se quisiera decir.

Pero, a veces, es lirismo, lirismo puro, cristalino, centelleante, cuando lo juzga Sófocles necesario para compensar el prosaísmo que, en lances de excesiva crueldad, invade a ratos la escena trágica. Alza entonces el Colonense la ebúrnea lira para alguno de sus coros exquisitos como el del estásimo tercero de *Antígona.*

Al final del tercer episodio rechaza Creonte con la mayor crudeza e incomprensión a Hemón, su propio hijo, que en el colmo de la angustia amorosa intercedía por su amada. Las últimas palabras del tirano habían sido un sarcasmo de una brutalidad impía:

La he de llevar a despoblado, y viva
en rocosa prisión he de encerrarla.
La comida pondrele que nos baste
para evitar que afecte un sacrilegio
a toda la ciudad. Allí que implore...
y a ver si las deidades del abismo,

su única devoción, quieren acaso
librarla de morir... Y, si no quieren,
aprenderá, aunque tarde, qué se saca
de afanarse en el culto de los muertos...

El Coro conmovido por el dolor del joven príncipe, el simpático enamorado de la heroína, canta sobrecogido:

Amor que en las batallas ni te rindes ni humillas,
Amor, tirano Amor, que en tu presa te ensañas,
tú que pasas las noches dormido en las mejillas
de la tierna doncella, e incontenible rondas
por agrestes cabañas
y por marinas ondas...
Nadie escapa al hechizo de tus lazos fatales,
ni dioses inmortales
ni el hombre, flor de un día,
y prueba tu locura quien de ti se confía.

Al lado de la poesía de los grandes arranques patéticos y de la de los coros arrulladores, se encumbra a veces Sófocles a la poesía de las meras situaciones dramáticas, sublimidad substancial independiente de las palabras.

Edipo, el rey mendigo, el espantable ciego, el hombre aplastado por inexplicable destino, ha llegado a su última hora en que el cielo va a compensar sus inmerecidas desgracias con un éxodo triunfal. Ya ha escuchado los repetidos truenos con que le llaman los dioses al bosque sagrado de las Euménides, donde debía ser su tránsito glorioso. De pronto, el inválido, que desde hace veinte años camina llevado de la mano por la hija fidelísima que le presta sus ojos, siente dentro de sí la sacudida de un incomprensible impulso divino; se yergue, aparta a su guía, se substituye a ella para guiar él la comitiva al lugar predestinado, y echa a andar, dando a los espectadores la evidencia, tan clara como inexplicable, de la realidad de una luz sobrenatural, vencedora de la material ceguera:

Mas vamos ya... que en mi interior me apremia
lo que de Dios en mí siento presente...
¡Vamos al sitio ya sin dilaciones!
Hijas mías, seguidme, porque ahora
aparezco a mi vez por nuevo guía
para quienes lo fuisteis tantos años
de vuestro padre... ¡Vamos! ¡Adelante!
No me toquéis, dejadme que yo solo
halle la tumba oculta en que es mi sino
que me pierda en el seno de la tierra.

¡Por aquí... por aquí!... Seguid mis pasos
por donde Hermes me lleva, el mensajero,
y la diosa del reino de las sombras...

EL PSICÓLOGO

Hemos comprobado hasta aquí la dramaturgia libérrima del genio sofocleo, sin más vallas ni límites que los de las realidades de la vida; y también la poesía que vierte a manos llenas, poesía de todos los índices líricos y dramáticos, de todos los tonos y matices. Pero es preciso reconocer que dramaturgia y poesía no son sino el campo en que se explaya y el medio de expresión que toma el genio psicológico del gran escrutador del corazón humano. La psicología, tal es la potencia suprema de Sófocles, la que entre sus prendas geniales descuella más alto, la que actúa más constantemente y más admira cuanto más de cerca se estudia. Dramaturgo y poeta, Sófocles es sobre toda ponderación psicólogo, es el gran pintor de almas.

Recordemos la extraordinaria limitación que se había impuesto el teatro griego en punto al número de personajes, nunca más de siete u ocho en cada pieza.

Los personajes de las siete tragedias de Sófocles no pasan de unos cuarenta: treinta y un hombres y once mujeres. Descartando los que no tienen más oficio que el de promover la acción sin descubrir nada de su propia intimidad, se reducirían a unos veinte. De éstos se destacan doce que constituyen grandes creaciones.

Hay que empezar separando a dos, los únicos que se mueven abiertamente en la línea del mal: Creonte y Clitemnestra.

Creonte figura sucesivamente en *Edipo Rey*, en *Edipo en Colono* y en *Antígona*. Encarna el desarrollo de una pasión, desde sus primeras manifestaciones imperceptibles hasta su total enseñoreamiento. El Creonte de las primeras escenas de *Edipo Rey* es un personaje vulgar e innocuo, prudente y circumspecto, que razona con una sensatez espesa, pero irrebatible. En las escenas últimas, súbitamente ensalzado a la realeza, guarda todavía su moderación, pero da las primeras vislumbres de una sequedad terca y dura que tomará tremendas proporciones con el tiempo. A Edipo que le suplica no le separe de sus hijas, contesta lo que, sin saberlo él, era presagio de su propio sino desastrado:

No pretendas mandar por siempre en todo;
pues si triunfaste con pujanza y brío,
antes del fin falló tu señorío.

En la segunda pieza, *Edipo en Colono*, aparece un Creonte astuto, alevoso, broncamente atrevido. Es que han pasado unos veinte años en que ha hecho la prueba embriagadora del poder, y, resuelto a conservar el puesto preponderante que ha adquirido en la política de Tebas, se muestra capaz de cualquier violencia para asegurar lo que no lograre el dolo.

En la tercera, *Antígona*, a los ocho días, un golpe de fortuna pone en sus manos en forma definitiva el cetro de Tebas con la muerte simultánea de los dos hermanos que lo pretendían. Rey absoluto, cree necesario asentar su autoridad con un decreto que intimide a todos. Prohibe sepultar a Polinices. Antígona, la hermana del príncipe infeliz, se rebela contra esta orden impía. Creonte se aloca ante la idea de que le desafíe una mujer. Con saña, con verdadera ferocidad la condena a morir emparedada. Cierra los oídos a las representaciones, a las súplicas, a la desesperación de Hemón su hijo, novio de Antígona. Apresura brutalmente el suplicio de su víctima. Insulta al agorero que le amenaza con el castigo de la némesis divina. Y luego, con un colapso propio de estas personalidades externas sin genuina consistencia, se siente invadido por el terror, se aturde, quiere reparar su crimen. Ya es tarde. Antígona ha muerto; por Antígona se mata su hijo Hemón, y por Hemón se mata su esposa Eurídice. Creonte, solo ya en el mundo, queda aniquilado, confesando a gritos su culpabilidad, sin lograr compasión de nadie, el que se había gloriado de matar sin compasión —temeroso fin, escarmiento de tiranos.

En Creonte ha pintado Sófocles la sordidez en la maldad; en Clitemnestra, los misterios del corazón criminal. Clitemnestra había asesinado a su esposo Agamenón. Seguía reinando en Argos con el amante adúltero Egisto, instigador del crimen; pero tenía que aguantar el perdurable reproche de los perpetuos lamentos de Electra, hija suya y de Agamenón, que lloraba sin tregua la muerte del padre asesinado.

Electra de Sófocles fue compuesta posteriormente a la *Orestíada* de Esquilo. El gran problema para Sófocles hubo de ser el personaje de Clitemnestra. ¿Cómo competir con la creación grandiosa de su predecesor en la misma línea?; pero también ¿cómo modificarla? Ésta, sin embargo, fue la hazaña del Colonense. Su Clitemnestra, émula digna de la de Esquilo, es totalmente de otro tipo. La grandeza de la primera estaba en su simplicidad, en su tranquila identificación con el crimen, del que se gloriaba ufana. La segunda, menos imponente, para muchos menos trágica, es indudablemente más patética, por más reveladora de las siniestras complejidades del corazón humano: no ha logrado identificarse con el crimen, ni acallar los sobresaltos intermitentes del remordimiento. No tiene el porte real de la Clitemnestra de Esquilo, desafiante,

aterradora; pero infunden un horror inexplicable los involuntarios resquicios por los que, detrás de la reina, se asoman la amante adúltera, y en ráfagas sorpresivas, la madre.

En la imposibilidad de seguir paso a paso tan compleja actuación, detengámonos un momento ante dos versos culminantes. Para sorprender sin defensa a Clitemnestra, la engaña un mensajero fingido con la falsa noticia de la muerte de Orestes, el hijo cuya sangrienta venganza ella perpetuamente temía. Tras una larga y convincente descripción de los juegos olímpicos, en que le cuenta cómo había perecido desastradamente el joven, se detiene el mensajero a esperar la respuesta.

La respuesta no es el ay del dolor en que debía irrumpir el instinto materno; no es tampoco el grito salvaje de alegría que podían hacer temer sus anteriores explosiones de odio; son dos versos retorcidos como esguince de serpiente que se anuda y desanuda:

Y a esto, oh Zeus, ¿qué nombre dar? ¿ventura?
¿o hecho fatal, que es a la vez ganancia?

Percibimos con repulsión el cálculo frío, criminal, odioso. Es una madre la que, oyendo que ha muerto su hijo, se pregunta: ¿Felicidad o desgracia?; y ¿desgracia total o con ventaja y ganancia? Cualquiera que sea la solución de la disyuntiva, el mero hecho de haberla planteado es horrible. Y no atenúa este horror el sordo comentario que añade Clitemnestra:

¡Qué triste, sin embargo, que mi vida
se tenga que salvar tan a mi costa!

El mensajero, haciéndose el que no entiende, apunta:

Mujer, ¿tanta aflicción por esta nueva?

Y ella, como hablando consigo misma, se deja decir:

Terrible es el ser madre... Ni agraviada,
no se consigue odiar a un hijo nunca...

Δεινὸν τὸ τίκτειν... frase inmortal que con tres palabras pone al desnudo el fondo del corazón. "Es cosa tremenda el ser madre"..., hay una tiranía misteriosa en la maternidad, algo que es más poderoso que todos los sentimientos deliberados. Éstos se superponen encontrados y variables, pero en el fondo queda siempre el amor instintivo, el recuerdo, vivo siempre, que ha dejado en las entrañas el hijo que vivió en ellas; de modo que ni aun

al hijo que se haya hecho digno de odio, atine la madre a odiar. Como horrible excrecencia cancerosa sería el odio en el corazón materno.

Pero estos dos versos, que hasta cierto punto podrían redimir a Clitemnestra, resultan una contradicción flagrante con lo que en realidad había hecho ella con Orestes y con Electra. Dice que el odio era imposible para su corazón, y las obras habían sido buscar primero al hijo, niño indefenso, para degollarlo en pos de su padre, y luego reducir a esclavitud a la hija dentro del propio palacio. Aquel imposible lo había realizado la conciencia del crimen. El fondo instintivo de amor materno, trastornado, pervertido por el adulterio y vuelto contra sí mismo, la había hecho capaz de esta complejidad monstruosa que a ella misma desconcierta.

El falso mensajero, impertérrito, enuncia su propio desengaño mezquino:

Entonces, por lo visto, vine en vano.

Replica instantáneamente Clitemnestra:

¡En vano, no! ¡Cómo ha de ser en vano,
si me has traído fidedignas pruebas
de la muerte de mi hijo!...

Y se desboca a las más crueles e injustas acusaciones contra él. Deliberadamente suprime y ahoga el tímido ademán esbozado por el amor materno; y de la primera disyuntiva: "¿Felicidad? ¿O calamidad, aunque con su provecho?", resuelve a sangre fría: ¡Felicidad!

La maldad de Clitemnestra se ha consumado. Vemos caer sobre ella fulminante el castigo divino por mano de Orestes. Lo vemos estremecidos, pero sintiendo que es justicia.

Negruras sin compensaciones no ha pintado Sófocles, fuera de Creonte y de Clitemnestra. Áyax, el suicida, es más bien una víctima. Le lleva a la muerte su sentido exagerado del honor. Los Griegos le han defraudado de las armas de Aquiles, que por derecho de preeminencia en las batallas le correspondían a él. Quiso vengarse Áyax. En el momento de ejecutar su siniestro intento, la diosa Atena le ciega y le enloquece, de modo que en vez de dar muerte a los Atridas, hace una horrenda cuanto inútil y ridícula matanza en los rebaños del ejército. Al volver en sí después de su locura y ver el deshonroso desafuero cometido, se desespera: perdido todo honor, no piensa sino en morir. Nada pueden para contenerle los prodigios de ternura y suavidad de su esposa, Tecmesa. La aleja hábilmente, y presa de una tristeza infinita, se suicida.

En el fondo es egoísmo: Áyax no mira sino por sí; para él la vida ha perdido toda ilusión; no le importa que tenga valor e importancia para otros; para él no la tiene, y se mata.

VARONES Y MUJERES EN SÓFOCLES

El egoísmo del varón había impresionado a Sófocles; ha hecho de él la nota común y distintiva de todos sus personajes varoniles.

Es ciertamente dominante en el más célebre de todos, Edipo. Desde su primera entrada en la escena, se presenta grave, paternal, solícito por el bien de su pueblo; pero también consciente de su grandeza y superioridad, como que a sí mismo se apellida

Edipo, el renombrado entre las gentes,

y excesivamente seguro de sí mismo, pues en la peste que asuela a Tebas asevera que él lo va a hacer todo y se va a bastar para todo. Con este empeño inicia la encuesta para descubrir al causante, encuesta en la que va dando muestras de una insaciable avidez intelectual. Quiere saber. A todo trance ha de averiguar; para lograrlo, atropella toda conveniencia ajena, toda prudencia propia. Se juega la vida por satisfacer su curiosidad; lo logra, y en ella encuentra su ruina. Arruinado y todo, no piensa sino en sí mismo. Ama, pero en los otros no se ama sino a sí. Recibe el amor ajeno, el amor de sus hijas, sacrificado hasta el heroísmo, como tributo que le es debido. El desamor de sus hijos es a su juicio crimen inexpiable, merecedor del más crudo e irreductible rechazo. Los maldice sin piedad, y la maldición a que los condena es a que mueran el uno a manos del otro disputándose el trono del que le expulsaron a él. Muere con la grandiosidad de un semidiós, y su triunfo, acorde por disposición divina con sus más íntimas aspiraciones, consiste precisamente en recobrar para aquel trance supremo su total autarquía. El que, ciego por veinte años, había tenido que caminar siempre de mano ajena, en su última hora, como vimos, marcha sin guía hacia su tumba. Detrás de él, para recibir sus órdenes y ser testigo de su tránsito, va Teseo, el rey de Atenas. La escena final de *Edipo en Colono* responde a la escena primera de *Edipo Rey:* consagra el "autocentrismo" (si así cabe decir) del que no concibió la vida sino como algo en que todo y todos debían girar en torno de él.

Este egoísmo total del varón está recalcado más crudamente todavía en *Las Traquinias,* la tragedia que en forma más directa contrapone los dos sexos, la tragedia de la frustración en el matrimonio. En ella la responsabilidad de esta frustración exicial, que acaba en dos muertes desastradas, recae íntegramente sobre el varón. Heracles es de un egoísmo portentoso (excusable tal vez para los

Griegos por tratarse de un héroe que moría divinizado); pero para nosotros es un egoísmo desconcertante por lo consciente, seguro y satisfecho de su derecho pleno: ¿quién puede imaginarse, parece decir Heracles, que vaya él a subordinarse a nadie, ni a reconocer a nadie derechos sobre él, aunque sea a su legítima esposa?... Cerrado sobre sí mismo no toma en cuenta para nada los males irreparables que hace con su proceder a cuantos le rodean, a su mujer, a su hijo, a la joven desdichada de quien se ha prendado, a los padres y a la patria de ella, arruinados por este ciego amor. No es sólo que en nada de esto piensa Heracles, sino que se manifiesta totalmente incapaz ni de pensar siquiera.

Duro ha sido Sófocles con sus héroes masculinos. Todos son egoístas: egoístas Áyax y Edipo y Heracles; egoísta Egisto, el torpe concubinario de Clitemnestra; egoísta Ulises, que si aparece digno frente a la desgracia de Áyax, es un perfecto villano frente a la de Filoctetes, y en todo caso no mira nunca sino por sí; egoísta Polinices, que lamenta la miseria en que encuentra a su padre, pero sólo pretende ganarlo para su causa; egoísta Filoctetes en su implacable resentimiento; y egoístas el mismo Teucro, que llora sinceramente la desgracia de Áyax su hermano, pero en función de la propia, y Neoptólemo que devuelve a Filoctetes el arco robado, pero por salvar su propio honor. Únicas excepciones relativas a este egoísmo universal de los varones, Teseo en su acogida a Edipo, y Hemón en sus ruegos por Antígona.

Las virtudes contrarias, desinterés, abnegación, fidelidad, solicitud, olvido total de sí, todas las ha acumulado en sus personajes femeninos, las joyas de su teatro.

En *Edipo Rey,* Yocasta, la mujer de la trágica suprema desventura, que, sin saberlo, era a la vez madre y esposa, madre con el amor instintivo de las madres, esposa con la consagración vital consciente de las esposas. En todo instante no piensa sino en Edipo, en ayudarle, tranquilizarle, calmarle, sostener su esperanza, rebatir sus congojas. En la encuesta entablada para descubrir al matador de Layo, con las revelaciones del mensajero corintio empieza a levantarse el velo de un nuevo misterio, harto más horrible que el que se estaba dilucidando. Antes que Edipo pueda comprender nada, ella ya ha entendido: ¿qué importa quién haya matado a su primer esposo, si el segundo, el que tiene delante, es el propio hijo suyo, al que, obligada por el primer marido, había mandado exponer en las cañadas del Citerón? Edipo, refiriéndose al primer objeto de la encuesta, le pregunta:

Señora,
¿el pastor que has llamado y aguardamos
será tal vez el hombre que éste dice?

Horrible trance. Contesta Yocasta como sonámbula:

¿Qué dice?... Cualquier cosa... si es inútil
cuanto habla... Ni lo pienses, ni recuerdes...

Para ella se ha acabado la vida..., esposa de su hijo, tiene que morir, pero va a hacer un esfuerzo supremo por salvarle a él. Y para esto, lo único era contener la investigación empezada. Dado lo que era Edipo, esto era un imposible: ¡quién le podía contener! Este imposible intenta el amor desesperado de Yocasta; y se precipita este diálogo espantoso, en el que Edipo, incapaz de comprender, adivina mal, interpreta erróneamente los motivos de Yocasta, la agravia y la insulta injustísimamente; y ella se deja insultar, e insiste, y suplica, y al fin, vencida por la terquedad de Edipo, cierra los ojos y se deja caer en la corriente que la arrebata a la muerte.

YOCASTA, EDIPO:

YOCASTA:
¿Qué dice?... Cualquier cosa... si es inútil
cuanto habla... Ni lo pienses, ni recuerdes...
EDIPO:
¡Jamás! con tales prendas, yo no paro
hasta saber al fin de quién desciendo...
Y. *¡No, por los dioses, no! Si algo te importa*
la vida, cesa ya... Basta mi angustia...
E. *¡Ánimo!, que aunque siervo yo resulte,*
hijo de sierva en tercer grado sierva,
tú nada has de perder...
Y. *¡Aunque así fuese,*
óyeme, te suplico, no lo hagas!
E. *No puedo oír: ¡he de saberlo todo!*
Y. *Si es lo mejor... y por tu bien lo digo...*
E. *¡Pues mira, de ese bien me voy hartando!*
Y. *¡Nunca sepas quién eres... nunca... nunca...*
E. *¡Basta! ¡no espero más! ¿No habrá quien corra*
y me traiga al pastor? —A ésa... dejadla
que en su linaje espléndido se engría!...
Y. *¡Ay desdichado!... ¡ay!... ¡Sólo ese nombre*
te doy... Y es el postrero... para siempre!...

Estas últimas palabras ha dicho Yocasta con voz imperceptible, cadavérico el rostro, desorbitados los ojos con que mira por última vez a su hijo, al hijo que no había reconocido en el esposo. Retrocede tambaleándose, y, loca de dolor, se lanza al palacio a morir.

Antígona y Electra son las clásicas heroínas de Sófocles, la heroína del arranque subitáneo y la heroína del perseverante duelo; la que fue heroica por afrontar y vencer a costa de su vida al tirano de la repentina imposición impía, y la que lo fue por haber esperado y preparado por doce o trece años la justa retribución a los matadores de su padre. Antígona, la heroína del amor fraterno; Electra, la heroína del amor filial. La una va derecho a la muerte, a pesar de los desfallecidos estremecimientos de la sensibilidad; la otra jura no cesar en sus plañidos por el padre asesinado, a pesar de los maltratos que le dan los asesinos, exasperados por la fidelidad de este llanto.

Sublime el adiós desgarrador a la vida, con que marcha al suplicio Antígona, consciente del horror de su muerte, pero firme hasta más allá de la muerte en su amor:

Miradme, ciudadanos de mi patria,
que ya recorro mi postrer camino,
que el postrer rayo de mi sol contemplo,
y nunca, nunca más... Me lleva el Hades,
el que a todos aduerme; hacia las playas
me lleva ya del Aqueronte... en vida,
sin mi derecho al canto de himeneo,
sin cortejo nupcial ni himno de bodas...
¡Mis bodas... con el dios del Aqueronte!...
¡Ay qué himeneo! ¡Hermano, hermano mío,
hermano el de las nupcias sin ventura,
me has quitado la vida con tu muerte!

Conmovedor el canto con que Electra, en la iniciación de su tragedia, empieza un nuevo día, el último, de su prolongado martirio:

Oh pura luz del sol, oh aire divino
que la tierra endoselas,
el canto de dolor en que me obstino
cuantas veces no oísteis en mis velas,
y el ruido de estas manos que con ira
el pecho me ensangrientan en la hora
en que, frente a la aurora,
lenta la negra noche se retira.
Oh, las tristes veladas...
bien las conoce mi angustiado lecho
en esta casa del dolor... Oh albadas
en que la suerte de mi padre endecho...
—padre, que no tuviste fin glorioso
de Ares, dios de la sangre, en playa extraña,

padre, en quien de mi madre y de su esposo,
el ruin Egisto, se cebó la saña:
cual abaten gañanes fuerte encina,
así le derribó su hacha asesina;
y nadie lo lamenta, sola lloro,
padre, tu muerte vil y sin decoro...
Mas nunca pondré fin a mis querellas
ni al gemir de mi duelo,
mientras miro el temblor de las estrellas
y el sol en pleno cielo:
a las paternas puertas sin reposo,
ruiseñor sanguinoso,
perenne cantaré mi desconsuelo.

Heroínas trágicas Antígona y Electra. Una belleza de otro orden ha sabido trazar Sófocles en Tecmesa, la dulce Tecmesa, la prisionera de guerra, esposa de Áyax. En esta figura de Tecmesa, toca el arte de Sófocles una de sus cimas invioladas. Pocas veces habrá aparecido en el teatro un personaje en que sea tan trasparente la envoltura corporal y deje tan a la vista el alma en toda su espiritual belleza. Cuan llenos de sí mismos estaban un Edipo, un Heracles, y el mismo Áyax su esposo, tan vacía de sí está Tecmesa. Es la mujer identificada con el varón a quien pertenece, que vive única y exclusivamente por él, sin un pensamiento para su propia suerte. Si alude a ella, es sólo como medio para conmover a Áyax y asegurar su salvación.

En la horrorosa desgracia que lo ha arrollado y enloquecido, a su lado está, dolorida, sobresaltada, pero sin perder la cabeza. Compasión y reverencia es lo que siente por su esposo, a pesar de la humillación en que lo ve, y compasión y reverencia es lo que logra infundir con su fervor en los toscos marineros del Coro. Con infinita delicadeza asiste a Áyax en el difícil trance de su vuelta paulatina a la razón; y cuando comprende que el infeliz, abrumado por su infamia, se ha resuelto por el suicidio, a pesar del rudo rechazo que ha sufrido en un primer intento de intervención, hace un esfuerzo supremo por apaciguarle y disuadirle con esta súplica palpitante de conyugal ternura:

Áyax, mi dueño, la aflicción que al hombre
más abruma, es el peso de su suerte.
Ya ves yo: yo nací de padre libre,
rico más que ninguno entre los Frigios,
y ahora sierva soy. Así los dioses
lo han dispuesto, y más que ellos tu pujanza.
Pero al fin, pues comparto yo tu lecho,
ya miro con amor todo lo tuyo.

Y por Zeus te suplico, el que preside
en nuestro hogar, por los nupciales lazos
y el lecho que nos unen, no permitas
que tenga que escuchar ultrajes viles
de tus contrarios... No, no me abandones
en manos de otro... El día en que murieras,
y en que tu muerte me dejara sola,
ése, ese mismo día, no lo dudes,
llevada por los Griegos con violencia
me vería de esclava con tu hijo.
Y alguno de mis amos, disparando
cruel baldón, "Mirad —dirá— la amiga
de Áyax que fue campeón en el ejército,
ved en qué menesteres sirve ahora
la que gozó tan alto estado..." Tales
correrán los dicterios, rudo golpe
para mí al escucharlos, pero infamia
que a ti te afrente y a tu alcurnia toda.
Ten rubor de dejar así a tu padre
en mustia ancianidad... Tu madre mira,
cargada de años y en continuo ruego
ante los dioses porque vuelvas vivo;
y ten piedad, oh rey, del hijo tuyo,
si, privado de ti, sus tiernos años
tiene que pasar solo y al cuidado
de unos tutores sin amor. ¡Qué manda
de dolor la que a él y a mí nos dejas
si llegas a morir! Yo ya no tengo
adónde más mirar sino a ti solo:
patria no tengo, la arrasó tu lanza,
padre y madre tampoco: hados distintos
a morar con los muertos los llevaron.
¿Hogar? ¿qué hogar sin ti, ni qué riqueza?
Mi salvación toda de ti depende.
Y luego en mí piensa también. ¿No es justo
que amoroso recuerdo guarde el hombre
de quien le dio dulzura? Siempre fruto
del amor fue el amor; y el que en su pecho
deja morir la gratitud, no puede
pretender que le llamen bien nacido.

Hay en el teatro de Sófocles figuras más excelsas y más erguidas; para mí no hay figura más bella que la de Tecmesa: fiel, amante, sacrificada, discreta, enérgica, magnánima, noble, pura, y en todas estas virtudes, diáfana, transparentemente sincera. No abre una vez los labios sin que en sus palabras se perciba el sonido

de cristal que da su alma al toque del dolor que destroza su vida de esposa y de madre.

Sólo una cosa pudiera criticarse en Tecmesa: que es demasiado ideal, demasiado sin sombras; y la naturaleza humana matiza sus bellezas con sombras. No puede esto negarse, y por esto, la figura más humana del teatro sofocleo, no es Tecmesa, sino Deyanira.

Cuanto tiene Tecmesa de cándida tersura, tiene Deyanira de complejidad. No es una mártir, no es una heroína, es una mujer. La mujer normal que despertó a la vida con el anhelo romántico de la felicidad lograda en el matrimonio, que vivió los sobresaltos agridulces de un noviazgo accidentado, que soñó radiante con los halagos del esposo conquistador, que sintió las primeras mordeduras del desencanto al ver desvanecida la ilusión de un marido hogareño y cordial.

A su tiempo
tuvimos nuestros hijos, que él no ha visto
sino a veces, al modo del labriego
que su campo distante no visita
sino una vez para sembrar, y otra
para coger los frutos. Así anduvo
yendo y viniendo sin parar en casa,
siempre en empresas, a servicio de otros...

La melancolía del desamparo y de la soledad ha ido minando a Deyanira. Sigue esposa fiel, pero su ensueño había sido un hogar. En esto ha fallado Heracles; le ha fallado en la misma fidelidad esencial. Ha sabido ella de multitud de casuales amoríos del esposo vagabundo; todo lo ha perdonado con la esperanza de que al fin volviera. Pero el día en que ve que, a título de cautiva de guerra, manda por delante a la casa a una joven hermosísima, siente que ha llegado la hora en que va a jugarse la vida. O reconquista el corazón de su marido y salva su hogar, o lo pierde de golpe todo. Guarda un filtro amoroso, cuya eficacia le han asegurado y que ha tenido en reserva largos años. Lo envía a Heracles; y a poco se entera de que ha sido un veneno activísimo que le está abrasando y lo tiene a punto de muerte. Deyanira siente instantáneamente que se ha derrumbado su vida. Vivir, ¿para qué, muerto el marido, perdido el hogar? Toda la culpa es del esposo traidor; pero ella, antes de que lo traigan a morir en su presencia, triste, infinitamente triste, se suicida.

La tragedia es una denuncia tremenda de los desastres que acarrea la infidelidad conyugal. Muere Deyanira, muere Heracles y quedan vinculados para mutua infelicidad Hilo el hijo, y Yola

la desventurada cautiva, objeto inocente del amor adúltero de Heracles.

Sófocles, pintor de almas. No tiene ni título mejor ganado, ni más alta gloria, ni para nosotros motivo más fundado de íntima simpatía: en él tenemos al guía más calificado en la difícil ciencia del conocimiento del corazón humano.

Pero, al concluir este recorrido somero de su galería de personajes trágicos, no podrá menos de clavársenos una impresión de impotente y quejosa melancolía, si pensamos que de Sófocles tenemos sólo siete tragedias, habiendo sido ciento veintitrés, y que sólo nos quedan unos cuarenta personajes, cuando fue sin duda todo un pueblo el que había creado su genio para la inmortalidad.

LO QUE QUEDA DE LA OBRA DE SÓFOCLES

¡Ciento veintitrés piezas! según el testimonio de Suidas; de ellas, 108 premiadas, 72 con el primer premio, 36 con el segundo (entre estas últimas, *Edipo Rey*)... ¿Cómo serían las ciento dieciséis desaparecidas? Cuántas obras maestras no había tal vez entre ellas... Pues las siete que se han conservado no deben este privilegio a que sean las más sobresalientes, sino a que, en tiempos muy posteriores, se juzgaron las más aptas para la enseñanza, lo cual no es necesariamente criterio de excelencia objetiva. Así la tragedia más repetida en los manuscritos existentes es *Ayax,* que nadie calificará como la mejor de las siete sobrevivientes.

Por desgracia los 1129 fragmentos nos reservan, hay que confesarlo, un desengaño. En primer lugar casi la mitad de ellos, 547 constan de una sola palabra o de unas pocas más, pero que no forman sentido, o resultan ininteligibles por el deterioro de los papiros. De los 582 restantes, poco pueden ayudar para el juicio del genio de Sófocles 235 que se reducen a datos geográficos, históricos o mitológicos, o a rasgos sin particular relieve desprendidos de narraciones o descripciones de las que tanto abundan en las tragedias. Muchos de estos fragmentos han sido conservados por lexicógrafos a quienes interesan vocablos raros y rebuscados o inventados por los dramaturgos, que se tomaban en esto extraordinarias libertades, explicables por la facilidad que proporciona el griego para los compuestos más caprichosos. Otros se deben a gramáticos, atentos a recoger rarezas sintácticas frecuentes también en las libérrimas construcciones de la lengua griega, que tanto la aproximan a los idiomas modernos.

No quedan, pues, sino 347 fragmentos significativos, pero no escogidos con un fin y un criterio determinados, sino salvados en

su mayor parte al azar. Los hay de una delicadeza y de una gracia extraordinarias, por ejemplo:

...como en las frondas de un esbelto chopo,
si no el ramaje, al menos la alta copa
cimbra la móvil ala de la brisa...

los hay lapidarios y potentes:

El hombre: un soplo apenas, una sombra...

los hay sentenciosos o burlones, barata filosofía popular, como:

Quien gusta de hablar siempre, no percibe
cuán pesado se vuelve a los que le oyen...

Es de hombres fatuos estimar la lengua
que dice más de lo que dan las obras...

No sirve la modestia en la desgracia,
pues su silencio abona a quien la acusa.

Mayor importancia revistió la publicación en 1912 de los papiros en que se había hallado una mitad aproximadamente del drama satírico *Los sabuesos,* uno de los 16 que compuso Sófocles. Con esto se tuvo una muestra apreciable de este aspecto hasta entonces desconocido de su talento. Pero hay que confesar que este inesperado hallazgo, de más de 400 versos, no ha servido mayormente ni para una ampliación del conocimiento que de Sófocles tenemos por sus siete tragedias completas, ni para permitirnos un juicio definitivo acerca de la ideología del Colonense.

SÓFOCLES PENSADOR

A los tres aspectos que consideramos en Sófocles: el dramaturgo, el psicólogo y el poeta, deberíamos añadir un cuarto: el pensador. Es ciertamente muy de sentir, pero no es posible hacer pie en este punto, ni calcular la profundidad de lo que pudiéramos llamar su filosofía de la vida. Los fragmentos no son de calidad para permitirnos determinar en qué direcciones diversas se extendía el ámbito de las preocupaciones morales y políticas de Sófocles, cuántos y cuáles fueron los grandes problemas humanos a los que dedicó su estudio de filósofo y de sociólogo, cuál el conjunto de soluciones que propuso para los principales conflictos que angustian a la humanidad. En la casi totalidad de las tragedias que se han con-

servado (en seis de siete), el tema dominante es el de las relaciones familiares: padres e hijos, hermanos y hermanas, esposos y esposas. Pero como bien pudiera ser que esta predominancia sólo sea casual, no sería prudente sacar de ella consecuencias trascendentes.

De más consideración es la manifiesta divergencia de tendencias en Sófocles respecto tanto de Esquilo como de Eurípides. No ha llevado al teatro la constante preocupación de Esquilo por los grandes problemas religiosos, por el influjo dominador y aun opresor de la divinidad sobre la conducta humana. Sin desconocer los fueros del dominio divino, se complace en recalcar la libertad de movimiento que le queda al hombre, aun sujeto a ineludible destino, y en hacer depender la acción de sus dramas de las libérrimas determinaciones de los personajes. Por otra parte no convierte el teatro en cátedra de sus ideas, como Eurípides, no convierte a sus creaciones dramáticas en portavoces de sus empeños. En realidad más le interesan la vida misma y la pintura directa de ella, que no las consideraciones que suscita. Sin que se pueda decir que carece de preocupación filosófica, debe reconocerse que, sobre el pensador, predomina en él el artista creador. "Sófocles no pretende explicar la vida, dice Mackail, ni siquiera juzgarla. Pinta cosas que suceden y el modo como suceden, pero sin dar el porqué".[3] Pero, añade Matthew Arnold, "vio de frente la vida y la vio toda". Tuvo penetración de mirada para verla toda, tuvo potencia de expresión para re-crearla en la escena. No juzgó que fuese oficio propio del poeta dar él mismo explicaciones de los trozos de vida humana que pone palpitantes ante nuestros ojos. Sabía que eran de tal fuerza y viveza que nos obligarían a buscar por nosotros mismos la clave de la tragedia y a sacar por nosotros mismos sus consecuencias morales, que así se graban más hondamente y son más eficaces.

EL TEATRO GRIEGO

Por fin, unas breves nociones acerca del teatro griego, de sus orígenes y de las formas externas que le son peculiares. Aunque varias de ellas se han ido eliminando en el curso del desarrollo del arte teatral, conviene tenerlas presentes, no sólo para entender la técnica de las tragedias que van a leerse, sino también para darse cuenta de la naturalidad y de la lógica con que el genio griego descubrió las leyes fundamentales de la dramática y sus posibilidades inagotables para instrucción y deleite del género humano.

Nunca se podrá ponderar debidamente la importancia del pue-

---

[3] Lectures on Greek Poetry, p. 123.

blo griego en el desenvolvimiento de la civilización y de la cultura de la humanidad. No fue el primer pueblo que alcanzara un grado apreciable de cultura; pero "fue el primero que, elevándose sobre las preocupaciones materiales del imperialismo guerrero y del enriquecimiento agrícola y comercial, trató de desarrollar la vida del espíritu, y hacer de la razón la guía de su vida social".

El influjo del pensamiento griego sobre el desarrollo ulterior de la cultura humana en todos los órdenes, es excepcional; pero, de un modo especialísimo, en el orden literario. Baste decir que los Griegos organizaron de una vez para siempre el mundo de la Literatura, que inventaron, practicaron y regularon el ciclo completo de los géneros literarios, y que en todos ellos dejaron obras maestras, encanto y admiración de todas las edades. En treinta siglos, no se ha logrado descubrir un solo género verdaderamente distinto de los ideados por los Griegos para la expresión de las ideas y de los sentimientos humanos; y en la fuente manantial de cada uno de estos géneros nos encontramos con un genio griego. La épica está vinculada al nombre de Homero, la lírica coral al de Píndaro, la lírica personal al de Safo; la poesía dramática subió casi de golpe a las más altas cumbres con Esquilo, Sófocles y Eurípides, la comedia con Aristófanes; la Historia tanto debe a Heródoto como a Tucídides; en el diálogo filosófico, nadie jamás ha superado a Platón; como nadie ha arrebatado la palma de la elocuencia a Demóstenes. Y hay que insistir en la originalidad de todos estos genios, que no copiaban a nadie ni seguían sendas trilladas, sino que, recogiendo y encañando las corrientes vitales que corrían por el pueblo griego con una abundancia y espontaneidad admirables, abrieron cauces nuevos, a la vez propísimos suyos y acomodadísimos a la naturaleza de las cosas; tanto que todos los pueblos que siguieron, no pudieron menos de darlos por buenos, y consagrarlos como definitivos. Y es que, no en uno o en dos, sino absolutamente en todos los géneros, habían atinado los Griegos con la esencia propia de cada uno de ellos.

Naturalmente el genio del hombre no se ha agotado en Grecia; las razas y los siglos posteriores se han visto enriquecidos con nuevas producciones geniales. Más aún, han descubierto ciertas combinaciones de géneros, como la épica lírica —infusión de lirismo personal dentro del carácter impersonal sistemático de la epopeya— aclimatada en el mundo por Virgilio; o ciertas evoluciones ulteriores de los géneros primitivos como la novela; o ciertas reducciones que se han organizado en subgéneros independientes como la biografía y el ensayo. Pero de todos modos, quien quiera remontar a las fuentes primeras, y quien quiera gozar de los primeros aciertos supremos del hombre en la expresión de su íntima vida racional, tiene que acudir a Grecia.

La invención de los géneros literarios no fue, sin embargo, ni

obra de felices casualidades, como ha acaecido tantas veces en las invenciones científicas, ni actos de generación espontánea. Concretándonos al género dramático, nos hallamos ante una evolución, muy rápida por cierto, pero de pasos completamente definidos, que han dejado claras huellas en ciertos rasgos típicos de la escena ateniense.

El teatro griego nació de la lírica, no de la lírica sentimental y personal, sino de la lírica coral de carácter ritual y hierático. Entre las múltiples ceremonias religiosas celebradas por las tribus helénicas, se distinguían los cultos a Dioniso, dios del vino, símbolo de la alegría y enemigo nato de cuanto ensombrece el goce bullicioso de la vida. Cuatro eran los festivales de Dioniso en el Ática: uno celebrado en Diciembre en las aldeas, y tres en la ciudad: las Leneas (o fiesta del lagar) en Enero, las Antesterias (o fiesta de las flores) en Febrero, y las grandes Dionisias en Marzo.

Al principio constaba el festival de un coro cantado en honor del dios en torno de su altar. Formaban el Coro un grupo de sátiros, diosecillos campestres de formas caprinas, compañeros de Baco. Los cantantes, disfrazados de sátiros, obedecían a un jefe de Coro, que relataba alguna hazaña del dios y a quien ellos respondían con un canto llamado ditirambo.

El día en que Tespis innovó que al jefe de Coro o Corifeo respondiera, no todo el Coro a una, sino un solo cantante, se dio el primer paso hacia el diálogo, constitutivo esencial del drama; y cuando poco después Esquilo interpuso entre el Corifeo y el Coro un segundo actor, el diálogo se fue sistematizando como parte independiente del canto. Sófocles introdujo a un tercer actor; y como el segundo y tercer actor podían representar diversos papeles, tenía ya el drama cuanto necesitaba para su pleno desarrollo. Los pasos, pues, para la creación del teatro fueron tres. El canto coral primitivo fue interrumpido por una declamación narrativa; luego la narración se desdobló en un diálogo; el diálogo se complicó después con el aumento de los dialogantes: con esto la representación de todas las realidades de la vida se hizo posible.

Pero el drama que había nacido del canto coral, quedó en Grecia perpetuamente vinculado a él, si bien el Coro pasó a ser elemento secundario.

Advirtamos, como punto esencial, que el teatro en Grecia nunca tuvo el carácter de pura diversión; era un acto eminentemente patriótico con resabios culturales y religiosos. No funcionaba sino en las tres fiestas dionisias, y con arreglo a reglamentaciones del Estado, quien patrocinaba las representaciones. Los poetas debían presentarse a concurso; el Estado era quien les proporcionaba el Coro, compuesto por quince cantantes llamados coreutas; el pagar el vestido y los largos ensayos de los Coros, era una de las contri-

buciones típicas del Estado ateniense, contribución gustosamente sufragada por turno, por los ciudadanos más ricos. Los ensayos eran dirigidos por los autores de las tragedias, quienes debían componer, no solamente la letra, sino también la música y la danza correspondientes, pues los coros eran cantados y bailados.

El Coro actuaba en la llamada orquesta, espacio en semicírculo o círculo completo comprendido entre el escenario donde hablaban los actores y la gradería concéntrica ocupada por el público. Los teatros griegos siempre fueron al aire libre y en las laderas cóncavas de alguna colina.

Los cantos del Coro conservaron a la dramática griega un elemento lírico de alto valor poético. Los quince coreutas que, además de cantar sus coros, tomaban parte en la acción del drama por medio del jefe de Coro o corifeo, venían a ser como un intermediario entre los actores y el público, y al mismo tiempo, no pocas veces, como el portavoz del dramaturgo, quien por medio de los himnos del Coro, comentario lírico de las escenas representadas, lograba dirigir las emociones y apreciaciones del auditorio.

Debe notarse, por fin, en este punto, que los coros de las tragedias griegas son, en su mayoría, piezas bellísimas, en que el lirismo despliega todas sus galas, con una soltura de lenguaje y un revuelo tan atrevido de imágenes y de saltos líricos, que hacen pensar en las desconcertantes libertades de la poesía moderna. Estos atrevimientos de dicción de los coros contrastan notablemente con el lenguaje llano, directo, a veces altisonante, con más frecuencia enteramente sencillo, siempre profundamente humano, del diálogo. El teatro griego es "teatro" en su concepto más puro; nada en él parecido a los dramas épicos o líricos, hechos más para lectura que para representación. El diálogo en el teatro griego remeda muy de cerca la conversación real con sólo la dosis de idealización indispensable a toda obra de arte.

Punto enteramente característico del teatro griego fue que los actores efectivos nunca pasaron de tres, sino en casos excepcionales. Se llamaban protagonista, deuteragonista y tritagonista. El primero representaba el papel principal, los otros dos representaban varios papeles sucesivamente, hasta tres y cuatro. Esto era posible por la extraña costumbre, fielmente mantenida, de representar con máscaras apropiadas; los actores cambiaban de máscara y actuaban en diversos papeles. No había actrices, sino que los papeles femeninos eran representados por jóvenes.

Dos consecuencias importantes se derivan de estas normas curiosas. La primera, que el actor griego, que no podía contar con los juegos de fisonomía, tenía que fiarlo todo de la perfección de la declamación. La segunda, que el número de personajes que interviene en un drama griego, es forzosamente muy reducido, a lo

más ocho o nueve. Todo lo que pasaba de eso tenía que suplirse con personajes mudos o comparsas. Ni idea tuvieron los Griegos de dramas con treinta o cuarenta personajes, como se ve en Shakespeare o en Schiller.

Lo que con esto pierde el teatro en complejidad y en grandeza de bulto, gana en pureza de líneas y muchas veces en grandeza de hondura psicológica. Las líneas de una tragedia griega son siempre sencillísimas, sin nada de complicaciones causadas por multitudes heterogéneas de personajes; líneas rectas y puras, que nos pasman cuando consideramos la grandiosidad de los efectos logrados con medios al parecer tan pobres.

Una última advertencia. Las tragedias griegas no se dividían en actos ni tenían interrupción alguna durante la representación. Técnicamente se llamaba *Prólogo* a las escenas que precedían la llegada del Coro; *Párodo,* al canto con que éste entraba en la orquesta; *Estásimos*, a los cantos que ejecutaba con danza en la misma orquesta, durante la tragedia, en número de tres o cuatro; *Episodios,* a las escenas dialogadas entre estásimo y estásimo; y *Éxodo,* a las escenas finales. Los episodios podían tener longitudes muy diversas: en *Edipo Rey* el episodio primero tiene 246 versos; el segundo, 349; el tercero, 174, y el cuarto, solos 75. A veces en el curso de un episodio, interponen los autores un *commos* o diálogo lírico, en que metros líricos libres, substituidos a los senarios yámbicos, expresan la violencia de alguna súbita emoción. La longitud total de las tragedias oscilaba entre 1000 y 1800 versos; *Edipo Rey* tiene 1530. En las Grandes Dionisias de Marzo se estrenaban en Atenas, cada día, tres tragedias y un drama satírico.

El teatro griego no tenía telón de boca, ni escenario en un principio: los actores representaban, junto con los coreutas, en la orquesta. Más tarde actuaron en un escenario largo y estrecho que se extendía delante del muro del fondo cubierto de rudimentarias decoraciones. Ya en tiempo de Sófocles empezaron a añadirse decoraciones laterales, muy sencillas. Convencionalmente se suponía que el actor que asomaba por la derecha venía de la ciudad, y que el que entraba por la izquierda venía del campo. Empleaban asimismo unas pocas máquinas bastante primitivas, como el llamado *eckiclema* que era una pequeña plataforma sobre ruedas en la que sacaban por la puerta central personajes o cadáveres procedentes del interior de la casa, y el *teologueyon,* balcón elevado en el que se presentaban los dioses.

Con esto pudiéramos empezar la lectura de las tragedias, si no nos detuviese una última característica singular del teatro griego, con la que radicalmente se distingue de las producciones dramáticas modernas. Los dramaturgos griegos no contaban, ni que-

rían contar, con el interés de curiosidad. La materia de sus obras, tomada de las leyendas y de la mitología patrias, era conocida de todos; el auditorio que se sentaba en el teatro de Dioniso de Atenas, con sólo oír el título de la pieza que se iba a estrenar, podía prever no sólo el tema general, sino el desarrollo y desenlace de la acción. Su interés no estaba en esperar ansiosamente un desenlace ignoto, sino en seguir paso a paso el desenvolvimiento de una historia sustancialmente conocida, pero revestida de inesperados y siempre nuevos encantos por el inagotable ingenio de los poetas. El tener previsto el término, lejos de amenguar el interés, lo depuraba, lo concentraba en la psicología y en los primores poéticos de la dicción, y aun permitía efectos trágicos singulares, cuales comprobaremos, entre otros, en *Edipo Rey,* tragedia que se cifra en el descubrimiento de terribles secretos, ignorados del protagonista, pero conocidos del auditorio. Este conocimiento previo es precisamente el que embarga a los oyentes con una emoción y angustia arrolladoras, al ver cómo el fatídico Rey va encaminándose certeramente a la ruina por los mismos pasos que da para evadirse de ella.

Para ponernos en la situación propia de los auditorios atenienses, con el fin de gozar de las tragedias en la misma forma que ellos, será preciso, antes de cada una de ellas resumir los datos fundamentales de las leyendas, en una palabra, "lo que el espectador ateniense sabía antes de empezar la representación".

Cuidadosamente corregidas reproduzco en este tomo las tres tragedias que ya han sido editadas: *Edipo Rey* (1935, 1945, 1947), *Edipo en Colono* (1936) y *Antígona* (1955). Todas tres, y además *Filoctetes,* han sido representadas con éxito, comprobándose con ello la verdad de la observación de Werner Jaeger, de que, mientras Esquilo y Eurípides, por exóticos, no han logrado sostenerse ante públicos modernos, Sófocles en cambio conserva su puesto en el repertorio del teatro contemporáneo.[4]

El orden en que van presentadas las tragedias no es el de su composición (incierto respecto de varias de ellas), sino el de la sucesión natural de las leyendas: primero las del ciclo Tebano, luego *Las Traquinias* del ciclo de Heracles, después las del ciclo Troyano en su orden cronológico, y por fin los Fragmentos en orden alfabético del título griego de las piezas a que pertenecen.

El orden cronológico de las piezas del Ciclo Tebano consta por sus mismos argumentos: *Antígona,* la tercera, supone la maldición de los dos hermanos hijos de Edipo y la desaparición de éste; y *Edipo en Colono,* en que esto sucede, supone, a su vez, los trágicos sucesos de *Edipo Rey,* que es, por tanto, la primera de las tres.

El Ciclo de Heracles es posterior al Ciclo Tebano y anterior al

[4] *Paideia: The Ideal of Greek Culture,* pp. 267-268. Oxford, 1939.

Ciclo Troyano. Esto último es evidente, ya que toda la trama de *Filoctetes* gira en torno del arco que el protagonista heredó de Heracles, que muere en *Las Traquinias*.

Dentro del Ciclo Troyano, el orden es: *Áyax,* cuya acción se desarrolla en plena guerra de Troya; *Filoctetes,* a quien quieren llevar a Troya para terminar la guerra; *Electra,* que supone el asesinato de Agamenón, una vez terminada la guerra.

CICLO TEBANO

EDIPO REY

EDIPO EN COLONO

ANTÍGONA

EDIPO REY

Lo que sabía el espectador ateniense antes de empezar la representación.

La leyenda de Edipo era la siguiente: Layo, rey de Tebas, había sido conminado por un oráculo con la amenaza de que, en pena de sus pasados crímenes, moriría a manos de un hijo suyo, el cual, después de aquel parricidio involuntario, cometería otro crimen todavía más horrendo con su propia madre. Para imposibilitar el cumplimiento de tal predicción, Layo y su esposa Yocasta determinaron deshacerse del niño recién nacido, y lo encomendaron a un pastor de su confianza para que lo expusiese en las salvajes dehesas del monte Citerón. Pero el pastor tebano, topándose en ellas con otro pastor corintio, cede a la compasión y le regala el niño, con tal que se lo lleve lejos, donde nadie vuelva a saber de él. Éste ofrece a su vez el expósito a los regios consortes de Corinto, Pólibo y Mérope, que no tenían descendencia; y el niño, con el nombre de Edipo, es educado como hijo de ellos en palacio. No faltó quien, años más tarde, le descubriese que no era hijo verdadero de los reyes, y, aunque éstos le quisieron tranquilizar, voló Edipo al santuario de Delfos a consultar el oráculo sobre su origen. Por toda respuesta, le predijo Apolo que mataría a su padre y se casaría luego con su madre. Edipo, horrorizado, se resuelve al punto a no volver jamás a Corinto, para hacer imposible el cumplimiento de tan terrible vaticinio. Pero no había hecho sino salir de Delfos, cuando, en el mismo camino, tropezando con un anciano que imprudentemente le provoca desde su carro de viaje, alza el báculo en propia defensa y lo derriba a sus pies. Sin el más leve remordimiento (pues había obrado en propia defensa y sin la vislumbre más remota de que la víctima fuese el propio rey de Tebas, Layo, su verdadero padre) sigue su jornada, llega a Tebas, vence allí a la Esfinge, monstruo con cuerpo de león y rostro de mujer que asaltaba a los transeúntes poniéndoles enigmas y devorando a quien

no podía contestar. Edipo interrogado: "¿Cuál es el ser que en el curso de la vida camina unas veces en cuatro pies, otras en dos, y otras en tres, y es tanto más débil cuanto en más pies se apoya?", respondió: "El hombre, que en la infancia se arrastra sobre pies y manos, en la edad madura camina en dos pies, y en la vejez añade un bastón en que apoyarse". La Esfinge vencida se arroja a un abismo; y Edipo, en premio de esta hazaña, recibe de la ciudad la mano de la reina viuda Yocasta. A los dieciséis años de unión, cuando ya tenían dos hijos, Polinices y Eteocles, y dos hijas, Antigona e Ismene, una peste asoladora estalla en Tebas, y como nadie atina con la causa del súbito flagelo, determina Edipo que vaya Creonte, su cuñado, a Delfos, a interrogar el oráculo. Durante esta ausencia de Creonte, empieza la tragedia.

Los oyentes atenienses que presenciaron el estreno de *Edipo Rey* sabían, pues, de antemano todo aquello que el mismo Edipo no llega a saber sino paso a paso a través de toda la tragedia, esto es, que no solamente era él matador de Layo, sino además su hijo, y por tanto hijo de Yocasta con quien estaba casado, doble espantoso crimen, pero crimen puramente material e inconsciente, del que era, por tanto, del todo irresponsable.

La fuerza trágica extraordinaria de la pieza no está, pues, en el gradual descubrimiento de estos hechos fatales, en sí torpes y repugnantes, sino por una parte en la mortal angustia que va invadiendo y subyugando al protagonista, a medida que los va descubriendo, y en la impresión abrumadora que causa al mismo espectador el que la catástrofe se realice y se descubra por los mismos medios que se habían tomado para eludirla y ocultarla.

PERSONAJES:

EDIPO, *rey de Tebas*
YOCASTA, *viuda de Layo, esposa de Edipo*
CREONTE, *hermano de Yocasta*
TIRESIAS, *agorero de la ciudad, anciano y ciego*
Un sacerdote de Zeus
Un mensajero de Corinto
Un pastor tebano, siervo del difunto Layo
Un paje de palacio
Las dos hijas tiernas de Edipo ANTÍGONA e ISMENE
CORO *de ancianos de Tebas, dirigidos por el* CORIFEO
Grupo de suplicantes
Pajes, doncellas y criados

La acción se desarrolla ante el palacio de los reyes de Tebas. Delante de la gradería, el altar de Apolo Licio.

EDIPO REY

En las gradas del palacio y en torno del altar de Apolo Licio, una multitud de suplicantes de diversas edades rodea a un sacerdote. Han depositado, como ofrenda al dios, sus ramos de olivo coronados de copos de lana. Al ver abrirse las puertas del palacio, vuelven todos sus miradas ansiosas con gesto de súplica hacia el rey Edipo, quien, después de contemplarlos un momento compadecido, les dirige la palabra en tono paternal.

PRÓLOGO

o escenas iniciales

EDIPO

Prole postrera del antiguo Cadmo,
hijos míos, decidme, ¿qué pretenden
esta postura vuestra suplicante,
y esos ramos con cándidos vellones,
en torno del altar? Rebosa Tebas
de humo de incienso, cantos y sollozos.
No he querido esperar que otros me anuncien
vuestras desgracias, hijos; y en persona
me vengo hacia vosotros, yo a quien llaman
Edipo, el renombrado entre las gentes.
Habla, anciano; tus años te acreditan
para hacerlo por todos: a mis puertas,
¿qué emociones aguijan vuestras almas?
¿la zozobra? ¿el terror? ¿algún deseo?
Todo lo haré por aliviaros; habla:
puedo y quiero; y a fe, de bronce fuera
si no me conmoviese vuestra súplica.

SACERDOTE

Oh soberano de mi tierra, Edipo,
nos ves cómo de edades tan distintas,
hemos buscado asilo en tus altares:
unos, nidada tierna, que no pueden
arrostrar todavía largo vuelo;
otros, al peso de la edad rendidos;
otros, ministros de diversos dioses,
entre ellos, yo de Zeus; y éstos, la gala
de virgen juventud. Mas otro grupo
con sus ramos los pórticos asedia
de ambos templos de Palas y el oráculo
que rinde Apolo Ismenio en la ceniza.
Pues la ciudad, como lo ves, naufraga,
ni puede alzar cabeza en el abismo
entre las olas de este mar sangriento:
añublo en la hermosura de sus mieses;
en sus rebaños, muerte; y en los partos,
estériles dolores. Y por colmo,
nos embistió la peste, dios de fuego,
que la mansión Cadmea va trocando
en yermo y lobreguez; y el negro Hades
se enriquece con llantos y gemidos.
Si ante tu altar postrados hoy nos miras,
no es que yo ni estos niños con los dioses
te igualemos en gloria; pero te alzas
como el primero de los hombres todos,
en los diarios vaivenes de la vida,
y en los azares de divinas pruebas;
tú que, al llegar un día peregrino
a la ciudad de Cadmo, nos libraste
del tributo de muerte a la monstruosa
Cantora enigmatista, por ti solo,
sin que nada a ninguno preguntaras.
No, sin lección de nadie; con la ayuda
—según se dijo, y el creerlo es justo—
con la ayuda de un dios, tú nos salvaste.
Hora también, oh prepotente Edipo,
vueltos a ti te conjuramos todos
nos busques el remedio, ya te inspire
voz divina o consejo de mortales,
pues el varón probado por la vida
es quien tiene el dictamen más seguro.
¡Salva a tu patria, oh bueno entre los buenos,
y al salvarla, defiende tu renombre!

Como a su salvador te aclama Tebas
—tanto debe a tu afán—; nunca se diga
que levantó a la patria tu reinado
para volverla a hundir sin esperanza.
Sobre segura base alza su gloria:
con prósperos agüeros tú le diste
la que hasta ahora disfrutó tranquila;
demuestra que te igualas a ti propio,
y si es tu sino perpetuar tu mando,
no te está bien reinar sobre un desierto:
pues ¿de qué sirve fortaleza o nave
sin dotación que baste a defenderlas?

EDIPO

¡Hijos desventurados! muy sabidos,
sabidos por demás me son los males
por los que ansiosos acudís. Ay, todos
todos, lo sé muy bien, estáis sufriendo.
Pero, por mucho que sufráis, no hay uno
que sufra lo que yo: que en los dolores,
cada cual siente el suyo, él solo, a solas,
sin compartir el de otros; mi alma, en cambio,
gime a la vez por la ciudad entera,
por mí mismo y por ti. ¡No piense nadie
que viene a despertarme de hondo sueño!
Sabed que ya he vertido muchas lágrimas,
y que muchos caminos llevo andados
por mil sendas de angustias cavilosas...
Un remedio, uno solo, he discurrido,
y aplicado está ya: por orden mía
partió de viaje a la sagrada Delfos
Creonte Menecida, mi cuñado,
a preguntar qué ritos o plegarias
exige el dios de mí para otorgarme
la salud que mi pueblo necesita.
Y angustiado me tiene por el cómputo
de los días que tarda. No comprendo
qué le pueda pasar, pues lleva ausente
mucho tiempo, harto más del requerido...
Pero tan pronto como llegue y hable,
muy malvado he de ser, si no ejecuto
cuanto mandare el dios.

SACERDOTE

Fuera imposible
hablar más en sazón: en este instante
me muestran a Creonte que se acerca.

Se divisa a lo lejos Creonte por la izquierda, con una corona en la frente.

EDIPO

¡Ojalá, Rey Apolo, su venida
la salud traiga que su rostro anuncia!

SACERDOTE

De gratas nuevas portador parece,
pues lauro tan florido en su corona
eso debe indicar.

EDIPO

Vamos a oírlo,
que ya mi voz puede alcanzarle. Príncipe,
hijo de Meneceo, mi allegado,
¿qué respuesta del dios vienes trayendo?

Entra Creonte.

CREONTE

¡Feliz! —pues aun la prueba más adversa,
trocada en bien, es fuente de ventura.

EDIPO

Mas ¿qué responde el dios? Con lo que has dicho
ni aumentas mi ansiedad, ni la disipas.

CREONTE

Si en presencia del pueblo quieres que hable,
dispuesto estoy; si no, vamos adentro.

EDIPO

Habla y que te oigan todos: más me angustio
por su dolor que por mi propia vida...

CREONTE

Cuanto supe del dios entonces digo.
Manda Febo, y es orden perentoria:
"Expulsen sin piedad a un ser inmundo,
que en esta tierra vive y que la mancha;
quede sin cura la mortal postema".

EDIPO

¿Qué rito expiatorio nos impone,
y en qué consiste al fin nuestra desgracia?

CREONTE

Será la expiación o por destierros
o con sangre por sangre. De una muerte
nos viene este turbión que nos azota.

EDIPO

¿Una muerte?... ¿de quién?... ¿por quién lo dice?

CREONTE

Hubo un tiempo en que Layo era rey nuestro,
antes que tú, señor, nos gobernaras.

EDIPO

Lo sé; de oídas... pues jamás le he visto.

CREONTE

Muerto él, que se castigue a los culpables
intima el dios con claridad.

EDIPO

Mas ¿dónde
andarán ellos? ¿cómo hallar el rastro,
borroso ya, de tan antiguo crimen?

CREONTE

Aquí, responde el dios. Halla quien busca;
sólo escapa la presa al indolente.

EDIPO

Y ¿dónde asaltó a Layo el asesino?
¿en casa? ¿en despoblado? ¿en tierra extraña?

CREONTE

Él dijo que iba en busca de un oráculo,
mas fue viaje fatal: jamás ha vuelto.

EDIPO

¿No iba nadie con él? ¿ni ha visto nadie
cosa ninguna que a guiarnos sirva?

CREONTE

Todos murieron, menos uno; y éste
huyó con tal pavor, que lo que viera
no supo repetir; sólo una cosa...

EDIPO

¿Qué cosa? A veces basta un leve indicio
para dar plena luz, si en él se funda
un principio siquiera de esperanza.

CREONTE

Dijo que, al atacar los bandoleros,
no le mató uno solo, sino todos
a una y en tropel.

EDIPO, *concibiendo las primeras sospechas*

Y ¿cómo a tanto
llegó el atrevimiento del bandido,
si alguien no hubiera aquí que le pagara?

CREONTE

Sí, no es inverosímil tal recelo;
pero al fin, muerto Layo, en tantos males
ninguno alzó la voz en su defensa.

EDIPO

En tantos males... ¿y lo habrá que excuse
que, muerto el rey, se echara tierra al crimen?

CREONTE

La Esfinge y sus enigmas, mal presente,
que relegó a la sombra el mal oculto...

EDIPO

Pues yo he de ser quien a la luz lo saque,
yendo otra vez a la raíz. Dignísimo
es el celo piadoso por la víctima
que mostráis Febo y tú; y a mí vereisme
luchar, como es justicia, a vuestro lado
por la causa del dios y la de Tebas.
No es mi favor para ningún amigo
de los lejanos; por mí mismo velo,
al borrar esta afrenta. Porque el monstruo
que un día osó en el rey poner sus manos,
en mí quizá también quiera ensañarse
con rabia igual; y así por él saliendo
salgo a la vez por mí. Pronto, hijos míos,
dejad las gradas del altar, llevaos
los ramos suplicantes, y que alguno
ante el palacio al pueblo me convoque.
Todo lo he de hacer yo, y en este día,
o salimos con bien, si Dios ayuda,
o quedamos hundidos.

Se retira Edipo dentro de su palacio.

SACERDOTE

Levantémonos;
hijos, cuanto pedía nuestra súplica,
ya nos ofrece el rey. Dígnese Apolo,
quien nos mandó el oráculo fatídico,
venir junto con él para salvarnos
y atajar los horrores del flagelo.

Recogen los suplicantes sus ramos, y se agrupan hacia la izquierda mientras hace el Coro su entrada a la orquesta por la derecha.

PÁRODO

o canto de entrada

CORO

Voz de Zeus, voz divina, jocunda y melodiosa,
¿con qué espíritu vienes,
desde el Pítico alcázar donde el oro rebosa,
a la fúlgida Tebas? ¡Oh punzantes recelos!
extendido en el potro de ansia mortal me tienes,
¡Peán, dios de los ayes, Apolo, dios de Delos!
Con sacro horror te miro:
¿qué expiación impones?
¿es algún rito nuevo? ¿o es algo que en su giro
traen las estaciones?
¡Habla! ¡corre los velos,
hija de la Esperanza, voz áurea de los cielos!

¡Atena, a ti primera,
a ti, la inmortal hija
de Zeus, mi voz dirija
su cuita lastimera!
¡Ártemis, tú en pos de ella, su hermana, y protectora
de Tebas, que en el orbe de su plaza te adora!
Y ¡a ti, flechero Apolo! ¡Los tres, en triple alianza,
sed para nuestras sombras aurora de esperanza!
y pues ya de otra peste vencisteis el amago,
¡venid, venid de nuevo, desterrad el estrago!

¡Ay, dolores sin cuento!
¡Presa la patria toda del mal! El pensamiento
no esgrime dardo alguno que mi salud decida...
Ya no brotan retoños de la tierra gloriosa;
los quejidos del parto, tras agonía ansiosa,
dejan a las mujeres triste fruto sin vida...
Cual aves en bandadas,
con ímpetu más raudo que el fuego omnipotente,
alma tras alma vieras volar precipitadas
hacia el dios de las sombras del eterno poniente.

¡Muertes, muertes sin cuento!
¡Una ciudad se muere sin que nadie el lamento
de funerales cultos
a los cuerpos tribute, que en la tierra tendidos,
los mortíferos gérmenes difunden insepultos!...
Multíplice entretanto sube voz de gemidos

de encanecidas madres y esposas sin ventura,
que ante el altar se agolpan para exhalar su pena.
Sonoroso fulgura
el peán, y responden, cual flautas, los plañidos...
¡Ay, vuelve, hija dorada de Zeus, vuelve serena
tu mirada benigna que protección augura!

Y ese dios que me acosa,
que sin bronce de escudos, con destemplada grita
me cerca entre las llamas de su furia rabiosa,
haz que huya de mis campos en vuelo arrebatado,
que se corra a los senos inmensos de Anfitrita,
o al mar Tracio, que tiende su adusto acantilado
sin puerto al navegante...
Mira que me destruye:
si algo deja la noche, su obra el día concluye...
¡Zeus, Padre y Señor nuestro, cuya mano desata
los haces vengadores del fuego centellante:
mira a nuestro verdugo, descarga el rayo y mata!

Rey Licio, es mi deseo
que de la cuerda de oro de tu arco flechas broten,
y en invicto escarceo,
vanguardia nuestra vuelen y al enemigo azoten;
y que estallen las ráfagas de claro centelleo,
con que Ártemis los Licios collados ilumina
en su marcha galana.
Y ¡a ti también te llamo, dios del cintillo de oro,
a ti con cuyo nombre nuestra tierra se ufana,
rubicundo, que encrespas la algazara divina,
y a quien siguen con júbilo las Ménades en coro!
¡Acude, te lo imploro!
y ¡ojalá a nuestro lado, Baco invencible, acoses
con las crudas centellas que tu tea fulmina,
a ese dios de la peste, baldón entre los dioses!

EPISODIO PRIMERO

EDIPO, *que ha entrado durante la última estrofa del coro*

Oras, y tu oración (si a mis palabras
dócil te rindes y el remedio aprestas),
quizás alivio alcance en tu infortunio.
Como ajeno que estoy a estos rumores,

ajeno al hecho infando, sin rebozo
mis planes expondré; pues, de no hacerlo,
mal pudiera por mí dar con el rastro,
si no hay quien mis tanteos encamine.
Mas, puesto que el postrero soy en Tebas
que entrara a ser Tebano, oídme todos,
oíd, pueblo Cadmeo, la orden mía.
Quienquiera de vosotros que conozca
al hombre a cuyo golpe traicionero
ha sucumbido Layo, hijo de Lábdaco,
mando que al punto lo revele todo.
No tema hablar contra sí mismo, evite
el mal mayor de una denuncia ajena:
no sufrirá lo que merece; inmune
saldrá de la ciudad.

Pausa. Nadie responde. Después de un silencio prosigue el rey.

Si alguien supiere
ser de otra tierra el matador, no calle:
su premio yo le doy; y de mi pueblo
suya será la gratitud eterna.

Pausa. Nuevo silencio.

Mas si el labio selláis, si temeroso
o por su propio mal o el de su amigo,
me encubre alguno la verdad, que escuche
lo que por fuerza habré de hacer. Ordeno
que a tal encubridor, fuere quien fuere,
en esta tierra en que yo reino y mando,
nadie abrigo le dé, nadie le hable,
nadie le admita a la común plegaria,
nadie a los sacrificios, ni le brinde
con el agua lustral; todos lo expulsen,
cada cual de su casa, como al torpe
que está manchando la ciudad. Hoy mismo
así me lo ha mostrado el dios de Delfos.
Con esto vengador me constituyo
juntamente del dios y de la víctima.
Y alzo la imprecación contra el culpable,
ya en el crimen se encubra solitario,
ya cercado de cómplices: ¡maldito,
arrastre en maldición su vida infanda!
Y doy un paso más: si en mi familia,
junto a mi altar, en mi palacio, el reo

por connivencia mía se encubriere,
¡que me abrumen mis propias maldiciones!
Para todo, en vosotros me descargo:
a favor mío vuestro amor lo cumpla,
por el dios, por la tierra que se agosta,
estéril, reprobada... Y ¿qué más justo,
si aunque callara el dios, fue y es inicuo
dejar sin lustración tan negro crimen?...
Muere el varón sin par, muere el rey vuestro
y ¿nada se averigua?... Pues, yo ahora
que vino a mi poder cuanto fue suyo,
trono, lecho nupcial, su esposa misma,
que ni el lazo común de hijos comunes
nos hubiera faltado si la suerte
no le privara de hijos —¡suerte infausta
que a la cabeza le saltó traidora!—:
por ello todo, en su defensa juro
que he de salir, cual por mi propio padre,
resuelto a no cejar mientras no encuentre
al que vertió la sangre del Labdácida,
hijo de Polidoro, hijo de Cadmo,
hijo en fin de Agenor padre de todos...
A quienes nieguen su concurso, ¡oh dioses,
no les den ni los campos mies alguna,
ni sus mujeres hijos! ¡Que la peste
u otro azote peor los aniquile!
Mas a vosotros los demás Cadmeos,
que secundáis mi afán, jamás os falte
por aliada perpetua la Justicia,
y os favorezcan las deidades todas.

Se retiran en silencio los suplicantes.

CORIFEO, *subiendo de la orquesta al escenario*

Tu imprecación, oh rey, me sobrecoge;
te diré la verdad. Yo no he matado,
ni sé del matador. Si al regicida
manda buscar Apolo, ¿no debiera
él mismo descubrirle?

EDIPO

Razón tienes;
mas cuando un dios no quiere hablar, no hay hombre
que pueda obtener de él palabra alguna.

CORIFEO

¿Diré el segundo medio en que he pensado?

EDIPO

Y el tercero también.

CORIFEO

Quien más se iguala,
cuanto a visión profética, con Febo
divino augur, es el augur Tiresias;
quien le pregunta, oh rey, luz clara obtiene.

EDIPO

Ni este arbitrio tampoco he descuidado:
movido por Creonte, uno tras otro,
le mandé dos heraldos, y me admiro
cómo tanto demora en presentarse.

CORIFEO

Fuera de lo que él diga, cuanto corre
no pasa de rumores sin substancia.

EDIPO

¿Rumores? ¿cuáles? Me interesa todo.

CORIFEO

Se atribuye la muerte a unos viandantes.

EDIPO

Sí, me enteré también; mas no hay ahora
quien pueda dar razón de aquel testigo.

CORIFEO

Si sabe lo que es miedo, aquí no espera
con tales maldiciones...

EDIPO

Por palabras
no temblará quien no tembló del crimen.

CORIFEO

Mas hay quien lo descubra. Ya nos traen
al agorero, hombre divino, el único
que innata en su alma la verdad posea.

Entra Tiresias, ciego y muy anciano, entre dos criados de Edipo y guiado por un niño.

EDIPO

¡Oh Tiresias, oh tú que inmenso abarcas
todo misterio y ciencia, tierra y cielo!
a la ciudad no ves, pero la sientes
en dolencia mortal: tú solo, oh vate,
serás su amparo y salvación. Pues Febo
—si ya no te lo han dicho los heraldos—
sólo un remedio a nuestro mal intima:
dar con los regicidas, y que mueran
o salgan para siempre a tierra extraña.
Pródigo de tu ciencia, ya la inspiren
el ave en su cantar u otros pronósticos,
sálvate a ti y a mí, salva a este pueblo,
salva a cuanto inficiona el torpe influjo
del muerto que ha quedado sin venganza.
De ti depende nuestra vida; piensa
que hacer favor, con cuanto tiene y puede,
es para el hombre, el más glorioso empeño.

TIRESIAS, *hablando consigo mismo*

¡Triste, triste de mí! ¡qué horrenda cosa
saber, cuando la ciencia sólo rinde
a quien sabe, dolor!... ¡Yo bien lo supe...
y lo olvidé!... ¡Por qué me habré venido!

EDIPO

¿Qué es esto? ¡qué abatido y mustio llegas!

TIRESIAS

¡Ea, mándame a casa! no te opongas...
mejor así los dos cargar podremos
con tu desgracia tú, yo con la mía...

EDIPO, *con suave reconvención*

No es esto hablar como a tu cargo cumple
ni mostrarte buen hijo de la patria;
a ella debes el ser, ¿y le rehusas
tu respuesta augural?

TIRESIAS

Es que estoy viendo
que tú tampoco en tu pregunta aciertas.
No quiero igual tropiezo...

EDIPO

¡Por los dioses!
no te vuelvas atrás: si sabes, ¡habla!
aquí a tus plantas lo imploramos todos...

TIRESIAS

Es que todos erráis. Mis males callo,
¡mis males, ¡ay! por no decir... los tuyos!

EDIPO, *exaltándose*

¿Qué? ¿Sabes todo, y en callar persistes?
¿quieres ser tú la ruina de tu patria?

TIRESIAS

Ni a mí ni a ti daré tormento en vano;
no insistas más; por mí no has de saberlo.

EDIPO, *con súbito estallido de ira*

¿Cómo? ¡Infame! ¡villano! —que a una roca
encendieras en ira—, conque ¿no hablas?
torvo y duro hasta el fin, irreductible...

TIRESIAS

Mi cólera te ofende, y... la que habita
contigo... ¿no ves tú?... ¡tú me reprendes!...

EDIPO

Y ¿a quién no irritaría tu respuesta,
que es menosprecio de tu patria?

TIRESIAS

Todo
saldrá a luz por sí mismo, aunque yo calle.

EDIPO

Pues si es así, te toca a ti decírmelo.

TIRESIAS, *inflexible*

De aquí no he de pasar; y si te enoja,
puedes soltar tu cólera más brava.

EDIPO

Pues, según en mi pecho se embravece,
no disimulo más: yo en ti descubro
de esta vil trama al fraguador, al cómplice...
¡sólo te falta ensangrentar tus manos,
y si tuvieses ojos, aun diría
que íntegro el crimen se debió a ti solo!

TIRESIAS, *cediendo a su vez a la ira*

¿De veras? Oye pues: te notifico
que a tu propio pregón desde hoy te atengas,
que a nadie oses hablar, ¿oíste?, a nadie,
pues eres tú el maldito que nos manchas...

EDIPO

Con tan loco descaro te desbocas,
y ¿te imaginas escapar impune?

TIRESIAS

¡Yo libre estoy: incontrastable nutro
en mi alma la verdad!

EDIPO

¿Quién te la enseña?
Tu ciencia no ha de ser...

TIRESIAS

A ti la debo:
tú me forzaste a hablar; yo no quería...

EDIPO

¿Qué fue? dilo otra vez, que pueda oírlo.

TIRESIAS

¿No oíste ya? o ¿es que enredarme intentas?

EDIPO

No, no entendí del todo. A ver, más claro.

TIRESIAS

Digo que el asesino que rebuscas
eres tú mismo.

EDIPO

¡Yo! ¡la misma infamia
segunda vez... no has de gloriarte de ello!

TIRESIAS

¿Diré algo más para que más te aíres?

EDIPO

¡Habla a tu antojo, que hablarás en vano!

TIRESIAS, *sin explicar en qué se funda para tan terribles revelaciones*

Digo que ni sospechas la vergüenza
de tu vida enlazada con los seres
más caros para ti: ¡siniestro abismo
que no atinas a ver!

EDIPO

¡Ultraja, infame!
¡verás si no te alcanza el escarmiento!

TIRESIAS

¡Mi fuerza es la verdad!

EDIPO

¡Falla su fuerza
en ti, tres veces ciego, desgraciado
que ni oyes, ni comprendes, ni ves nada!

TIRESIAS

¡El desdichado tú, que me baldonas
con lo que pronto han de achacarte todos!

EDIPO

¡Noche ininterrumpida, eterna noche
te cerca, y de tus golpes nos burlamos
los que vemos brillar la luz del día!

TIRESIAS, *profético*

No es el destino tuyo que sucumbas
al golpe mío. Basta Apolo... Él vela...

EDIPO, *con maligna sospecha*

Y eso ¿es hallazgo tuyo o de Creonte?

TIRESIAS

A Creonte no imputes mal alguno...
¡La causa de tu ruina eres tú mismo!

EDIPO

¡Oh riqueza! ¡oh poder! ¡oh don supremo
que en el turbión de envidias de la vida
supera a cualquier don! ¡ay, cuántos celos
son la herencia fatal que os acompaña!
Por este trono, que en ofrenda libre,
sin yo pedirlo, la ciudad me diera,
¡Creonte, el fiel Creonte, el viejo amigo,
oculto trama y suplantarme ansía!
Y ¡para ello se vale de este brujo,
saco de enredos, embaidor tramposo,
para su ruin ganancia ojos abiertos
y ojos de ciego en su arte de adivino!
Porque ¿adivino tú? ¿dónde ni cuándo
diste prueba de tal? ¿cómo en la hora
de los enigmas de la horrenda Esfinge

no supiste atinar con la respuesta
que a la ciudad salvara de la ruina?
Ni era por cierto enigma que pudiese
resolver un cualquiera; era preciso
arte de augur; y el tuyo ¿dónde estuvo?
¿dónde, di, ni por gracia de tus pájaros,
ni por favor de ningún dios?... A tiempo
pasaba yo, yo Edipo, el que no sabe...
y yo la enmudecí, con ciencia mía
no enseñada de pájaros... Y ¿quieres
destronarme a mí tú?... Sueñas sin duda
sentarte junto al trono de Creonte...
Lágrimas me parece que este empeño
de alejar maldiciones de esta tierra
os va a costar a ti y al que esto urde...
Y si no fuera que te veo anciano,
con azotes te diera tu escarmiento...

CORIFEO

Pasión, oh Edipo, es lo que a él le arrastra,
pero también a ti... ¡No es tiempo de eso!
Nos apremia el oráculo de Apolo,
e importa hallarle la mejor salida.

TIRESIAS, *duro y digno*

Eres rey; mas con todo has de igualarme
contigo en la respuesta; mi derecho
me has de reconocer: no soy tu esclavo,
lo soy de Apolo Loxias; yo no vivo
ni viviré al amparo de Creonte.
Pues bien, ya que mentaste mi ceguera
para con ella baldonarme, escucha:
tú miras, mas no ves dónde has caído,
no ves ni dónde vives, ni con quiénes,
—¿sabes siquiera, di, de quién naciste?—
¡tú que sin sospecharlo fuiste azote
y lo eres todavía de los tuyos,
los muertos y los vivos!... Ya te acosan
tu padre y madre a una con el golpe
de horrenda maldición, doble flagelo
que ha de arrojarte de esta tierra, y ¿cómo?
—tú que ahora ves luz, viendo tinieblas...
¡qué sitio entonces no será ensenada
que acoja tus clamores! ¡por qué valles
del Citerón no rodarán sus ecos,

cuando descubras tu himeneo, y veas
qué puerto para ti fue este palacio,
tras viaje tan feliz fatal escollo!...
Y ¡qué tropel de crímenes que ignoras,
con que al mismo nivel tú con tus hijos
os hallaréis de súbito! Tras esto,
contra Creonte y la sentencia mía
escarnios amontona... Entre los hombres
no habrá quien nunca aniquilado quede
con más rigor que tú...

EDIPO, *en el colmo de la exasperación*

¿Y he de aguantarle
ni una palabra más? ¡Pártate un rayo!
¡Fuera de aquí! ¡por donde entraste! ¡pronto!
¿qué? ¿no estás lejos ya?

TIRESIAS

¿Quién me ha llamado?
¿o acaso nunca me brindé a venirme?

EDIPO

¿Y acaso te llamara, si supiera
que ibas aquí en mi casa a desmandarte
a tal insensatez?

TIRESIAS

¡Un pobre loco,
para ti no soy más!... ¡pero gran sabio
para tus padres fui!

EDIPO, *con horrible ansiedad*

¿Quiénes? ¡detente!
¿qué acabas de decir? ¿quién es mi padre?

Después de esta pregunta, Edipo ya no presta atención seria a nada de lo que sigue.

TIRESIAS, *despectivo*

El día de hoy te dará ser... y ruina.

EDIPO

Sólo en enigmas lo has de hablar hoy todo...

TIRESIAS

Y en solventarlos, ¿no eras tú maestro?

EDIPO

¡Haz burla! ¡allí no falla mi grandeza!

TIRESIAS

Y esa grandeza te llevó al abismo...

EDIPO

Si así salvé a la patria, ¡no me duelo!

TIRESIAS

Bien pues, me voy. Muchacho, ve guiando.

EDIPO

¡Sí, que te saque! aquí metido, estorbas;
no has de molestar más una vez fuera...

TIRESIAS, *deteniéndose todavía un momento.*

Cuando haya dicho lo que quiero, ireme
sin que logre tu ceño amedrentarme:
—¿poder en ti para perderme?... ¿dónde?—
Te digo que el malvado en cuya busca
tal furia de amenazas has vertido
pregonando la sangre del Labdácida,
aquí se ha de encontrar, en plena Tebas,
con nombre de extranjero; mas muy pronto
vendrá a saber que fue Tebano puro
y cuán poco al saberlo ha de alegrarse...
Antes veía, marcharase ciego;
era opulento; partirá mendigo
a tientas con su palo, a tierra extraña...
Y a luz saldrá que vive con sus hijos,
siéndoles a la vez padre y hermano,
hijo y esposo de su propia madre,

consorte con su padre y parricida...
Entra ahora y pondera mis palabras;
y si hallas que he fallado en sólo una,
llámame por baldón falso profeta...

EDIPO, *perdido en sus pensamientos, no ha atendido a nada. Sin pronunciar palabra ve retirarse a Tiresias; preocupado y sombrío entra también, después de unos instantes, dentro del palacio.*

ESTÁSIMO PRIMERO

CORO

¿Quién será aquél, a quien la voz divina
de la Délfica roca
denuncia sin nombrar... furia asesina
que a indecibles infamias se desboca?
¡Ya es hora que en la fuga
mueva la planta con más firme brío
que los potros, del viento raudos émulos,
pues ya sobre el impío,
cae el hijo de Zeus y le subyuga
armado con el haz de rayos trémulos;
y en pos, vuelo febril, alas restallan:
las Furias vengadoras que no fallan.

Desde el nevado pico del Parnaso,
cual ráfaga, un oráculo destella:
del criminal oculto
rastrear manda por doquier la huella.
Mas él, que ronda, furibundo, acaso,
grutas y peñas, remontado toro,
en viuda soledad, con triste paso,
por el breñal inculto,
las voces huye que el Pitón de oro
de la tierra, implacable, le fulmina.
Locura presuntuosa...
¡La venganza divina
suelta tras él su enjambre que le acosa!

¡Ay horrible ansiedad en que me ofusco,
desde que habló el fatídico agorero!

Yo ni niego ni afirmo, ni, aunque busco,
atino qué decir, y desespero,
en pos de una señal reveladora.
El alma, de esperanza en esperanza,
revuela y escudriña
presente y porvenir; pero ni ahora,
ni en el pasado a que el recuerdo alcanza,
halla entre los Labdácidas y el hijo
de Pólibo un riña,
indicio claro de rencor prolijo.
¿Por qué, pues, el insulto
contra la limpia fama
de Edipo ha de lanzar quien se proclama
tardío vengador de Layo inulto?

Omnisapientes, Febo y Zeus: fulgura
su escrutador mirar en todo arcano;
mas si el vidente humano
me vence o no en saber, ¿quién lo asegura?
Puede ceder su ciencia ante otra ciencia.
¿Qué mucho, pues, que afirme
que mientras no se imponga la evidencia,
a detractoras voces no he de unirme?
¿Qué? ¿no le vimos todos cómo el día
que le asaltó cruel la Esfinge alada,
de mi patria adorada
fue salvación su ciencia y bizarría?
¡No, no esperen que brote de mi labio
contra mi rey condenación o agravio!

EPISODIO SEGUNDO

CREONTE, *entrando sobresaltado*

Ciudadanos, la pérfida calumnia
que oigo que me levanta el rey Edipo
indignado y quejoso aquí me trae.
¡Que en la angustia común capaz me juzgue
de manejos o dichos alevosos
en contra de él!... ¡Ah! ¡prolongar no quiero
mi vida bajo el peso de esta afrenta!
Afrenta que no tomo por nonada,
sino por mal gravísimo, si a una
todos en la ciudad, amigos antes,
desde hoy me apellidáis traidor aleve.

CORIFEO

Tal vez fue su atropello airado brote,
más que idea pensada...

CREONTE

¿Pero en público
se ha llegado a decir que mi consejo
sugirió al adivino sus mentiras?

CORIFEO

Se dijo, sí; con qué intención, lo ignoro.

CREONTE

¿Y al proferir sus cargos, daba muestras
de serena razón, de ojos serenos?

CORIFEO

Lo que mis amos hacen, no lo miro;
mas helo aquí que del palacio sale.

Entra Edipo, y al ver a Creonte tiene un estallido de ira.

EDIPO

¿Es posible? ¿tú aquí? ¡y en tu impudencia
hasta te atreves a pisar mi casa,
público regicida del rey Layo,
manifiesto ladrón del trono mío!
¡Por los dioses! ¿tan ruin y tan cobarde
o tan simple me has visto, que te lanzas
a tal conspiración? ¿o te creíste
que no iba yo a sentir tu sordo asalto,
o que al sentirlo iba a quedarme mudo?
¡Qué locura! ¡sin tropas, sin amigos,
pretender escalar el regio trono,
que sólo el oro o la violencia alcanzan!

CREONTE

Permíteme un consejo: ya has hablado;
déjame responder, y después juzga.

EDIPO

Diestro hablas tú, mas yo muy torpe atiendo
cuando me arguye un pérfido convicto.

CREONTE

Eso es de averiguar... primero escúchame.

EDIPO

Nada averiguo: tu maldad no niegues.

CREONTE

Si esperas que te rinda algún provecho
tu obstinación sin juicio, te equivocas.

EDIPO

Y te equivocas tú, si es que pretendes,
a tu sangre traidor, quedar impune.

CREONTE

Si en eso estoy conforme, y es justicia;
mas sepamos al fin, ¿qué me reprochas?

EDIPO

¿Fue tu empeño o no fue que a mi presencia
llamara al solemnísimo adivino?

CREONTE

Ese consejo di, bien dado estuvo.

EDIPO

Y ¿cuánto tiempo hará desde que Layo...

CREONTE

—¿Layo? ¿a qué viene Layo? no te entiendo.—

EDIPO

...cayó al golpe de manos asesinas?

CREONTE

La cuenta a luengos años se remonta...

EDIPO

Y ¿ya ejercía su arte este agorero?

CREONTE

Ya, con acierto igual y fama idéntica.

EDIPO

¿Hizo entonces de mí mención alguna?

CREONTE

No, que yo sepa, en mi presencia al menos.

EDIPO

¿Y a raíz de la muerte, hubo su encuesta?

CREONTE

La hicimos, claro está; mas no dio fruto.

EDIPO

¿Y el gran sabio no habló? ¿qué hacía entonces?

CREONTE

No sé. Cuando no sé, callar prefiero.

EDIPO

Pero una cosa, sí, vas a decirme...

CREONTE

¿Cuál? Si en verdad la sé, no he de negarla.

EDIPO

Que de no andar contigo de consuno,
nunca ni me nombrara en lo de Layo.

CREONTE

Ah... ¿te nombró?... lo sabrás tú... y ahora
tócame a mí; cual respondí, responde.

EDIPO

Venga: no he de quedar por asesino.

CREONTE

Vamos a ver, ¿tu esposa no es mi hermana?

EDIPO

¿Por qué voy a negar lo que preguntas?

CREONTE

¿No eres rey a la par, como ella es reina?

EDIPO

Sus más leves deseos, yo los cumplo.

CREONTE

Y yo, junto a los dos, ¿no soy tercero?

EDIPO

Y en eso mismo tu maldad descubres...

CREONTE

No, si es que a la razón prestas oídos,
tal como lo hago yo. Vamos al caso:
¿sabes tú de algún hombre que prefiera
mandar entre terrores, si le ofrecen
igual poder con plácido descanso?
Ese hombre no soy yo. Yo no ambiciono
el ser rey, sino la regia vida...
Basta saber para esto lo que es juicio.
Todo ahora sin miedo en ti lo tengo;
de ser yo mismo el rey, en cuántas cosas
no tuviera que obrar contra mi gusto.
Y ¿quieres que me tiente por más dulce
la dignidad real, que un poderío

tan grande y tan sin penas? No me engaña
a tal punto el señuelo de las honras,
que en ellas mire más que a mi provecho.
Todos por hoy se gozan con mi dicha;
no hay quien no me haga fiestas, quien no acuda,
si algo de ti pretende, a que le apoye,
que en eso está el medrar... Y ¿yo trocara
bien tan macizo por su sombra huera?
¡No! ¡no cabe traición con sano juicio!
ni soy yo para andarme con enredos
que aun, al verlos en otros, me repugnan.
¿La prueba? - Manda a Delfos quien se entere
si un ápice he mudado en el oráculo.
Más: si complicidad en mí descubres
con el vidente aquel, aun en lo mínimo,
no me condene una sentencia sola:
préndeme, y moriré, por doble voto,
el mío con el tuyo. Pero a ciegas
¡no acuses, no, ni por vislumbres vanas!
Al malo llamar bueno, al bueno malo
¿cómo, sin más? Echar al fiel amigo
es lo mismo que echar del seno propio
el más preciado bien, la propia vida.
Maestro fiel, el tiempo: él solo puede
al justo aquilatar; un día sobra
para darnos atisbos de un malvado.

CORIFEO

Discreto habló; y el que caer no quiera
óigale, oh rey. Quien precipita el juicio
poco seguro va...

EDIPO

Mas cuando siento
precipitarse al que traidor conspira,
fuerza es que yo también me precipite.
¿O habré de estarme quedo, con que salgan
victorioso su plan, burlado el mío?

CREONTE

Vamos, ¿qué es lo que quieres? ¿desterrarme?

EDIPO

¿Desterrarte? No tal; ¡tu muerte quiero!

CREONTE

...Si antes pruebas la envidia que me imputas.

EDIPO

¿Hablas resuelto a no ceder ni oírme?

CREONTE

Es que veo que en ti no rige el juicio...

EDIPO

¡Rige para lo mío!

CREONTE

¿No debiera
mirar por mí también?

EDIPO

¿Por ti, perverso?

CREONTE

Y ¿si es que entiendes mal?

EDIPO

¡Quien manda manda!

CREONTE

¡A lo tirano, no!

EDIPO

¡Favor, Tebanos!

CREONTE

¡Favor a mí también, también yo tengo
mi parte en la ciudad, que no tú solo!

CORIFEO

¡Paz! ¡príncipes, teneos! cuán a punto
para vosotros miro en los umbrales

del palacio a Yocasta. Ella reduzca
a paz estable tan funestas iras...

Se presenta Yocasta en la puerta central del palacio.

YOCASTA

¡Desatentada lid! Así, menguados,
la lengua desatáis, y, cuando gime
la patria en agonía, ¿no es vergüenza
que andéis en tales pleitos? ¿a palacio
no irás, Edipo? ¿y tú, Creonte, a casa,
antes que rompa en llama esta centella?

CREONTE

Hermana, ¡si es que Edipo, esposo tuyo,
su furia injusta en mí cebar pretende
con una de dos penas, o arrojándome
de la patria, o mandándome al suplicio!

EDIPO

Cierto es, mujer, mas le cogí en amaños
de alevosa traición contra mi vida.

CREONTE, *tocando el altar en señal de juramento*

¡Fálteme todo bien, maldito muera,
si algo hice contra ti de cuanto has dicho!...

YOCASTA

¡Por los dioses, Edipo, dale crédito!
Pues por ellos juró, muestra en creerle
que a los dioses respetas, y que miras
por mí y estos amigos que te asisten!

CORIFEO

¡Ríndete, oh rey, consiente, reflexiona,
por piedad!

EDIPO

Y ¿en qué tengo que rendirme?

CORIFEO

Ya no es él ningún niño, y pues que jura,
tu respeto merece.

EDIPO

Pero ¿entiendes
lo que con esto pides?

CORIFEO

Sí, lo entiendo.

EDIPO

¿Qué pues?

CORIFEO

Que al fiel amigo no convicto,
que su lealtad con juramento abona,
no le arrojes de ti con tal infamia.

EDIPO

¡Ay! ten por cierto que este anhelo tuyo
mi ruina me prepara o mi destierro...

CORO

¡Horror, sospecha inicua!
¡No! ¡por el Sol, deidad la más conspicua
entre los dioses todos! Y que el hado,
sin dios a quien volverme, sin amigo,
me abrume con el fin más desastrado,
si es que tal pensamiento en mi alma abrigo.
Pero es que me tortura
la infausta ruina que a mi patria azota,
si cuando el mal antiguo más la apura,
colma su desventura
el nuevo mal que de vosotros brota...

EDIPO, *al Coro*

Bien, salga libre pues... aunque por pago
me espera, de seguro, cruda muerte
o el salir arrojado de esta tierra

con público baldón... Porque me inclino
a tu ruego, a tu queja, no a la suya...
pues lo que es él, lo he de mirar con odio
dondequiera que esté...

CREONTE

Terco y soberbio,
lo mismo en el ceder, que cuando insano
y enajenado estás... Genios como ése,
tormento para todos, más tormento
para sí mismos son...

EDIPO

¡Al punto, fuera!

CREONTE

Me voy. No has entendido... Estos ancianos
íntegro y fiel me ven cual fui yo siempre...

Sale Creonte.

CORIFEO

¿No fuera bueno, oh reina, sin demora
hacer entrar al rey?

YOCASTA

Pero primero
sepa lo que pasó.

CORIFEO

Ciegas sospechas,
infundados reproches, que al clavarse,
causan por fuerza resentido agravio...

YOCASTA

Y ¿fue mutuo?

CORIFEO

Lo fue.

YOCASTA

¿Qué se decía?

CORIFEO

¡Permite por favor que el labio calle!
Cuando la patria agonizante lucha,
oh reina, basta, creo... y que se quede
el pleito donde está...

EDIPO

Ves en qué paras,
consejero leal pero indiscreto...
¿Así enervas mi enojo? ¿así me sirves?

CORO

¡Oh rey, no una vez sola
has escuchado mi leal protesta!
¿Yo a ti dejarte? ¡Insensatez funesta,
locura y sinrazón!... Cuando la ola
del terror a mi patria sumergía,
la salvación le diste.
Cuando otra vez el huracán la embiste,
de nuevo serás tú su norte y guía.

Yocasta se acerca con ademán cariñoso a Edipo.

YOCASTA

A mí también, rey mío, por los dioses,
dime cómo tan hondo se ha clavado
en tu alma tal rencor...

EDIPO

Más que a ninguno
de estos ancianos, reina, a ti venero.
Te lo diré. ¡Creonte es el culpable!
que horrores contra mí tramando viene...

YOCASTA

¿Podrías concretarme tu querella?

EDIPO

¡Asesino de Layo me apellida!

YOCASTA

Y eso... ¿lo supo él mismo, o por denuncias?

EDIPO

De un pérfido profeta se ha valido,
que él no comprometió sus propios labios...

YOCASTA

Entonces puedes darte por absuelto...
no pienses más. Escúchame y comprende,
para descanso tuyo, que no existe
ningún mortal que lea en lo futuro.
La prueba te la doy breve y sin réplica.
Tiempos ha, llegó a Layo un vaticinio
—obra, no diré yo del mismo Apolo,
sino de sus intérpretes—, marcándole
para un sino fatal: la muerte a manos
de un hijo suyo... el que de mí tuviese.
Mas él —van años ya—, según rumores,
a manos de bandidos extranjeros,
fue muerto en una triple encrucijada.

Edipo tiene un gesto imperceptible de sobresalto.

Por su lado el infante no cumplía
ni tres días siquiera, cuando el padre,
ensartándole juntos los tobillos,
lo echó por mano ajena a lo más agrio
del monte. ¿Ves bien claro que no pudo
lograr Apolo ni que el niño fuera
quien matara a su padre, ni tampoco
que Layo —como tanto lo temía—
muriera a manos de su propio hijo?
¡Oráculos celestes tan concretos
que así luego se cumplen!... No te cures
de ellos ya más... Cuando algo un dios pretende,
lo saca a luz, sin que haya quien lo estorbe...

EDIPO

Al oír tus palabras, en qué angustias
el alma se me pierde... y qué memorias
brotan del fondo de ella...

YOCASTA

¿Qué cuidado
así te hace volver sobre ti mismo?

EDIPO

Creo te oí decir que fue la muerte
de Layo... en una triple encrucijada...

YOCASTA

Tal fue la voz común; lo es todavía.

EDIPO

Y ¿dónde fue el lugar de la catástrofe?

YOCASTA

En Fócida, en el punto en que se juntan
el camino de Delfos y el de Daulia.

EDIPO, *con creciente excitación*

Y ¿qué tiempo ha pasado desde entonces?

YOCASTA

La nueva aquí llegó muy poco antes
que tomaras tú el mando de esta tierra.

EDIPO, *con espanto*

¡Oh Zeus! ¿qué habrás resuelto hacer conmigo?

YOCASTA

Y ¿qué hay en esto, Edipo, que te angustie?

EDIPO

No preguntes aún. Dime, ¿qué aspecto
tenía Layo, y de qué edad sería?

YOCASTA

Era alto: ya apuntaba en sus cabellos
algún hilo de plata... con un aire...
bien parecido al tuyo...

EDIPO, *balbuceando*

¡Suerte infausta!
me parece que horribles maldiciones
lancé hoy contra mí mismo, sin saberlo...

YOCASTA

Oh rey, ¿qué dices? Con temblor te miro...

EDIPO

Y yerto estoy pensando... si los ojos
del adivino ven... Con que contestes
a una pregunta más, salgo de dudas...

YOCASTA

Me da pavor; con todo, a cuanto mandes,
lo que sepa diré.

EDIPO

¿Cómo iba Layo?
¿con poca gente, o con la regia escolta
que corresponde a un príncipe?

YOCASTA

Por todos
eran cinco; uno de ellos el heraldo;
seguía una carroza, y Layo en ella.

EDIPO

¡Horror! todo está claro... Pero dime,
¿aquí, mujer, quién dio la voz?

YOCASTA

Un siervo
que nos volvió superviviente, el único.

EDIPO

Y ¿vivirá en palacio todavía?

YOCASTA

Ya no; porque, a la vuelta de aquel viaje,
al punto que te vio dueño del trono,
después de muerto Layo, me imploraba,
tocándome la diestra, que a los campos
le despachase por pastor de ovejas,
lejos de la ciudad, donde ya nunca
la pudiese ver más. Yo vine en ello,
le mandé, que, aunque esclavo, merecía
tan pequeña merced y otras mayores.

EDIPO

Y ¿no podrá volver aquí al instante?

YOCASTA

Fácil es; mas ¿por qué tan vivas ansias?

EDIPO

¡Ay, mujer! yo me temo haber hablado
muchas cosas de más... Tengo que verle...

YOCASTA

Pues vendrá. Mas, oh rey, ¿no seré digna
de saber yo también lo que te abruma?

EDIPO

¿Cómo te lo ocultara, si me agobia
el peso de fatal presentimiento?
o ¿a quién mejor que a ti contar pudiera
mi angustia en este trance tan horrible?...
Tuve por padre a Pólibo, el corintio,
y a Mérope de Dóride por madre.
Yo era en Corinto el hombre más glorioso,
cuando un percance tuve, que sin duda
digno era de atención, mas no de tanta
como le presté yo. Fue en un banquete.
Un comensal, a la hora de las copas,
ebrio me baldonó de hijo adoptado.
Yo me sobresalté, y a duras penas
me contuve aquel día. Ya no pude
del siguiente pasar; voy a mi madre,
a mi padre después, y les pregunto.

Mostraron del agravio grande enojo
contra el menguado que soltó la especie.
Me alivió su respuesta; mas, con todo,
la duda sin cesar me carcomía,
pues se corrió la voz por todas partes.
A ocultas de los míos corro a Delfos.
Mas Febo, a mis preguntas desdeñoso,
Me despachó sin responderme. En cambio
se reveló terrible en el anuncio
de desgracias horrendas, angustiosas:
era mi sino unirme con mi madre,
engendrar una prole que causara
horror al mundo con su vista sola;
y al padre que me diera el ser que tengo,
asesinarle yo... Con tal sentencia,
Corinto desde entonces fue la patria
que sólo desde lejos, por los astros,
se puede adivinar. Dime a la fuga
hacia donde jamás cumplido viese
el horror de mis torpes vaticinios.
Prosiguiendo mi viaje, llego al punto
donde dices que el rey halló la muerte;
y hora, sabrás, mujer, la verdad toda.
Estaba ya en la triple encrucijada,
cuando vi que venían a mi encuentro
un heraldo y un hombre recostado
en carroza tirada por dos potros;
su aspecto, el que has descrito hace un instante.
Primero el guía, y luego el mismo viejo:
"haz lado", me gritaron con violencia.
Al primer empujón del espolique,
le asesto yo, sin más, furioso golpe.
El viejo que lo ve, me acecha al paso,
y al ir yo junto al coche, desde arriba
me asienta su aguijada de dos puntas
en plena cara. La pagó con creces.
Fue cosa fulminante: alzo la mano;
del coche lo descuaja mi garrote
desplomado de espaldas en la vía,
y los mato yo a todos... Mas si tiene
sangre común con Layo este viajero,
¡ay infeliz de mí! ¿será posible
suerte de más horror? ¿o habrá quien pueda
decirse más odiado de los dioses?
Nadie ya, ni Tebano ni extranjero,
puede ofrecerme asilo en su morada,

ni hablar conmigo; de sus casas todos
me tienen que expulsar... Y nadie, nadie
me echó estas maldiciones; yo en persona
las lancé contra mí... Yo del difunto
manchando estoy el lecho con las manos
que segaron su vida... ¡Ay! ¿no soy torpe
—mejor dijera la torpeza misma—,
si debo desterrarme, y mi destierro
no lo puedo aliviar viendo a los míos
ni a mi patria jamás, sin que me aseche
un enlace nefando con mi madre
y el parricidio de mi padre, Pólibo,
que me dio el ser y me crió?... ¡Por cierto
que atina la verdad quien atribuya
a un dios que contra mí se encruelece
tanto colmo de mal!... Mas ¡nunca, nunca
tenga, oh deidades puras, venerandas,
que ver tal día yo! ¡De entre los hombres
desaparezca, antes que en mí el estigma
de infamia tan funesta impreso mire!

CORIFEO

Oh rey, fuente de angustia es tu relato,
mas hasta ver al único testigo,
guarda alguna esperanza.

EDIPO

Ya la única
se reduce tan sólo a que aguardemos
se presente el pastor...

YOCASTA

Y cuando llegue,
¿qué piensas sacar de él?

EDIPO

Pues mucho, mira:
si se halla que sus dichos coinciden
en todo con los tuyos, yo estoy salvo.

YOCASTA

¿Qué me has oído a mí que tanto importe?

EDIPO

De "ladrones" dijiste que él hablaba
en la muerte del rey. Si en este número
se afirma todavía, yo no he sido:
igualarse no pueden uno y varios.
Si en cambio muda el número en un solo
viajero solitario, ya no hay duda:
la sangre que vertí se me echa encima...

YOCASTA

Cierto puedes estar que así la historia
fue contada por él, y no es posible
que llegue a desdecirse: toda Tebas,
no yo sola, la oímos de sus labios.
Que algo cambie en su dicho... - no por eso
logrará nunca, oh rey, hacer que encajen
con la muerte de Layo los oráculos.
Porque formal sentencia fue de Loxias
que había de matarle un hijo mío.
Mas ¿cómo le matara el sin ventura
si él pereció primero?... ¡Ni al un lado
ni al otro he de mirar en adelante
por profecía alguna!...

EDIPO, *como distraído*

Razón tienes.
Con todo, hazme buscar al campesino,
y no descuides eso.

YOCASTA

Con presteza.
lo hago llamar. Mas al palacio entremos,
que en nada pienso sino en darte gusto.

Entran al palacio Edipo y Yocasta,
y el Coro queda solo.

ESTÁSIMO SEGUNDO

CORO

En el viaje de la vida no es mi anhelo otro destino
que ganar el alto premio de pureza y de piedad
en mis actos y palabras, sujetándome al divino

señorío de unas leyes de sublime majestad.
¡En el éter se engendraron, el Olimpo es padre de ellas,
el Olimpo, y no los hombres con su efímera virtud;
ni del sueño del olvido sufrirán nunca las huellas;
un gran dios las vivifica, de perenne juventud!

Al tirano, la insolencia... la insolencia es quien lo cría,
y le ceba en bienes vanos con ansioso frenesí;
a la cumbre más enhiesta sube airoso y se gloría;
mas al fondo del abismo se despeña desde allí:
sima abrupta, donde no halla quien le ampare contra el Hado...
- Otras luchas generosas de fecunda emulación,
a Dios ruego nunca falten para gloria del Estado;
y yo siempre a Dios me acojo por auxilio y protección...

Mas si alguno se pasea retador, el pecho erguido,
sin temor a la justicia, sin respeto del altar,
¡que mal hado le arrebate por su orgullo desmedido,
si es injusto en su ganancia, si, sacrílego atrevido,
cosas toca en su locura que jamás se han de tocar!
¿Y habrá alguno que perpetre tales hechos, y que ufano
de los dardos vengadores de los dioses libre esté?
Pues si el crimen queda impune, si se aplaude, ¿a qué me afano?
estas danzas, y estos himnos, y estos cultos ¿para qué?

¡Nunca más al sacro templo, centro augusto de la tierra,
nunca al de Abe, ni al de Olimpia, con fe pía podré ir,
si no consta, hasta palparlo, que el oráculo no yerra,
y ven todos que, cuando habla, sabe Dios hacer cumplir!
¡Rey supremo! si es tu nombre: Zeus Señor, el que domina,
haz sentir la fuerza invicta de tu imperio y tu visión.
Los oráculos de Layo van cayendo en lenta ruina,
y hacen fiesta... en todas partes, sin vigor la voz divina...
falla el crédito de Apolo, muere ya la religión...

EPISODIO TERCERO

Sale Yocasta de palacio, acompañada de doncellas portadoras de ofrendas.

YOCASTA

Nobles de la ciudad, secreto impulso
me lleva hacia los templos de los dioses,
ostentando este ramo suplicante

y esta ofrenda de incienso. Pues Edipo
se deja arrebatar de mil congojas,
de sobresaltos mil; ni, cual sugiere
la tranquila razón, por lo pasado
juzga de lo presente, antes se entrega
a merced de quien le habla, si le anuncia
noticias de terror. Y pues mis ruegos
nada consiguen de él, oh Licio Apolo,
a ti que tan de cerca nos asistes,
te traigo suplicante estas ofrendas;
otorga a mi oración un desenlace
que nos libre de impuras maldiciones;
que al ver al rey temblar, temblamos todos,
cual tiembla el pasajero, cuando mira
al piloto aterrado en la tormenta.

Inopinadamente se presenta un mensajero por la izquierda.

MENSAJERO

¿Podéis mostrarme, amigos, dónde mora
el rey Edipo? o, de una vez, decidme
si sabéis dónde está.

CORIFEO

Delante tienes,
forastero, el palacio; él dentro se halla,
y ésta es la esposa madre de sus hijos.

MENSAJERO

Dichosa sea, entre dichosos viva
la madre que a tal rey dio regia prole.

YOCASTA

Tú también sé feliz, amable huésped,
que lo merece tu gentil saludo.
Mas dime si algo buscas, o ¿nos traes
una nueva quizás?

MENSAJERO

Y de gran gozo
para tu casa, oh reina, y tu consorte.

YOCASTA

Y ¿qué mensaje es ése? ¿quién te envía?

MENSAJERO

Vengo con él desde Corinto, y, cierto,
te ha de regocijar; aunque tristeza
podrá darte también.

YOCASTA

¿Cuál es? explica,
y ¿cómo tiene efectos tan contrarios?

MENSAJERO

Por rey quieren alzarle los del Istmo:
tal es la voz que por Corinto corre.

YOCASTA

¿Qué? ¿no gobierna ya el anciano Pólibo?

MENSAJERO

Ya lo tiene la muerte en el sepulcro...

YOCASTA

¿Qué has dicho? ¿muerto Pólibo?

MENSAJERO

Si es falso,
aquí me muera yo.

YOCASTA, *a una de sus doncellas*

¡Muchacha, vuela
a llevar pronto al rey estas noticias!
- ¡Oh divinos oráculos, que en esto
hayáis parado al fin! ¡Ése es el hombre
de quien huía Edipo tembloroso,
tantos años, por miedo de matarle!...
y ha muerto ahora por su propio sino,
sin que Edipo se mueva...

Sale Edipo de palacio.

EDIPO

Cara esposa,
Yocasta, aquí me tienes: ¿algo ocurre
que así me llamas del palacio?

YOCASTA

¡Escucha,
por lo que este hombre dice, en lo que paran
los famosos oráculos de Apolo!...

EDIPO

Y ése ¿quién es? ¿dice algo que me importe?

YOCASTA

Es corintio, y anuncia que tu padre
dejó ya de existir: ¡Pólibo ha muerto!

EDIPO

Forastero, ¿qué has dicho? ¡de tu boca
lo quiero yo saber!

MENSAJERO

Si ha de ser ésta
la primera noticia en mi relato,
es verdad, se nos fue... murió...

EDIPO

Mas ¿cómo?
¿de enfermedad o por traición?

MENSAJERO

Abate
a un cuerpo anciano el peso más menudo.

EDIPO

Murió el pobre de achaques, según veo...

MENSAJERO

Y de los muchos años que contaba.

EDIPO

Qué trabajo, mujer... ¿Quién todavía
se curará del Pítico santuario,
ni de aves que chirrían por los aires,
según cuyos pronósticos, mi sino
fue matar a mi padre?. ..¡Bajo tierra
duerme él en paz; y, sin tocar un arma,
yo aquí!... Dirán tal vez que lo ha matado
la pena de mi ausencia... También eso
fuera ser yo la causa de su muerte...
Mas al fin, yace Pólibo en el Hades,
y sepultó consigo los oráculos,
mostrando lo que han sido... pura nada...

YOCASTA

¿No te dije eso mismo hace ya tiempo?

EDIPO

Sí, pero me arrastraban mis terrores...

YOCASTA

¡Hora es de sacudirlos para siempre!

EDIPO, *después de un silencio*

Mas lo del lecho de mi madre, ¿cómo?
¿cómo no ha de angustiarme?

YOCASTA

¿Qué recelas?
si en el hombre quien manda es la Fortuna,
y el porvenir misterio es para todos...
vivir a la ventura es lo más práctico,
cada cual como pueda... Ni te asuste
lo de las bodas de tu madre: de otros
lo mismo cuentan, sí, también... en sueños...
Quien de esas vaciedades más se ríe
mejor la entiende y más tranquilo pasa...

EDIPO

Sí... con tal que mi madre no viviese;
mas mientras ella viva, cuanto arguyas
no me puede librar de mis zozobras.

YOCASTA

Pero esa tumba de tu padre muerto
¿no es lumbre de evidencia?

EDIPO

Sí, conforme;
pero me angustio por mi madre viva...

MENSAJERO, *insinuándose*

Y ¿qué mujer os causa tanta alarma?

EDIPO

¡Mérope, anciano, la mujer de Pólibo!

MENSAJERO

Pero en ella ¿qué veis que así os inquiete?

EDIPO

¡Ay, extranjero, un tremebundo oráculo
de origen celestial!

MENSAJERO

¿Puede decirse,
o lo ha vedado el dios?

EDIPO

En forma alguna:
por Loxias supe un día qué destino
me esperaba en la vida: con mi madre,
lazo de horrendas nupcias, y en mis manos
la sangre paternal... Esto me tiene
por tantos años ya, lejos, tan lejos
de Corinto. Verdad que desde entonces
me acompaña la suerte... Mas tan dulce
es ver el rostro de los padres...

MENSAJERO

¿Cómo?
¿sólo por este miedo estás sin patria?

EDIPO

Y por no caer nunca en parricidio.

MENSAJERO

¿Por qué viniendo sólo por servirte,
no he disipado, oh rey, estos temores?

EDIPO

A fe que no quedaras sin albricias.

MENSAJERO

Y a fe —¿por qué negarlo?— que esto busco:
hallar amparo en ti, cuando nos vuelvas.

EDIPO

Junto a mis padres, no, yo no he de ir nunca.

MENSAJERO

Hijo, y ¡cómo se ve que nada sabes!

EDIPO

Por los dioses, anciano, ¿qué hay? avísame...

MENSAJERO

Digo, si esta razón tu vuelta estorba.

EDIPO

Mi terror: que el oráculo de Apolo
llegue a cumplirse en mí.

MENSAJERO

¿Que con tus padres
se mancille tu vida torpemente?

EDIPO

¡Sí... tal es el terror que no me deja!

MENSAJERO

Y ¿cuándo entenderás que es terror vano?

EDIPO

¿Cómo, si son la fuente de mi vida?

MENSAJERO

Pues porque para ti no es nada Pólibo.

EDIPO

¿Qué has dicho? ¿que no es Pólibo mi padre?

MENSAJERO, *señalándose a sí mismo.*

Como el hombre a quien ves, ni más ni menos.

EDIPO

¿Igual quien me engendró y el que no es nada?

MENSAJERO

Es que ni él te engendró ni yo tampoco.

EDIPO

¿Por qué llamarme entonces hijo suyo?

MENSAJERO

Regalo fuiste de estas manos mías...

EDIPO

¿Y al niño ajeno amó con tal ternura?...

MENSAJERO

Tanto pudo con él la falta de hijos.

EDIPO

Para darme, ¿me hallaste o me compraste?

MENSAJERO

Te hallé del Citerón en las cañadas.

Yocasta empieza a adivinar y sobresaltarse.

EDIPO

¿Y qué hacías rondando esas dehesas?

MENSAJERO

Andar tras mis rebaños por los montes.

EDIPO

¿Pastor errante en busca de salario?

MENSAJERO

Sí, ¡y el que entonces te salvó, hijo mío!

EDIPO

¿De qué sufría, pues, cuando me hallaste?

MENSAJERO

Que tus propios tobillos te lo digan.

Yocasta lucha en vano por disimularse la verdad.

EDIPO

¡Ay! ¿por qué recordar viejas desgracias?

MENSAJERO

Yo desaté tus pies clavados juntos...

EDIPO

Sí, traigo ese baldón desde la cuna...

MENSAJERO

Y de él habla tu nombre...

EDIPO

¡Por los dioses!
¿quién lo hizo? ¿fue mi padre? ¿fue mi madre?

MENSAJERO

No sé; quien te dio a mí quizá lo sepa.

EDIPO

¡Ah! ¿no me hallaste tú? ¿me recibiste?

MENSAJERO

Otro pastor te puso entre mis brazos.

EDIPO

¿Quién? ¿recuerdas aún? ¿nombrarlo puedes?

MENSAJERO

De la gente de Layo le decían.

Yocasta que lo ha entendido todo no sabe cómo ocultar su terror.

EDIPO

¿Del que, hace tiempo, en Tebas gobernaba?

MENSAJERO

Del mismo; ese pastor fue de los suyos.

EDIPO

¿Y vive aún? ¿será posible verlo?

MENSAJERO

Vosotros lo sabréis, los de esta tierra.

EDIPO, *al Coro*

¿Hay quién entre vosotros los presentes
conozca a este pastor que me describen?
Si aquí lo ha visto o por los campos, hable:
la hora llegó de descubrirlo todo...

CORIFEO

No creo pueda ser otro ninguno
que el mismo que, hace poco, de los pastos
has mandado traer. Pero Yocasta
mejor que nadie lo dirá.

EDIPO

Señora,
el pastor que has llamado y aguardamos
¿será tal vez el hombre que éste dice?

YOCASTA, *balbuceando*

¿Qué dice?... cualquier cosa... Si es inútil
cuanto hablan... ni lo pienses, ni recuerdes...

EDIPO

¡Jamás! ¡con tales prendas, yo no paro
hasta saber al fin de quién desciendo!

YOCASTA

¡No! por los dioses, ¡no! ¡Si algo te importa
la vida, cesa ya! ¡Basta mi angustia!...

EDIPO, *rudo e irónico*

¡Ánimo! ¡que aunque siervo yo resulte,
hijo de sierva en tercer grado sierva,
tú nada has de perder!

YOCASTA

¡Aunque así fuese,
óyeme, te suplico, no lo hagas!

EDIPO

¡No puedo oír; he de saberlo todo!

YOCASTA, *con un esfuerzo supremo por contener a Edipo*

¡Si es lo mejor... y por tu bien lo digo!...

EDIPO

¡Pues mira, de ese bien me voy hartando!

YOCASTA

¡Desventurado! ¡Nunca sepas, nunca,
quién eres tú...

EDIPO

¡Qué es, pues! ¿no habrá quien corra
y me traiga al pastor? —¡A ésa... dejadla
que en su linaje espléndido se engría!...

YOCASTA

¡Ay desdichado! ¡ay!... ¡Sólo este nombre
te doy... y es el postrero... para siempre!

Se lanza al palacio desesperada.

CORIFEO

¿Por qué se fue la reina con tal ímpetu
de incontenible angustia? Su silencio
temo, oh rey, que reviente en hondos males...

EDIPO, *en tono arrebatado*

¡Reviente lo que quiera! Yo estoy firme
en dar con mi linaje, por más bajo
que venga a resultar. Ella, sin duda,
altiva, al fin como mujer, se afrenta
de mi vil nacimiento... ¡Yo soy hijo
de la Fortuna dadivosa y rica;
ni, siendo tal mi madre, habré de verme
en oprobio jamás; son mis hermanos
los Meses, que me vieron cuando humilde,
y que grande hoy me ven! ¡Yo no reniego
de esta ascendencia mía, ni renuncio
a rasgar el secreto de mi cuna!

ESTÁSIMO TERCERO

El Coro, dejándose contagiar de la loca confianza del rey, e imaginándose que va a resultar Tebano de nacimiento, rompe en un alegre hiporquema, o canto de danza.

CORO

Si profeta soy yo, si voz divina
habla a mi corazón,
mañana es luna llena, y te destina
el cielo nueva gloria peregrina,
oh monte Citerón.
Sabrá Tebas que fuiste
de Edipo, nuestro rey, cuna dichosa,
que de nodriza y madre en él vertiste
tus dones a la vez;
y en danza jubilosa
he de cantar tu dádiva graciosa,
si oye Febo mi súplica y me asiste
con regia esplendidez.

¿Quién es tu madre, oh niño, quién? ¿alguna
oréade tal vez, con quien se aduna
Pan, el dios montaraz?
¿o alguna de las ninfas compañeras
de Loxias, que en los llanos y praderas
encuentra su solaz?
¿Hijo fuiste del dios, rey del Cilene?
¿o fue Baco, al rondar las cordilleras,
quien te hubo —alegre don—
de alguna de las musas hechiceras,
con las que de continuo se entretiene,
diosas del Helicón?

EPISODIO CUARTO

Asoma a lo lejos el pastor entre dos criados.

EDIPO

Ancianos, si, aunque nunca lo haya visto,
puedo yo aventurar mi conjetura,
me imagino que al fin allí se acerca
el pastor que buscamos. En la vida

lo mismo lleva andado que este viejo
—así al menos parece— y reconozco
por míos a los siervos que le traen.
Tú debes estar de ello más seguro,
si es que antes al pastor has conocido.

CORIFEO

Lo conocí: de Layo fue, no dudes,
y el más fiel entre todos sus pastores.

EDIPO, *sin dar tiempo a nada*

Empieza tú, corintio, ¿de éste hablabas?

MENSAJERO

Del mismo: en tu presencia ya lo tienes.

EDIPO, *al siervo*

A ver pues. ¡Hola, viejo, alza los ojos!
y ¡atento! sin demora a mis preguntas
me vas a responder. ¿Fuiste de Layo?

SIERVO

Lo fui: no me compró; nacile en casa.

EDIPO

¿En qué oficio te tuvo y en qué vida?

SIERVO

Tras los rebaños lo más de ella anduve.

EDIPO

Y ¿dónde era tu estancia más frecuente?

SIERVO

Pues... por el Citerón o sus contornos.

EDIPO

Y ¿recuerdas a este hombre? ¿allí le viste?

SIERVO

—¿Hacer algo?... ¿de qué hombre me preguntas?

EDIPO

Del que está aquí. ¿Lo has visto? ¿lo tratabas?

SIERVO

Así de pronto... no, no le recuerdo...

MENSAJERO

Ni qué extraño, Señor; mas es muy fácil
avivar su memoria olvidadiza.
Bien sé que es imposible no se acuerde
cómo en tres ocasiones nos juntamos,
con dos rebaños él, yo con el mío,
los dos, del Citerón en las dehesas,
desde la primavera hasta el Arturo,
por seis meses cabales. Con las nieves
bajaba yo del monte a mis rediles,
y él se volvía a los de Layo. ¿Digo
o no digo las cosas como fueron?

SIERVO

De eso van años... pero cierto es todo.

MENSAJERO

¡Ya! Vamos, pues. ¿Te acuerdas de que un niño,
por entonces también, me regalaste
para que como propio le criara?

SIERVO, *azorado*

¿Qué? ¿qué es eso? ¿a qué viene esa pregunta?

MENSAJERO, *señalando a Edipo*

¡Éste es, amigo, el que era niño entonces!

SIERVO, *con terror*

¡Pártate un rayo!... ¿no sabrás callarte?...

EDIPO, *severo*

No le reprendas, viejo; más castigo
mereces tú que no él, por lo que dices.

SIERVO

¡Amo querido!, ¿en qué me he desmandado?

EDIPO

En que acerca del niño no contestas.

SIERVO

Es que habla sin saber... historias tontas...

EDIPO, *alzando la voz*

A buenas no respondes... ¡pues a malas!...

SIERVO

¡Por Dios! ¡soy viejecito, no me pegues!...

EDIPO

¿Qué esperan para atarle? ¡Vamos! ¡pronto!

SIERVO, *al ver que le echan mano*

¡Ay! ¡ay de mí! ¿por qué? ¿qué más deseas?

EDIPO

El niño de que te habla ¿se lo diste?

SIERVO

—Se lo di... ¡y ojalá me hubiera muerto!

EDIPO

Descuida, hoy morirás si no hablas claro.

SIERVO

Si hablo, peor aún... cierta es mi muerte...

EDIPO, *con un gesto de amenaza*

A ver si quiere este hombre andar en vueltas...

SIERVO

¡Ay! no, no... se lo di... si ya lo he dicho...

EDIPO

Y ¿de dónde? ¿era tuyo o de algún otro?

SIERVO

No, mío no. Lo recibí... de alguno...

EDIPO

¿De algún Tebano de éstos? ¿de qué casa?

SIERVO

¡Amo, por Dios! no me hagas más preguntas...

EDIPO

¡Ya estás muerto si vuelvo a preguntarte!

SIERVO

¡Ay!... de casa de Layo salió el niño...

EDIPO

¿Esclavo? ¿o de su raza y su familia?

SIERVO

¡Ay! ¿cómo lo diré?... ¡Esto es horrible!...

EDIPO

¡Y horrible para mí!... Mas ¡debo oírlo!...

SIERVO

El niño era pues... suyo... Tu señora
mejor te lo dirá... la del palacio...

EDIPO

Conque ¿ella te lo dio?

SIERVO

Sí, mi amo, ella.

EDIPO

Y ¿qué te dijo?

SIERVO

Que le diera muerte...

EDIPO

Su madre... ¡la infeliz!

SIERVO

Unos funestos
presagios la aterraban...

EDIPO

¿Qué presagios?

SIERVO

Que de su padre el matador sería...

EDIPO, *con desgarradora desesperación*

...Mas ¿por qué a ese pastor, sabiendo todo,
se lo fuiste a entregar?...

SIERVO

¡Amo, por lástima!
Pensé que él lo llevara a lejas tierras,
a su tierra natal... Y en mala hora,
¡ay! le salvó... para mayores males...
pues si eres tú en verdad el que éste dice,
¡sábete que has nacido sin ventura!...

EDIPO

¡Ay!... ¡Todo se cumplió!... ¡Todo está claro!...
¡Oh luz! ¡te miro por la vez postrera!
¡Ya descubierto estoy: nací de quienes
mejor me fuera nunca haber nacido,
me uní con quien jamás debiera unirme,
y a quien menos debiera di la muerte!...

Se precipita Edipo dentro del palacio: los pajes, el mensajero corintio y el pastor huyen cada uno por su lado; el Coro queda solo en la escena vacía.

ESTÁSIMO CUARTO

CORO

¡Ay efímeros mortales!
Si comparo vuestras vidas con la nada,... ¡son iguales!
Porque ¿quién ha conseguido
más favor de la fortuna que un instante aparecer,
y en habiendo aparecido,
en la noche recaer?
¡Ay Edipo desdichado!
¡con tu lúgubre escarmiento, con tu sino malhadado,
a ningún mortal ya nunca por feliz he de tener!...

¿No fue suyo, oh Zeus, el tiro de destreza sin rival
con que dio en el arduo blanco de magnífica fortuna,
y asestó golpe mortal
a la virgen importuna,
pitonisa de uñas corvas, que sembraba espanto y muerte?
Levantose él en mi patria como inexpugnable fuerte.
Y en mi patria desde entonces, te aclamé yo por rey mío,
y fue en Tebas, la grandiosa, tuyo, Edipo, el señorío.

Mas ahora, ¿quién ahora
dio jamás peor caída?
¿Quién miró ensañarse nunca suerte más desgarradora
en la dicha de su vida?
¡Ay cuán súbita mudanza!
¡Ay Edipo esplendoroso!
te mostró tu ciego engaño falso puerto de bonanza:
donde niño apareciste, tú tornaste por esposo...
¡Ay los surcos paternales!... ¡Ay fatal, fatal desliz!...
¿Cómo pudo, silencioso,
soportarte un seno augusto tantos años, oh infeliz?...

Mas el tiempo omnividente dio contigo a tu despecho,
y el enlace ha sentenciado del nefando antiguo lecho,
donde el padre, donde el hijo se perdieron a la vez...
¡Ay! y ¡cómo, hijo de Layo,
hoy quisiera en mi desmayo
nunca haberte conocido!
¿No oyes? ¿no oyes mi gemido?
¡pues, si un día de mi dicha tuya fue la gloria y prez,
hoy contigo me sepultas en horrible lobreguez!...

ÉXODO

o escenas finales

Sale del palacio un paje despavorido.

PAJE

¡Oh gloriosos magnates de esta tierra!
¡qué nuevas van a herir vuestros oídos!
¡qué cuadro vais a ver! ¡qué horrendo luto
los pechos va a abrumar, que aún leales,
por la casa de Lábdaco se duelen!...
Ya ni el Istro ni el Fasis con sus aguas
pudieran dejar puro este palacio
de los males que encierra, unos que oculta,
otros que pronto va a mostrar, y todos
obra inhumana de sus propias víctimas...
Tan cierto es que el dolor más hondo hiere,
cuando la propia mano el golpe asesta...

CORIFEO

Para alzar el lamento, ¿no bastaba
lo que sabemos ya? ¿qué es lo que añades?

PAJE

Lo dice todo una palabra sola:
la divina Yocasta ha fenecido...

CORIFEO

¡Oh la infeliz!... Mas ¿quién tronchó su vida?

PAJE

Nadie sino ella misma... No lo visteis,
y os librasteis así de lo más tétrico;
mas al menos sabréis cuanto recuerde
de las torturas de la triste reina...
Así que atravesó, convulsa, el pórtico,
se lanza enloquecida en derechura
al tálamo nupcial, con ambas manos
los cabellos mesándose. De golpe
cierra tras sí la puerta; llama a gritos
a Layo, tanto tiempo ya difunto;
el hijo que allí tuvo le recuerda,
a cuyas manos sucumbió, dejándole
la propia madre, en quien nefanda prole
él tuviese a su vez. Maldice el lecho
donde un esposo le engendró un esposo,
y donde un hijo le engendró otros hijos...
Cómo luego acabó, ya no lo supe,
pues llega arrollador, vociferando
Edipo, y, a su entrada, fue imposible
mirar más por la reina. Le seguían
con ansia nuestros ojos: daba vueltas
ciego de un lado a otro, y una espada
pedíanos, clamando por su esposa
que no era esposa, sino infame surco
que dio doblada mies: él y sus hijos...
Cómplice de su rabia, un dios entonces,
que no ningún mortal, se la descubre.
Da un horrendo alarido, y como si alguien
le guiara los pasos, se abalanza
contra la enorme puerta, hunde las hojas,
saltan los goznes, y él irrumpe dentro.
Meciéndose en la soga retorcida,
suspensa allí a la reina contemplamos...
La ve, lanza frenético rugido,
loco de angustia, afloja el lazo, suéltala,
y, cuando a la infeliz tuvo en el suelo,
¡oh... qué escena de horror entonces vimos!...
Arráncale los áureos alfileres
con que ella sujetaba el regio manto,
los levanta en el aire, y se los clava
a sí mismo hasta el fondo de los ojos,
repitiendo con voz desgarradora:
"¡No más ver, ojos míos, las maldades,
ni las que yo sufrí, ni las que hice;

ahora miraréis en las tinieblas
a los que no debisteis mirar nunca,
y no veréis jamás a quienes tanto
ansiasteis conocer...!" De este lamento
al lúgubre compás alzaba el puño
no una vez sino muchas, desgarrándose
los párpados con saña. Cada golpe,
de las cuencas sangrientas riego horrible
vertía en las mejillas, y no a gotas,
sino en chorro compacto denegrido,
cual chubasco de sangre... Tal en ambos
se cebó la desgracia; rey y reina,
su destino fatal sufrieron juntos.
Un tiempo, con verdad llamose dicha
la que fue de su casa herencia propia;
mas hoy, en este día, lleva el nombre
de llanto y maldición, vergüenza y muerte,
colmo de males sin que falte alguno...

CORIFEO

Y ¿ha logrado ya el triste algún alivio?

PAJE

Grita que abran las puertas, y que saquen,
donde lo vean los Cadmeos todos,
al parricida, al que a su madre misma...
—lo que aquí dice repetir no puedo—.
Y desterrarse ansía, pues no quiere,
si se queda, atraer sobre los suyos
el peso de sus propias maldiciones.
Mas necesita quien le esfuerce y guíe,
que incomportable es por demás su angustia...
Él mismo va a mostrártela: ya se abren
las puertas del palacio... Ante tus ojos
una escena tendrás de tanto duelo,
que al más duro enemigo enterneciera...

Aparece Edipo en el umbral de palacio, corriéndole sangre de los ojos, y palpando la oscuridad.

(COMMO
o diálogo lírico)

CORO

¡Oh visión desgarradora!... ¡cuadro de supremo horror!
¡Desdichado! ¿qué locura
sembró ruinas inhumanas en tu vida sin ventura?
o ¿qué dios de una embestida te ha postrado, vencedor?
¡Ay, si el corazón se parte!
¡ni me atrevo yo a mirarte,
y aunque quiero preguntarte,
¡ay! el labio desfallece!
¡tengo tanto que decirte! ¡tanto que pensar en ti!
mas tan honda es tu desgracia que su vista me estremece...

EDIPO

¡Ay horror!... ¡Ay! ¡ay de mí!
¿Hacia dónde van mis pasos en mi horrenda oscuridad?
¿hacia dónde mis palabras a perderse en soledad?
¡a qué abismo, infausto espíritu, me arrastró tu frenesí!

Da unos pasos vacilantes.

CORO

A lo más atroz que he visto...
a lo más atroz que oí...

EDIPO, *en un arrebato de dolor*

¡Oh negrura!... ¡oh nubarrón!...
¡oh mi cerco tenebroso de indecible repulsión!...
¡me asaltaste, me domaste, me arrasaste arrollador!...
¡Ay de mí!... ¡ay, ay qué horror!
¡Aguijón! ¡doble aguijón!
¡cómo entrasteis a lo hondo,
crueles broches, cruel memoria de esos males en que escondo
mi dolor!

CORO

Y ¡qué mucho que en las ansias de tamaña desventura
sientas doble tu desdicha, sientas doble tu tortura!...

EDIPO

¡Ay amigo verdadero,
de los míos ya tú el único que, del ciego compañero,
te rebajes a asistirle, fiel hasta en su noche atroz!
Tu piedad no se me oculta, que bien siento lastimero
en mis lóbregas tinieblas el consuelo de tu voz...

CORO

¡Ay horrores los que has hecho!... ¿Cómo osaste, alma bravía,
arrancarte así los ojos? ¿quién fue el dios que así te urgía?

EDIPO

¿Quién? ¡Apolo, Apolo ha sido! Sólo él pudo de estos males
—males míos tan horrendos— anegarme en los raudales...
Mas ninguno me ha tocado:
yo, yo mismo me he cegado...
Si adoquiera que mirara, sólo vistas funerales
de recuerdos infelices
me debían acosar,
¿para qué ya más mirar?

CORO

Es así como lo dices...

EDIPO

¿Para qué?, si nada queda que embelese ya mis ojos,
ni un amor que me cautive,
ni una voz que al saludarme dulce alivie mis enojos,
¿para qué? ¡Sacadme, os ruego! Sí, ya es tiempo que me esquive...
¡Arrojadme fuera presto,
pues de todos los mortales soy el reo más funesto,
el maldito de los dioses, que a despecho suyo vive!...

CORO

¡Duelos doblemente graves!
infeliz por lo que sufres, e infeliz por lo que sabes...
De poderlo... ¡ay, qué no diera por no haberte conocido!

EDIPO

Yo también... ¡Maldito el hombre que, al hallarme en las pasturas,
desligó mis pies del cepo de mortales ataduras,
arrancándome a la muerte —beneficio aborrecido!

Que si entonces yo muriera,
ruina mía y ruina infanda de los míos hoy no fuera...

CORO

Ese tu doliente anhelo, como tú yo lo he sentido...

EDIPO

Si me hubiese muerto entonces, de asesino y parricida
no me oyera escarnecer,
ni también de hijo y esposo de la madre envilecida
a quien debo yo mi ser.
Mas ahora soy el fruto de infaustísimo himeneo,
hombre impío que me veo
abrumado por los dioses con la suerte más temida:
fecundar el seno mismo donde un día hallé la vida...
Y si caben en tu suerte, triste Edipo, más horrores,
no hay ninguno que te falte, no hay ninguno que no llores...

CORO

Dar por bueno lo que hiciste, no es posible... Sólo acierto
a pensar, cuando te miro ciego y vivo: ¡Más bien muerto!

SIGUE EL ÉXODO

¡No me des más consejos! ¡no me digas
que esto no es lo mejor!... pues ¡con qué ojos
mirara yo a mi padre en los infiernos
o a mi madre infeliz, cuando con ambos,
por culpable me doy de horrendos crímenes
que no pagara bien ni con la horca!
O tal vez en la vista de mis hijos
pudiera hallar consuelo... ¿Qué consuelo,
sabiendo yo cómo nacieron?... Nunca,
nunca más puede haber consuelo alguno
para estos ojos míos; ni el alcázar
y sagradas estatuas de los dioses,
ni la ciudad... De todo para siempre,
¡infeliz! por mi boca me he privado
yo que en Tebas gocé vida de príncipe,
al pregonar que rechazaran todos
al que la voz divina sentenciase
por reo de impiedad, hombre poluto,
descendiente de Layo... Cuando ahora

hallé en mí mismo tan horrible mancha
¿podían ver mis ojos a mi pueblo?...
¡Oh no! no pudo ser... Antes si hubiera
de nuestro oído en la auditiva fuente
algún resquicio, ése también cerrara,
tapiando este mi cuerpo miserable,
porque no percibiese voz ni lumbre,
que algún alivio al alma es verse lejos
de los males que en torno la rodean...
¡Ah! ¡Citerón! ¿por qué me recibiste?
¿por qué, cruel, no me mataste al punto?—
sin ti no conocieran hoy los hombres
cuál fue la torpe fuente de mi vida...
¡Oh Pólibo y Corinto, oh patrios lares,
que tales parecíais... la belleza
que criasteis en mí, sólo era llaga
que, al reventar, ha descubierto a todos
el torpe fruto de manchada estirpe!...
¡Oh tres caminos, oh encinar oculto,
hondo valle en las tres encrucijadas,
que bebisteis la sangre de mi padre,
sangre mía, vertida por mis manos!
¿recordáis lo que hice? ¿y los horrores
que después perpetré, llegando a Tebas?
¡Himeneo! ¡himeneo!... ¡brote tuyo
fue mi vida, y me diste brotes nuevos...
a mí..., con que quedaron confundidos
padre e hijos y hermanos, mezcla infanda,
y novia, esposa y madre, perversiones
las más horribles que haya visto el mundo!...
Mas, si fue torpe hacerlo, calle el labio...
¡Pronto, ocultadme pronto! ¡por los dioses,
echadme desterrado de estos lares,
matadme o sumergidme entre las olas,
donde nunca podáis volver a verme!
¡Ea! ¡dignaos alargar las manos
al sin ventura! ¡No tengáis recelo,
que los males que sufro, no hay ninguno
que pueda entre los hombres compartirlos!...

CORO

Mas para responder a cuanto pides
con ayuda y consejo, a punto viene
Creonte, que nos queda, a falta tuya,
por único señor en nuestra patria.

EDIPO, *acongojado*

¡Ay! ¿qué podré decirle en este encuentro?
¿cómo lograr quiera creerme, si antes
fui yo con él tan torpemente injusto?...

Entra Creonte.

CREONTE

Edipo, no he venido en son de burla,
ni a reprocharte tus pasados yerros.

Al Coro

—Pero ¿cómo excusar vuestra conducta?
Si de los hombres no, celad la honra
de ese divino sol, que con su lumbre
lo vivifica todo; y a su vista
no descubráis la dolorosa mancha
que soportar no pueden ni la tierra
ni la alma lluvia, ni la luz del cielo...
Entradle a toda prisa en el palacio,
pues pide la piedad que al que padece
le asistan en su mal sólo los suyos.

EDIPO

Pues de mi ansia y recelo así me libras
y tan benigno a mi ruindad te allanas,
¡un favor!... Por los dioses, no lo niegues,
en tu interés, que no por mí, lo imploro.

CREONTE

¿Qué gracia tan solícito pretendes?

EDIPO

¡Échame luego de esta tierra y mándame
donde no halle mortal que me salude!

CREONTE

Sabe que si he tardado en practicarlo,
fue porque preferí saber primero
lo que ordenaba Apolo.

EDIPO

Ya lo dijo
con plena claridad; y a mí me toca:
"Muerte al impío que mató a su padre"...

CREONTE

Tal en verdad habló; pero requiere
tan grave caso orden del dios expresa...

EDIPO

¿Qué? ¿por hombre tan mísero pedisteis
oráculos al dios?

CREONTE

Y, de seguro,
tu fe no has de querer negarle ahora.

EDIPO

¡No! mas escucha la postrera súplica
que quiero hacerte. A la que adentro yace
tú mismo harás las funerales honras
que el corazón te inspire: como debes,
sabrás celar el lustre de los tuyos.
Cuanto a mí, mientras viva, no se vea
la ciudad de mi padre condenada
a tener que albergarme; antes permite
que salga yo a vivir por esas cumbres
del Citerón, mi Citerón, famoso,
de hoy más, por mis desgracias, cumbres lóbregas,
que mi madre y mi padre, cuando vivos,
quisieron fueran mi sepulcro; y muera
donde quisieron ellos verme muerto.
Y sin embargo... siento que se arraiga
en el fondo del alma una certeza:
que ni la enfermedad ni mal ninguno
podrá acabar conmigo, pues la muerte
no me hubiera soltado de sus garras,
si no es porque me espera algún destino
de misterio y de horror... Mas ¡a su antojo
corra al linde fatal la suerte mía!...
De mis hijos, Creonte, no te cuides:
varones son: adonde vayan, nunca

nada les faltará. Pero mis pobres
dos hijas desgraciadas, que a la mesa
jamás se hallaron solas sin su padre,
ni le vieron probar de plato alguno
sin que les diera su bocado, ¡ay! cuida,
cuídame de ellas, sí... Mas sobre todo,
déjame que las toque con mis manos,
y que con ellas mis desgracias llore...

Hace una señal Creonte a uno de los pajes para que vaya a buscar a las dos niñas.

¿Me lo concedes, príncipe?
¡oh noble corazón! ¿me lo concedes?
—que al poderlas tocar, las imagino
mías aún, cual si mis ojos vieran.

Salen Antígona e Ismene del palacio, sollozando.

...¿Qué es lo que escucho atónito?
¡por los dioses! ¿son ellas las que escucho?
¿Tuvo piedad Creonte, y me las trae,
mis prendas queridísimas?
¿Cierto será?

CREONTE

Cierto es, yo te las traigo:
por lo que fue con ellas tu ternura,
juzgué cuánto sería tu consuelo.

Pone a las dos tiernas niñas en los brazos de Edipo.

EDIPO

¡Bendito seas tú! y en recompensa
de este tu proceder, guárdete el cielo
mejor que a mí...
¡Mis hijas! ¡hijas mías!
¿dónde estáis?, que os esperan estas manos,
fraternas manos, que en vacías órbitas
los ojos han trocado, antes tan vivos,
de vuestro padre, —¡ay hijas!— padre vuestro
que nada vio ni supo, cuando os tuvo
del mismo seno en que su ser brotara...
¡Ay! por vosotras lloro, que miraros
no puedo ya..., pensando en la amargura

en que habréis de vivir entre los hombres...
Cívicas reuniones, festivales,
¿cuándo intentar podréis ir a ninguno,
sin que a casa, al oír que se os despide,
volváis del espectáculo con llanto?
Y cuando os llegue la sazón florida
para las bodas, ¿quién... quién será el joven
que se anime a cargar con las torpezas
que de mis hijos ¡ay! y de los vuestros
son estigma fatal? Pues ¿no están juntos
aquí todos los males? Vuestro padre
a su padre mató, y fue su esposa
la propia madre en quien brotó su vida,
y en ella os tuvo de quien él naciera...
Y con tales baldones, ¿es posible
que alguien aspire a vuestra mano? Nadie,
nadie, hijas mías... Soledad estéril
marchitarse verá vuestros encantos...
—Hijo de Meneceo, pues tú solo
quedas por padre suyo —que sin vida
estamos ya los dos que se la dimos—,
son tu raza y tu sangre: no consientas
que queden sin esposos, vagabundas,
caídas al nivel de mi infortunio,
en tan temprana edad... ¡ay, tenles lástima:
si no es por ti, completo es su abandono!...
Oh varón generoso ¿lo prometes?
—dame una prenda: alárgame tu mano.

Se la da Creonte.

Mas a vosotras, hijas, si entendierais,
mucho más os diría; pero al menos,
oíd cuál ha de ser vuestra plegaria:
que os dé el cielo vivir donde se estiman
la modestia y templanza, con más suerte
que la que tuvo en vida vuestro padre.

CREONTE

¡Entra ya; tal dolor no se resiste:
tu desgracia has llorado con hartura!

EDIPO

Habré de obedecer, aunque es tan triste...

CREONTE

Lo mejor es en todo la mesura.

EDIPO

Mas para ir, mi condición es ésta...

CREONTE

Di cuál, y podré darte mi respuesta.

EDIPO

Qué me eches de una vez a tierra extraña.

CREONTE

Al dios eso le toca: que él decida.

EDIPO

De los dioses no espero sino saña...

CREONTE

Presto entonces verás tu ansia cumplida.

EDIPO

¿Prometes?

CREONTE

Mi deber aún no he visto,
y a decir lo que ignoro me resisto.

EDIPO

Ya pues. Hazme sacar...

CREONTE

Pero tus hijas
deja para venir.

EDIPO

¡De ningún modo!
¡no me las quites tú; no así me aflijas!

CREONTE

No pretendas mandar por siempre en todo;
que si triunfaste con pujanza y brío,
antes del fin falló tu señorío...

Un paje se lleva a las dos niñas; entra al palacio Creonte guiando a Edipo de la mano; se van todos, y queda solo el Coro; antes de retirarse también, enuncia gravemente el Corifeo la lección final.

CORIFEO

Moradores de mi patria, ved a Edipo, ved al hombre
que leía en los enigmas, y que en Tebas fue señor,
¿quién le vio que no envidiara su fortuna y su renombre?
—hoy la furia le ha vencido de huracán devastador...
Mientras vive, al hombre acechan en la sombra Muerte y Hado,
y él espera su embestida como víctima mortal.
No llaméis dichoso a nadie, mientras no haya traspasado
los umbrales de la vida sin probar la adversidad...



EDIPO EN COLONO

Lo que sabía el espectador ateniense antes de empezar la representación.

Han pasado unos veinte años desde la espantosa desgracia retratada en las trágicas escenas finales de *Edipo Rey*. Edipo, que en los primeros instantes imploraba como una gracia el ser al punto desterrado, había sido contenido en Tebas, oculto a todas las miradas en palacio. Mas cuando lograra al fin recobrar la calma y resignarse a su triste suerte, se vio expulsado violentamente por Creonte, hermano de Yocasta, quien en la minoría de sus hijos regentaba a Tebas. Polinices y Eteocles ya mayores, que hubieran podido defender a su padre, no lo hicieron y lo dejaron desterrar con pública ignominia; agravio cuyo recuerdo conservó Edipo en lo más hondo del corazón. Antígona la hija mayor, la heroína de la piedad filial, salió con él a compartir su vida de mendigo vagabundo en la más desconsoladora miseria. Ismene, la segunda hija, permaneció en el palacio de Tebas, aunque fiel a su padre y atenta a mirar por sus intereses.

El espantoso oráculo apolíneo de Delfos que anunciara a Edipo la horrenda serie de sus crímenes había añadido otra predicción a la que él entonces, absorto en el pavor de la catástrofe que le amagaba, no había dado importancia alguna. Era el vaticinio que, después de largos años de expiación, entraría un día sin saberlo en el bosque sagrado de unas diosas excelsas, las Furias infernales, veneradas en el Ática con el nombre —prudente eufemismo— de Euménides, "Benévolas, Acogedoras". Ésta sería la señal de su próximo fin, y su muerte vendría a ser una apoteosis, en que todos los horrores de su vida quedaran compensados con gloria inmortal.

Los primeros pasos que da el héroe en *Edipo en Colono* son, por particular providencia, los que le traen al sitio mismo anunciado en el oráculo.

Estamos, pues, en el día postrero de Edipo, y lo que el poeta ha querido cantar es su muerte sublime, en la que está la solución de los inexplicables problemas de su dolorosa historia.

PERSONAJES:

EDIPO, *anciano y ciego*
ANTÍGONA, *la hija que lo acompaña*
ISMENE, *su segunda hija*
TESEO, *rey de Atenas*
CREONTE, *cuñado de Edipo*
POLINICES, *hijo mayor de Edipo*
CORO *de ancianos de Colono, dirigido por el* CORIFEO
Un transeúnte
Un paje del séquito de Teseo

La escena en el pueblo de Colono, cerca de Atenas, delante del bosque sagrado de las Euménides.

EDIPO EN COLONO

PRÓLOGO

o escenas iniciales

Entra Edipo apoyado en Antígona, y se detiene delante del sagrado bosque.

EDIPO

Hija del ciego anciano, dime, Antígona,
¿qué tierra es ésta a que llegando vamos,
qué gente o qué ciudad? Por este día
¿quién será el huésped que al errante Edipo
brinde sus parcos dones? Poco pide,
le dan menos aún, y ello le basta.
De esta conformidad maestros fueron
los luengos años y el dolor y a una
su noble corazón. Mas si hallas, hija,
ya en profano paraje, ya en sagrado
dónde asentarme, vamos y acomódame
hasta saber del sitio: forasteros,
nos cumple preguntar al ciudadano
y estar a lo que mande.

ANTÍGONA

Padre mío,
Edipo infortunado, ven mis ojos
una ciudad con torres a lo lejos;
y este sitio es sagrado: me lo dicen
tanto laurel y viña, tanto olivo,
y el coro de plumados ruiseñores
que al interior gorjea. Mas reclina

tu cuerpo en esta roca: larga y dura
para un anciano ha sido la jornada.

EDIPO

Siéntame, pues, y cuida al triste ciego.

ANTÍGONA

Tiempo hace que el oficio está aprendido...

Pausa

EDIPO

Y ¿puedes ya decirme dónde estamos?

ANTÍGONA

El sitio, no; mas reconozco Atenas.

EDIPO

Tanto como eso, en el camino a todos
lo oímos al venir...

ANTÍGONA

¿Quieres entonces
que vaya a preguntar?

EDIPO

Bueno, hija mía,
si es que es sitio poblado.

ANTÍGONA

No lo dudes.
Pero no es menester: un hombre pasa.

EDIPO

¿Con rumbo hacia nosotros? ¿viene cerca?

ANTÍGONA

¿Cerca? ¡Si junto está! Lo que juzgares
oportuno decirle, dilo luego,
que delante lo tienes.

Entra un transeúnte, según parece, residente en las cercanías de Colono, y al ver a Edipo sentado dentro del bosque de las diosas, no disimula su sobresalto.

EDIPO

Oigo, amigo,
a esta doncella que por ambos mira,
por sí misma y por mí, que a tiempo llegas
para sacarnos de una duda.

TRANSEÚNTE

Entonces
antes de decir más, sal de ese bosque:
tierra pisas que es crimen el pisarla.

EDIPO

¿Cuál es, pues, ella y de qué dios?

TRANSEÚNTE

Es sitio
que nadie toca, en el que nadie habita,
mansión de las deidades del espanto,
las Hijas de la Tierra y de la Noche.

EDIPO

Y ¿qué nombre he de darles en mis ruegos?

TRANSEÚNTE

El pueblo aquí las llama las Euménides,
las que todo lo ven; en otros sitios
prefieren otros nombres.

EDIPO, *con resolución*

Pues que sean
las que acojan en paz al suplicante:
¡aquí mi asilo hallé, ya de él no salgo!

TRANSEÚNTE

¿Qué has querido decir?

EDIPO

¡Que en esto tengo
la auténtica señal de mi destino!

TRANSEÚNTE, *sobrecogido*

Pues sin contar con la ciudad, tampoco
a sacarte me atrevo: ella decida
lo que es de hacer.

EDIPO

¡Amigo, por los dioses,
atiende al ciego errante, y no desdeñes
a quien te quiere preguntar!

TRANSEÚNTE

Pregunta,
que no he de desairarte sin respuesta.

EDIPO

Dime, ¿qué sitio es éste adonde entramos?

TRANSEÚNTE

Escucha cuanto sé: tierra sagrada
es este sitio todo; son sus númenes
Posidón venerando y Prometeo,
Titán del fuego sacro; mas el punto
en que pisas se llama "Umbral de Bronce"
de este país, base y sostén de Atenas.
Por fundador las gentes de estos campos
veneran a Colono el Caballero;
con su nombre se ufanan; la comarca
es por él entre todas conocida.
Tal es la humilde historia de este pueblo:
no la han cantado, amigo, los poetas,
mas siente lo que vale quien la vive.

EDIPO

¿Hay, pues, en los contornos moradores?

TRANSEÚNTE

Y que por nombre llevan el del héroe.

EDIPO

¿Tienen rey, o es el pueblo el que allí manda?

TRANSEÚNTE

Del rey de la ciudad dependen todos.

EDIPO

Y ¿en quién reside ahora el señorío?

TRANSEÚNTE

En Teseo, de Egeo descendiente.

EDIPO

¿No habrá quien vaya al rey de parte mía?

TRANSEÚNTE

¿Con un recado? ¿o por lograr que acuda?

EDIPO

Para que dando poco gane mucho...

TRANSEÚNTE

Y un pobre ciego al rey ¿qué puede darle?

EDIPO, *con misterio*

En cuanto diga habrá visión certera...

TRANSEÚNTE

Para no errar, amigo, oye, pues noble
debes de ser: basta mirarte al rostro,
a pesar de tu suerte lastimera.
Del sitio en que te hallé no des un paso
mientras aviso al pueblo del contorno,
no a la ciudad; y él te dirá si debes
salir de donde estás o bien quedarte.

Se retira.

EDIPO

¿Se fue el hombre, hija mía?

ANTÍGONA

Sí, se ha ido,
y puedes, padre, hablar ya sin recelo,
seguro de que estoy contigo sola.

EDIPO *Extiende solemne las manos en ademán de oración.*

¡Oh diosas venerandas! ¡oh terribles!,
ya que el primer descanso en esta tierra
me lo ha brindado vuestro bosque augusto,
no me mostréis rigor. Honrad a Apolo,
que al anunciarme la nefanda historia
de mis males sin cuento, me predijo
que al reposo final, tras largos años,
llegaría mi viaje en la comarca
donde me abriesen venerandas diosas
su asilo acogedor. Allí la meta
de mi angustiosa vida; allí mi tumba,
bendición para el pueblo que piadoso
me diere hogar, y maldición perenne
para quien al destierro me arrojara.
Y dijo más: que señas inequívocas
las tendría de Zeus, fuese estampido
del trueno, o terremoto, o bien relámpago.
Y ahora, en la jornada por que vine
a este sagrado bosque, mal pudiera
no sentir el agüero que me guía,
agüero fiel que me mandáis vosotras.
Si no, ¿cómo topara en mi camino
con vosotras primero, yo abstinente
con las que el vino nunca veis?, o ¿cómo
descansando estuviera en este asiento
de sacra rustiquez? Mas, pues oísteis
la voz de Febo, oh diosas, otorgadme
que a la meta feliz mi vida llegue,
a menos que veáis que aún le falta
al cáliz de supremas amarguras
de este hombre del dolor... ¡Oh dulces hijas
de la Tiniebla antigua! ¡oh gran Atenas,
ciudad que te glorías entre todas
con el nombre de Palas! ¡apiadaos

de este mísero resto del que fuera
Edipo un día..., y hoy, sombra de Edipo!...

ANTÍGONA

¡Calla! que unos ancianos se aproximan,
tal vez para indagar adónde entraste...

EDIPO

Callaré, pero tú sácame pronto
del camino, y ocúltame en el bosque;
quiero oír lo que dicen, que el acierto,
es de quien cauteloso se previene.

Edipo, guiado por Antígona, se interna en el bosque, y el Coro, compuesto de ancianos de Colono, entra alborotado en la escena.

PÁRODO

o canto de entrada del Coro.

¡Míralo bien! ¿quién es el que se esconde?
¿adónde se ha lanzado? ¿dónde, dónde
estará el atrevido? ¡infame! ¡aleve!
¡Busca, rebusca, por doquier rastrea!
Quién sabe de qué patria el viejo sea...
pero es algún extraño —¡eso de fijo!—,
porque jamás un hijo
de este pueblo se atreve
a violar con pisadas ominosas
el recinto intangible de las diosas...
¡Vírgenes indomables! ni siquiera
sus nombres pronunciamos
sin que la voz nos tiemble, y a la vera
de su bosque pasamos
baja la vista, el labio enmudecido,
sin proferir palabra ni sonido,
con secreta oración que el alma exhala...
¡Mas ahora me anuncian que ha venido
quien de audacias impías hace gala!...
Y yo el bosque rodeo,
angustiado en acecho de sus huellas;
pero por más que oteo
no encuentro todavía rastro de ellas...

Aparece Edipo con Antígona en el lindero del bosque, y se entabla un commo o diálogo lírico.

EDIPO

¡Pues aquí me tenéis! - el ciego, dicen,
con los oídos ve.

CORO

¡Terror! ¡espanto!
¡qué figura y qué voz!

EDIPO

¡No se horroricen...
no me llamen sacrílego!...

CORO

¡Zeus santo!
¡quién podrá ser el viejo?

EDIPO

¡No es su suerte
del todo de envidiarse... yo os lo juro,
guardianes de esta tierra! - cuerpo inerte
que, tras ojos ajenos, en su ruta
avanza, gran navío mal seguro
sostenido en un ancla diminuta...

CORO

¡Ay!... ¡las cuencas vacías!...
¿Y así desde nacer?... ¡luengos tus días,
y luengos, según veo, tus dolores!
- Quiero evitarte un mal: no te suceda
sumar a tu desgracia otras peores...
¡Caminaste sin tino! ¡has penetrado
en sitio augusto, y la piedad lo veda!
A poco que te internes imprudente,
profanas el callado
verdegal, en que mezclan su corriente
la pura libación y el agua mulsa.
¡Evita, oh extranjero,
este paso fatal a que te impulsa

tu ceguera! ¡sal pronto!... (Demasiado
nos separa quizás este sendero...)
¡Vagabundo infeliz!... ¿qué? ¿no me entiendes?
Si algo quieres decir, ¡sal de vedado!
ponte en lugar legítimo primero,
que en vano, antes de hacerlo, hablar pretendes...

EDIPO

¿Qué hacemos, hija?

ANTÍGONA

Padre, quien se halle
en tierra extraña, siga el uso y calle:
cedamos pues...

EDIPO

Entonces de la mano
tómame.

ANTÍGONA

Ven.

EDIPO

¡Oh nobles extranjeros,
no llegue yo a sufrir trato inhumano
por salir de sagrado y complaceros!

CORIFEO

Nadie jamás ha de atreverse, anciano,
a forzar tu refugio; ten confianza.

Empieza Edipo a salir paso a paso del bosque.

EDIPO

¿Salgo más?

CORO

Otro poco.

EDIPO

¿Más?

CORO

Avanza,
doncella, tú que ves.

ANTÍGONA

Ven, padre mío,
sigue con ciegos pasos, yo te guío.

CORO

¡Extraño en tierra extraña, a esta norma
ríndete, oh infeliz: lo que con ira
condena la ciudad con odio mira,
y con lo que es su amor tu amor conforma!

EDIPO

Hija, llévame, pues, donde al amparo
de la santa piedad escuche y hable:
Necesidad es ley; fuera descaro
desafiar su poder ineluctable.

Da Edipo unos pasos más.

CORO

¡Quieto! Quédate al filo de esa peña.

EDIPO

¿Aquí?

CORO

Ya te lo dije: ésa es la seña.

EDIPO

¿Me siento?

CORO

Sobre el borde de esa roca,
encogiéndote a un lado, el cuerpo inclina.

ANTÍGONA

Padre, eso a mí me toca.
Con suavidad...

EDIPO

¡Ay! ¡ay de mí!

ANTÍGONA

Camina
paso a paso, apoyando en mi ternura
tu triste caduquez...

EDIPO

¡Oh desventura
la de mis negras sombras!

Queda Edipo acomodado en una peña que da al camino, en el lindero del bosque sagrado.

CORO

Pues que por fin algún descanso tienes,
¡pobre!, cuéntanos ya cómo te nombras,
de quién naciste y de qué patria vienes.

EDIPO

¡No hay patria para mí!... pero, extranjeros,
no me...

CORO

¿Qué es eso, anciano? ¿qué rehusas?

EDIPO

¡Ay no! ¡no me obliguéis a responderos!
¡no preguntéis quién soy!

CORO

¡Vanas excusas!

EDIPO

Es que es mi origen espantoso...

CORO

¡Cuenta!

EDIPO *a Antígona*

¡Hija, la incertidumbre me atormenta!

CORO

¿Cuál es tu patria y quién tu padre? ¡vamos!

EDIPO

¡Ay! ¿qué hacer, hija mía?

ANTÍGONA

¡Padre, dilo,
ya que te has puesto al filo
de esta sima!...

EDIPO

Cedamos,
callarlo no es posible...

CORO

¡Tardáis mucho!
¡pronto! ¿qué esperas ya?

EDIPO

Sabéis sin duda...
de un cierto hijo de Layo...

CORO

¿Qué? ¿qué escucho?

EDIPO

...de Lábdaco y su raza...

CORO

¡Zeus me acuda!

EDIPO

...de Edipo, el infeliz...

CORO

¿Será posible?
¿eres tú?

EDIPO

¡No temáis!

CORO

¡Horrible! ¡horrible!

EDIPO

¡Suerte mía fatal!

CORO

¡Horror! ¡maldito!

EDIPO

¿Qué pasa, hija, por Dios, qué pasa?

CORO

¡Fuera!
¡lejos de este país! ¡fuera, repito!

EDIPO

¿Y tu formal promesa?

CORIFEO

¡No persigue
el Hado justiciero a quien castigue
a un aleve agresor! La trampa artera
con otra se desquita; es justo el daño
que, en vez de gratitud, paga un engaño.
¡Atrás, pues! ¡lejos ya! ¡pronto, te digo!
¡sal fuera de mi patria! ¡no la hiera
la maldición fatal que va contigo!

ANTÍGONA

Oh extranjeros de blandos corazones,
ya que a mi anciano padre no quisisteis
ni oír, sin que mediaran más razones
que lo que de él supisteis,
involuntario todo, ved al menos
con piedad a la hija infortunada
que humilde implora vuestros pechos buenos.
Al corazón apelo que se apiada;
no son ciegos los ojos con que os miro:
por mi padre infeliz ruego y suspiro
como propia hija vuestra.
Ya veis su desamparo...
dadnos de compasión alguna muestra.
Os lo pedimos como a un dios se pide
por cuanto os sea al corazón más caro:
hijo, casa, mujer, dios hogareño...
La suerte del mortal no se os olvide:
si es un dios quien le acosa, todo empeño
por escapar es vano;
no hay quien esquive la divina mano.

EPISODIO PRIMERO

CORO

Hija de Edipo, la desgracia tuya
compasión nos infunde, ten por cierto,
y la de éste también; mas nos aterran
las diosas vengadoras, ni es posible
mudar nada en el fallo que antes dimos.

EDIPO

¿Y de qué sirven fama y nombradía
si en humo se deshacen? ¿No pregonan
que es Atenas ciudad preeminente
en toda religión, la que descuella
en acoger y en amparar solícita
al extranjero, al débil? Pues ¿qué es esto
que no se cumple en mí? - De mi refugio
me arrancáis, para echarme, sin más causa
que el terror de mi nombre... ¡Miedos vanos,
que ni yo ni mis actos se merecen!
¡Si en ellos fui, no agente, sino víctima!

Pronto os lo harían ver los tristes pasos
de mi padre y mi madre: ya que de ellos,
bien lo sé yo, vuestros temores nacen...
¿Criminal me creéis? - ¿Qué crimen cupo
en quien se vio forzado a defenderse,
y, aunque hubiese sabido a quién mataba,
estaría sin culpa? Lo que hice
lo hice yo sin saber, eso lo cierto;
...no como los que antaño mis dolores
tramaron a sabiendas... Por lo mismo,
por las deidades os conjuro, huéspedes,
que, como me sacasteis de mi asilo,
por mí veléis solícitos; no sea
que el celo que mostráis por vuestros dioses
los prive de la honra que les toca.
Antes pensad que su mirada sigue
al impío lo mismo que al piadoso,
y que el impío a su rigor no escapa.
Ellos más bien os libren de entregaros
conmigo a una maldad, triste deslustre
de la gloria de Atenas. Me acogisteis
con la fe que se jura al suplicante;
defendedme y salvadme, sin que os muevan
a desdén los estragos de mi rostro.
Ser sagrado y piadoso, me presento,
y bendiciones mil vienen conmigo
para los de esta tierra. Cuando llegue
el que en vosotros manda, de mi boca
lo vendrá a saber todo. Mientras tanto,
no aventuréis en mí desmán alguno.

CORIFEO

No es posible que oyendo tus razones,
anciano, no me arredre por el peso
del tono y las palabras. Que las juzgue
quien tiene el mando del país, y entonces
tranquilo quedaré.

EDIPO

Mas ¿dónde, amigos,
vive vuestro señor?

CORIFEO

En la metrópoli,
y el que a mí me avisó se ha ido ahora
a traerle también.

EDIPO

¿Y alguna cuenta
os parece tendrá con este ciego?
¿se dignará venir?

CORO

¡Oh, no lo dudes,
en cuanto oiga tu nombre!

EDIPO

Pero el nombre
¿quién se lo irá a llevar?

CORIFEO

De boca en boca,
en tan largo camino, habrá volado
entre los transeúntes; y al oírlo,
tenlo por cierto, acudirá; que es célebre
tu fama en todas partes, y, por mucho
que se esté demorando, en cuanto sepa
que estás aquí, se viene a toda prisa.

EDIPO

¡Venga, pues, para dicha de su patria
y mi dicha también! - siempre el que es bueno
de su bondad cosecha él mismo el fruto...

ANTÍGONA *avizorando a lo lejos*

¡Zeus! ¿qué decir o qué pensar? ¡ay padre!

EDIPO

¿Qué es, hija mía Antígona?

ANTÍGONA

Que miro
a una mujer que hacia nosotros viene,
montada en jaca etnea; se distingue
el sombrero tesalio que la cubre...
¿Qué digo? ¿es ella o no es? ¿o me ilusiono?
¡ella es! mas no..., no atino todavía...
¡Pobre de mí!... ¿ni cómo ha de ser otra?
de lejos con los ojos me hace fiestas,
mostrándome que es ella y no otra alguna...
¡sí..., claro se ve ya..., mi dulce Ismene!

EDIPO

¿Cómo? ¿qué has dicho, niña?

ANTÍGONA

¡Que estoy viendo
a mi hermana, hija tuya, y al instante
vas con su propia voz a comprobarlo!...

Ismene que se ha apeado y dejado su cabalgadura al paje que la acompañaba, entra precipitadamente.

ISMENE

¡Padre! ¡hermana! ¡los nombres más queridos
que puedo pronunciar! ¡Cuántas angustias
para hallaros, y angustia redoblada
cuando os contemplo al fin!

EDIPO

¡Hija, viniste!

ISMENE

¡Y qué dolor ver tu desgracia, oh padre!

EDIPO

Hija, ¿a mi lado estás?

ISMENE

¡Tras hartas penas!

EDIPO

¡Tócame, pues!

ISMENE

¡En un abrazo os junto!

EDIPO

¡Ay hijas! ¡ay hermanas!

ISMENE

¡Ay qué vida
tan triste y tan cruel!

EDIPO

¿La mía dices,
y la de ésta?

ISMENE

También la que comparto
con vosotros...

EDIPO

Pero, hija, ¿qué te trae?

ISMENE

Mi desvelo por ti.

EDIPO

¿Querías verme?

ISMENE

Sí, lo ansiaba, y también de una noticia
quise ser portadora, con el único
criado fiel, de quien fiarme puedo.

EDIPO

Y ¿qué es de tus hermanos? ¿no son hombres
para hacerlo por ti?

ISMENE

Pero es que se hallan...
mejor será callar... Muy mal se encuentran...

EDIPO

¡Vaya unos mozos, y un tenor de vida
idéntico al que estilan los Egipcios!
¡Pues que allá no se mueven los varones,
en casa recogidos, rueca en mano,
y a la calle se lanzan las mujeres
a buscarles el pan!... Lo mismo pasa,
hijas mías, aquí: los que debían
tomarse este trabajo, cual doncellas,
se están en casa quietos, y vosotras
os cargáis, en vez de ellos, con el peso
de la desgracia paternal. La una,
pasada apenas la niñez primera,
recién formada y fuerte, al lado mío
por senderos errantes, desdichada,
va guiando al anciano, muchas veces
desnudo el pie, sin rumbo ni alimento,
por bosques y zarzales, bajo lluvias,
bajo quemantes soles; y ni piensa
la pobrecilla en su penar continuo
ni en la falta de hogar, con tal que logre
el pan para su padre. Por tu lado
tú, hija mía, al principio, sin que en Tebas
lo sospechara nadie, te venías
trayéndole a tu padre datos ciertos
de cuanto los oráculos dictaban
acerca de él; y siempre a favor mío,
una vez que de Tebas me expulsaron,
mi centinela fiel en ella fuiste.
Y ahora, es algo grave de seguro,
lo que te trae, Ismene: ¿qué recado
te hizo salir de casa? pues no llegas
con las manos vacías... algún nuevo
desastre que tendrás que referirme...

ISMENE

Padre, lo que he sufrido en mi jornada
buscando el rumbo de tu errante vida,
lo callo: ¿para qué, pues ya es pasado,
renovar el dolor si te lo cuento?

La nueva que te traigo es de los males
que a esos dos infelices hijos tuyos
aniquilando están. En un principio,
quisieron ambos que ocupase el trono
Creonte, porque a Tebas no alcanzara
la maldición que, como herencia antigua,
a tu progenie mísera persigue.
Pero ¡ay! sin duda un dios es quien ahora
infunde en ellos frenesí maldito,
¡tres veces desdichados!, pues con furia
pretenden disputarse la eminencia
del real poderío. Y el más joven,
aunque en años segundo, al primogénito,
a Polinices, le arrojó del trono
y le tiene expulsado de su patria.
Mas él, según pregona la voz pública,
en su destierro de Argos, la que ciñe
su llanura con montes, ha buscado
el valimiento de extranjeras bodas
y de fieles aliados; y muy pronto
o Argos humilla a Tebas, o enaltece,
aun vencida, su gloria hasta los cielos.
No son vanas palabras las que me oyes,
padre, sino muy ciertas desventuras;
- y cuándo al fin los dioses de tus penas
se han de compadecer, no sé decirlo.

EDIPO

¿Y has llegado a soñar con la esperanza
de que un día los dioses volverían
sus ojos hacia mí para salvarme?

ISMENE

Sí, padre, por los últimos oráculos.

EDIPO

¿Cuáles, pues, hija mía? y ¿qué predicen?

ISMENE

Que los de aquella tierra han de buscarte
por el bien de su patria, muerto o vivo.

EDIPO

De mí, tal como estoy, ¿quién saca nada?

ISMENE

Dicen que su poder de ti depende.

EDIPO

¿Conque yo, que hace poco no era nadie,
ahora el hombre soy?

ISMENE

¡Es que los dioses
que te perdieron antes hoy te encumbran!

EDIPO

¡Desmedrado favor: levantan viejo
al que abatieron joven!

ISMENE

¡Sin embargo
inquieto está Creonte, y aquí llega
dentro de breve plazo!

EDIPO, *concibiendo sospechas*

¿Con qué planes?
explícate, hija mía.

ISMENE

Lo que quiere
es tu asiento fijar en los linderos
de la tierra Cadmea, y a su arbitrio
tenerte allí, negándote la entrada.

EDIPO

¿Y qué esperan de mí, si quedo afuera?

ISMENE

Maldición se les vuelve tu sepulcro
al faltar quien lo cuide...

EDIPO

Sin oráculo
cualquiera lo comprende...

ISMENE

Por lo mismo
quieren tenerte a mano y no dejarte
donde mandes en ti.

EDIPO

Y al menos, muerto,
di, ¿me recubrirá tierra tebana?

ISMENE

La sangre paternal por ti vertida
no lo permite, oh padre...

EDIPO, *resuelto y sombrío*

¡Pues entonces
nunca pondré en sus manos mi persona!

ISMENE

Esto lo han de llorar un día en Tebas...

EDIPO

¿Cuándo o cómo, hija mía?

ISMENE

Por tu enojo,
cuando cerquen sus armas tu sepulcro.

EDIPO

Y eso que cuentas, hija, ¿a quién lo oíste?

ISMENE

A los que fueron al hogar de Delfos.

EDIPO

¿Esto es lo que de mí Febo anunciara?

ISMENE

Los que a Tebas han vuelto así lo afirman.

EDIPO

Y ¿pudo oírlo alguno de mis hijos?

ISMENE

Ambos lo oyeron y muy bien lo saben.

EDIPO

Y a pesar de saberlo, hijos malvados,
¿más han querido asegurarse el trono
que restaurarme a mí?

ISMENE

Da angustia oírte,
mas ¿qué he de hacer, sino sufrir callada?

EDIPO

¡Pues bien! ¡que entre los dos jamás extingan
los dioses la fatídica contienda!
y ¡ojalá que de mí dependa el fallo
de esta guerra en que están ya enardecidos
y a lanzadas se embisten mutuamente!
¡Como decida yo, ni el que se engalla
con cetro y trono durará, ni el prófugo
volverá nunca a Tebas!... puesto que ambos,
el día que, cubierto de ignominia,
de ella salí yo expulso —yo su padre—,
me dejaron partir, y nada hicieron
por defenderme ¡no!, y ante sus ojos
marché al destierro con pregón de infamia...
...Y no me digas que lo ansié yo mismo,
que me dio la ciudad lo que pedía.
- ¡No tal! porque en la hora de mi angustia,
cuando me hervía el alma, y mis anhelos
cifraba en acabar muerto a pedradas,
nadie mis locas ansias satisfizo...
Sólo después, cuando mi hervor furioso
se hubo calmado, y comprendí, ya tarde,
que el juicio, al castigar mis ciegos crímenes,
se había propasado de lo justo,

entonces, a los tiempos, y a la fuerza,
me expulsa la ciudad... Y éstos que entonces
me podían salvar, no lo quisieron;
¡no salvaron los hijos a su padre...,
y por faltarme una palabra suya,
a su vista empezó mi amarga vida
de desterrado errante y de mendigo!...
¡En cambio, de éstas dos, flacas mujeres,
hasta donde sus fuerzas lo permiten,
día tras día tengo el pan que como,
y hasta el suelo que piso, y el afecto
único que me queda y que me basta!
En tanto, los varones le han robado
a su padre su trono, y se disputan
el cetro y señorío de su tierra...
¡Pues no! no han de lograr que yo les sirva
como aliado jamás, ni bien alguno
sacarán del reinado de sus sueños.
Y sé que así ha de ser, cuando el oráculo
de mi hija comparo con los míos,
los que por fin me va cumpliendo Apolo.
Y ahora, ¡que me manden a Creonte,
que en busca mía manden a cualquiera
que en Tebas gallardee!... Si en mi ayuda
vosotros mis amigos, secundando
las diosas que protegen a este pueblo,
os ponéis a mi lado, en mi persona
tendréis a quien encumbre vuestra patria,
al par que a mis contrarios aniquile.

CORIFEO

Digno de compasión eres, oh Edipo,
y tus hijas también; y pues te anuncias
por salvador de esta mi tierra, atiéndeme,
que quiero por tu bien darte un consejo.

EDIPO

Querido, es favor tuyo, y sin demora
haré cuanto me digas.

CORIFEO

Desagravia
solícito a estas diosas que primeras
hallaste en tu venida, y cuyo bosque
han hollado tus pies.

EDIPO

Pero enseñadme
el rito propio, amigos.

CORIFEO

Ante todo,
de un manantial perenne ven trayendo
sagrada libación con manos puras.

EDIPO

¿Y cuando tenga el agua cristalina...?

CORIFEO

Hay cráteras allí de arte muy rico:
has de cubrir los labios por el borde
y las dos asas...

EDIPO

¿Cómo? ¿con ramillas,
o mechones de lana, o de otro modo?

CORIFEO

Han de ser copos, y recién cortados,
de una oveja aún tierna.

EDIPO

Bien, y luego
¿qué más tengo que hacer?

CORIFEO

Verter el líquido
de pie, vuelta la frente hacia la aurora.

EDIPO

¿Con aquellas vasijas que dijiste?

CORIFEO

Sí, y en tres libaciones, la tercera
vaciando por entero la vasija.

EDIPO

¿Con qué se han de llenar? - también sobre esto
me has de instruir.

CORIFEO

Con agua y miel, sin vino.

EDIPO

¿Y cuando el suelo de tupida sombra
se acabe de empapar...?

CORIFEO

Con ambas manos
encima has de poner tres veces nueve
ramas de olivo, al tiempo que pronuncies
esta súplica.

EDIPO

¿Cuál? quiero aprenderla,
que es lo más importante.

CORIFEO

"Pues por nombre
las llamamos Euménides, que acojan
con corazón piadoso a un suplicante
que es fuente de salud". Esta plegaria
la dirás tú, o alguno en nombre tuyo,
toda en silencio, en voz imperceptible;
y, sin volverte, al punto te retiras.
Cuando esto hayas cumplido, has de tenerme
afanoso a tu lado; que hasta entonces
es fuerza, amigo, que por ti me angustie.

EDIPO

¿Veis, hijas, lo que dicen los vecinos?

ANTÍGONA

Lo que hayamos de hacer dispón y manda.

EDIPO

Ir yo, no me es posible, que no tengo
fuerzas ni vista, doble mal. La una
que vaya y lo ejecute: basta una alma
para pagar por otras mil la deuda,
si se presenta con piedad. No tarden
en cumplir lo debido. Pero a solas
no me dejéis, que si alguien no me ayuda,
no me puedo valer solo y sin guía.

ISMENE

Yo del rito me encargo. Pero ¿dónde
podré encontrar el sitio? ¿quién me instruye?

CORIFEO

De este bosque sagrado a la otra banda;
y si algo echas de menos, oh extranjera,
te lo ha de dar un guarda que allí vive.

ISMENE

Allá voy pues. A nuestro padre, Antígona,
cuídale tú: quien pena por un padre
ni ha de pensar siquiera en su trabajo.

Entra Ismene en el bosque sagrado.

(COMMO

o diálogo lírico)

CORO

Despertar una angustia adormecida
ya mucho tiempo, amigo, es trance amargo.
Una ansia me carcome, sin embargo,
por preguntarte...

EDIPO *receloso*

¿Qué?

CORO

De aquella herida
que, abierta siempre, desgarró tu vida...

EDIPO

Si eres piadoso, —un huésped te lo ruega—
¡respeta el velo de mi llaga impura!

CORO

Es que el rumor que corre y no sosiega
quisiera aquilatar...

EDIPO

¡Ay! ¡suerte dura!

CORO

¡Oh! ¡cede por favor!

EDIPO

¡Ay! ¡triste, triste!

CORO

¡Cede! ¡también cedí cuando quisiste!

EDIPO

¡Horrores, oh extranjeros, he sufrido,
sin yo querer, lo sabe Dios, pues nada
fue por mí ni buscado ni elegido!...
¡lo sufrí!...

CORO

¿Pero qué?

EDIPO

¡La unión malvada,
cepo de maldición, con que a mi suerte
Tebas me ató con tétrica lazada!...

CORO

¿Cierto es, pues, lo que oí... de esas funestas
maternas bodas...?

EDIPO

¡Para mí es la muerte
escuchar lo que dices!... Y éstas... éstas...
de quienes soy yo padre...
dos hijas...

CORO

¿Qué?

EDIPO

...dos maldiciones vivas...

CORO

¡Oh Zeus!

EDIPO

...las vi brotar, prendas furtivas,
de los dolores de mi propia madre...

CORO

Luego, además de ser progenie tuya,
son...

EDIPO

...de su padre hermanas...

CORO

¡Qué horrorosa
tu suerte!

EDIPO

¡Sí! ¡qué horror! ¡y aunque rehuya
mi implacable desgracia, ella me acosa!

CORO

¿Sufriste?

EDIPO

¡Sí, he sufrido
lo que olvidar no puedo... una agonía!...

CORO

¿Y delinquiste?

EDIPO

¡No! ¡no he delinquido!

CORO

¿Entonces qué?

EDIPO

Tan sólo he recibido
el don que me ofreció la patria mía,
don de su gratitud. ¡Ay! ¡quién me diera
—infeliz— que jamás me lo ofreciera!...

CORO

¡Infeliz en verdad! ¿la muerte has dado?...

EDIPO

¿Qué más preguntar quieres?

CORO

...¿a tu padre?

EDIPO

¡Cruel! ¡de nuevo hieres
en la llaga!...

CORO

¿Mataste?

EDIPO

¡Sí, he matado!,
y con todo... me queda
algo que en mi defensa alegar pueda...

CORO

¿Cómo?

EDIPO

¡No supe a quién quité la vida,
cuando le derribó mi arma homicida!
¡no supe nada! ¡Ante la ley soy puro!
¡No vi dónde me hundía, te lo juro!

Se abre el Coro para la entrada de Teseo, que avisado de la venida de Edipo, llega de Atenas.

Sigue el

EPISODIO PRIMERO

CORO

Mas ya Teseo Egida, nuestro príncipe,
a tu llamada presuroso acude.

TESEO

Por lo mucho que oyera en tiempos idos
sobre el cruel desastre de tus ojos,
en ti pensé al momento, hijo de Layo;
y por lo que escuché mientras venía,
me confirmaba en ello; mas tu porte
y ese horrendo destrozo en tu semblante
tu nombre están diciendo. Llena el alma
de compasión, oh malhadado Edipo,
te vengo a preguntar cuál es la súplica
que a mí y a la ciudad quieres hacernos
con la infeliz doncella que te asiste.
Dímelo, que muy grande tu infortunio
tiene que ser para causarme espanto.
No olvido que también de forastero
cual tú yo me crié, y en tierra extraña
he corrido más riesgos de la vida
que hombre alguno nacido: no es posible
que viendo a un desterrado, como ahora
te veo a ti, desvíe de él mi rostro.
¿No soy hombre también? o ¿acaso cuento
más que tú con el día de mañana?

EDIPO

Teseo, la nobleza que has mostrado
en tan breves razones me dispensa
de alargarme en las mías. Ya dijiste
tú mismo quién soy yo, quién es mi padre
y de qué patria vengo. Resta sólo
exponerte mi súplica y concluyo.

TESEO

Eso, eso mismo anhelo que me digas.

EDIPO

Un don te vengo a hacer: y es este cuerpo
de miseria, sin gracia ni atractivo,
pero al fin manantial de tantos bienes,
que vencerá en valor a todo encanto.

TESEO

Y ¿qué bienes son ésos que nos traes?

EDIPO

Más tarde lo sabrás, aún no es tiempo.

TESEO

Y ¿cuándo se verán esos favores?

EDIPO

Sólo cuando, yo muerto, me sepultes.

TESEO

En tu afán por las honras de la tumba
el entretanto olvidas o desprecias...

EDIPO

¡Es que en ello lo tengo todo junto!

TESEO

Favor harto ligero es el que pides.

EDIPO

Con todo, bien podría fuerte pleito
trabarse...

TESEO

¿Entre tus hijos o conmigo?

EDIPO

Oh rey, van a querer llevarme a Tebas.

TESEO

¿Qué mejor? Si es que en esto te dan gusto,
seguir de desterrado y fugitivo
no te estaría bien.

EDIPO, *con súbito estallido de ira*

¡Cuando yo quise,
no lo quisieron ellos!...

TESEO

¡Necia cólera!
sienta mal la altivez en la desgracia...

EDIPO

Cuando sepas lo que hay, darás consejos,
mientras tanto más vale que los dejes.

TESEO

Cierto, no debo hablar sin saber todo.

EDIPO

¡Los dolores, Teseo, que he pasado
son horror sobre horror!...

TESEO

¿Quizás aludes
al sino antiguo que a tu raza aflige?

EDIPO

¡No! que de boca en boca ése ya corre
por la Hélada toda.

TESEO

Tu infortunio
es, pues, entonces algo sobrehumano...

EDIPO

Juzga de ello tú mismo: de mi patria
fui desterrado y por mis propios hijos,
y es mi fatal destino que tampoco
pueda volver jamás por parricida.

TESEO

Y ¿cómo es que te llaman, si no pueden
llevarte junto a sí?

EDIPO

Divino oráculo
será el rudo aguijón que los obligue.

TESEO

¿Y por miedo de qué?

EDIPO

Los amenaza
derrota inevitable en esta tierra.

TESEO

Mas entre ellos y yo ¿no hay paz segura?
¿por qué se habría de romper?

EDIPO

¡Ay hijo
de Egeo queridísimo! los dioses
de vejez y de muerte están exentos,
pero ellos solos... Lo demás lo arrolla
el Tiempo con su fuerza incontenible.

Agóstase la tierra, y se marchita
el cuerpo más lozano; la fe muere
y la perfidia brota, y nunca es fijo
el soplo del amor, brisa inconstante,
ni de hombre a hombre ni de pueblo a pueblo;
más tarde o más temprano, al fin en todos
se trueca en amargor lo que era dulce,
y se endulza de nuevo la amargura.
También en Tebas hoy, todo es bonanza
y calma y paz contigo; mas el Tiempo
en su marcha sin tregua, por millares
los días y las noches va engendrando;
y las voces concordes que hasta ahora
son lazadas de amor, pretexto fútil
las deshará con lanzas de por medio...
Y ese día, mi cuerpo en el sepulcro,
entre sombras sumido en sueño helado,
hirviente ha de beber sangre tebana,
si Zeus es Zeus, y si su hijo Apolo
es profeta veraz. Mas no me cumple
lo que es misterio descubrir: permíteme
no pasar de lo dicho. Tu promesa
guarda fiel hasta el fin, y nunca, espero,
a Edipo has de llamar huésped inútil
de este país, - a menos que los dioses
burlen mis esperanzas...

CORO

Ya hace mucho,
oh rey, que este varón ha dado indicios
de querer agraciar a esta comarca
con tan ricos favores.

TESEO

¿Quién podría
dejar perderse una amistad como ésta?
Primero, como aliados, de derecho
es común nuestro hogar; luego, ha venido
ante las diosas nuestras suplicante;
ni son pequeños bienes los que aporta
a la patria y a mí. Con alta estima
de tan cumplidos méritos, no sólo
no le he de rechazar, sino antes le hago
ciudadano en mi reino. Si a mi huésped
morar aquí le place, a tus desvelos

lo dejo encomendado; si es su gusto
venir conmigo a la ciudad, oh Edipo,
lo que escogieres tú, también lo escojo.

EDIPO

¡Bendice, oh Zeus, a gente tan piadosa!

TESEO

¿Qué eliges pues? ¿venir a mi palacio?

EDIPO

De poderlo...; mas no, que el sitio es éste.

TESEO

...Y en él ¿qué harás? (que yo no he de estorbarlo.)

EDIPO

¡Vencer a quien me echara a mi destierro!

TESEO

Grande es, pues, el favor de tu presencia...

EDIPO

Seralo, si me cumples lo ofrecido.

TESEO

Nada temas por mí: no te traiciono.

EDIPO

Sé que eres fiel, no pido que me jures.

TESEO

Ni ¿para qué?: te basta mi palabra.

EDIPO

¿Qué piensas, pues, hacer?

TESEO

¿Qué es lo que temes?

EDIPO

Es que de allá vendrán...

TESEO

Éstos te cuidan.

EDIPO

Si me dejas...

TESEO

Ya sé lo que me toca...

EDIPO

Me fuerza el miedo...

TESEO

¡Yo no sé de miedos!

EDIPO

Pero ignoras quizá sus amenazas...

TESEO

Sólo una cosa sé: que, si me opongo,
no hay hombre alguno que de aquí te saque.
Muchas veces, a impulso de la ira,
brotan las amenazas altaneras,
las bravatas al viento; cuando vuelve
el juicio en sí, se acaba la arrogancia.
Y si ésos han tenido atrevimiento
para hablar de llevarte, es porque ignoran
que puede resultar ancho y bravío
el mar que nos divide. Ten, pues, ánimo;
aunque conmigo no contaras... Febo
es quien te trajo aquí. Pero con todo,
ausente yo, mi nombre ha de prestarte
contra toda agresión firme defensa.

Se retira Teseo.

ESTÁSIMO PRIMERO

Canto del Coro

¡A la comarca de ágiles corceles,
peregrino, has llegado!
- al nido más hermoso y resguardado
de la tierra, la cándida Colono.
Aquí trinan a tono
bajo verdes doseles
parleros ruiseñores, nunca infieles
a la oscura enramada
de florecida hiedra,
—de oculto dios recóndita morada—,
cuyo follaje con mil bayas medra,
y ni la ofende el sol, ni vendavales
sañudos la destrozan;
aquí Baco y las Ninfas maternales
van, vienen y retozan.

Al toque del rocío que lo riega,
brindando ya de antiguo su decoro
a las dos grandes diosas, se despliega
cada día a racimos el narciso,
y, junto, el azafrán, foquito de oro.
Y nunca, nunca duermen
los claros manantiales del Cefiso,
que sin sufrir que mermen
las fugitivas fecundantes ondas,
el raudal impoluto
sueltan día tras día entre las frondas;
y al ondulante llano nunca enjuto
no le niegan las Musas su visita
ni la de riendas áureas, Afrodita.

Y brota aquí lo que jamás brotara
ni en Asia, ni de Pélope en la doria
península preclara:
aquel árbol invicto, nuestra gloria,
que por sí se repara
y al invasor despide fugitivo,
glauco pimpollo de feraz olivo.
Y ¿quién, anciano audaz o ardido mozo,
si en él pensó jamás hacer destrozo,
las insolentes manos no refrena,

cuando ve que sobre él siempre vigila,
abierta la pupila,
Zeus Morio y, al par de él, la glauca Atena?

Y queda otro loor con que levante
la ciudad nuestra madre al alto trono
que un dios le preparó, trono radiante,
al fundar sus tres grandes poderíos
en corceles, en potros y en navíos.
Tú, gran hijo de Crono,
la sublimaste a gloria tan señera,
tú, que por vez primera,
Príncipe Posidón, en nuestros llanos,
por curar sus furores,
embridaste a los fieros pisadores;
tú, que amoldaste el remo a nuestras manos,
el remo airoso que veloz se lanza
y sigue a las Nereidas en su danza.

EPISODIO SEGUNDO

ANTÍGONA

¡Oh tierra celebrada en estos cantos
más que otra tierra alguna, ahora es tiempo
de avalorar con hechos tus loores!

EDIPO

¿Algo nuevo, hija mía?

ANTÍGONA

Que se acerca
Creonte, oh padre, y no sin larga escolta...

EDIPO

¡Ay queridos ancianos! ¡de vosotros
la salvación espero en este trance!

CORO

Confía, así será, que aunque soy viejo,
el vigor de mi patria no envejece...

Entra Creonte con su acompañamiento.
Viene desde Tebas.

CREONTE

Nobles habitadores de esta tierra,
por vuestros ojos veo que os conturba
repentino temor con mi llegada.
- No hay por qué me temáis... no se os escape
ningún dicho ominoso. Me presento
sin intención de ultraje: soy anciano,
y sé que llego a una ciudad potente
y altiva cual ninguna de la Hélada.
A pesar de mi edad me comisionan
para que venga a convencer a este hombre
que a los llanos Cadmeos hoy me siga.
Ni es mensaje privado; a nombre vengo
de los Tebanos todos, pues me sienta
por parentesco a mí, más que a ninguno
en la ciudad, dolerme de sus males.
Óyeme, pues, Edipo infortunado,
vuélvete a casa: con razón exige
la ciudad tu presencia, y más que todos
yo, (de no hacerlo así, ¿quién más perverso?)
yo, que no puedo menos de angustiarme,
al verte sepultado en tanta ruina...
¡verte anciano, mendigo sin ventura,
desterrado sin rumbo, a la tutela
de una doncella sola!... y ésta ¿cuándo,
cuándo, infeliz de mí, pensé encontrarla
caída en la miseria en que ha caído,
sustentando tu vida tenebrosa
con trato pobre y vil, virgen adulta
sin gozo de himeneo, presa fácil
para cualquier raptor?... ¡Fatal reproche,
—ay desdicha la mía— con que afrento
a ti y a mí y a nuestra raza entera!
Pero ¿cómo ocultar lo que se explaya
a la vista de todos? Tú, oh Edipo,
por el honor de los paternos dioses,
tú lo vas a ocultar, si al fin me escuchas,
y a la ciudad y casa de tus padres,
a volverte conmigo te resuelves.
De esta tierra despídete amoroso,
que bien se lo merece, mas la propia
reclama tu piedad con más derecho,
pues ella en otro tiempo te ha criado.

EDIPO

Hombre atrevido y sin pudor, que fueras
capaz de hallar un velo de justicia
para toda doblez, ¿qué es lo que amañas?
o ¿es que segunda vez quieres que ruede
en el lazo maldito, el que rehuyo
con más íntimo horror? Pues, cuando, herido
de aquellos golpes que mi propia mano
descargó sobre mí, todo mi anhelo
era que me arrojaran de mi tierra,
tú no quisiste contentar mis ansias;
y cuando al fin rendido, harto de ira,
la vida en el palacio me era dulce,
entonces me expulsaste y me arrojaste,
y entonces no fue nada el parentesco.
Mas hoy, ves que benévola sus puertas
me quiere abrir Atenas, y ¿pretendes
arrancarme al afecto de sus hijos,
armando el duro lazo en frases blandas?
¿Ni qué halago será brindar amores
a quien se hastía de ellos? - Imagina
que ansías una gracia, y te la niegan
con terquedad, y que una vez hartado
el corazón, sin gusto ya en el gusto,
te la otorgan al fin, ¿no la contaras
por menguado favor? Pues de esa índole
son los que tú me traes, muy vistosos
de palabra, mas de obra perversísimos.
A estos ancianos lo diré, que oyéndolo
conozcan tu traición: llevarme quieres,
no por restituirme a mi palacio,
sino por asentarme en la frontera,
siendo todo tu afán que salga inmune
Tebas de los desastres que la amagan
de parte de este reino. Mas tal suerte
no es para ti, sino ésta: que el azote
de la maldición mía no se aparte
de tu país; y el hado de mis hijos:
que de mi tierra obtengan tanto espacio
cuanto para yacer en ella muertos...
¿Conque sé lo de Tebas? Yo diría:
mejor que tú, cuanto en mejores fuentes
bebo el saber: ¡Apolo y Zeus, su padre!
Con boca mentirosa aquí has venido
y afilada la lengua; pero en suma

tus discursos más daños que ganancias
te han de causar... Ya sé que empeño inútil
es quererte rendir. ¡Pues vete y déjanos
aquí vivir en paz! Triste es mi estado,
mas no me puede ir mal si ése es mi gusto.

CREONTE

¿A quién más perjudica tu conducta,
a mí quizás o a ti?

EDIPO

Para mi dicha
me basta que ni a mí ni a mis amigos
logres tú convencer.

CREONTE

Ni con el tiempo
habrás de criar juicio, desdichado,
y vives para afrenta de las canas...

EDIPO

Eres famoso para hablar, mas sabe
que no es posible hacerlo en todo tema
con tino igual.

CREONTE

Son cosas muy distintas
hablar mucho y hablar lo que conviene.

EDIPO

¡Tú sin duda hablas poco y en su punto!

CREONTE

No lo será para quien tenga el seso
que muestras tú...

EDIPO

Pues vete, te lo dicen
por mi boca estos hombres, y no quedes
receloso acechando cómo y dónde
tengo yo que vivir.

CREONTE

Me son testigos
ellos, no tú, que mandas tal respuesta
a los tuyos de allá, que, como un día
te tenga a mano...

EDIPO

Y ¿quién me ha de echar mano
violentando a mis guardas?

CREONTE

¡Aun sin eso
voy a hacer que lo sientas, te lo juro!

EDIPO

¿Y qué quiere decir esta amenaza?

CREONTE

Que, hace un momento, a una de tus hijas
presa cogí, y ahora llevo estotra...

Se inicia un diálogo lírico.

EDIPO

¡Ay de mí!

CREONTE

¡Tendrá pronto tu querella
que lamentarse más!

EDIPO

¿A una hija mía
tienes ya?

CREONTE

Y en seguida irá con ella
ésta también.

EDIPO, *al Coro*

¿Qué hacéis? ¿me vais dejando,
amigos, a merced de esta alma impía?
¿no expulsáis al sacrílego nefando?

CORO, *a Creonte*

¡Fuera! ¡fuera de aquí! ¡crimen violento
es lo que haces, intruso, y lo que hiciste!

CREONTE, *a los suyos*

¡Alerta, guardas! ya llegó el momento;
¡arrastradla, si a buenas se resiste!

ANTÍGONA

¿Adónde huyo, infeliz? ¿a quién invoco?
¿a quién, hombre o deidad? ¿en quién confío?

CORO, *a Creonte*

¿Qué vas a hacer?

CREONTE

Al viejo no le toco;
a ésa, sí, que es llevarme lo que es mío.

EDIPO

¡Senado de esta tierra!

CORO

¡Oh extranjero!
¿adónde se desboca tu malicia?

CREONTE

¡La justicia me asiste!

CORO

¿Qué justicia?

CREONTE

¡A la que es de mi sangre recupero!

Va a echar mano a Antígona.

EDIPO

¡Socorro, Atenas!

CORO

Extranjero, ¿qué haces?
¡la sueltas, o venimos a las manos!

Se acerca amenazador a Creonte.

CREONTE

¡Alto ahí!

CORO

¡Yo no sufro tan audaces
pretensiones jamás!

CREONTE

¡Con los Tebanos
guerra segura, al punto que me toques!

EDIPO

¿No lo predije?

CORO

¡Suelta a la doncella!
¡pronto!

CREONTE

¡Manda en lo tuyo!

CORO

¡No provoques!
¡suelta!

CREONTE, *a uno de sus soldados*

¿Qué esperas ya? ¡carga con ella!

CORO

¡Auxilio! ¡auxilio! ¡por acá, paisanos!
¡Brutal raptor a Atenas atropella!
¡Acá! ¡de los alcores y los llanos!

ANTÍGONA

¡Me roban, ay! ¡a la violencia cedo!
¡infeliz!

EDIPO

¿Dónde estás?

ANTÍGONA

¡Cruel arrastre!

EDIPO

¡Hija, alarga la diestra!

ANTÍGONA

¡Ya no puedo!

CREONTE

¡Pronto ya!

Salen los guardas con Antígona.

EDIPO

¡Me aniquila este desastre!

CREONTE

¡Falló tu doble báculo! ¡ya en vano
has de buscar su apoyo en tu camino!
¡De tu patria el mandato soberano,
que, aunque señor, a transmitir me allano,
no has querido acatar: triunfo mezquino!
¡Llegará un tiempo al fin, en que comprendas

que no has mirado por tu bien, ni ahora
ni antes, soltando indómito las riendas
a la ira, tu eterna destructora!

Va a salir.

CORO

¡Alto ahí!

CREONTE

¡No me toques!

CORO

¡Extranjero,
las doncellas devuelve, o prisionero
aquí vas a quedar!

CREONTE, *ciego de ira*

Mayor rescate
tendrás entonces que pagar a Tebas,
cuando no a las dos solas arrebate,
sino además...

CORO

¿Qué has dicho? ¿a quién te llevas?

CREONTE, *señalando a Edipo*

¡A éste mismo!

CORO

¡Oh audacia retadora!

CREONTE

Verás cómo la cumplo sin demora...

CORO

Si te deja el rey mío que te atrevas...

EDIPO, *con gesto de terrible imprecación*

¡Oh voz desvergonzada! ¡Tú tocarme!

CREONTE, *viendo venir la maldición*

¡Calla! ¡qué horror!

EDIPO

¡No lo he de hacer! ¡Callarme,
cuando a las mismas diosas solicito
que me den voz para gritar: maldito!
- ¡que viendo de mis cuencas los despojos,
me arrancas a esa virgen indefensa,
que era la luz postrera de mis ojos!
¡De esta maldad inicua en recompensa,
que a ti y a tu progenie aborrecida
el Sol, omnividente en su mirada,
te otorgue una vejez tan arrastrada
como este ocaso de mi triste vida!

CREONTE, *aterrado*

¡Moradores, veis esto!

EDIPO

¡Sí, lo han visto:
nos ven a ti y a mí, ven que resisto
al rigor de tu bárbaro atentado
tan sólo con palabras!

CREONTE, *en un arranque de furia*

¡Yo no cedo,
y aunque estoy solo y de vejez cargado,
verán si al fin llevármelo no puedo!

Va a echar mano a Edipo.

EDIPO

¡Desdichado de mí!

CORO

¡Orgullo horrendo!
¿Esa es tu pretensión?

CREONTE

¡Eso pretendo!

CORO

¿Atenas para ti dejó sin duda
de ser ciudad?

CREONTE

¡Si la razón le asiste,
el débil, triunfador, al fuerte embiste!

EDIPO

¿Lo oís? ¿lo oís?

CORO

Bravata necia y ruda,
que no habrá de cumplir... ¡Zeus me es testigo!

CREONTE

Zeus lo sabrá, mas ¿tú?...

CORO

¡Burda insolencia!

CREONTE

¿Insolencia? ¡Pues súfrela en paciencia!

CORO

¡Pueblo! ¡pueblo, aquí todo! ¡aquí conmigo!
¡y el señor de la tierra, acuda, acuda!
¡vuela hacia la frontera el enemigo!...

Sigue el

EPISODIO SEGUNDO

TESEO, *entrando precipitadamente*

¿Qué grita es ésa? ¿qué hay? o ¿por qué pánico
el sacrificio interrumpís que hacía

ante el altar de vuestro dios marino,
el patrón de Colono? Luego al punto
enteradme de todo, porque vine
con paso más veloz del que quisiera...

EDIPO

¡Amigo! ¡por la voz te reconozco!
¡es horrendo atropello el que éste ahora
acaba de inferirme!...

TESEO

¿Qué atropello?
¿quién se atrevió contigo? ¿quién?

EDIPO

Creonte...
—¡ése que ves allí!— viene y me arranca
mis hijas ¡ay!... mi único par...

TESEO

¿Qué has dicho?

EDIPO

Ya sabes lo que lloro...

TESEO, *arrebatado*

¡Vuele al punto
uno de mis criados, y que el pueblo
que rodea el altar, a una todos,
infantes y jinetes, raudos láncense,
al cruce en que convergen las dos vías,
y allí tengan al paso a las doncellas;
no vayan a decir que fui la burla
de este extranjero, y que a su antojo pudo
mi país allanar! ¡Pronto, te digo!

Sale corriendo un paje.

¡Y ése tal!... - ¡de tratarle con la cólera
que mereciera, a fe, no sale ileso

de mis manos!... Lo menos que le aplico
serán las mismas leyes que nos trajo...

Dirigiéndose al mismo Creonte.

De aquí sólo saldrás cuando a las jóvenes
me vengas a poner ante los ojos.
Tu acción es para mí villano insulto
y afrenta de tus padres y tu patria.
Vienes a una ciudad que la justicia
sabe reverenciar, y no hace cosa
sino fundada en ley; y atropellando
sus sagrados principios, entras, hurtas,
te apropias lo que quieres... Por lo visto
es esto para ti ciudad sin gente,
sin libertad... y el rey, igual que nada...
No es Tebas sin embargo quien te hiciera
tan ruin; Tebas no cría gente injusta,
ni han de aprobarte cuando allí conozcan
lo que a mí me has robado y a los dioses,
arrastrando a indefensas suplicantes.
Si a tu reino yo fuera, por más claros
que viese mis derechos, sin la venia
de quien mandase allí, fuese quien fuese,
yo a nada tocaría, pues no ignoro
qué es lo que al huésped toca en tierra extraña.
Tú, deshonrando estás la tierra propia
que no merece tal baldón, y el Tiempo
te ha dejado por prenda de su paso
con muchos años y con poco juicio.
Lo dije y lo repito, que en seguida
traigan aquí a las niñas, si no quieres
tener que poner casa en esta tierra
contra todo tu gusto. Y mis palabras
son de mi voluntad el firme aserto.

CORO

¡Ves, extranjero, ves en qué has parado!
De raza muy leal, mas por tus obras
quedas convicto de malicia...

CREONTE

Nunca
el pensamiento mío, hijo de Egeo,
fue imaginar a Atenas despoblada

o falta de gobierno, como has dicho;
al contrario, hice ahora lo que hice,
porque jamás pensé que en ella nadie
se iría a enamorar de mis parientes,
al punto de querer alimentarlos
contra mi voluntad. Daba por cierto
que no querría el pueblo abrir sus puertas
a un parricida, a un hombre impuro, al hombre
en quien se descubrió la boda impía
de un hijo con su madre... Yo contaba
con que en el Monte de Ares tiene asiento
un concejo tan sabio que no sufre
que en la ciudad se hospeden vagabundos
como éste. Tal pensé, y esto te explica
que adueñarme quisiera de esta presa.
Ni tampoco llegáramos a tanto,
si horrible maldición no me lanzara
a mi raza y a mí. Me hirió primero;
me desquité. La ira no conoce
más vejez que la muerte; sólo en ella
se embota el dardo del rencor adusto.
Y hora dispón de mí como quisieres,
pues aunque va conmigo la justicia,
en tanta soledad no puedo nada;
mas con todo a tus hechos, aunque anciano,
sabré yo responder con otros hechos.

EDIPO

¡Alma desvergonzada! de tu injuria
¿quién piensas tú que viene a ser la víctima,
yo el anciano, o tú mismo?, tú que sueltas
de tu lengua malvada asesinatos,
incestos y desgracias, cosas todas
que sufrí sin quererlas, ¡ay desdicha!
Y era que a las deidades así plugo,
irritadas sin duda desde antiguo
contra la raza nuestra... Mas descubre
y comprueba en lo mío, si lo puedes,
culpa alguna, materia a tus baldones,
cuya pena haya sido el torpe yerro,
que me sumió en la ruina con los míos.
Porque, dime, si un día voz celeste
a mi padre intimó la suerte horrible
de perecer a manos de su hijo,
eso, ¿con qué justicia me lo achacas,

si aún no recibía el ser que tengo
de mi padre y mi madre, y era entonces,
sin vida o ser, inconsistente nada?
Mas prosigue: si luego que en el mundo
aparecí, marcado con el sello
de mi desgracia atroz, vine a las manos
con mi padre, ignorando lo que hacía,
y le maté sin vislumbrar quién era,
¿con qué razón me imputas y reprendes
lo que inconsciente fue? Luego mi madre...
y, siendo ella tu hermana, desgraciado,
¿tienes la avilantez de constreñirme
a recordar sus nupcias? Lo que fueron
te lo diré - no es tiempo de callarlo,
una vez que tú mismo allí has metido
tu lengua sin pudor. ¡Era mi madre!
—¡oh inmensidad de mi dolor!— ¡lo era!
y ni lo supe yo, ni ella lo supo,
y habiéndome engendrado, nueva prole
a mí me dio para su oprobio eterno...
Pero una cosa sé, y es que tu lengua
se ensaña en mí y en ella porque quieres,
mientras que sin querer fueron mis bodas,
y sin querer he dicho cuanto he dicho.
Y añado más: que culpa propia mía
nunca me has de probar ni en esas nupcias,
ni tampoco en la muerte de mi padre,
baldón que de continuo me repites.
Porque contesta a una pregunta sola:
si en este mismo punto alguien de paso
te asaltase y quisiese darte muerte,
tú el varón integérrimo ¿pensaras
en mirar si es tu padre el asesino,
o al contado te vengas? No lo dudo:
quien a la vida, como tú, se aferra
al agresor se tira sin más formas
ni ápices de justicia. Pues idéntico
fue el paso en que caí, ¡desdicha mía!,
guiado por los dioses... Y esto digo
seguro que ni el alma de mi padre
pudiera desmentirme, si viviese.
Tú solo, hombre sin ley y que presumes
poderlo decir todo, lo decible
y lo que la piedad callar te manda,
tú solo así me afrentas en presencia
de este concurso, y lisonjero adulas

la gloria de Teseo y el renombre
de Atenas por su egregia policía.
Mas entre tanto elogio se te pasa
que, si hay alguna tierra que descuelle
por el culto a los dioses, la supera
en este empeño Atenas; y tú ahora
has querido arrancarme de su suelo,
y las manos has puesto en un anciano,
y sus hijas robaste a un suplicante...
¡Por lo cual a estas diosas hoy recurro
y con instante ruego las imploro
que a mi lado se pongan en la lucha,
y que te hagan sentir qué casta de hombres
son los héroes que guardan este reino!

CORO

Oh rey, bueno en verdad es nuestro huésped:
sus desgracias han sido abrumadoras,
mas, por lo mismo, hay que sacarle de ellas.

TESEO

Basta ya de palabras. Los raptores
aligeran su fuga, y nos quedamos
quietos aquí las víctimas...

CREONTE

¿Qué mandas
a este mísero inválido?

TESEO

Que al punto
la marcha emprendas hacia allá, yo sigo:
porque, si a mano guardas a las niñas,
tú mismo hagas la entrega, y si con ellas
huyen los forzadores, es inútil
cansarnos: los persigue ya mi gente,
ni hay que temer que logren escapárseles
y a sus dioses bendigan por la huída.
Conque ve por delante. Lo estás viendo,
apresador, vas preso, y la Fortuna
le cazó al cazador. Mal se conserva
lo que mal se adquirió. Vamos, no tienes
quien te respalde ahora. Aunque, seguro,

sin ayuda de cómplices, no es fácil
que a tan ciega aventura te lanzaras,
que es colmo de insolencia; ¡alguien te apoya,
y lo he de averiguar: no va mi reino
a quedar a merced de un hombre solo!
¿Entiendes este aviso, o por tan vano
lo tienes como aquellos que escuchaste
antes de consumar tu felonía?

CREONTE

Mientras estoy aquí, nada contesto
a cuanto me dijeres; cuando a Tebas
pueda volver, sabré lo que disponga...

TESEO

Amenaza si quieres, pero avanza.
Tú Edipo, queda aquí, queda tranquilo
en medio de nosotros, y no dudes
de que, si antes no muero, no descanso
sino viéndote dueño de tus hijas.

EDIPO

Bendigo tu justicia y tu nobleza,
Teseo, y el afán con que me amparas.

Sale Teseo, llevándose a Creonte,
y queda Edipo solo con el Coro.

ESTÁSIMO SEGUNDO

Canto del Coro

¡Que estuviera,
que estuviera yo en el campo, que, tronchando su carrera,
ve que en fuga arrebatada vuelve grupas el raptor,
y se mide con los nuestros en las ráfagas broncíneas
de la lucha! Pero ¿dónde? - Por las playas apolíneas,
o quizá por la ribera,
donde en fúlgido desfile las deidades coruscantes
al mortal enseñan ritos, cuyo arcano salvador
los Eumólpidas sigilan, misteriosos hierofantes,
con la llave del terror...
¡Allí creo
que el belígero Teseo,

sin salir de sus fronteras,
dará alcance a las hermanas, a las vírgenes viajeras,
en el vivo clamoreo
de un encuentro vencedor!

Mas quizás hacia poniente vuelan ya los fugitivos,
y dejando a las espaldas
las dehesas de Colono, van del Ea por las faldas,
donde níveos se levantan los picachos más altivos.
En sus potros, en sus carros de rodar vertiginoso
raudos huyen; mas furioso
los apremia el Colonense y el del ático escuadrón:
los arneses centellean; ¡en la pista a toda brida
les da alcance ya la tropa
que galopa,
por Atena, reina ecuestre, protegida
y el querido hijo de Rhea, dios marino, Posidón!

¿Ya están en la lucha? ¿van a entrar en ella?
—mi alma me lo inspira— la mansa doncella,
que tanto ha sufrido de un pariente infiel,
pronto estará libre del raptor cruel...
¡Hoy, hoy mismo, algo grande sin duda Zeus prepara:
el triunfo —lo presiento— para el regio adalid!
¡Ah! ¡no ser yo paloma!... ¡mi vuelo arrebatara
a alguna etérea nube, de donde atalayara,
extático y suspenso, la victoriosa lid!

¡Monarca de los dioses, oh Zeus omnividente,
a nuestros campeones da el arranque potente
que ponga entre sus manos la presa victorial!
¡Concédanoslo Palas, hija tuya gloriosa!
¡Tienda el montero Apolo, con su hermana que acosa
los moteados ciervos, su égida poderosa
sobre mi augusta patria y su pueblo marcial!

EPISODIO TERCERO

CORO

A tu fiel centinela, errante amigo,
no lo habrás de llamar falso agorero:
ya estoy viendo a tus hijas, que escoltadas
se acercan hacia aquí.

EDIPO

¡Ah! ¿dónde? ¿dónde?
¿qué dices? ¿cómo has dicho?

ANTÍGONA, *desde lejos*

¡Padre, padre!
¡ah! que alguna deidad te diese vista
para mirar a este hombre nobilísimo
que aquí te nos devuelve...

EDIPO

Hija, ¿de veras?
¿aquí estás?

ANTÍGONA

¡Sí! ¡las manos de Teseo,
con su tropa querida, nos salvaron!

EDIPO

¡Acercaos las dos, que vuestro padre
logre estrecharos, hijas! ¡no esperaba
teneros otra vez!

ANTÍGONA, *acudiendo con Ismene*

¡Será cumplida
el ansia tuya que también es nuestra!

EDIPO

¿Dónde, dónde estáis pues?

ANTÍGONA

¡Llegamos juntas!

EDIPO

¡Dulces pimpollos míos!

ANTÍGONA

Siempre dulce
para un pecho de padre es su progenie...

EDIPO

¡Oh de este triste anciano fieles báculos!

ANTÍGONA

Y fieles compañeras de sus duelos...

EDIPO, *abrazándose con ellas estrechamente*

¡Tengo a mis dulces prendas, y si ahora
tuviese que morir, no se diría
que infeliz fui del todo, pues os tuve
a las dos junto a mí! ¡Venid, que os sienta!
¡de ambos lados cercadme, tiernos brotes
del tronco paternal! Tomad respiro
de esta postrera infausta correría...,
y lo que os ha pasado referidme,
como a niñas conviene, en frases pocas.

ANTÍGONA, *volviéndose a Teseo*

¡Éste es quien nos salvó! padre, que él cuente,
y mi relato así pronto concluyo.

EDIPO

¡No extrañes, huésped mío, si al hallarme
contra toda esperanza con mis hijas,
vencido del amor, me propasara!
Pues bien sé que esta dicha con que en ellas
me gozo, te la debo, y a ti solo,
pues que tú las salvaste, no otro alguno.
Las deidades te den cuanto les pido
por tu reino y por ti, - ¡que en otros hombres
nunca jamás hallé piedad tan pura,
ni compasión tan honda y tan sincera!
Lo sé muy bien: por eso así lo pago
con leal testimonio; ¡lo que tengo,
por ti, por ti lo tengo, y no por otro!
Dame tu mano, que tocarla pueda,
y, si es lícito, oh rey, deja que bese
tu rostro. - Mas ¿qué he dicho? yo abismado
en tan honda miseria, ¿cómo osara
pretender que me toques, cuando siento
que se albergan en mí todos los males?

¡No, no es posible permitirlo!... Sólo
quienes entre esos males se han criado
los pueden compartir... ¡Tú, desde el sitio
en que te hallas, recibe mi saludo,
y con la misma lealtad prosigue
velando sobre mí, como hasta ahora!

TESEO

No me resiento, no, de que el coloquio,
embebido en tus hijas, prolongaras,
ni de que antes que a mí las atendieras:
yo no reparo en eso; que en mi vida
hechos y no palabras son mi gloria.
Y a las pruebas, anciano, te remito:
lo que juré cumplí; vivas te entrego
a tus hijas, que en tantas amenazas
no han padecido mal. Cómo la lucha
se convirtió en victoria, no conviene
que lo pondere yo: por ellas mismas
luego en la intimidad lo sabrás todo.
- Pero acabo de oír de un nuevo asunto,
mientras acá venía, y es preciso
me des tu parecer, que aunque la cosa
es poca en sí, no deja de causarme
alguna admiración, y la prudencia
no permite que nada se descuide.

EDIPO

¿Qué es ello, hijo de Egeo? ni vislumbro
qué quieras preguntar.

TESEO

Dicen que un hombre,
no de tu tierra mas pariente tuyo,
se ha venido a postrar junto a las aras
de Posidón, donde antes de venirme
sacrificando estaba.

EDIPO

¿De qué tierra?
y ¿qué es lo que pretende así postrado?

TESEO

No sé; sólo me dicen que ha pedido
hablarte una palabra, cosa leve,
sin grave compromiso.

EDIPO

¿De qué asunto?
- que no es postura tal para nonadas.

TESEO

Dice que solicita esto tan sólo:
verse contigo y regresar seguro.

EDIPO

¿Quién vendrá a resultar el de esta súplica?...

TESEO

Mira si acaso no tenéis en Argos
algún pariente interesado en verte...

EDIPO

¡Ay basta, amigo, basta!

TESEO

¿Qué te ocurre?

EDIPO

No me preguntes más...

TESEO

¿De qué?

EDIPO

Ya entiendo
quién es, por lo que has dicho, el suplicante.

TESEO

¿Quién es, pues, él? y ¿qué recelo inspira?

EDIPO

¡Es mi hijo, oh rey! ¡el hijo aborrecido,
cuyas solas palabras me acongojan
más que las de cualquiera!

TESEO

Pero, atiende,
¿no le puedes oír, y no hacer luego
lo que no quieras? ¿qué te cuesta oírle?

EDIPO

¡Es ya esa voz, oh rey, lo más odioso
que pueda oír su padre! ¡No me arrastres
a ceder por la fuerza en este punto!

TESEO

¿Y su actitud sagrada no te obliga?
Mira si al dios quizá tal honra debas...

ANTÍGONA

Padre, cede conmigo, aunque tan joven
para darte consejos. Deja al príncipe
que de su corazón ceda al impulso
y cumpla con el dios; y a tus dos hijas
otórganos que venga nuestro hermano...
No hayas miedo que logre hacerte fuerza
contra tu voluntad con cuanto hable
que no sea a tu gusto. Mas ¿qué pierdes
con escuchar palabras?... Las felices
ocurrencias hablando se descubren...
Tú le engendraste, padre; sus maldades,
por crueles e impías que hayan sido,
no justifican que les des en pago
mal por mal... ¡Ah! ¡permítele que venga!
¡Cuántos otros no tienen hijos ruines
y se aíran también, mas al conjuro
de suaves mediaciones, cual por magia,
se vienen a rendir a sus amigos!
Deja tu mal presente, y lo pasado
recuerda, las miserias que sufriste
por tu padre y tu madre: considéralo,
y apreciarás, segura estoy, las ruinas

que amontona la ira desbocada:
para tus reflexiones harto pábulo
te proporcionan las vacías cuencas
de tus ojos perdidos para siempre...
Mas cede a nuestras súplicas; quien pide
lo justo, no debiera largo tiempo
tener que estar rogando, ni es decente
que quien tantos favores recibiera
no lo atine a pagar...

EDIPO

¡Ay! hija mía,
para mí ¡cuán amargo es este gusto
que os dais al reducirme a vuestros ruegos!
Con todo, sea así... Sólo una cosa:
si ese hombre ha de venir, oh huésped mío,
que ninguno jamás me haga violencia.

TESEO

Ya lo escuché una vez, anciano, y basta;
no quiero hacer alardes, mas entiende
que a salvo estás, mientras un dios me salve.

Se retira Teseo a concluir su sacrificio interrumpido.

ESTÁSIMO TERCERO

Canto del Coro

Quien, largo en sus deseos, incauto olvida
los términos que estrechan la humana vida,
muestra, cuando así viola toda mesura,
que le guía en sus pasos ciega locura...
Porque los luengos días van hacinando
más penas que contentos; lo dulce y blando
para siempre se esfuma, cuando uno pasa
de los años mortales la breve tasa;
y aparece de pronto niveladora
la que sube del Hades, sin voz de lira,
sin coro de himeneo, la Segadora,
la Muerte, en cuyos brazos la Vida expira...

¿Cuál es el más dichoso? - Quien no ha nacido.
Y ¿después de él? - Quien logra para su suerte

volver luego a la noche de que ha salido
en el blando regazo de pronta muerte.
La juventud del hombre pasa cual brisa,
y con ella la loca liviana risa,
y en la invasión de penas que al triste asalta,
riñas, odios, rencores, nada le falta,
ni aun luchas homicidas, y el mal postrero:
la vejez desdeñada, sin acomodos,
sin trato y sin amigos, fatal vivero
donde se crían juntos los males todos.

Y ésta es su negra suerte, no sólo mía.
La galerna que bate costa bravía
la azota en el invierno con loco empuje;
así contra este anciano furiosa ruge
la desgracia; y sus olas, ronda incesante,
raudas le acosan, unas desde levante,
otras desde el poniente que al sol apaga,
otras del mediodía claro y radiante,
otras del norte airado que es noche aciaga...

EPISODIO CUARTO

ANTÍGONA

Mas ya, si no me engaño, le estoy viendo
al extranjero, padre... Ya se acerca:
viene solo y sin nadie, y hechos fuentes
de lágrimas los ojos...

EDIPO, *desconfiado y sombrío*

¿Quién?

ANTÍGONA

El mismo
que antes nos sospechamos... Polinices.

Entra Polinices en la escena, y se detiene largo tiempo contemplando emocionado a su padre y a sus hermanas.

POLINICES

¡Triste de mí! ¿Qué hacer? ¿mis males propios
llorar, hermanas mías, o primero

los que tengo a la vista en este anciano?...
¡Que así a mi padre encuentre en tierra extraña
con vosotras expulso, sin más traje
que esos andrajos viles y mugrosos,
que han ido envejeciendo sobre el cuerpo,
malsanos, repulsivos!... ¡Y esa frente
sin ojos, y esa larga cabellera,
que flota despeinada a toda brisa!
¡Y al estilo serán los tristes víveres,
que carga el desdichado contra el hambre!
¡Hijo de perdición! ¡tarde me entero,
ay, muy tarde!... ¡y confieso que un malvado
he sido, el más malvado de los hombres
en cuanto te debía!... ¡De mi boca
oye esta confesión, no de otra alguna!
Mas, pues al par de Zeus, junto a su trono,
en cuantas obras hace, la Clemencia
tiene su asiento, que también asista
junto a ti, padre mío: que mis culpas
se pueden remediar, crecer no pueden...

Larga pausa, en la que Edipo no hace el más ligero movimiento.

¿Conque callas?... ¡oh padre, habla, di algo,
mas no vuelvas el rostro!... ¿no hay respuesta
ninguna para mí? ¿no abres tu boca?
y ¿me echas desairado, sin decirme
ni siquiera la causa de tu enojo?...
¡Ay hijas de este hombre, hermanas mías!
ved si podéis vosotras —yo no pude—
mover los mudos inflexibles labios
de un padre inexorable... Pero ¿cómo
así va a despachar al suplicante,
sin concederle una palabra sola?

ANTÍGONA

¡Oh malaventurado! di tú mismo
la causa que te trae; las palabras,
al prolongarse, a veces causan gusto,
o se exaltan en ira o en ternura,
y a la misma mudez la voz devuelven.

POLINICES

Voy, pues, a hablar, que es bueno tu consejo.
Y ante todo del dios la ayuda imploro,

de cuyo altar me alzara vuestro príncipe,
y me ofreció al traerme, que podría
hablar y oír y regresar seguro.
Esto mismo, extranjeros, es mi anhelo
que me cumpláis vosotros, mis hermanas
y mi padre también. Y ahora, padre,
quiero exponerte el fin por el que vine.
De mi tierra paterna vivo expulso,
porque quise en tu trono soberano
sentarme, a fuer de hijo primogénito.
Sin más causa Eteocles, el más joven,
me arrojó de la patria, no venciéndome
con fuerza de razones, ni tampoco
en contienda leal a mano armada,
mas sobornando a la ciudad entera.
De todo ello otra causa no descubro
que la Furia que acosa a tu familia;
y así dicen también los agoreros.
Pero en llegando a Argos, ciudad dórica,
de Adrasto me hice yerno, y a mi causa
reduje a cuantos héroes se distinguen
en esa tierra de Apis por renombre
de sangre o de bravura. Son las huestes
de los siete caudillos las que quiero
contra Tebas lanzar; y en la demanda
o muero con honor, o de la tierra
arrojo al vil causante de mis males.
Bien. ¿Y a qué vengo ahora? Padre mío,
a presentar mis ruegos, los que a una
conmigo te dirigen mis aliados,
que con sus siete lanzas encabezan
las siete tropas, y de Tebas ciñen
el campo en derredor. Abre la marcha
el gran Anfiarao, que no tiene
ni en la lanza rival ni en los augurios.
Siguen Tideo etolio, hijo de Eneo,
y Eteoclo junto a él, de sangre argiva.
El cuarto Hipomedonte es enviado
por Talao, su padre. La amenaza
de Capaneo, el quinto, es que de Tebas
dejará sólo escombros humeantes.
El sexto campeón Partenopeo
desde Arcadia ha venido, y es su nombre
recuerdo de quien fuera tantos años
indomeñable virgen, prole digna
de la gran Atalanta. Yo, por último,

tu hijo, aunque quizá mejor dijera
hijo de suerte impía, yo que al menos
soy llamado hijo tuyo, soy quien guía
contra Tebas la marcha de las huestes
argivas impertérritas. A una
todos aquí te suplicamos, padre,
por amor de tus hijas, por tu vida,
que depongas tu enojo contra el hijo
que a castigar se lanza al falso hermano
por quien quedó sin patria. Pues si dicen
la verdad los oráculos, victoria
prometen al que luche con tu ayuda.
Por las sagradas fuentes, por los dioses
de nuestra raza, te suplico me oigas
y te quieras rendir. Me ves mendigo
y desterrado, tú también lo eres;
lo mismo tú que yo, sólo con viles
adulaciones un hogar logramos,
que nuestra triste suerte es una misma...
Y él entre tanto, de señor y dueño,
¡desdichado de mí!, se pavonea
en el palacio, con desdén y burla
contra nosotros dos. ¡Ah! si me apoyas,
¡poco trabajo y tiempo necesito
para acabar con él!... y a tu palacio
te hago entonces volver, y en él te asiento
y me asiento contigo, en cuanto expulse
al otro a viva fuerza... Que esto quieras,
y es mía la victoria; sin tu ayuda,
no salvo en esta empresa ni la vida.

CORO

Por quien le presentó, no le despaches,
Edipo, antes de haberle contestado
lo que te pareciere conveniente.

EDIPO, *rompiendo por fin a hablar*

Pues bien, nobles guardianes de esta tierra,
a no ser porque vino aquí este hombre
mandado por Teseo, que ha querido
que le responda alguna cosa, ¡nunca
ni supiera a qué suena la voz mía!
Mas atendido ahora cual merece
se irá, después de oír lo que por cierto
no ha de alegrar su vida... Porque, ¡inicuo!

cuando tuviste en Tebas cetro y trono,
los que ahora tu hermano señorea,
a mí, tu propio padre, me expulsaste
y dejaste sin patria; tú me hiciste
llevar estos andrajos, que las lágrimas
te arrancan hoy, cuando los ves, sintiéndote
presa, cual yo, de idéntica miseria...
¡Ya no se trata de llorar! ¡Mi lote
es que siga sufriendo mientras viva,
y me acuerde de ti cual de asesino!
Porque tú me has sumido en estos males,
por ti arrojado fui, por obra tuya
mendigo vagabundo ando pidiendo
mi pan de cada día en tierra extraña...
Si no hubiera engendrado a estas dos hijas
que mi sustento buscan, ya estuviera,
por ti, muerto hace tiempo... Mas ahora
éstas me van salvando, éstas me nutren,
éstas varones son, que no mujeres
para penar conmigo; mas vosotros...
¡hijos sois de quienquiera, mas no míos!...
Por eso sobre ti sus ojos clava
el destino fatal, no sin embargo
con la saña que pronto ha de mostrarte,
si es que ya van tus tropas contra Tebas.
Porque entiende que a Tebas no la tomas,
sino que antes en sangre fratricida
bañado caerás, y en lid contigo
tu hermano por igual. ¡Imprecaciones
son éstas que hace tiempo ya os lanzara,
y ahora en favor mío las convoco,
que luchen a mi lado, y os enseñen
a tener reverencia a vuestro padre,
y a no desconocer, por verle ciego,
al que os diera la vida, hijos malvados,
que no lo han hecho así las hijas mías!
¡Ni tu súplica invoques ni tu trono,
que esta mi maldición todo lo arrolla,
si en verdad junto a Zeus tiene su asiento
inconmovible en las eternas leyes
la Justicia que falla desde antiguo!
¡Y fuera ya de aquí, ser execrando,
hijo sin padre, pérfido de pérfidos!
Recoge antes de ir las maldiciones
que me vas a escuchar: - ¡que ni conquistes
la tierra de tu raza, ni tampoco

a tu retiro de Argos vuelvas nunca;
sino que a torpe mano fratricida
mueras y mates a ese hermano tuyo
por quien has sido echado a tu destierro!
¡Ésa es mi maldición! ¡Sobre ella invoco
la hosca tiniebla paternal del Tártaro,
que te dé propio albergue, y a estas diosas
invoco, invoco a Ares que ha infundido
entre los dos rencores tan sañudos!
¡Ya lo escuchaste, vete! ¡vete y diles
a todos los Tebanos y a tus propios
compañeros también que ésta es la herencia
que ha repartido Edipo entre sus hijos!

CORO

Polinices, deploro las jornadas
que te han traído aquí... ¿Qué hacer ahora
sino irte lo más pronto?...

POLINICES

¡Qué desdicha!
¡qué jornada la mía y qué fracaso!
¡ay tristes compañeros! ¡que éste fuese
el fin que me esperaba en este viaje
desde Argos emprendido! ¡oh desventura!
- tal que ni puede ser que la confíe
a nadie de los míos, ni tampoco
que retroceda... ¡Sin abrir mis labios
tengo que ir al encuentro de mi suerte!...
¡Mas vosotras, sus hijas, mis hermanas,
vosotras que escuchasteis las horrendas
paternas maldiciones, si se cumple
esta cruel imprecación del padre
y en casa os encontráis, ah, por los dioses,
a vosotras al menos lo suplico,
no queráis despreciarme, y una tumba
alcanzad para mí, con ritos fúnebres!
La gloria que tenéis por los extremos
de vuestro amor filial ha de acrecerse
por las piedades que mostréis conmigo.

ANTÍGONA

Polinices, ¡un ruego!... ¿no has de oírme?

POLINICES

¿Qué es, pues? dímelo, Antígona querida.

ANTÍGONA

Cuanto antes haz volver tu gente a Argos:
¡no acabes con tu vida y con tu patria!

POLINICES

No, no es posible ya: ¿cómo, si ahora
me ven temblar, podría el mismo ejército
reunir otra vez?

ANTÍGONA

Hermano mío,
y ¿por qué desatarte en iras nuevas?
¿qué sacas de dejar tu patria en ruinas?

POLINICES

Vergonzoso es vivir en el destierro,
y que, siendo el mayor, sufra impotente
baldones de mi hermano...

ANTÍGONA

¿No ves cómo
eres así tú mismo quien te empeñas
en que el paterno oráculo se cumpla
de vuestra mutua muerte fratricida?

POLINICES

Ése es su gusto... y yo ceder no puedo...

ANTÍGONA

¡Ay infeliz de mí! y ¿habrá quien ose
seguirte aún, cuando oiga el vaticinio
que ha lanzado este hombre?

POLINICES

Ni una sola
palabra he de contar que los inquiete:
el buen caudillo las noticias buenas
pregona y las adversas disimula...

ANTÍGONA

Conque, hermano, ¿estás fijo en tu propósito?

POLINICES

Ni quieras detenerme... No me resta
sino andar sin remedio este camino
de término fatal, con triste augurio
de mi padre y sus Furias. ¡Que a vosotras,
en cambio, Zeus os guíe con ventura
si, muerto, me cumplís lo que os pidiera,
pues nada ya por mí podéis en vida!

Suavemente se desprende del abrazo de sus hermanas.

Soltadme ya, y adiós... no habéis de verme
vivo aún nunca más...

ANTÍGONA

¡Ay desdichada!

POLINICES

No lamentes por mí.

ANTÍGONA

¿No he de llorarte,
viendo que así te lanzas de tu grado
a una muerte segura, hermano mío?

POLINICES

Si es tal mi suerte, moriré...

ANTÍGONA

¡No mueras!
¡escucha mi consejo!

POLINICES

No aconsejes
lo que no debe ser...

ANTÍGONA

¡Desdicha mía,
si me quedo sin ti!

POLINICES

Da la Fortuna
un desenlace u otro; mas al menos
por ambas a los dioses hoy levanto
mi ruego: que de mal por siempre os libren,
porque no merecéis ser desgraciadas...

Se retira Polinices.

(COMMO

o diálogo lírico)

CORO

Otra vez una mano ha desatado
—la del ciego extranjero—
todo el peso fatídico del Hado...
O ¿no será más bien que justiciero
al que es culpable alcanza su destino?
No sé yo que jamás fallo divino
se frustrara impotente...
Y es que el Tiempo vigila omnividente,
y al uno traga en raudo torbellino,
y al otro ayuda a que del fondo salga...

Se oye de repente un primer trueno.

¡Ha retumbado el cielo! ¡Zeus nos valga!

EDIPO

¡Hijas, hijas, que corran! ¡que a Teseo
traigan pronto, el sin par en sus bondades!

ANTÍGONA

Y ¿cuál es al llamarle tu deseo?

EDIPO

¡Pronto! ¡en este fatal relampagueo
me avisa Zeus que ya me lleva al Hades!

Estalla otro trueno.

CORO

¡Ay! ¡segundo estampido, y más furioso
de la diestra de Zeus! ¿Quién me defiende?
¡se me eriza el cabello, y tembloroso
palpita el corazón!... ¡De nuevo hiende
los cielos el relámpago ominoso!
¿En qué ha de parar esto? Me domina
el pavor, pues jamás lo lanza en vano
la cólera divina...
¡Oh etérea inmensidad! ¡Zeus soberano!

EDIPO

¡Mi prenunciado término se llega,
hijas! y no es posible que lo eluda...

ANTÍGONA

¿Cierto estás? ¿no es terror que te trasiega
sin pruebas?

EDIPO

¡No! ya para mí no hay duda...
¡Vuelen! ¡traigan al rey! ¡que pronto acuda!

Nuevo estampido más fragoroso.

CORO

¡Horror! ¡el mismo estruendo
otra vez, más cercano, más horrendo!
¡Piedad, oh dios, piedad, si es que a la tierra,
madre nuestra, amenaza nube endrina
de maldición! ¡Ah, tu rigor me aterra!
Tal vez los ojos puse en un maldito...
¡Zeus, mi rey! ¡no me envuelvas en su ruina!
¡oye piadoso mi angustiado grito!

EDIPO

¡Hijas! ¿viene Teseo? ¿y ha de hallarme
en vida aún y de mi juicio dueño?

ANTÍGONA

¿Qué le quieres decir que así te alarme?

EDIPO

¡Con gratitud cumplida desquitarme
por tanto beneficio: ése es mi empeño!

CORO, *a Teseo*

¡Acude, acude, hijo, corre, vuela!
Si estás donde se ahonda y endoselа
el soto venerando,
un buey a Posidón sacrificando,
¡déjalo todo y ven! Llegó la hora
en que tu anciano huésped remunere,
en ti y en tu ciudad y en quien te quiere,
la piedad de tu gracia acogedora:
¡pronto, rey mío, pronto, sin demora!

Sigue el

EPISODIO CUARTO

Entra Teseo.

TESEO

¿Qué vocerío es éste que de nuevo
juntos alzáis, mi huésped y mi gente?
¿Es el trueno de Zeus el que os angustia,
o el súbito turbión?, pues todo cabe
temer del cielo, cuando así desata
el dios la tempestad...

EDIPO

¡Rey, has venido
cuando ansiaba por ti! ¡Para tu dicha
un dios aquí tus pasos endereza!

TESEO

¿Algo nuevo sucede, hijo de Layo?

EDIPO

Mi vida está en el fiel de la balanza,
y quiero yo morir, cumpliendo el pacto
que he sellado contigo y con tu pueblo.

TESEO

Mas ¿cuál es el pronóstico en que fundas
la cercanía de tu fin?

EDIPO

Los dioses,
los dioses mismos esta vez se anuncian
y hacen de heraldos propios: nada falta
en las señas que habían prometido.

TESEO

¿Las señas de tu fin? ¿anciano, cuáles?

EDIPO

Los prolongados truenos, los relámpagos
que unos tras otros fulgurantes brotan
de la mano invencible.

TESEO

Me convences,
pues ni una de tus muchas predicciones
frustrarse vi. Lo que hay que hacer ordena.

EDIPO

Te voy a revelar, hijo de Egeo,
lo que para esta tierra será, un día,
tesoro inmune de vejez caduca.
Dentro de unos instantes, yo en persona,
sin que nadie me toque ni me guíe,
os mostraré el camino hacia el paraje
donde debo morir. Pero ese sitio
nunca a mortal alguno lo reveles,
ni dejes que averigüen hacia dónde
viene a caer, para que así te sirva
de baluarte mejor que mil escudos
y lanzas mil de ejércitos aliados.

De otros misterios sacros que no es lícito
con el labio tocar, sabrás tú solo,
cuando tú solo allá me acompañares.
Ni a ciudadano alguno de los tuyos
los puedo descubrir, ni aun a mis hijas,
por más hondo que sea mi cariño.
Secretos los tendrás perpetuamente,
y cuando ya la muerte sientas próxima,
los trasmites tan sólo a tu heredero,
y él a quien le suceda. De este modo
tendrás a tu ciudad invulnerable
contra toda invasión de los Tebanos.
Y es que por más que al gobernar procures
justicia y rectitud, no faltan nunca
desmanes de vecinos insolentes.
Mas quien viole procaz la ley divina
vendrá a sentir que en el castigo justo
tardan los dioses, pero al fin le alcanzan.
No hagas nunca la prueba, hijo de Egeo,
por más que enseño a quien mejor lo sabe...

Echa a andar lentamente.

Mas ¡vamos ya, que en mi interior me apremia
lo que de Dios en mí siento presente!
Vamos al sitio ya sin dilaciones...
Hijas mías, seguidme, porque ahora
aparezco a mi vez por nuevo guía
para quienes lo fuisteis, tantos años,
de vuestro padre... ¡Vamos! ¡adelante!
no me toquéis, dejadme que yo solo
halle la tumba oculta en que es mi sino
que me pierda en el seno de esta tierra.
Por aquí... por aquí... seguid mis pasos,
por donde Hermes me lleva, el mensajero,
y la diosa del reino de las sombras...

Se detiene un instante, antes de internarse entre los árboles.

¡Oh luz sin luz, que un tiempo fuiste mía,
oh tú que ahora por la vez postrera
acaricias mi cuerpo, ya en el Hades
de mi vida sepulto el triste resto!...
Mas ¡adiós, el más dulce de los huéspedes,
tú y a la par la tierra y pueblo tuyos,
vivid felices todos, y en la dicha

de vuestra paz sin término, acordaos
del muerto que os la da desde su tumba!

Penetra en el bosque sagrado, seguido de Teseo, de sus hijas y de unos pocos acompañantes. Queda el Coro solo en la escena.

ESTÁSIMO CUARTO

CORO

Si puedo en mis plegarias a la invisible diosa
descubrir mi deseo,
y a ti, sagrado príncipe de la noche gloriosa,
Aidoneo, Aidoneo,
¡que el extranjero logre, sin luchas ni gemidos,
acabar la jornada,
al llano en que los muertos reposan reunidos
en la Estigia morada!
Pues compendio de males en vida fue su suerte
cruel, inmerecida,
bien pudiera un dios justo levantar en la muerte
su cabeza abatida...

¡Oh diosas infernales, oh monstruo no domado,
de quien cuenta la fama
que en el umbral, que al paso las almas han gastado,
con gruñidos se encama!
A esta fiera invencible que a la puerta vigila
del Hades, dios adusto,
oblígale a que deje senda abierta y tranquila
al peregrino augusto...
¡En su bajada al valle que a los muertos encierra,
al campo del beleño,
vela sobre él, oh hijo del Tártaro y la Tierra,
dios del perenne sueño!

ÉXODO

o escenas finales

Sale del bosque un paje del acompañamiento de Teseo.

PAJE

Ciudadanos, tan sólo una palabra
y no hay más que decir: ¡Edipo ha muerto!

Mas en breve contar el hecho mismo
no atino, ni lo sufre su grandeza.

CORO

¡Muerto dices!

PAJE

Del peso de la vida
está ya libre el infeliz.

CORIFEO

Mas ¿cómo?
¿con la ayuda divina y sin dolores?

PAJE

Ésta es la maravilla que nos pasma.
Cómo emprendió la marcha, sin guiarse
por nadie, antes guiando él solo a todos,
pudiste ver, ya que presente estabas.
Cuando llegó al umbral del corte abrupto
que sus gradas de bronce hunde en la tierra,
parose en una senda de las muchas
que se cruzan allí, junto a la crátera
que insculpido conserva el juramento
pactado por Teseo con Pirítoo.
A igual distancia se detuvo entonces
de esta presea, del peñón Toricio,
del antiguo peral de hueco tronco
y del sepulcro de marmórea losa.
Se sentó luego, desciñose él mismo
los sórdidos vestidos, y a sus hijas
llamó para mandarles le trajeran
agua de manantial con que lavarse
y hacer sus libaciones. Fueron juntas
al próximo altozano verdecido
de la diosa Deméter, y agua viva
trajeron a su padre sin tardanza.
Laváronle y el traje le vistieron
que el uso preceptúa. Cuando todo
hubo cumplido a gusto, sin frustrarse
de cuanto deseara ni en lo mínimo,
de pronto retumbó Zeus subterráneo,
y temblando al oírlo, las dos jóvenes

postráronse a las plantas de su padre,
y los pechos se herían, y lamentos
exhalaban con llanto incontenible.
Al escuchar su lastimero grito,
echándoles los brazos, "Hijas mías,
dice Edipo, desde hoy, quedáis sin padre:
todo lo mío se acabó; ya cesa
para siempre el trabajo tan gravoso
de mendigar mi pan, gravoso y fuerte,
mis hijas, bien lo sé; mas ha bastado,
para alivio de tanta pesadumbre,
una palabra: amor, - y amor tuvisteis
en mí, cual nunca más en ser alguno
volveréis a encontrar, que ya sin padre
habréis de andar el resto de la vida..."
Y unidos todos tres en un abrazo,
juntos entremezclaban sus sollozos.
Mas cuando al fin cesaron en sus lágrimas
ni se oyó más suspiro, del silencio
subió una voz, de súbito llamándole,
—y el pavor repentino nos eriza
a todos el cabello—, voz profunda
del dios que repetía: "Edipo, Edipo,
¿qué tardamos en ir? Ya mucho tiempo
retrasándote estás..." Al darse cuenta
que le llamaba el dios, al rey Teseo
manda acercarse, y cuando al lado estuvo:
"Fiel amigo, le dice, hazme una gracia,
da a mis hijas la prenda fidelísima
de tu diestra leal (también las vuestras
dadle, hijas, vosotras), y promete
no abandonarlas a sabiendas nunca,
y hacer en su favor cuanto te inspire
siempre en toda ocasión tu amor por ellas".
Tan noble siempre, sin ceder al llanto,
promete el rey y jura al extranjero
que así ha de ser. Hecho esto, al punto Edipo
con manos ciegas a sus hijas palpa
y les dice: "Hijas mías, es forzoso...
¡valor!... con pecho firme retiraos...
no habéis de ver lo que los dioses vedan
ni escuchar lo que hablamos... Idos luego...
Quede Teseo solo: él solo puede
testigo ser aquí de lo que pase..."
Esto fue lo que habló; todos lo oímos,
y en llanto inconsolable, con las jóvenes

fuimos retrocediendo. Pero a poco,
volviendo la cabeza, lo que hallamos
fue que en ninguna parte aparecía
Edipo ya, mientras el rey a solas
se cubría los ojos con la diestra,
como si contemplara algún prodigio
de terror y de espanto, que no logra
la vista soportar. Breves momentos
después de esto lo vimos prosternarse
adorando a la tierra y juntamente
a la mansión etérea de los dioses
en la misma plegaria. De qué modo
Edipo feneció, no hay hombre alguno
que lo pueda decir, salvo Teseo.
Ni centella de fuego despedida
por el dios, ni marina marejada
su cuerpo arrebató de entre los vivos,
sino algún mensajero de los dioses;
o suavemente se entreabrió la tierra
y le acogió en su báratro profundo.
Su pasar de esta vida fue sin llanto,
sin flaqueza o dolor, gran maravilla
si la hubo jamás entre los hombres...
Y si dudare alguno, no porfío
por convencer a quien me crea errado.

CORO

Y ¿dónde están las niñas y la gente
que las acompañó?

PAJE

Ya vienen cerca:
que bien clara la voz de sus gemidos
su próxima llegada nos anuncia.

TRENO

o lamentación final

Salen Antígona e Ismene del bosque sagrado sollozando convulsivamente.

ANTÍGONA

¡Ay tortura sin consuelo!
¡pesa ya sobre nosotras de por vida infando duelo:

maldición en nuestra sangre - triste herencia paternal!
Nada fue el penar perpetuo que a su lado compartimos...
¡mas el cuadro de su muerte! ¡lo que vimos y sufrimos!
- no hay palabras que lo digan...

CORO

¿Y qué fue?

ANTÍGONA

¡Trance fatal!
bien podéis conjeturarlo...

CORO

¿Ya partió?

ANTÍGONA

Con tal dulzura
que pudiera dar envidia: ni los mares, ni la guerra
le acabaron, mas la tierra
le brindó para descanso misteriosa sepultura,
de los muertos invisibles en el campo funeral...
¡Mas nosotras... dura suerte!
¡para siempre en nuestros ojos se tendió noche de muerte!
¿Por qué mares iracundos, o a qué tierra hemos de ir,
mendigando vagarosas nuestro mísero sustento?

ISMENE

¡No lo sé, mas en mi angustia pido al Hades, dios sangriento,
que me junte con mi padre, que me deje ya morir!
¡Ay! ¡la vida que me espera, más que vida, es agonía!

CORO

Dios lo ha hecho, conformaos, no lloréis con demasía,
¡hijas fieles, dulce par!
ni es tan negra vuestra suerte que os debáis así quejar...

ANTÍGONA

¡Conque había en los dolores vena oculta de dulzura!
¿Y era dura la miseria? ¡No, contigo no era dura,
que en mis brazos, padre mío, te podía yo estrechar!
¡Padre amado! ¡bajo tierra ya te envuelve noche oscura,
mas mi amor y el de mi hermana ni aun allí te han de faltar!

CORO

¿Y logró?...

ANTÍGONA

Lo que quería...

CORO

¿Cómo así?

ANTÍGONA

Cumplió su anhelo:
donde quiso, como quiso, falleció en extraño suelo,
y descansa entre las sombras. Mas al menos en pos de él
le han seguido largos trenos por las sendas abismales...
¡porque, oh padre, son mis ojos inexhaustos manantiales,
y no hay término ni alivio para pena tan cruel!...
¡Ay! ¡has muerto en tierra extraña! lo quisiste... mas ¡con todo!
que murieras de ese modo...
sin tenerme junto a ti...

ISMENE

¿Qué destino, ay malhadadas, nos espera a ti y a mí,
tristes huérfanas?

CORO

¡No, hijas! fue tan plácido y dichoso
el partir de vuestro padre, que debéis calmar el llanto:
¡No hay mortal tan venturoso,
que escapar pueda al embate del dolor y del quebranto!...

ANTÍGONA, *a Ismene con súbito arrebato*

Vamos, querida, vamos...

ISMENE

Pero ¿adónde?

ANTÍGONA

Me arrastra el ansia...

ISMENE

¿Cuál?

ANTÍGONA

...de ver la huesa.

ISMENE

¿De quién?

ANTÍGONA

¡Desdicha mía! la que esconde
a mi padre...

ISMENE

¿No ves cuán loca es esa
tu pretensión, cuán imposible?

ANTÍGONA

¡Ay triste!
¡calla! ¿qué me reprendes?

ISMENE

Y luego...

ANTÍGONA

- luego ¿qué?

ISMENE

...pues que ni existe
la sepultura que buscar pretendes...
murió lejos de todos y sin nada...

ANTÍGONA

¡Pero hay el sitio al menos! ¡anda, inmola
a tu hermana sobre él!...

ISMENE

¡Ay desdichada!
¡qué vida espero aún huérfana y sola!

CORO

Hijas, no receléis...

ANTÍGONA

Y ¿adónde huyo?

CORO

Ya escapasteis...

ANTÍGONA

- ¿dé qué?

CORO

...del golpe aciago
que os perseguía.

ANTÍGONA

Sí, fue favor tuyo...

CORO

¿Y en qué piensas entonces?

ANTÍGONA

¡Ay! ¿qué hago
para volver a Tebas?

CORO

¡No! ¡desiste!

ANTÍGONA

Males nos cercan...

CORO

Os cercaban antes...

ANTÍGONA

¡Graves ya... mas los de hoy, desesperantes!

CORO

¡Cierto! que es mar de angustia el que os embiste...

ANTÍGONA

¿Adónde irnos ahora?
¡Oh Zeus! toda esperanza se extravía...
¿quedará alguna senda salvadora,
que reservarnos quieras todavía?

CORO, *viendo a Teseo salir del bosque*

¡Poned término al llanto! Ya su agrado
la deidad, hijas mías, ha mostrado:
su favor para siempre nos dispensa,
no lloréis más, llorar fuera una ofensa...

ANTÍGONA, *yendo al encuentro del rey*

¡A tus plantas nos ves, hijo de Egeo!

TESEO

¿Qué puedo hacer que alivie vuestras penas?

ANTÍGONA

¡Déjanos ver su tumba!

TESEO

Tal deseo
no es lícito...

ANTÍGONA

¿Qué has dicho, rey de Atenas?

TESEO

Hijas, a vuestro padre así le place,
que hombre ninguno al bosque se aproxime,
ni profane con voz que ruega o gime
la paz del sacro túmulo en que yace.
Mientras yo cumpla fiel tal mandamiento,
íntegra guardaré la patria mía:

así dijo él; juré, y en tanto oía
Zeus y su omnividente Juramento.

ANTÍGONA

¡Mi padre habló... su voluntad se haga!
¡Y a Tebas pronto ya! ¡Tristes hermanos!
¡horrendo fratricidio los amaga!
quizá logremos desarmar sus manos...

TESEO

El mandaros a Tebas me lo exige
el deber mío; y lo que alivio os preste
y a vuestro augusto muerto regocije,
lo haré sin reparar en lo que cueste.

CORO

Cese por fin el lamentable treno:
todo aquí se asentó y está sereno.

Se retiran lentamente todos.

ANTÍGONA

Lo que sabía el espectador ateniense antes de empezar la representación.

El público ateniense que se ha agolpado en la gradería del teatro de Dioniso al anuncio de la *Antígona* de Sófocles, sabe que viene a ver morir; sabe que la heroína está irremediablemente perdida, y porque lo sabe, viene a convivir con la hija de Edipo, tan conocida por la leyenda patria, la sublimidad de sus últimas horas.

Cuando compuso Sófocles *Antígona,* no pensaba todavía en el fin apoteósico que dio al fatídico rey, su padre, en *Edipo en Colono,* escrito casi cuarenta años más tarde; pero por *Los Siete Contra Tebas* de Esquilo estaban todos familiarizados con la terrible leyenda de la mutua muerte fratricida de los dos hijos de Edipo, hermanos de Antígona, Polinices y Eteocles.

El hecho sangriento acaba de realizarse. Antígona y su hermana Ismene en vano han intentado evitar la guerra entre sus dos hermanos. Polinices, el primogénito, destronado contra toda justicia por el menor Eteocles, se ha empeñado en reivindicar su derecho y reconquistar a Tebas al frente de un ejército extranjero de Argivos. Como eran siete los príncipes que mandaban en este ejército, había encomendado Polinices a cada uno el asalto de una de las siete puertas de la ciudad. La puerta que a él mismo le tocó había estado defendida por su propio hermano Eteocles; y en la furia del combate, enfrentándose los dos hermanos, acertaron con suerte fatal a ensartarse con sus lanzas dándose mutua y simultáneamente la muerte. La maldición de Edipo contra los dos hijos desnaturalizados, que un día permitieron impasibles su destierro, se había cumplido.

Muerto Polinices, los Argivos se desbandan y huyen en la noche que siguió a su derrota. Muerto Eteocles, en Tebas libertada queda de rey Creonte, tío de los hermanos contendores.

Mas sucede que, queriendo éste asegurarse en el poder por un

golpe de intimidación, hace pregonar una orden tan violenta como inesperada: que a Eteocles, como a defensor de la ciudad, se le hagan exequias de rey; y a Polinices, en castigo de haber combatido a su patria, se le deje insepulto a merced de los perros y de las aves de rapiña.

Es de advertir que, para la mentalidad griega, dejar insepulto un cadáver era horrendo sacrilegio, acto de suprema impiedad. Ni al peor enemigo se podía negar la sepultura, ya que negársela era imposibilitar su eterno descanso en el Hades de los muertos y entrometerse en el dominio de los dioses infernales.

El pregón ha corrido por la ciudad la víspera por la noche o antes de que amaneciera, a raíz del levantamiento del cerco.

Antígona, en cuanto lo ha oído, instintivamente sublevada por la sacrílega crueldad de aquella orden impía, ha formado la resolución inquebrantable de no acatarla; y aprovechando la oscuridad, se ha acercado al cadáver, que yacía despojado en la llanura ante la ciudad, y, no pudiendo más, le ha hecho por lo menos el enterramiento simbólico, que consistía en echar unos puñados de tierra sobre los restos mortales, y en verter en su honor unas libaciones.

Resuelta a realizar el enterramiento efectivo, vuelve a palacio de madrugada con intención de solicitar para ello la ayuda de su hermana Ismene.

Aquí empieza la tragedia.

PERSONAJES:

ANTÍGONA, *hija de Edipo, hermana de Polinices*
CREONTE, *tío de Antígona y de Polinices, rey de Tebas*
ISMENE, *hermana de Antígona*
HEMÓN, *hijo de Creonte, novio de Antigona*
EURÍDICE, *esposa de Creonte, madre de Hemón*
TIRESIAS, *agorero de Tebas*
Un guarda, de los que custodiaban el cadáver de Polinices
Un paje, mensajero
El CORO *de ancianos de Tebas encabezados por el* CORIFEO
Un lazarillo, criados de Creonte, doncellas de Eurídice, soldados

ANTIGONA

Plaza de Tebas frente al palacio real: columnata dórica con frontón, escalinata, tres puertas. La escena está vacía. De pronto por la izquierda, del lado del campo, llega precipitadamente Antígona con un ánfora al brazo. Sin decir nada, entra a palacio por la puerta de la izquierda, la del gineceo, y al poco rato vuelve a salir con Ismene.

PRÓLOGO

o escena inicial

ANTÍGONA

Ismene, hermana mía, sangre mía,
¿sabes si entre los males que heredamos
de Edipo, hay uno solo que no quiera
Zeus hacernos probar mientras vivimos?
Angustia, humillación, afrenta o ruina,
nada nos ha faltado en nuestra suerte,
en la tuya y la mía... Pues y ahora,
¿qué edicto es ése que el pregón repite
de orden del rey por la ciudad entera?
¿Sabes algo? ¿lo oíste? ¿o se te oculta
que amaga a nuestros seres más queridos
desgracia igual que al invasor?

ISMENE

Antígona,
no me ha llegado acerca de los nuestros
noticia alguna alentadora o triste,
desde que hemos perdido, ambas hermanas,

a nuestros dos hermanos, muertos ambos
uno a manos del otro, un mismo día.
Huyeron esta noche los Argivos;
no sé más desde entonces, ni que alivie
ni que agrave el dolor de nuestro duelo.

ANTÍGONA

Lo suponía así; y ésa es la causa
para sacarte afuera del palacio
a que me oigas a solas.

ISMENE

¿Qué sucede?
bien se ve que algo grave te conturba...

ANTÍGONA

¡Cómo! ¡y nuestros hermanos... y el sepulcro
con que al uno Creonte glorifica,
mientras lo niega al otro con infamia!
Para Eteocles, refieren, las exequias
que por justicia y fuero le competen,
y una tumba que le honre entre los muertos;
y para el triste Polinices, dicen,
pregón al pueblo: "Que a la vista dejen
tendido su cadáver, sin plañidos,
sin ritos funerales, sin sepulcro,
rico pasto y festín de aves hambrientas
que al descubrirle se harten de sus carnes..."
Va contigo y conmigo este decreto
del amable Creonte... ¡sí, conmigo!
Y avisan que ya viene a recalcarlo
con toda precisión a quien lo ignore.
Y tan en serio va, que a quien se atreva
contra el edicto, lo sentencia a muerte
por apedreo en la ciudad. Ya sabes...
Pronto harás ver si noble fue tu alcurnia,
o si, nacida noble, eres villana.

ISMENE

Pero, infeliz, si la sentencia es ésa,
¿qué quieres que yo pueda en pro o en contra?

ANTÍGONA

Me puedes ayudar. Piensa y resuelve.

ISMENE

¿En qué aventura? ¿qué estarás tramando?

ANTÍGONA

¿Quieres juntar tus fuerzas con las mías,
y al muerto levantamos?

ISMENE

¿Enterrarle?...
¡Si está prohibido a los Tebanos todos!

ANTÍGONA

¡Es mi hermano! —y el tuyo, aunque no quieras...—
¡mi hermano, y no han de ver que le traicione!

ISMENE

¡Oh atrevida! ¿y Creonte que lo veda?

ANTÍGONA

¡Él no es quién para alzarse con los míos!

ISMENE

¡Ay de mí! piensa, hermana, en nuestro padre,
odiado, escarnecido hasta en la muerte,
pues no bastó que descubriera él mismo
a plena luz sus yerros, y ambos ojos
se saltara en castigo por sus manos.
Después de él, nuestra madre —madre esposa,
¡dos nombres en un ser!— dejó la vida
al sórdido vaivén de un lazo indigno.
Y, tercero dolor, nuestros hermanos,
dos en un mismo día, ¡ay infelices!
matando el uno al otro, consumaron
su destino fatal, con mano mutua.
Quedamos las dos solas... Reflexiona
qué nuevo horror de muerte nos espera
si, a la ley desafiando, atropellamos

al rey y su decreto y poderío.
Si mujeres nacimos, ten presente
que contra el hombre la mujer no lucha;
súbditas somos, y arrostrar debemos
esta saña, y peores todavía.
Yo alegando a los dioses del abismo
la violencia que sufro, que se apiaden
les rogaré; y haré lo que nos mandan,
pues querer hacer más, fuera locura.

ANTÍGONA

No seré yo quien a rogarte vuelva;
ni aunque te ofrezcas, ya jamás tu ayuda
me será placentera. Yo te dejo
que seas como gustes; lo que digo
es que a él yo le entierro, y si la muerte
me viene por hacerlo, ¡hermosa muerte
será tenderme en paz junto al amado,
—amante fiel y santa en mi delito!—
Más tiempo he de tener para dar gusto
a los míos de allá que a los que viven:
¡allá con ellos mi reposo eterno!
Mas si es que así lo juzgas, atropella
con tu desdén lo que los dioses honran.

ISMENE

Yo no deshonro nada; pero no hallo
fuerzas en mí para retar a un pueblo.

ANTÍGONA

Que estas excusas te aprovechen. - Voyme
a inhumar a mi hermano tan querido.

ISMENE

¡Ay infeliz, cómo por ti me angustio!

ANTÍGONA

No te inquietes por mí, tu rumbo cuida.

ISMENE

A nadie al menos tu designio cuentes,
y yo el secreto guardaré contigo.

ANTÍGONA

¡Al contrario! Has de serme más odiosa
si, callando, no lo echas a los vientos.

ISMENE

¡Alma de fuego ante un horror que hiela!

ANTÍGONA

Sé que doy pleno gusto a quien lo debo.

ISMENE

Sí, pero es pretender lo que no puedes.

ANTÍGONA

Me detendré cuando mis fuerzas falten.

ISMENE

Si ha de parar en nada, ¿a qué empezarlo?

ANTÍGONA

Calla, que es concitar justos rencores,
el mío y el del muerto para siempre.
Deja que arrostre la locura mía
ese gran riesgo... Al fin no ha de ser tanto
que no me libre de una muerte innoble.

ISMENE

Anda si así lo juzgas, pero sabe
que, aunque es locura tu camino, llevas
todo el amor de los que bien te quieren.

Ismene lentamente entra en palacio; Antígona con paso rápido vuelve al campo por la izquierda. La escena queda un instante vacía.
Entra a la orquesta por la derecha, del lado de la ciudad, el Coro de ancianos de Tebas, con avance reposado y rostro alegre.
Se agrupan en torno al Corifeo, inmobles, y cantan con solemnidad.

PÁRODO

CORO

¡Rayo de sol, fulgor el más radiante
que brillara jamás en la alborada
sobre Tebas de puertas vencedoras!
Tú, pupila del día, que áurea doras
las corrientes de Dirce, ¡oh lid gigante!
dispersaste en huída acelerada,
despavorido y mudo,
al Argivo campeón de blanco escudo.

Fue su vuelo un amago en la frontera,
en defensa de agravios pretendidos
de Polinices: águila guerrera,
nos invadió con tétricos graznidos.
Blanca nieve sus alas...
la tropa que le sigue, toda galas,
armamento sin par, yelmos bruñidos
de penachos al viento estremecidos.

Frente al tebano hogar detuvo el vuelo,
y, las fauces abiertas,
rondando en torno de las siete puertas,
mostró la sed de sangre de sus lanzas.
Mas tuvo que alejarse de este suelo
sin saciar en la nuestra sus venganzas,
sin que su tea conflagrar pudiera
de nuestras torres la corona erguida:
¡tal ruido de armas avivó su huída!
Contra el dragón tebano
trabó contienda fiera
la blanca águila argiva... ¡intento vano!

Con saña sin perdón Zeus aborrece
las bravatas de altivos potentados;
y al verlos desbordados
como aluvión que crece,
oro en las armas, y la voz bravía,
al más osado que la almena asía
ya triunfador seguro,
fulminado derríbalo del muro.

De lo alto vino a tierra con estruendo
el que en la rabia del embate insano

al bastión ascendía, tea en mano,
frenético esparciendo
los resuellos del odio abrasadores.
¡Inútiles furores!
¡nada logró! - Por diferentes suertes
a los demás caudillos sendas muertes
Ares distribuyó con ruda mano,
aliado decisivo y soberano.

Fueron las siete puertas la palestra
en que los héroes, siete contra siete,
de iguales valentías dieron muestra.
Mas Zeus a quien compete
otorgar a su gusto la victoria,
a los de Argos privó de armas y gloria.
Y esos dos sin ventura, esas dos vidas
de un mismo padre y madre ambas nacidas,
juntas, al tiro fuerte
de dos iguales lanzas fratricidas,
a un tiempo hallaron una misma muerte.

Mas pues a Tebas la Victoria vino,
y epinicio divino
retumba en el estruendo de sus carros,
¡de las recientes lides descansemos,
de sus hechos bizarros!
¡Con coros de nocturnas alabanzas
los templos de los dioses visitemos;
y el cortejo encabece
Baco, el que con sus danzas
el asiento de Tebas estremece!

Se abre lentamente la puerta central del palacio, y, acompañado de dos guardas y dos criados, aparece Creonte en lo alto de la escalinata. Se abre respetuosamente el Coro, mientras el Corifeo presenta al rey.

CORIFEO

Mas al monarca veo,
hijo de Meneceo,
Creonte, nuevo rey por suerte nueva
que es obra de los dioses. Clara lleva
en su frente la huella del cuidado.
Por algo ha congregado

el consejo de ancianos, que a la cita
acudimos del rey que nos invita.

Baja Creonte las gradas, y después de recibir el saludo del Coro, le dirige esta arenga.

PRIMER EPISODIO

CREONTE

Ciudadanos, por gracia de los dioses,
el Estado, batido de huracanes,
tras rudo oleaje la bonanza encuentra;
y de entre todo el pueblo, yo a vosotros
os he llamado aparte, recordando
cuán devotos de Layo fuisteis siempre
acatando su trono y regalías;
lo mismo el tiempo que reinara Edipo;
y cuando él pereció, cómo seguisteis
leales a sus hijos sin mudanza.
Mas una vez que ellos también cayeron
con doble muerte, un mismo día, en mutuo
duelo fatal de fratricida encono,
yo soy quien hago míos cetro y mando
por deudo más cercano con los muertos.
Bien pues. De ningún hombre se concibe
saber qué es lo que siente, piensa o juzga,
mientras no haya pasado por la prueba
de mandar y dar leyes. Lo que digo
es que si el responsable del Estado
no se atiene al consejo más sesudo,
o por algún temor el labio sella,
por vil le tengo y siempre le he tenido.
Y si hay quien a los que ama considera
como más importantes que la patria,
ése no es nadie para mí. Proclamo,
ante la faz de Zeus que lo ve todo,
que no sabré callar si es que descubro
que amaga a la ciudad funesta ruina
en vez de salvación; que ningún hombre
que haya sido enemigo de la patria
será jamás mi amigo, puesto que ella,
salvándose, nos salva, y nos permite,
mientras boga feliz, gozar la dicha
de una amistad sincera y provechosa.
Éstas mis reglas son en el gobierno

con que pretendo prosperar a Tebas;
y al tenor, el pregón con que dispongo
de los hijos de Edipo, de esta suerte:
"Eteocles, el que ha muerto por la patria,
lanza en mano, en perfecta valentía,
tenga la gloria de un sepulcro, y todos
cuantos ritos ensalzan a los bravos
en su partida al reino de los muertos.
Mas de su hermano, Polinices digo,
que, vuelto del destierro, el suelo patrio
quiso incendiar con los sagrados templos
de los dioses patronos de la raza,
que de los suyos pretendió atrevido
a unos beber la sangre, y por esclavos
llevarse a los demás, del tal ya corre
por la ciudad mi edicto terminante:
Para él ni exequias ni lamentos. Nadie
le brinde sepultura, y que su cuerpo
sea festín servido a perros y aves,
escarmiento a quien vea su miseria".
Estos principios mi conducta rigen,
ni he de sufrir que el malo la honra lleve
que al justo corresponde. Antes quien sirva
con amor a la patria, en vida y muerte
seguros tiene mi favor y aprecio.

Los ancianos se quedan mirando unos a otros, y al fin uno contesta.

UNO DEL CORO

Tal es tu regio gusto, Menecida,
respecto del traidor y del patriota,
y está en tu mano ver qué cosa mandas
de los muertos, igual que de los vivos.

CREONTE

A vigilar entonces lo ordenado.

OTRO DEL CORO

Da el encargo más bien a uno más joven.

CREONTE

Ya he señalado guardas para el muerto.

CORIFEO

¿Qué cosa entonces, a más de esto encargas?

CREONTE

No apoyar al que infiel desobedezca.

CORIFEO

Nadie es tan necio que la muerte ansíe.

CREONTE

Y cierto, ésa es la pena; mas se han visto
tantos ir a la ruina por codicia...

Ya empezaba Creonte a subir las gradas para entrar en palacio, cuando por la izquierda se presenta un guarda con gesto y tono vacilantes, disimulando el miedo con sonrisa fingida.

GUARDA

Mi amo, no he de decir que sofocado
llego yo por la prisa, o que ligero
he movido los pies. Muchas paradas
me causaba mi afán; vueltas y vueltas
daba sobre mí mismo en el camino
pensando regresar. Y muchas cosas
el alma discurriendo me decía:
"Infeliz ¿cómo vas adonde al punto
el castigo te aguarda?... Desdichado,
¿detenido otra vez?, y si por otro
lo averigua Creonte ¿qué te espera?..."
Pensando y más pensando, acá me vine
con lenta pesadez, y así resulta
largo cualquier trayecto. Al fin, con todo,
en mí venció el venir a presentarme,
y aunque no es mayor cosa lo que diga,
lo diré, pues que asido a una esperanza
he avanzado hasta aquí: que mi infortunio
no pasará del que el destino quiera.

CREONTE

¿Y qué te pone en tanto sobresalto?

GUARDA

Quiero primero hablarte por mí mismo:
aquello... yo no lo hice, ni conozco
quién lo pueda haber hecho; así no cabe
que en justicia me venga mal alguno.

CREONTE

Bien apuntas al blanco y bien te escudas
por todos los costados; pero muestras
que alguna novedad tienes guardada.

GUARDA

Sí, pero uno se arredra cuando trae
noticias malas...

CREONTE

¡Por lo mismo, pronto!
Despáchate y te vas.

Soltando nerviosamente de golpe su mensaje,

GUARDA

Ya estoy hablando:
al muerto alguien ha dado sepultura
y se ha corrido —es cosa bien reciente—;
polvo reseco echó sobre las carnes
y otros rituales dones...

Estupefacto y con terrible irritación,

CREONTE

¿Qué? ¿qué has dicho?
¿qué varón se ha atrevido a tal audacia?

GUARDA

No sé. No había allí rastro de golpe
de pico ni de azada; estaba el suelo
intacto, duro y seco, sin roderas;
quien lo hizo no dejó vestigio alguno.
Cuando nos lo hizo ver el primer guarda,
fue terrible sorpresa para todos:
al muerto cobijaba, aunque sin tumba,

una capa de polvo... más no había...
- obra de quien evita el verse envuelto
en la impiedad sacrílega. Vestigios,
ninguno allí de perros ni de fieras
que hubiesen puesto el diente en el cadáver.
Sonaron luego al punto entre nosotros
palabras iracundas: acusaba
un guarda a otro; nos pegamos casi...
- y nadie allí pudiera contenernos.
La culpa era de todos y ninguno,
pues ¿cómo a nadie convencer? No había
quien confesase saber nada, o listo
no estuviese a tocar, por sincerarse,
hierro candente, o cualquier otra prueba:
pisar brasas, jurar ante los dioses
no haber tenido parte ni concierto
con quien tramó el desmán o quien lo hizo.
Al ver que nada al fin se averiguaba,
uno dijo una cosa, con que todos
quedamos viendo al suelo con espanto,
pues rechazar el plan no era posible,
ni podía esperar salir con vida
quien lo tuviese que poner por obra.
La cosa era anunciarte lo ocurrido
y no querer callarlo. Tal se tuvo
por solución mejor. Y mi desdicha
fue que me designara a mí la suerte
para tan triste oficio... y aquí vengo
contra mi gusto, y ¡claro! contra el tuyo,
pues nadie quiere a quien anuncia males.

CORIFEO

Señor, voy dando vueltas a la idea
de si en este suceso no han tenido
intervención... tal vez... los dioses...

CREONTE

¡Cállate,
si no quieres que estalle con las iras
y te venga a llamar viejo sin seso.
¿Cómo aguantar que vengas a decirme
que cuidan de ese muerto las deidades?
¿Su desnudez habrán cubierto acaso
como alta recompensa a quien quería
quemar los peristilos de sus templos,

depredar sus tesoros y sus tierras
y destruir su culto? ¿cuándo nunca
a los dioses has visto honrar al malo?
¿Cuándo? — Jamás. Pero es que hay gente oculta
que anda por la ciudad hace ya tiempo,
y murmura de mí, y el cuello ansía
del yugo sacudir, sin avenirse,
como es justicia, a obedecerme. ¡Claro
que, sobornada de ellos, se ha atrevido
la guardia a este desmán! ¡Ah! nada cunde
peor entre los hombres que el dinero:
él arruina ciudades, él proscribe
de la casa al varón, él desconcierta
las mentes de más peso, y las desvía
a bochornosas prácticas y a torpes
excesos de protervia en todo crimen.
Mas quien tal hizo por soborno, tenga
por segura a su tiempo la vindicta.

Dirigiéndose al guarda.

Pero ahora, tan cierto como miro
siempre con reverencia a Zeus, entiende
—y es juramento, ¿oíste?— que si al punto
al reo de este entierro ante mis ojos
convicto no entregáis, para castigo
no bastará la muerte sola, que antes
colgados vivos penaréis, mostrando
qué escarmiento a tal crimen corresponde;
y aprenderéis al menos que es preciso
saber, si es que os carcome la codicia,
de dónde es justo apetecer ganancias,
sin dar por bueno que las haya en todo;
y habréis de ver que la ganancia ilícita
más veces da en la ruina que en provecho.

GUARDA

¿Puedo hablar algo, o doy la vuelta y voyme?

CREONTE

¿Qué? ¿no ves lo molesto que resultas?

GUARDA

¿Te duele en los oídos o en el alma?

CREONTE

¿Y a qué viene aclarar dónde me duele?

GUARDA

Quien te lastima el alma es el culpable;
yo, sólo los oídos.

CREONTE

¡Qué cotorra!
¡tremendo charlatán de nacimiento!

GUARDA

Tal vez... mas no enredado en este crimen.

CREONTE

¿No? ¡Y has vendido tu alma por dinero!

GUARDA

¡Ay, y qué triste cosa es arriesgarse
a juzgar por sospechas... y éstas falsas!

CREONTE

¿Sospechas, eh? Bonita frase; empero,
si no me descubrís a los hechores,
habréis de confesar que siempre acaba
lo mal ganado en escozor y llanto.

Seguido de su guardia, airado se retira Creonte al palacio.

GUARDA, *irónico*

¡Bueno... ojalá se encuentre! ¡qué más quiero!
Pero, que se halle o no (y eso la suerte
será quien lo decida) es lo seguro
que aquí de vuelta no ha de verme nadie...
¡Si aun ahora, al mirarme salvo y libre
contra cuanto soñara mi esperanza,
votos y gracias mil debo a los dioses!

Desaparece por la izquierda. Se agrupa el Coro para el canto del estásimo.

ESTÁSIMO PRIMERO

CORO

¡De cuantas maravillas
pueblan el mundo, la mayor, el hombre!
Él en alas del noto entre la bruma
cruza la blanca mar, sin que le asombre
la hinchada ola de rugiente espuma.
Y a la Tierra también, la anciana diosa,
incansable, inmortal, ha domeñado
con sus ágiles mulas, yunta airosa,
que año tras año le hincan el arado.

Él a las aves, cabecitas hueras,
a los monstruos del ponto y a las fieras,
ingenioso y sagaz, las redes tiende,
y nada de sus mallas se defiende.
Para rendir al animal que ronda
libre los campos, con primor se amaña,
y bajo el yugo domador sujeta
al resistente toro de montaña,
al potro hirsuto de cerviz inquieta.

El lenguaje adquirió, y el pensamiento
que corre más que el viento,
y el temple vario en que el vivir estriba
del hombre en la ciudad. Con hábil treta
los flechazos del hielo astuto esquiva
y el chubasco importuno
que no dejan parar a cielo raso.
Su avance no detiene azar alguno,
y no hay dolencia que le salga al paso
que a soslayar no acierte.
De sólo un mal no escapa: de la muerte.

A cuanto cabe imaginar rebasa
su fértil inventiva,
que inspira el bien o que en el mal fracasa.
Quien, pues, la fe cultiva
que a las leyes juró por las deidades,
mire a su patria en pie. Quien sus lealtades
se atreva a quebrantar, sin patria quede;
ni quiera Dios que a quien tal haga hospede
en mi hogar o comparta sus maldades.

En este instante aparecen por la izquierda, procedentes del campo, el guarda que vino anteriormente, y detrás Antígona entre otros dos guardas. Se agrupan todos los ancianos a la derecha.

CORIFEO

¡No lo puedo creer! ¿Qué es lo que augura
este portento divinal? ¡Antígona!
¿Cómo, si bien lo sé, negar que es ella?
¡Ay, mísera doncella,
hija infeliz de Edipo sin ventura!
¿Es posible que te hayan detenido
por el decreto real que has infringido?
¿y es tu prisión por tan fatal locura?

SEGUNDO EPISODIO

Se adelanta el guarda con ademán desahogado. Los otros dos, soltando a la prisionera, dan un paso atrás. Antígona queda de pie, aislada e inmóvil.

GUARDA

Aquí veis a la autora de la hazaña;
la sorprendimos sepultando al muerto.
Pero ¿qué es de Creonte?

En este instante reaparece Creonte con su guardia en la puerta central.

CORIFEO

Del palacio
salir no pudo más a tiempo.

CREONTE

¿Qué oigo?
¿por qué tan oportuna es mi llegada?

Baja la gradería, y se queda mirando alternativamente a Antígona y al guarda.

GUARDA

No hay cosa, oh rey, de la que pueda un hombre
jurar que nunca la ha de hacer: tan fácil

es que un segundo pensamiento burle
el que primero se aprobó. No ha mucho
jurado hubiera yo que a buena hora
me verían volver... tras la deshecha
tormenta de amenazas que soltaste.
Mas, por lo inesperados, hay contentos
que a toda humana dicha sobrepujan;
con uno de ésos vengo, aunque tenía
jurado no volver, pues a esta joven
te traigo, sorprendida en el momento
en que estaba empezando el rito fúnebre.
No hubo sorteos esta vez; la suerte
es mía toda, y nadie me la quita.
Allí la tienes, príncipe; a tu gusto
la puedes enjuiciar y examinarla.
Pero yo quedo libre, y es justicia
que me den por absuelto en este pleito.

CREONTE

La traes, sí... mas ¿dónde y en qué forma
fue su prisión?

GUARDA

Estaba echando tierra,
ella en persona, sobre el cuerpo. Todo
con esto sabes ya.

CREONTE

¿Pero el alcance
de tu denuncia ves? ¿hablas en serio?

GUARDA

La vi enterrar al muerto, al que prohibiste
se diese sepultura: ¿no está claro?

CREONTE

¿Cómo lograsteis que en el acto mismo
se la pudiera sorprender?

GUARDA

La cosa
de este modo pasó. Cuando volvimos
al sitio, oyendo aún las amenazas

con que nos aturdiste, despejamos
la tierra que el cadáver recubría,
y dejando sus carnes bien al aire
goteando podre, en lo alto del otero
nos sentamos de espaldas a la brisa
por librarnos del husmo que exhalaba,
despiertos todos, cada cual urgiendo
a los demás con gritos y reproches
a no aflojar un punto en el cuidado.
Así anduvo la cosa hasta la hora
en que el disco solar subió radiante
hacia el cenit, y el aire se hizo fuego.
Entonces de repente un torbellino
alzó del suelo un huracán de polvo.
La atmósfera turbose, y por el llano
se corrió el vendaval, todo el ramaje
desgajando a su paso en la arboleda.
Estaba irrespirable el aire enfermo,
y, cerrados los ojos, lo aguantamos
por todo el rato que duró el fenómeno.
Sólo cuando cesó nos dimos cuenta
de la presencia de la niña: a gritos
estaba desahogando sus lamentos,
como avecilla que vaciado mira
de las crías su nido; pues el cuerpo
en cuanto vio desnudo, en tristes llantos
rompió y en temerosas maldiciones
contra quienes limpiaron el cadáver,
y se puso a traer a manos llenas
reseco polvo, y levantando en alto
una ánfora preciosa, por tres veces
al muerto coronó con libaciones.
Nos lanzamos a ella todos juntos,
y al punto se dio presa sin espanto.
Al reprocharle el anterior entierro
lo mismo que éste, no negó, y oírlo
causome tanta pena como gusto:
¿qué mayor gusto que quedar yo libre?
¿qué mayor pena que causar la ruina
a quien se quiere? Pero al fin es esto
de menos interés que el verme a salvo...

Un silencio. Se queda esperando el soldado. Creonte, sin responderle, se vuelve hacia Antígona.

CREONTE

A ver tú, la que el rostro al suelo inclinas,
¿qué hay de esto? ¿lo confiesas o lo niegas?

ANTÍGONA

Lo confieso. Yo fui. No niego nada.

Bruscamente se dirige Creonte al guarda.

CREONTE

Tú, ¡fuera! adonde gustes, quedas libre
del grave cargo que pesó en tu causa.

Sin decir palabra se retiran por la izquierda el guarda y sus dos compañeros. Creonte se queda mirando rencorosamente a Antígona, y al fin empieza el interrogatorio.

Y tú, responde en breve y sin rodeos.
¿Conociste el pregón que lo prohibía?

ANTÍGONA

Lo supe, ¿y cómo no? bien claro era.

CREONTE

¿Y osaste quebrantar tan graves leyes?

ANTÍGONA, *recalcando lentamente su respuesta*

No fue Zeus quien a mí me las dictara,
ni es ésta la justicia que entre hombres
establecen los dioses de la muerte.
No pensé yo que los pregones tuyos,
siendo de hombre mortal, vencer pudieran
la ley no escrita y firme de los dioses.
No es ni de hoy ni de ayer, es ley que siempre
viviendo está, ni sabe nadie cuándo
por vez primera apareció. No iba
a exponerme al castigo de los dioses
violando yo esta ley, por arredrarme
ante ningún mortal. Al fin la muerte
por fuerza ha de llegar, bien lo sabía,

aunque no lo tuvieras pregonado.
¿Que así voy a morir antes de tiempo?...
- ganancia es para mí, pues a quien vive
cual vivo, hundida en desventuras, ¿cómo
no ha de ser el morir una ganancia?
Sufrir este destino no es, por tanto,
para mí mayor pena; mas si hubiese
tolerado que el hijo de mi madre
insepulto quedara, eso tendría
por supremo dolor. Esto no es cosa
que mayormente importe; y si a tu juicio
locura es mi conducta, ¿quién nos dice
si el loco no es más bien el que así juzga?

CORIFEO

Muestra la niña ser la hija indómita
de un padre que lo fue; ni en la desgracia
se sabe doblegar...

CREONTE, *ciego de furia*

Bien, pero entiende
que siempre son las mentes más tozudas
las que más fallan; que el más fuerte acero,
templado al fuego con sin par dureza,
es el que más se rompe y más estalla;
y yo sé que un bocado bien pequeño
hace andar recto al potro más bravío.
No sienta tanto orgullo en quien es sierva.

Volviéndose indignado al Coro.

Ya hizo gala esta chica de atrevida
al conculcar la norma promulgada,
y es su segundo atrevimiento ahora
que, perpetrado el hecho, se gloría
y en su desmán se ufana. Por lo visto,
el hombre no soy yo, ya el hombre es ella,
si sale con la suya sin que nada
la llegue a escarmentar. Sea en buena hora
la hija de mi hermana; y aunque fuera
más íntima que cuantos se guarecen
junto al Zeus de mi hogar..., ¡no han de librarse,
su hermana y ella, de un destino infando!
Sí, también a la hermana, pues la inculpo
de haber tramado juntas este entierro.

Llamadla a ella también, que hace un instante
dando vueltas la vi por el palacio
toda fuera de sí, como sin juicio.

Dos de los criados de Creonte entran al palacio por la puerta del gineceo.

Así es como antes de afrontar el crimen
suele el culpable traicionar incauto
sus ruines intenciones. ¡Da coraje
que quien fue sorprendido en el delito
tenga el atrevimiento de hermosearlo!...

ANTÍGONA

Ya que me tienes presa, ¿lo que quieres
es algo más, acaso, que matarme?

CREONTE

Ninguna cosa más. Tu muerte, y basta.

ANTÍGONA

Entonces ¿por qué tardas? - como quiera
que no puedo hallar gusto en cosa alguna
de cuantas digas, ¡y que nunca lo halle!
Así también habrá de serte odioso
cuanto te diga yo. Pero ¡qué gloria
la que me han conquistado las exequias
con que a mi hermano honré! De cuantos miras,
no hay uno a quien mi hazaña no complazca;
y así te lo dirían si la boca
no les cerrase el miedo. Pero entre otros
goza este privilegio la realeza
que a su antojo hace y dice cuanto quiere.

CREONTE

Sólo a ti se te ocurre tal dicterio;
así no ven la cosa estos Tebanos.

ANTÍGONA

Así la ven, pero por ti sofrenan
la lengua con terror.

CREONTE

¿Y no te azaras
de estar en contra del sentir de todos?

ANTÍGONA

No es sonrojo el honrar al que es mi hermano,
hijo de un mismo vientre.

CREONTE

¿Sangre tuya
no es el otro también, el que ha caído
del bando opositor?

ANTÍGONA

Hermano, es cierto,
de un padre mismo y de una misma madre.

CREONTE

¿Cómo entonces al uno estás honrando
con lo que es sumo agravio para el otro?

ANTÍGONA

No es de ese parecer el que está muerto.

CREONTE

Lo es, si en honor con el traidor le igualas.

ANTÍGONA

Es que éste era su hermano y no su esclavo.

CREONTE

Pero venía a devastar la tierra,
la patria a la que el otro defendía.

ANTÍGONA

Así será; con todo, el Hades quiere
la ley que yo cumplí.

CREONTE

Mas nunca el bueno
se puede convenir que con el malo
le quieras igualar.

ANTÍGONA

¿Y quién nos dice
que así juzgan los muertos en el Hades?

CREONTE

El que enemigo fue, ni aun en la muerte
puede dejar de serlo.

ANTÍGONA

¡No he nacido
para compartir odios sino amores!

CREONTE

Pues si tienes que amar, ve con los muertos
y allí dales tu amor... Mientras yo viva
no he de sufrir que una mujer me mande.

Aparece en este punto Ismene entre los dos criados que envió Creonte en busca suya.

CORIFEO

Mas a las puertas del palacio, Ismene
vertiendo el llanto de su amor de hermana,
cubierto el rostro de rubores viene,
y en la frente una nube, mientras mana
la fuente de la angustia que la azota
surcando el bello rostro gota a gota.

Ismene se coloca al lado de Antígona, buscando en ella apoyo.

CREONTE

¡Ah tú, la viborilla que en palacio
te habías deslizado, y que la sangre,
sin hacerte sentir, me ibas bebiendo!
¡Conque criando estaba yo en mi casa

a dos furias, la ruina de mi trono!
Vamos, ¿tuviste parte en este entierro,
o me puedes jurar que ni supiste?

ISMENE, *mirando a su hermana*

La tuve, si ella así quiere admitirlo;
la acusación comparto yo con ella.

ANTÍGONA

¡No! no fuera justicia: no quisiste,
y en la obra no te di parte ninguna.

ISMENE

Mas al verte perdida, no me afrento
de bogar a tu lado en la desgracia.

ANTÍGONA

Quién hizo el hecho, eso lo sabe el Hades
con los muertos que allí fueron testigos.
No quiero yo un amor sólo en palabras...

ISMENE

¡No, hermana, no me prives de la gloria
de perecer contigo honrando al muerto!

ANTÍGONA

¿Morir conmigo? No, no lo pretendas
ni atribuirte una empresa en que la mano
no has puesto tú. Con que yo muera, basta.

ISMENE

¿Qué vida puedo amar si tú me dejas?

ANTÍGONA

Pregúntalo a Creonte, ya que tanto
te preocupas por él...

ISMENE

¡Eso es herirme!,
y de hacerlo ¿qué sacas?

ANTÍGONA

Nada, es cierto...
y, burlando, a mí misma me lastimo.

ISMENE

Y ahora, di, ¿puedo servirte en algo?

ANTÍGONA

Sí, salvando tu vida; de que huyas
no he de sentirme yo.

ISMENE

¡Desdicha mía!
¿no puedo acompañarte en tu destino?

ANTÍGONA

Tú escogiste la vida, y yo la muerte.

ISMENE

Mas no sin que yo de ello protestara...

ANTÍGONA

Unos a ti dan la razón, y hay otros
que me la dan a mí.

ISMENE

Pero es ahora
para las dos idéntica la culpa.

ANTÍGONA

No tengas miedo. A ti vivir te toca;
tiempo hace en cambio que me doy por muerta
y al culto de mis muertos consagrada.

CREONTE, *incapaz de comprender.*

De estas chicas diría que sin juicio
se está haciendo la una, y que la otra
lo es desde que nació...

ISMENE

Mas ¿cómo quieres,
oh rey, que el juicio que nos dio natura
subsista cuando agobia la desgracia?
Tiene a la fuerza que fallar...

CREONTE

El tuyo
por cierto que falló, cuando elegiste
juntarte para el mal con los malvados.

ISMENE

Es que vivir sin ella no podía.

CREONTE

No vuelvas a hablar de ella; ya está muerta...

ISMENE

¿Cómo? ¿podrás matar a quien es novia
del hijo tuyo?

CREONTE

¡Bah, no han de faltarle
otros barbechos en que hacer su siembra!

ISMENE

Pero un amor como el que unió sus vidas
en armonioso lazo ¿dónde nunca
lo volverá a encontrar?

CREONTE

¡Malas mujeres
para mis hijos, ni pensar!...

ANTÍGONA

¡Ay, cómo
te deshonra tu padre, Hemón querido!

CREONTE

¡Calla! De ti estoy harto y de tus bodas...

CORIFEO

Pero... ¡privar a tu hijo de tal prenda!

CREONTE

A estas bodas el Hades pondrá término.

CORIFEO

El decreto de muerte, por lo visto,
no sufre mutación...

CREONTE

Ninguna, y tanto
que de él ni tú ni yo dudar podemos.
No más demoras. Encerradlas juntas
en palacio, criados. Desde ahora
mujeres deben ser y no andar sueltas,
que procura fugarse aun el más bravo
cuando mira a la muerte echarse encima.

Entran en palacio entre guardas las dos jóvenes. Queda Creonte en la escena sombrío y sobresaltado. Cabizbajos cantan los ancianos del Coro las lentas estrofas del Estásimo.

ESTÁSIMO SEGUNDO

CORO

Feliz quien infortunios no ha probado en la vida,
pues cuando un dios se ensaña sacudiendo un linaje,
padres, hijos y nietos gimen bajo el azote;
como cuando al empuje del viento tracio, erguida
barre el ponto la furia del oscuro oleaje,
y hace que del abismo turbia la arena brote
y retumbe la playa, de las olas batida.

¡Casa de los Labdácidas, duelos de los que viven
desde antiguo se suman a duelos de tus muertos!

Pasan generaciones... Sus males no prescriben:
el dios que las acosa no se aviene a conciertos.
Sobre la raíz última de Edipo se esparcía
una luz de esperanza... Mas, segada, se apaga
bajo el polvo sangriento de la hueste bravía
de los dioses del Hades, porque una lengua amaga
y un corazón frenético se yergue y desafía.

¡Zeus, desmanes del hombre no atan tu poderío,
que ni sojuzga el sueño, rey que a todos impera,
ni los meses divinos en su rauda carrera!
Tú vencedor del tiempo, tú con regio atavío
moras en el Olimpo que en lampos reverbera.
Ayer, mañana y siempre rige esta ley severa:
Para el mortal no hay cosa que exceda la medida
y entre sin maldiciones a enriquecer su vida.

Venturas brinda a muchos la errática esperanza,
pero a muchos burlaron sus livianos revuelos.
De nada se da cuenta quien creyéndola avanza,
hasta que el fuego pisa... Sabia verdad sin velos
la del antiguo adagio: Cuando uno sin cordura
da lo malo por bueno, señal es de la ruina
a la que un dios adverso sin piedad lo encamina,
y muy pronto ha de verse sumido en desventura...

En este punto, divisando de lejos el Corifeo a Hemón que viene del lado de la ciudad, anuncia con viva simpatía su entrada en la escena.

CORIFEO

Mas llega Hemón: tu hijo postrero llega.
¿No será esa figura adolorida
por la angustia mortal en que le anega
Antígona, su dulce prometida?
¿No es supremo el dolor en que le veo
cuando frustrado mira su himeneo?

TERCER EPISODIO

Antes de que acabe de llegar Hemón,
lo interpela Creonte en tono severo.

CREONTE, *al Coro*

Pues lo sabremos pronto, y no por boca
de adivinos inciertos.

A Hemón.

Hijo mío,
¿por ventura al saber que tengo dada
sentencia sin perdón contra tu novia,
furioso tú contra tu padre vienes?
¿o me guardas tu amor en cualquier caso?

Con visibles esfuerzos por dominarse
responde el hijo.

HEMÓN

Yo, padre, tuyo soy; en su sapiencia
guíenme tus consejos, yo los sigo:
mayor ganancia es el consejo tuyo
que cualquier boda para mí.

CREONTE

¡De acuerdo!
Ésa en tu corazón sea la norma,
hijo mío: primera y ante todo
la voluntad paterna. Esto a los padres
hace anhelar por hijos obedientes,
que, criados en casa, un día sepan
a su padre vengar de odiosos émulos,
y a la par de él honrar a sus amigos.
En cambio, quien engendra hijos inútiles
¿qué hizo sino cargarse de trabajos
y hacerse la irrisión de quienes le odian?
Tú no, hijo mío, no, tú nunca pierdas,
por la ilusión de una mujer, tu juicio,
recordando cuán presto se convierte
en abrazo de hielo el que en su casa
da la mujer perversa. Dime, ¿hay úlcera
que cause más dolor que un falso amigo?

Anda, acaba sin más con esa moza,
y cual si fuera tu enemiga, déjala
que al Hades vaya en busca de otro novio.
Pues ya que en rebelión la he sorprendido,
a ella tan sólo en la ciudad entera,
en rebeldía franca, yo no tuerzo
la palabra que he dado, yo la mato.
Sobre esto, si le place, a Zeus apele,
el dios del parentesco, pues si díscolos
se me crían los míos, con extraños
¿qué no habré de aguantar? Quien con los propios
sabe ser hombre y demostrarse enérgico,
sabrá imponer al pueblo la justicia.
Atropellar la ley, querer dar órdenes
al que tiene el poder... no, no son cosas
que pueda yo admitir. Si uno gobierna
por elección de la ciudad, en todo,
vital o baladí, justo o injusto,
preciso es acatarle. Quien a esto
se sepa doblegar, capaz se muestra
de ser buen gobernante por lo mismo
que supo obedecer, capaz no menos
de mantenerse en filas sin rendirse
junto a sus compañeros en el vórtice
de deshecha refriega. La anarquía
es el supremo mal. Ella destruye
ciudades, y familias desconcierta,
ella es quien lanza a desbandada fuga
a las tropas aliadas. Consta en cambio
que quien logra librarse, las más veces,
lo debe a la obediencia. Indispensable
es, pues, salvar el orden ante todo,
y no dejar jamás que vencedora
una mujer se yerga. Preferible,
en caso de caer, que a manos sea
de algún varón, y no que nos enrostren
haber sido arrollados por mujeres.

CORO

A nosotros, a menos que los años
nos emboten el juicio, con acierto
nos parece que has dicho lo que has dicho.

HEMÓN

Don de los dioses, padre, es la cordura,
y el mayor con que pueden agraciarnos.
Del tino con que hablaste yo ni dudo
ni dudaré jamás. Puede con todo
que otros también tengan su idea buena.
En todo caso, a mí más que a ninguno
toca velar por ti, siempre a la mira
de lo que dicen y hacen... o murmuran.
Para el hombre del pueblo grave cosa
es el ceño del rey, si ha de insinuarle
lo que contento no le dé. Yo en cambio
puedo desde la sombra oírlo todo,
y cómo la ciudad la suerte llora
de esta joven, que menos que ninguno
tal golpe mereció, y a muerte horrible
es condenada por tan noble hazaña,
ella que al ver caído en la refriega
sanguinosa a su hermano, no ha sufrido
verle insepulto para inmundo pasto
de perros y aves... ¿No merece, dicen,
por ello el galardón de áureos honores?
Tal es el rumor ciego y sigiloso
que va cundiendo. Para mí no hay dicha
más honda, oh padre, que la dicha tuya.
¿Qué honor hay para el hijo más preciado
que el honor de su padre, y para el padre
que el renombre del hijo? No te aferres
a un solo parecer, como si nunca
hubiera más verdad que lo que dices.
Pensar que no hay talento sino el propio,
que no hay quien, fuera de uno, hable ni juzgue,
es exponerse a que al abrirse el alma,
aparezca vacía. Por más sabio
que uno sea, no es nunca vergonzoso
aprender de otros y ceder a tiempo.
Bien ves cómo en la margen del torrente
salva el ramaje el árbol que se encorva,
y rueda descuajado el que se atiesa;
y cómo el que la vela en mar bravía
tensa tiene y no afloja, vuelca el barco
y el viaje acaba con la quilla al aire.
Ceda, pues, tu rigor, un cambio admite.
Porque, si un joven como yo resulta
capaz de aconsejar —aunque, por cierto

mejor fuera que a nadie hiciese falta
nunca advertencia alguna—, mas con todo,
como al fin no es así, digo que acaso
valga la pena oír un buen consejo.

CORO

Justo es, oh rey, que los aciertos oigas
que tuvo el joven, y él también los tuyos,
pues aciertos tuvisteis uno y otro.

CREONTE

¡Eso es! y que a mis años, de un muchacho
me deje yo enseñar...

HEMÓN

En lo que es justo...
Y si soy joven, no la edad, los méritos
son lo que importa.

CREONTE

Por lo visto, mérito
será ensalzar a los rebeldes...

HEMÓN

Nunca
he dicho yo que se honre a los malvados.

CREONTE

¿Y no es maldad la que ella ha cometido?

HEMÓN

¡No! - dice Tebas a una voz.

CREONTE

¿Y Tebas
me va a dictar lo que es razón que mande?

HEMÓN

Mira si hablar así no es de un muchacho...

CREONTE

¿Al gusto mío mando aquí, o al de otros?

HEMÓN

No es patria la que sólo es para un hombre.

CREONTE

¿De quién sino del rey justo es que sea?

HEMÓN

Así a solas se reina en un desierto...

CREONTE

Ya se ve que éste a la mujer apoya...

HEMÓN

Si es que tú eres mujer, pues por ti miro.

CREONTE

¡Ah descarado, que a tu padre arguyes!

HEMÓN

Al verte atropellar toda justicia...

CREONTE

¿Injusto yo por defender mi mando?

HEMÓN

Por pisotear la honra de los dioses.

CREONTE

¡Menguado y vil, a una mujer rendido!

HEMÓN

Tal vez, mas no a bastardos intereses...

CREONTE

¡Sí...!... cuanto dices a favor es de ella.

HEMÓN

Y a favor tuyo y mío y de los dioses
que la mansión gobiernan de los muertos.

CREONTE, *exaltándose*

¡Pues no la has de tener de esposa en vida!

HEMÓN, *con sombría resolución*

Bien, ella morirá; pero su muerte
no será sin que al par muera algún otro.

CREONTE

¿Amenazarme? ¿hasta eso ya te arrojas?

HEMÓN

¿Será amenaza refutar inepcias?

CREONTE

Dar juicio a otros va a costarte lágrimas,
hallándote sin juicio tú el primero...

HEMÓN

¿Y el que te falta a ti?... Mas no, me callo,
al fin, eres mi padre...

CREONTE

¡Ruin juguete
de una mujer, no vengas con adulos!

HEMÓN

Hablas tú lo que quieres, y no sufres
se te conteste nada...

CREONTE

¿Sí? Pues oye,
por el Olimpo todo yo te juro
que no quedan impunes tus denuestos.

¡Ya! traed a esa odiosa criatura:
¡que muera aquí a su vista, ahora mismo,
delante de él, al lado de su novio!

HEMÓN

¿Junto a mí? ¡No, jamás! No lo imagines.
Ni ella muere a mi lado, ni por cierto
vuelven tus ojos a mirar mi rostro.
Quédate con aquellos de los tuyos
que tus locuras a sufrir se avengan.

Sale precipitadamente por la izquierda.

CORIFEO

Se ha ido, oh rey, a toda prisa el joven
ciego de furia; y furia dolorida
en un joven es cosa de cuidado...

CREONTE

Pues que haga lo que quiera y se desboque
a insólitos desmanes. De su suerte
no ha de librar por ello a esas muchachas.

CORIFEO

¿A las dos? ¿en dos muertes has pensado?

CREONTE

Cierto... tienes razón. Que quede libre
la que el cadáver no tocó.

CORIFEO

¿De la otra
el género de muerte has decidido?

CREONTE, *con sádica dureza*

La he de llevar a despoblado, y viva
en rocosa prisión he de encerrarla.
La comida pondrele que nos baste
para evitar que afecte el sacrilegio
a toda la ciudad. Allí que implore...

y a ver si las deidades del abismo,
su única devoción, quieren acaso
librarla de morir; y si no quieren,
aprenderá, aunque tarde, qué se saca
de afanarse en el culto de los muertos.

Entra a palacio, y el Coro queda solo.

ESTÁSIMO TERCERO

CORO

Amor, que en las batallas ni te rindes ni humillas,
Amor, tirano Amor, que en tu presa te ensañas,
tú que pasas las noches dormido en las mejillas
de la tierna doncella, e incontenible rondas
por agrestes cabañas
y por marinas ondas...
Nadie escapa al hechizo de tus lazos fatales,
ni dioses inmortales,
ni el hombre, flor de un día,
y prueba tu locura quien de ti se confía.

Tú lanzas aun al bueno por extraviada ruta,
tú encendiste entre deudos esta mortal disputa:
con la luz cariciosa que en sus ojos destella
ha vencido el encanto de la dulce doncella,
y a las eternas normas desafía en pujanza.
Afrodita descuella,
y el invencible triunfo de sus mañas afianza.

Se abre la puerta del gineceo, y sale Antígona, al cuidado de cuatro soldados.

CORIFEO

Mas siento que también la rebeldía
de esas eternas normas me enajena,
y no contiene el llanto mi honda pena
al ver marchar a Antígona a la umbría
prisión del negro tálamo,
donde todo mortal se duerme un día.

CUARTO EPISODIO

Al cerrarse la puerta del palacio se detiene Antígona y dolorosamente apostrofa al Coro.

ANTÍGONA

Miradme, ciudadanos de mi patria,
que ya recorro mi postrer camino,
que el postrer rayo de mi sol contemplo,
y nunca, nunca más... Me lleva el Hades,
el que a todos aduerme; hacia las playas
me lleva ya del Aqueronte... en vida,
sin mi derecho al canto de himeneo,
sin cortejo nupcial ni himno de bodas...
¡Mis bodas... con el dios del Aqueronte!...

CORO

Pero gloriosa y con loor y fama
bajas a las honduras de los muertos,
sin deslustre que empañe tu hermosura,
sin el brutal desgarro de la espada.
Firme en tu ley, de tu destino dueña,
señera vas al Hades; vas en vida
como no fue jamás mortal ninguno.

ANTÍGONA

De nuestra huésped frigia tengo oído
la tristísima muerte: hija de Tántalo,
en la cumbre del Sípilo fue Níobe
domada por la roca, que cual hiedra
en su torno brotó. Lluvias y nieves
nunca le faltan, dicen, mientras lento
la consume el dolor, y de sus párpados
el llanto baja que su seno inunda.
¡Mi hado, un sueño de muerte igual al de ella!

CORO

Mas Níobe era diosa, hija de dioses,
y nosotros mortales, que nacimos
de mortales también. ¿No será gloria
para quien se encamina hacia la tumba,

gloria sin par, tener los mismo hados
que una diosa, en la vida y en la muerte?

ANTÍGONA

¡Ay, eso es burla! Por los patrios dioses,
¿no podéis esperar a que haya muerto,
y no así zaherirme en mi presencia?
¡Oh patria! ¡oh potentados de mi patria!
¡manantiales de Dirce, sacro suelo
de Tebas rica en carros, a vosotros
os llamo por testigos de mi suerte!
Voy, sin llanto de amigos, triste víctima
—¡y de qué ley!— a la prisión de rocas,
sepulcro nunca visto que me espera...
¡Desventurada, que mansión no tengo
con vivos ni con muertos, y no me hallo
ni entre los hombres ya, ni entre las sombras!

CORO

A la cumbre subiste de la audacia,
y rudo golpe has dado contra el trono
en que, excelsa, se asienta la justicia...
Pagas tal vez algún paterno crimen...

ANTÍGONA

Sobre la abierta llaga estás hiriéndome,
renovando el lamento siempre vivo
por mi padre y por toda la desdicha,
herencia de los ínclitos Labdácidas.
¡Ay del horror de aquel materno tálamo!
¡Madre mía infeliz! ¡Ay, qué himeneo
con mi padre, hijo suyo!... ¡De qué padres
hube yo de nacer, desventurada!
Con ellos me voy ya, la maldecida,
la que muere sin bodas... ¡Ay hermano,
hermano el de las nupcias sin ventura,
me has quitado la vida con tu muerte!

CORO

La honra al muerto es piedad, parcial al menos.
Mas al que cuida del poder no es lícito
sufrir que quien lo reta quede impune.
Tu arrojo te perdió: tú lo quisiste...

Antígona nada contesta y se reconcentra sobre sí misma.

ANTÍGONA

No llorada por nadie, sin amigos,
sin cantar de himeneo soy llevada
a este doliente viaje que no espera.
Esta sagrada lámpara del día
no veré nunca más... Y por mi suerte
¡ay, ni un amigo fiel que gima y llore!

Sale bruscamente del palacio Creonte y se encara furioso con los guardas.

CREONTE

¿Y no sabéis que si antes del suplicio
se permitiera al reo derramarse
en gemidos y llantos, no hay ninguno
que acabara jamás? ¡Fuera con ella!
¡Al instante llevadla, y entre rocas
cuando presa se encuentre, como os dije,
en su fúnebre bóveda, dejadla
desamparada y sola, y que allí muera
si ése es su gusto; y si vivir pretende,
casa tiene en que viva sepultada,
—limpio estoy de la sangre de esa joven—.
Mas que a la luz siga ella libre... ¡nunca!

Sin volverse siquiera a mirar a Creonte, se entrega Antígona a su lamento postrero.

ANTÍGONA

¡Oh tumba mía, oh tálamo, oh caverna!
¡en ti —mi negro encierro para siempre—
a buscar a los míos me encamino!
A los más, ya Perséfone en sus antros
recogidos los guarda entre los muertos;
y yo postrera voy —¡la sediciosa!—
voy sin siquiera haber cumplido el plazo
de mi mortal destino... Mas al irme,
nutro en mi pecho la esperanza cierta
de que grata ha de seros mi llegada
a ti, padre, y a ti, madre querida,

y a ti también, hermano, hermano mío...
pues yo misma lavé vuestros cadáveres,
los compuse, y libé sobre sus tumbas....
y hoy porque el rito repetí contigo,
¡esto es lo que me gano, oh Polinices!...

Un silencio de desconcierto. Rompe luego atropelladamente en un arranque de desesperación.

Y sin embargo, si te honré, lo encomian
quienes con juicio piensan. ¡Ah! que fuera
hijo o esposo mío el que el veneno
esparciera de pútrido cadáver,
no me hubiera arriesgado a lo que hice
teniendo a la ciudad en contra mía...
Mas para decir esto ¿en qué me amparo?
¡En que, muerto un esposo, en otro esposo
cabe pensar, y, muerto un hijo, queda
quien me diese otros hijos!... Otro hermano,
muerto el padre y la madre, es imposible...
¡Y porque en esta ley quise fundarme
para a ti preferirte en mis obsequios,
empecinado error, ciega insolencia
lo apellida Creonte, hermano mío!

Más serena, continúa entre sollozos.

Y él ahora me lleva entre prisiones
a la muerte sin bodas y sin tálamo,
sin mi parte en la dicha en que se sueña
de la esposa y la madre, que a sus pechos
nutre a la tierna prole... Y así sola
bajo, sin un amigo, a los sombríos
recintos de la muerte en plena vida.
Mas ¿qué ley celestial habré violado?
¡Triste de mí! ¿qué busco yo en los dioses?
¿qué sigo yo esperando? ¿a quién imploro
que socorra mi afán, si mis piedades
sólo el nombre de impía me han valido?

Da unos pasos hacia la salida, pero, deteniéndose, lanza de frente este solemne reto de emplazamiento.

¡Ah, si a gusto del cielo es mi agonía,
muerta, sabré que mío ha sido el crimen!

Mas si es de ellos... ¡no sufran mayor pena
que ésta, con que me abruma su injusticia!

CORO

Las tormentas del alma la sacuden
y hostigan sin cesar...

CREONTE, *en el colmo de la exasperación.*

Pues por lo mismo,
van a pagar su lentitud los guardas!

ANTÍGONA

¡Ay! ¿es esto otra cosa que decirme
que a mano está la muerte?...

CREONTE, *como si Antígona se hubiese dirigido a él, responde.*

No me cabe
darte esperanza alguna en contra de ello.

Vuelve a dar Antígona unos pasos, y antes de desaparecer por la izquierda, pronuncia sus últimas palabras.

ANTÍGONA

¡Oh ciudad de mis padres, tierra mía,
dioses de quien brotara mi linaje,
me llevan... ya no hay plazo... sí, me llevan!...
Ved, príncipes de Tebas, a la última
hija de sangre real, ved lo que sufro,
ved a manos de quién... porque he querido
cumplir piadosa las divinas leyes...

Creonte, sombrío y empedernido, desde la gradería del palacio ve salir a Antígona entre sus guardas. El Coro queda aturdido e inquieto, inquietud que se manifiesta en las veladas alusiones del estásimo.

ESTÁSIMO CUARTO

CORO

En su hermosura Dánae
trocó la luz del cielo por la fría
prisión de bronce, lívida morada,
tálamo que la tuvo sepultada...
y era su estirpe espléndida, hija mía,
y hubo de custodiar rico tesoro,
los gérmenes de Zeus en lluvia de oro...
El hado a toda fuerza desafía;
nada liberta de él, lluvia ni torre,
guerra ni nave que la mar recorre.

Otra prisión en un riscal las furias
domó del rey edonio, hijo de Drías,
castigo a sus frenéticas injurias
que le impuso Dioniso. Poco a poco
allí de sus manías
cedió el hervor exuberante y loco.
Sintió la gravedad de sus insultos,
sintió su agravio al dios cuando a sus cultos
quiso poner obstáculo impidiendo
de báquicas orgías
el sacro fuego y femenil estruendo,
cuando irritó con sátiras incautas
a las Musas amigas de las flautas.

Junto a las aguas de las Negras Rocas,
cerca de los dos mares, a las bocas
del Bósforo y del tracio Salmideso,
Ares, vecino al pueblo, vio la herida,
abominable exceso,
con que cegó una esposa enfurecida
a los dos hijos de Fineo, - llaga
que en las sangrantes órbitas apaga
la visión, y es protesta lastimera:
ojos deshechos por cruentas manos,
destrozos inhumanos,
obra de la afilada lanzadera.

Su vida consumiendo
lloraban ellos su infortunio horrendo,
hijos de un himeneo sin ventura...

Y con todo su madre, hija del Bóreas,
hasta los Erectidas se encumbraba;
criose, hija de un dios, en la fragura
de los antros paternos, con la brava
canción de las tormentas invernales,
ágil como corcel que desafía
raudo las cumbres. Y con todo en males
la anegaron los Hados, hija mía...

Terminado el estásimo, se presenta intempestivamente, guiado por un lazarillo, Tiresias, el agorero oficial de Tebas, ciego y muy anciano.

QUINTO EPISODIO

TIRESIAS

Venimos dos, oh príncipes de Tebas:
(los que caminan, dos, y uno el que mira,
que así anda el ciego, siempre en pos de alguno).

CREONTE

Noble anciano Tiresias, ¿qué hay de nuevo?

TIRESIAS

Hablaré, pero atente al adivino.

CREONTE

¿Cuándo he dejado yo de obedecerle?

TIRESIAS

Por eso tus aciertos en el mando.

CREONTE

Cierto, hallé tu consejo siempre útil.

TIRESIAS

Pues piensa que hoy tu suerte está en un hilo.

CREONTE

¿Qué será? Me estremece lo que dices.

TIRESIAS

Lo explicarán las pruebas de mi ciencia.
Al asentarme en el sitial antiguo
en que el agüero de aves siempre he dado
y es como puerto al que confluyen ellas,
las encontré en confusa algarabía
dando silbos rabiosos sin sentido,
y espolazos mortales asestándose
a juzgar por el ruido de sus alas.
Temeroso, en el ara ensayo al punto
sacrificios de fuego. De las víctimas
la llama no saltó; sobre las brasas,
licuada la grosura, gota a gota
cayendo va y en la humareda escupe;
salta la hiel; los muslos se deshacen,
la grasa que los cubre se derrite.
(Todo esto fui sabiendo por el niño
que es guía mío, cual lo soy yo de otros).
Falló el rito y quedamos sin oráculo.
Ahora bien, si a la ciudad aquejan
estos males, los causa, no lo dudes,
tu errado proceder. Pues no hay brasero
ni altar en ella al que los perros y aves
carnes no hayan traído del cuitado
hijo de Edipo que insepulto queda.
Por esto, ya ni ritos ni plegarias
las deidades acogen ni holocaustos;
ni ave alguna en sus cantos rinde agüero,
desde que se han cebado en la grosura
y la sangre de un muerto. Piénsalo, hijo,
humano es el errar; pero, hecho el daño,
no es falto de consejo y de ventura
el hombre que remedia su tropiezo
sin obstinarse en él; pues obstinarse
es patente locura. Anda, concede
alguna cosa al muerto. Ha perecido;
no te ensañes en él. ¿Será proeza
matar de nuevo al que está muerto? Mira,
sólo busco tu bien, por él te hablo,
y es sabroso arrimarse al consejero
que al bien nuestro endereza sus avisos.

CREONTE

¡Anciano, ni que a una fuerais todos
tiradores que al blanco se ejercitan!

Y blanco, por lo visto, de agoreros,
soy también, que hace tiempo que conmigo
trafican cual con fardo que se exporta...
Trato y ganancia os puede dar la India
con cargas de oro, o Sardis con su electro.
¡Pero eso no, no me enterráis a ese hombre!
Ni aun si al trono de Zeus llevan sus águilas
piltrafas del cadáver, las exequias
permito yo, por miedo al sacrilegio,
pues bien sé que a los dioses los mortales
no podemos manchar... ¡Viejo Tiresias,
dan sus feas caídas aun los sabios,
cuando por interés torpezas cubren
con palabras vistosas!

TIRESIAS, *empezando a perder su serenidad*

¡Qué desdicha!
¿pero no habrá quien piense y considere...?

CREONTE

¿Qué pues? - lo que andas repitiendo a todos...

TIRESIAS

Que tesoro supremo es la cordura...

CREONTE

¡Y desgracia suprema la estulticia!

TIRESIAS

¡Ay! de esa enfermedad ¿quién más enfermo?

CREONTE

Injurias no contesto a un adivino.

TIRESIAS

Decir que engaño... ¿qué mayor injuria?

CREONTE

Todos sois uno: siempre a la ganancia...

TIRESIAS

Y uno los que nacisteis de tiranos:
siempre explotando al pueblo...

CREONTE

¿Te das cuenta
que estás hablando de tu rey?

TIRESIAS

Del mismo.
Si la ciudad salvaste hasta el presente
¿no fue siempre por mí?

CREONTE

Buen agorero,
no hay duda, pero amigo de ruindades...

TIRESIAS

Cosas que quise conservar ocultas
vas a obligarme a revelar.

CREONTE

Revela,
mas sin poner los ojos en ganancia...

TIRESIAS, *irónico*

No, ganancias no habrá, tuyas al menos.

CREONTE

Bien, pero entiende que no harás negocio,
ni vas a traficar con mis afanes.

TIRESIAS, *en tono solemne y rencoroso*

Y tú entiende también que muy contadas
son las carreras que del sol contemples
sin que tengas que dar a un hijo tuyo,
de ti nacido, a cambio de los muertos,
por cuanto echado tienes a las sombras

a un ser viviente, a un alma a la que albergas,
tiránico, en la tumba, y porque en cambio
a quien es de los dioses infernales
dejas sin sepultura y sin honores,
cadáver en sacrílego abandono.
¡Ni a los dioses celestes toca un muerto;
menos a ti!... ¡Todo es violencia tuya!
Por esto, aunque tardías, ya te acechan,
vengadoras certeras de tu crimen,
las Furias de los dioses de ultratumba,
para apresarte en estos mismos males.
Y ahora prueba a ver si es el dinero
el que rige mi voz. Pronto, muy pronto,
alaridos de hombres y mujeres
te lo dirán en tu palacio. Ruge
furioso el odio en las ciudades todas
a cuyos hijos desgarrados dieron
aves, perros y fieras sepultura,
y con el miasma de sus carnes muertas
maculan los hogares que los lloran.
Dardos son éstos que te lanzo airado,
dardos al corazón, pues me azuzaste;
de su escozor certero no te libras.

Al lazarillo

Sácame ya para mi casa, chico,
y si éste quiere desahogar su cólera,
que lo haga con más jóvenes, y aprenda
a moderar su lengua y críe juicio
más asentado que el que ahora gasta.

Sale lentamente Tiresias, dejando a Creonte presa de creciente terror.

CORO

Señor, recios anuncios va dejando
al marcharse el profeta... y es lo cierto
que desde que las negras cabelleras
se nos han vuelto blancas, no se ha visto
que a la ciudad hablara con embustes.

CREONTE

Bien lo sé yo también, y esto es mi espanto;
que si es duro el ceder, también es duro
el destrozo fatal a que me expongo.

CORIFEO

¡Hijo de Meneceo, más que nunca,
lo que hace falta es proceder con juicio!

CREONTE, *cediendo bruscamente por el pánico que le invade.*

Dime qué puedo hacer, y yo obedezco.

CORIFEO

De su prisión de roca a la doncella
ve a libertar, y al que sin tumba yace
dásela con sus ritos...

CREONTE

¡Conque es ése
tu consejo, y me dices que me rinda!

CORIFEO

¡Sí, príncipe, cuanto antes! porque acosan
raudos a la locura de los hombres
los castigos divinos.

CREONTE

¡Ay! ¡qué angustia!
¡qué duro es desistir de mi propósito!
Mas no hay cómo luchar contra el destino..

CORIFEO

Ve, y haz la cosa por ti mismo al punto,
y no lo fíes de otro.

CREONTE

Sin demora,
parto tal como estoy... ¡Criados míos,
todos, los que aquí estáis y los de casa,
armaos de hachas y venid corriendo
al sitio que allá veis!

Entran corriendo a palacio dos criados a llamar a los demás.

Ya que a la postre
me resolví a ceder, de la caverna
en que la hundí, la sacaré yo mismo,
pues temiéndome estoy que lo más cuerdo
es llegar a la meta de la vida
sin violar nunca las eternas leyes.

Sale precipitadamente con sus criados todos camino de la llanura. El Coro, feliz de ver que ha cedido el rey y va a corregir su error, espera ver el mal remediado a tiempo, y lo celebra con un alegre canto báquico.

HIPORQUEMA

CORO

¡Dios de los muchos nombres, prez y gala
de la Ninfa cadmea,
raza de Zeus tonante!
¡tú que a Italia proteges vigilante
y al puerto acogedor que señorea
Deo de Eleusis! ¡Baco, tú que moras
en Tebas, donde medra la bacante,
donde sembraron del dragón los dientes,
donde murmuradoras
del Ismeno resbalan las corrientes!

Entre el fulgor de las humosas teas
te dejas ver de las coricias Ninfas
sobre la doble cresta del Parnaso,
junto al rumor de las castalias linfas.
Y si tuerces el paso
a visitar a Tebas, cuando insiste
el evohé de las bacantes, vienes,
portador de mil bienes,
por las faldas del Nisa, que reviste
la hiedra con su fronda, o por la orilla,
donde las verdes vides de lairenes
cargan a maravilla.

Tebas tu predilecta, Tebas que ama
también tu madre, herida por la llama
del rayo fulgurante, Tebas llora
de horrenda plaga presa.

¡Ven cruzando la pasa gemidora
del Euripo que brama!
¡ven del Parnaso a mantenerla ilesa!
¡Oh corego en la ronda de los astros
que luz y fuego espiran!
¡tú que les das el canto con que giran
en la noche callada, Baco hermoso,
hijo de Zeus, ven ya con tus Tiíadas,
las que locas deliran
en torno a ti, su inspirador glorioso!

Preséntase de pronto por la izquierda un mensajero joven, portador de fatales noticias.

ÉXODO

o escenas finales

MENSAJERO

Nobles vecinos del solar fundado
por Cadmo y por Anfión, no hay vida de hombre
que sentenciarse pueda, mientras dure,
de afortunada o de infeliz. La suerte
con vaivén incesante alza y derriba,
honra al dichoso, oprime al malhadado;
y no hay profeta que al mortal anuncie
el sino prefijado que le espera.
Digno de envidia era Creonte, pienso,
hasta hace poco, el que de hostil embate
a esta tierra libró, dueño absoluto
de una gran monarquía, tronco ilustre
por la gloria de vástagos lucidos.
Hoy le ha fallado todo. Pues quien pierde
por culpa propia su ventura, es hombre
que ya no vive, es un cadáver que anda.
Riquezas mil en tu palacio apila,
todo el boato de un monarca ostenta,
si falta la alegría, yo ni al precio
de la sombra del humo lo comprara...

CORIFEO

¡Ya!... pero ¿qué fatales desventuras
nos vienes a anunciar de nuestros reyes?

En este momento se va abriendo la puerta central del palacio, aparece un instante Eurídice, la anciana esposa de Creonte, sin que la vean el mensajero ni el Coro, y en seguida vuelve a cerrarse la puerta, apenas contesta el mensajero a la segunda pregunta del Coro.

MENSAJERO

Han muerto, y es la muerte obra de vivos.

CORO

¿Quién es el asesino? ¿quién la víctima?

MENSAJERO

El muerto Hemón, y no corrió su sangre
por mano ajena...

CORO

¿Entonces, por la propia?
¿o por la de su padre?

MENSAJERO

Por la propia,
pero enrostrando al padre la sentencia
de muerte que dictó...

CORO

¡Cuán verdadero
ha salido, oh profeta, tu prenuncio!...

MENSAJERO

Así las cosas, a vosotros toca
consultar qué hay que hacer.

Vuelve a abrirse la puerta del palacio, y se presenta, lívida pero firme, la reina acompañada de dos doncellas.

CORIFEO

Mas ved, la triste
Eurídice, la esposa de Creonte,
a punto sale del palacio, sea
casual salida, o sea que del hijo
alguna cosa oyó.

EURÍDICE

Noble concejo,
algo llegó hasta mí de lo que hablabais,
cuando iba yo a salir hacia el santuario
de Palas con mis votos. Ya corría
la hebilla del cerrojo, cuando hiere
mis oídos la nueva del desastre
que enluta nuestro hogar. Yo de la angustia
sostenerme no pude, y en los brazos
caí de mis doncellas desmayada.
Mas decidme de nuevo lo que ha sido:
no me falta experiencia de dolores
para saberlo oír.

MENSAJERO

Ama querida,
presente estuve, y como tal contarlo
puedo yo todo sin faltar un punto
a la verdad que fue. ¿Qué se sacara
de mitigarla, si a la vista luego
saltaría el engaño? Lo más digno
es siempre la verdad. Iba a la vera
de tu esposo, guiándole al extremo
del llano en que yacía abandonado
y comido de perros Polinices.
Allí, después de suplicar a Trivia
y a Plutón que atajasen sus enojos,
píamente lavamos el cadáver;
lo que quedaba de él ardió entre frondas
que cortamos allí, y un alto túmulo
con tierra de la patria le erigimos.
En seguida pasamos a la cueva
donde en lecho de roca halló su tálamo
la doncella, la novia de la Muerte.
Uno de entre nosotros desde lejos
percibe el son de agudos alaridos
en torno de la tumba en que faltaron

los funerales ritos. A Creonte
aviso da, y el rey, al acercarse
reconoce la voz en el plañido,
y un gemido de horror al fin lanzando,
"¡Ay infeliz! —exclama entre sollozos—
¡triste de mí si acierto en mis sospechas!
¡Ay! ¿no es éste el camino más funesto
que anduve yo jamás? La que me acoge
es la voz de mi hijo... ¡Pronto, pronto
llegad, criados, al sepulcro, y dentro
por donde han arrancado aquellas piedras,
id a la misma boca, averiguadme
si es lo que oí la voz de Hemón, o acaso
engañado me veo por los dioses!"
Del amo dolorido sin demora
la orden cumplimos, y al mirar al fondo
de la caverna, a la doncella vemos
colgada, preso el cuello en el finísimo
lienzo rasgado que sirvió de lazo;
y al joven que, abrazado a su cintura,
caído junto a ella, entre suspiros
por la novia gemía, que la muerte
le arrancaba por obra de su padre
para desdicha de su amor... Creonte
grito de angustia al contemplarle exhala,
se entra hacia él, lo llama con lamentos:
"¡Ay infeliz! ¿qué has hecho? ¿qué pretendes?
¿qué desventura te ha robado el juicio?
Sal de allí, te lo ruego, oye mi súplica,
¡hijo mío!..." Mas él feroz mirada
clava en su padre, escúpele en el rostro,
y la espada de dobles gavilanes
desenvaina contra él. Huye Creonte
despavorido. El golpe falla; el triste,
furioso entonces contra sí, se lanza
sobre su propia espada y se la hunde
media hoja en el pecho. Ya no alienta
sino apenas, y estrecha en blando abrazo
a la difunta virgen, cuando súbito
golpe de sangre le sacude; baña
su rojo hervor las lívidas mejillas,
y lado a lado yacen muerto y muerta.
Los ritos de himeneo el desdichado
logró... mas sólo en la mansión del Hades,
dejando el escarmiento entre los hombres

de que la insensatez es el supremo
entre los males que al mortal afligen.

Eurídice, al acabar de oír, se retira calladamente y desaparece dentro del palacio.

CORIFEO

¿Qué pensar?... Se ha marchado la señora
sin proferir palabra, buena o mala...

MENSAJERO

Pasmome a mí también, pero me alienta
la ilusión de que, oída la catástrofe
del hijo, no ha querido hacer al público
testigo de la angustia de sus llantos,
sino entablar en el palacio a solas
el duelo familiar con sus doncellas.
Juicio le sobra y no ha de hacer desmanes.

CORO

No sé, mas temo por igual la angustia
que calla y la que rompe en alaridos.

MENSAJERO

Sí, y entrando sabremos si es que encubre
algún funesto plan su ardiente cuita.
El silencio excesivo, razón tienes,
es presagio fatal.

Entra el mensajero a palacio. En ese momento aparece por la izquierda Creonte entre acompañantes que traen en hombros el cadáver de Hemón cubierto con una mortaja.

CORIFEO

Mas ¡ay! al príncipe
llegarse vemos, y consigo trae
lo que habla de por sí, la obra siniestra,
si decir cabe, no de ajenos yerros
sino del peso de su propio crimen.

CREONTE

Entregándose a las demostraciones de la más violenta desesperación.

¡Culpa desatentada!
¡empedernido afán que para en muerte!
¡triste familia y espantosa suerte:
Yo maté y él ha muerto! ¡oh malhadada
locura mía! ¡ay hijo, ay hijo mío!
¡muerto tan joven, ay! Y el desvarío
fue mío todo, tú no hiciste nada...

CORO

¡Cuán tarde en ti se inicia
la luz que te hace ver lo que es justicia!

CREONTE

Sí, ¡que tan tarde la lección aprenda!
esta lección tan dura...
Pues es que antes un dios desde la altura
se complació en herirme, y por la senda
malvada me lanzó, sañudo hollando
mi gozo y mi ventura...
¡Ay vida del mortal, dolor infando!

Sale el mensajero del palacio, y al ver el cadáver de Hemón exclama fríamente:

MENSAJERO

¡Qué surtido de males,
presentes y en reserva... los que tienes
entre las manos ya, más los que vienes
a descubrir en el palacio!

CREONTE, *con redoblado espanto.*

¿Cuáles?
¿algo peor aún? ¡ah! dime, ¿en quiénes?

MENSAJERO

En tu mujer que ha muerto hace un momento,
ella, madre del muerto infortunada,
su digna madre...

CREONTE

¡Horror! ¡mortal tormento!
¡Hades, fúnebre abismo que con nada
te quieres aplacar! ¿por qué me arruinas?
Mensajero fatídico, ¿qué dices?
¡muerto estaba, y mis días infelices
vienes a rematar! Hijo, responde,
¿qué nuevas desventuras repentinas
este palacio esconde?
¿Para juntarse al hijo, aquí reposa
muerta también ¡suerte fatal! mi esposa?

MENSAJERO

Ya la ves: el palacio te la entrega.

Sacan unos criados el cuerpo inerte de Eurídice, y queda Creonte entre los dos cadáveres.

CREONTE

¡Oh! ¡no! ¡nueva desdicha ante mis ojos!
Esta vez ya la suerte me doblega...
¿qué esperar ya? Tenía los despojos
de mi hijo entre las manos, y me llega
este nuevo espectáculo sombrío...
¡Ay madre sin ventura! ¡ay hijo mío!

MENSAJERO

Ella, al pie del altar, aguda espada
en el pecho clavose, y apagada
dejó la luz que henchía sus pupilas,
después de lamentar las tristes bodas
de Megareo, y luego de éste, todas
destrozadas por ti, que las mutilas,
y maldiciendo, hasta caer inerte,
al padre que a sus hijos dio la muerte.

CREONTE

¡Ah! ¡me estremezco con mortal espanto!
¿No habrá quien en el pecho el hierro me hunda?
¡ay miserable llanto!
¡ay agonía! ¡ay vida moribunda!

MENSAJERO

Sí, te achacaba a ti la horrenda suerte
de sus dos hijos y su propia muerte...

CREONTE

¿Y ella cómo murió?

MENSAJERO

Clavó derecho
por propia mano el golpe en pleno pecho
cuando escuchó la trágica tortura
con que acabó su hijo...

CREONTE

¡Oh desventura!
Toda mía es la culpa, y no es posible
que a ningún otro achaquen este exceso...
¡Ay, ser aborrecible!
¡Yo te maté, yo mismo... lo confieso!
¡Sacadme ya de aquí, criados míos!
Yo ya dejé de ser, ya cedo al peso
de mis ciegos mortales descarríos...

CORIFEO

Bien, si cabe algún bien en tantos males:
mejor dolor es el que menos dura.

CREONTE

¡Oh venga, venga, y sea mi ventura
el día que me lleve a los umbrales
de mi anhelada muerte!
¡No amanezca otra aurora a ver mi suerte!

CORIFEO

Eso para adelante. Mas nos pide
precaución lo presente. Del futuro
no faltará quien cuide.

CREONTE

Yo nada pido sino aquel conjuro...

CORIFEO

Nada debes pedir: nadie del Hado
jamás el cauce eterno ha desviado.

CREONTE

¡Sacad de aquí, sacad al hombre loco
que, sin saberlo, te mató, hijo mío!
¡Sacad al hombre impío
matador de su esposa! Ya tampoco
a quién mire no sé, ni a quién me acoja:
¡cuanto tuve en mis manos me ha fallado,
y el destino, oh fatídica congoja,
su furia en mi cabeza ha descargado!

Los criados levantan a Creonte caído junto a los cadáveres de su esposa y de su hijo, y aniquilado lo entran en palacio. El Corifeo dirigiéndose al público saca la lección de la tragedia.

CORO

Con mucho es la cordura
la más sólida base de ventura.
También la reverencia
con la divinidad. La altanería
del hombre que se engalla en la insolencia
con sanción asperísima se expía;
y aprende en la vejez, ciencia tardía,
el orgulloso y retador, prudencia.

CICLO DE HERACLES

LAS TRAQUINIAS

LAS TRAQUINIAS

Deyanira, mujer de Heracles, está sufriendo desde hace quince meses de la ausencia de su esposo, dolorida por el desamor con que la tiene desamparada e inquieta por sus continuas infidelidades.

La acción empieza con la llegada del heraldo Licas, que viene trayendo un grupo de doncellas prisioneras, entre las que se encuentra Yola, que ha provocado en Heracles una ciega pasión, que Deyanira trata de contrarrestar.

La muerte de Heracles causada por la túnica ungida con la sangre envenenada del centauro, que le mandó Deyanira, era el término conocido de la leyenda. Lo nuevo que ofrece Sófocles a sus oyentes es la complejísima pintura del alma de Deyanira y de sus intenciones en el hecho que provoca la catástrofe.

PERSONAJES:

DEYANIRA, *esposa de Heracles*
HERACLES, *semidiós*
HILO, *hijo de ambos*
La anciana nodriza de Deyanira
LICAS, *heraldo de Heracles*
La amada de Heracles YOLA
Un anciano de Traquis
Un mensajero
Acompañantes de Heracles
CORO *de doncellas de Traquis, amigas de Deyanira, con su* CORIFEO

La escena, delante de la casa de Deyanira en Traquis.

LAS TRAQUINIAS

PRÓLOGO

o escenas iniciales

Entra Deyanira con una esclava anciana, su nodriza, que se sienta en el suelo en su rincón, mientras su ama se pasea por la escena, pronunciando lentamente el siguiente monólogo.

DEYANIRA

Viejo refrán valido entre los hombres
es que nunca se sabe de sus vidas
si son dicha o dolor, hasta que mueran.
Mas yo sé de la mía, antes que baje
a la mansión del Hades, que no es ella
sino peso de angustia y desventura...
yo que, viviendo en la mansión de Eneo,
mi padre, allá en Pleurón, tuve un noviazgo
el más penoso que mujer de Etolia
padeciera jamás. Mi pretendiente
era el dios del gran río, el Aqueloo,
que me solicitaba de mi padre
acudiendo en tres formas: ya de toro,
ya como sierpe de lustrosos visos,
ya cuerpo de hombre con testuz boyuno,
y de la espesa barba le corrían
chorros de agua de fuente. Con tal novio
transida de terror, todas mis ansias
eran morir por no llegar a verme
en semejante lecho. Pero al cabo
de largo tiempo, para gozo mío,
por allá presentose el renombrado

hijo de Alcmena y Zeus. En duelo a solas
cerró con él, venció, quedé yo libre.
Cómo la lucha fue, decir no puedo,
pues no la vi. Si alguno el espectáculo
pudo sin miedo contemplar tranquilo,
ése sabrá contarlo; yo aterrada
temblando estaba allí de que me fuese
manantial de dolores mi hermosura.
Al fin, Zeus que a la lucha presidía
le dio éxito feliz —si es que lo ha sido—.
Pues a Heracles unida, como esposa
que él mismo se escogiera, desde entonces
llevo, siempre entre sustos, una vida
de perpetua zozobra por su causa.
Cada noche sus penas: hoy las unas,
que la noche siguiente desvanece
y reemplaza con otras. A su tiempo
tuvimos nuestros hijos, que él no ha visto
sino a veces, al modo del labriego
que su campo distante no visita
sino una vez para sembrar, y otra
para coger los frutos. Así anduvo
yendo y viniendo sin parar en casa,
siempre en empeños a servicio de otros.
Y ahora que ha triunfado de esas pruebas,
con más angustia estoy que nunca estuve.
Pues desde que dio muerte al joven Ífito
hemos vivido en Traquis, desterrados
al amparo de un huésped; y no hay nadie
que de él pueda decirme dónde vive.
Sólo sé que se ha ido y me ha dejado
con angustia de muerte por su ausencia.

Haciendo una pausa y mirando a la nodriza que ha estado escuchándola en silencio, prosigue:

Mas me da el corazón que algo le pasa...
pues el tiempo no es corto: quince meses
van ya sin que haya de él noticia alguna.
Y algo terrible debe ser... Dejome
una tablilla al irse, tan ambigua
que con frecuencia al cielo he suplicado
verla cumplida sin fatal desgracia.

NODRIZA

Deyanira, ama mía, muchas veces
las lágrimas he visto con que lloras
las ausencias de Heracles, con qué angustias...
Pero ahora, si puede tolerarse
que aconseje una esclava a quien es libre,
¿cómo, de tantos hijos como tienes,
no has pensado en mandar a alguno de ellos
en busca de tu esposo? - el más llamado,
Hilo, si es que le importa que haya nuevas
de que a su padre le va bien. ¡Eh, mira!
él mismo a casa, cuán a punto, llega...;
de suerte que, si crees que hablé atinada,
tan a mano está él como mi dicho.

Se presenta Hilo, el hijo mayor de Heracles y Deyanira.

DEYANIRA

Hijo, hijo mío, bien se ve que aun gente
de humilde cuna puede hablar lindezas:
sierva es esta mujer, mas sus palabras
bien dignas son de una persona libre.

HILO

¿Cuáles? dímelo, madre, si se puede.

DEYANIRA

Que, hallándose tu padre tanto tiempo
ausente en tierra extraña, es un bochorno
que no averigües tú dónde se encuentra.

HILO

Pero es que ya lo sé, si es que uno puede
fiarse de lo que hablan.

DEYANIRA

¿Y en qué tierra
cuentan de él que ha fijado su morada?

HILO

Dicen que un mes tras otro mes, el año
que acaba de pasar, penando estuvo,
a orden de una mujer, en tierra lidia.

DEYANIRA

Si aguantó tal vergüenza, cualquier cosa
se puede temer de él...

HILO

Mas de ésta al menos
se ha visto libre al fin según me han dicho.

DEYANIRA

¿Y dónde se halla ahora, vivo o muerto?

HILO

Corre que da el asalto o lo prepara
a la ciudad de Eurito, allá en Eubea.

DEYANIRA

¿Y sabes tú que me dejó, hijo mío,
acerca de esta tierra unos oráculos
del todo fidedignos?

HILO

¿Cuáles, madre?
nada he sabido de ellos.

DEYANIRA

Que allí debe
o hallar la muerte, o conquistar tal triunfo
que le dé paz el resto de sus días.
Viéndole en trance tal, ¿podrías, hijo,
no ir en su ayuda? - pues, si queda a salvo,
a salvo estamos todos a su vera;
si no, junto con él es nuestra ruina.

HILO

Sí, madre, voy; y, de haber yo sabido
el alcance vital de estos oráculos,

estuviera con él, hace ya tiempo, -
si bien su buena suerte acostumbrada
no permitía que por él temiese
ni me dejase dominar de angustias.
Pero ya que lo sé, no habrá fatiga
que hasta saber qué hay de verdad yo ahorre.

DEYANIRA

Sí, ve, hijo mío, que por más retraso
que traiga una noticia, si es dichosa,
recompensa le vale a quien la obtiene.

Se retira Hilo, y hace su entrada el Coro, compuesto por jovencitas nobles de la ciudad de Traquis, las que dan a la tragedia su nombre de "Traquinias". Cantan.

PÁRODO

CORO

Oh Sol, tú a quien engendra sigilosa la Noche
a la hora en que se mira vencida y despojada
de su corona de astros, fantástico derroche;
tú a quien entre arreboles ella aduerme y sepulta;
tú que fulgentes ráfagas poderoso destellas,
dígnate descubrirme dónde oculta
Heracles su morada.
¿Acaso en los estrechos, o por las playas bellas
que los cercan en uno o en otro continente?
¡Dímelo, rey de gloria, soberano vidente!

Pues oigo que la triste Deyanira,
por quien trabóse un día pelea tan airada,
con ansias y con lástimas suspira,
avecilla cuitada;
y en vigilante espera
sin secar nunca el llanto que corre de sus ojos,
por el esposo ausente, causa de sus enojos,
en su lecho de viuda se angustia lastimera,
el corazón opreso
siempre temiendo el golpe de algún fatal suceso.

Como el mar se alborota
con incansables olas cuando el Bóreas lo azota
o el Noto en sus revuelos,

así al hijo de Cadmos su vida siempre inquieta,
igual que el mar de Creta,
ya le hunde y le desvía, ya le alza hasta los cielos.
Mas no falta quien próvido del Hades lo liberte:
un dios que no le deja sucumbir a su suerte.

Por eso va de frente mi censura,
si bien con el respeto y el amor que me inspiras:
Cuando al futuro miras,
no ahogues esperanzas de próxima ventura.
Vivir libre de males
no concede el augusto prepotente Cronida,
a los tristes mortales;
y todos en la vida
miran girar alternos en ronda caprichosa
los gozos y dolores, como gira la Osa.

EPISODIO PRIMERO

DEYANIRA, *al Coro*

Has sabido sin duda de mi pena,
y por eso has venido... Mas la angustia
que me carcome el corazón no sabes.
¡No la sepas jamás, como hasta ahora
no la has probado aún! Lo que a la vida
tierno se entreabre, a gusto va creciendo
en ambiente feliz, sin que lo agosten
divino ardor del sol, vientos ni lluvias:
vive su blanda vida entre delicias...
Mas todo es hasta el día en que, de virgen,
pasa a llamarse esposa, y se halla luego
cargando con su lote de cuidados,
intranquila en las noches, unas veces
por el esposo y otras por los hijos.
¡Ay! entender la pena que me agobia
sólo puede quien hizo la experiencia
de lo que es su amargor... Mas siendo tantas
las que he llorado ya, contaros quiero
la de hoy, más dolorosa que otra alguna.
Pues cuando Heracles, mi señor, de casa
salió la última vez, se fue dejando
una antigua tablilla en que tenía
en cifra unos encargos que hasta entonces
nunca había resuelto descubrirme,
con haber emprendido tantas veces

otras expediciones, pues se iba
como en plan de aventura y no a la muerte.
Esta vez, cual si fuera ya difunto,
me indicó qué debía yo tomarme
por mi parte de esposa, y qué porciones
de las tierras paternas disponía
que se partieran entre sí sus hijos.
Y el tiempo señaló: que al ser un año
más tres meses después de su partida,
llegaría la hora de su muerte,
o, si sobreviviese de aquel término,
que había de pasar libre de males
el resto de la vida. Eso afirmaba
que era lo decretado por los dioses
como fin a los tráfagos de Heracles,
según decía haberlo oído un día
al profético roble de Dodona
interpretado por las dos Peleidas.
Y en este día de hoy se vence el plazo
en que esta alternativa ha de cumplirse.
Tanto que, amigas, de un tranquilo sueño
de repente salté despavorida,
temblando de si acaso iba a quedarme
viuda del hombre en todo el más insigne.

CORO

Ni una palabra más de mal agüero:
veo venir a un hombre con corona,
como trayendo albricias.

Entra precipitadamente un anciano, portador de buenas nuevas.

MENSAJERO

Deyanira,
noble señora, seré yo el primero
que te quite tu carga de cuidados.
Vive el hijo de Alcmena, y victorioso
de la batalla vuelve ya, trayendo
primicias a los dioses de la patria.

DEYANIRA

¿Qué has dicho, anciano? ¿qué noticia es ésa?

MENSAJERO

Que pronto llega y que has de ver en casa
a tu admirado esposo, que a ti vuelve
con poderío triunfador.

DEYANIRA

Mas esto
¿quién de fuera o de aquí pudo decírtelo?

MENSAJERO

En el veranadero del ejido
lo está contando el mensajero Licas
a mucha gente. Yo le oí, y al punto
de un salto acá me vine, a ser primero
en darte la noticia, y conseguirme
en pago alguna cosa de tu gracia.

DEYANIRA

Mas si son buenas nuevas las que trae
¿por qué no viene él mismo?

MENSAJERO

Sus apuros,
señora, está pasando, pues le cerca
todo el pueblo de Malis, acosándole
con mil preguntas sin dejar que siga.
Con ansia todos enterarse quieren,
y no le sueltan hasta haberlo oído
a su pleno sabor... Allá ha quedado
a gusto de ellos y a disgusto suyo.

DEYANIRA

¡Oh Zeus, señor de las intactas vegas
del Eta, aunque tan tarde nos has dado
esta alegría al fin! ¡Cantad, mujeres,
las de dentro de casa y las que a una
conmigo fuera estáis: que al fin disfruto
la inesperada luz de esta noticia!

HIPORQUEMA o
canto de danza

CORO

¡Rompa en la casa
canto de júbilo,
lanzad, doncellas,
voces de triunfo!

Y suene unísono
de los donceles
el himno a Apolo
que los protege,
dios de la aljaba
fúlgida y fuerte.

A un tiempo, vírgenes,
entonad juntas
un peán rítmico
que al cielo suba:
del dios la hermana,
Ártemis bella,
diosa de Ortigia
que al ciervo acecha,
venga blandiendo
dos grandes teas.
También sus ninfas
vengan con ella.

Ágiles vuelos
los de mi danza...
ni podré nunca
dejarte, oh flauta,
de mis amores
dulce tirana.

Ya el evohé báquico
y el ciego hechizo
de verde hiedra
nublan mi juicio,
y me arrebatan
al loco ritmo
de las bacantes
de raudo giro.

¡Peán, oh dicha!
¡Peán, oh gloria!
Ante tus ojos,
mira, señora,
cómo estas nuevas
visos ya cobran
de una evidencia
deslumbradora.

DEYANIRA

Amigas, ya lo veo: no ha escapado
al cuidado expectante de mis ojos
este cortejo.

Saludando a Licas que entra acompañado de un grupo de doncellas cautivas.

Y ante todo, venga
en hora buena, aunque tan tarde llegue,
el heraldo, si es nuncio de venturas.

LICAS

Sí, con bien he llegado; y acogida
hallo, señora, en ti, cual se merece
lo que ganado está: que a dichas buenas
cumplidos parabienes corresponden.

DEYANIRA

Oh amigo el más querido, lo primero
dime lo que primero oír ansío:
si a Heracles he de ver en vida y salvo.

LICAS

Lo que es yo, le dejé vivo y bien vivo,
fuerte, boyante y sin achaque alguno.

DEYANIRA

¿Y dónde? ¿en suelo patrio o tierra bárbara?

LICAS

En un peñón de Eubea está trazando
un recinto de altares con ofrendas
de frutos de la tierra a Zeus Ceneo.

DEYANIRA

¿En exvoto o por fuerza de un oráculo?

LICAS

Por un voto que hizo cuando andaba
de conquista y saqueo por la tierra
de estas mujeres que tus ojos miran.

DEYANIRA, *súbitamente impresionada*

Mas ellas ¿de quién son, por Dios, y quiénes?
pues dignas son de lástima las tristes,
si no me engaña su desgracia.

LICAS

El amo
cuando entró a saco la ciudad de Eurito,
las escogió como botín selecto,
su parte y la que ofrece a las deidades.

DEYANIRA

¿Y contra esa ciudad fue la campaña
que le ha tenido ausente tantos meses,
días sin cuento, que prever no pude?

LICAS

No, que la mayor parte de aquel tiempo
la pasó él (y no lo oculta) en Lidia,
sin libertad, vendido como esclavo.
(No te ofenda, señora, este lenguaje,
pues claramente es Zeus quien lo hizo todo).
Un año entero así cumplió, vendido
(como él confiesa) a Ónfala, la bárbara.
Mas tan al alma le llegó este oprobio
que en firme se obligó con juramento
a hacer un día esclavos al causante
de aquel baldón, y a su mujer e hijos.
Y no lo dijo al aire. Apenas libre,
lustrado de su mancha, arma unas tropas
que logra reclutar, y va al asedio
de la ciudad de Eurito, pues decía
que había sido de él toda la culpa
de semejante afrenta. Y fue que Heracles

en casa de este Eurito hallose un día,
como huésped que de él era de antiguo.
Y desmandose Eurito de mil modos
con palabras groseras y denuestos
de un corazón dañado, zahiriéndole
de que, aun teniendo flechas que no fallan,
quedaba derrotado por sus hijos
en manejar el arco, y le gritaba:
¡Mal hayas, vil esclavo de hombres libres!
Y en una cena en que le vio bebido,
lo arrojó de la sala del banquete.
Sentido estaba por todo ello Heracles.
Un día que en el cerro de Tirinto
vio que el hijo de Eurito, Ífito, andaba
en busca de unos potros extraviados,
aprovechando un rato en que tenía
de un lado el ojo y de otro el pensamiento,
de lo más alto de un peñón erguido
como soberbia torre, despeñole.
Disgustose del hecho Zeus Olímpico
el padre universal, y su sentencia
fue mandarle vender, pues insufrible
se le hizo que a ese joven, a ése solo
matara con traidora alevosía;
que, de hacerlo de frente, Zeus no viera
con tanto enojo represalias justas.
Pero el desmán soberbio, ni los dioses
lo pueden aguantar. Es pues el caso
que aquellos deslenguados altaneros
de asiento están ya todos en el Hades;
y, esclavizada su ciudad, son éstas
que ves aquí, las que, por suerte infausta
trocada su ventura en pesadumbre,
vienen a ti. Es la orden de tu esposo,
que, como fiel criado, estoy cumpliendo.
Él, en cuanto termine el rito sacro
que debe a Zeus, su padre, por su triunfo,
aquí lo habrás de ver. Y de esta historia
tan larga de contar, esto es, sin duda,
la noticia más grata en tus oídos.

CORO

Señora, ahora sí que sin recelo
te puedes alegrar por lo que miras
y por las buenas nuevas que te anuncian.

DEYANIRA

¿Cómo no había de alegrarme, ¡claro!
y con toda razón, al saber cierta
esta buena fortuna de mi esposo?
A par con ella ha de correr mi dicha...

Se detiene, y no puede evitar un cambio de tono.

Con todo, quien prudente ve las cosas
siempre halla qué temer por el que triunfa,
no vaya a tropezar... Lo cierto, amigas,
es que yo el corazón siento invadido,
al ver a estas cautivas, de honda lástima,
desventuradas, en extraña tierra,
ya sin casa y sin padres, las que, acaso
hijas de padres libres, van ahora
a empezar a vivir vida de esclavas...
¡Oh Zeus, que riges las batallas, nunca
te vea yo caer sobre mis hijos
con visita como ésta, y, si has de hacerlo,
al menos que no sea mientras vivo!
Tal es el miedo que me embarga al verlas...

Se fija largamente en una de las cautivas, que resultará luego ser Yola.

¡Ay, pobre niña! tú entre todas, dime,
¿quién eres? ¿madre, o virgen todavía?
...por toda tu apariencia, aún ajena
a todo aquello... mas, sin duda, noble.

Viendo que no contesta, interpela al mensajero.

Licas, ¿de quién es hija? ¿quién su madre,
y quién el padre que le dio la vida?
Di, que al mirarla, mayor pena siento
por ella, cuanto es ella quien parece
la única en vivir su suerte amarga.

LICAS

Yo ¿qué puedo saber? Esa pregunta
¿por qué hacérmela a mí? Será ¿quién sabe?
hija de alguien de allá, de los pudientes.

DEYANIRA

¿No lo será del rey? ¿No tuvo Eurito
alguna hija?

LICAS

Nada sé, no anduve
allá en muchas preguntas.

DEYANIRA

Mas su nombre
¿no has oído de boca de las otras?

LICAS

No, no... yo sin chistar hice mi oficio.

DEYANIRA

Con toda bondad a la cautiva:

Dímelo, pues, tú misma, pobrecilla,
dímelo a mí, que es cosa que me angustia
no acertar a saber ni quién tú eres...

Espera en vano una respuesta e interviene el heraldo.

LICAS

A fe que, si llegase a abrir los labios,
no fuera la mujer que hasta esta hora
ha sido en la jornada... En toda ella
ni una palabra habló, chica ni grande.
Caminaba abrumada bajo el peso
de su desgracia íntima, afligida,
toda deshecha en llanto, desde el punto
en que salió de sus ventosa patria.
Sí pues... triste es su estado, y tal que pide
que se la excuse y considere...

DEYANIRA

Bueno,
que se la deje en paz, y que ella misma,
como mejor le guste, entre en la casa.

Y no vaya a sufrir de parte mía
nuevo dolor sobre el que tiene a solas:
bástale con el suyo. Y vamos todos
adentro, porque salgas sin demora
adonde has de volver, y por mi parte
ponga las cosas de la casa en orden.

Licas, seguido de las cautivas se dirige hacia la casa; pero cuando iba a entrar en pos de él Deyanira, la detiene el anciano, que durante toda la escena anterior, ha estado escuchando y observando desde un rincón.

MENSAJERO

Pero antes, un momento, a que te explique
a solas, quiénes son las que en tu casa
haces entrar así, y a que me escuches
lo que debes saber y no te dicen,
pues yo lo sé perfectamente todo.

DEYANIRA

¿Qué hay? ¿por qué me detienes que no pase?

MENSAJERO

Espérame y atiende; que no en vano
fue lo que antes oíste, ni tampoco
lo será lo que escuches, me parece.

DEYANIRA

¿Llamo otra vez a las que entraron dentro,
o hablar quieres a mí y a estas amigas?

MENSAJERO

Contigo y ellas no hay problema; esotras
déjalas donde están.

DEYANIRA

Bien pues, se han ido;
di lo que has de decir.

MENSAJERO

Digo que ese hombre
en cuanto ha referido no te ha dicho
una palabra de verdad: mentiras
ha sido lo de aquí, o fue lo de antes.

DEYANIRA

¿Qué dices? cuanto sabes dilo claro,
que lo que acabas de apuntar no entiendo.

MENSAJERO

A ese hombre yo le oí, y han sido muchos
los testigos presentes, que esa joven
fue la única razón para que Heracles
desbaratara a Eurito y a su Ecalia,
la de las altas torres; y que es Eros,
único entre los dioses, quien le indujo
a armar esta campaña, y no los Lidios,
ni lo que tuvo que penar con Ónfala,
ni el despeño de Ífito, monsergas
con que él disfraza lo que es obra de Eros.
Sino que cuando Heracles vio que inútil
era su empeño por lograr que el padre
se la diese de oculta concubina,
buscó cualquier pretexto, y sin más causa
hizo guerra a la patria de esa joven,
donde era rey, como dijo ése, Eurito.
Y es lo cierto que a Eurito, padre de ella,
dio muerte Heracles, saqueó la villa;
y a la hija, señora, ése ha venido
—ya te puedes dar cuenta— no trayéndola
sólo así como así... ni por esclava...
¡no te imagines eso!, ni es creíble
dado el fuego de amor en que arde vivo.
Yo juzgué deber mío, ama y señora,
comunicarte cuanto oí de ese hombre;
y muchos son los que se lo han oído
igual que yo en el ágora de Traquis:
fácil es comprobarlo. Si mis dichos
no son para alegrarte, yo lo siento,
pero te he dicho la verdad entera.

DEYANIRA, *desconcertada*

¡Ay sin ventura! ¿dónde estoy? ¿qué me hago?
¡Qué fuente de dolor la que he metido
en casa sin saber!... ¡ay desdichada!
¿Podrá ser ella una mujer sin nombre
como me lo juraba el que la trajo?

MENSAJERO

¿Sin nombre? - ¡Ilustre en nombre y en belleza!
por nacimiento hija del propio Eurito...
y la llamaban Yola... ¡Y ése, nada,
nada sabía del linaje de ella,
ni nada había preguntado nunca...!

CORO

¡Malditos, si no todos los malvados,
al menos quienes gastan tal perfidia!

DEYANIRA

¿Qué hacer, amigas? que ante nuevas tales
abrumada me encuentro y sin consejo...

CORIFEO

Entra, y al mismo Licas averígualo:
sí... tal vez, si le aprietas, te responda.

DEYANIRA

Pues allá voy; acierto es lo que dices.

MENSAJERO

¿Y yo? ¿quedo esperando? ¿o qué es lo que hago?

DEYANIRA

Espera, que él ya asoma, sin aviso
de parte mía; por sí mismo sale.

Se presenta Licas, dispuesto a emprender el viaje de regreso.

LICAS

Señora, ya me voy. ¿Algún recado
quieres que lleve a Heracles? Dilo luego,
pues, como puedes ver, estoy de marcha.

DEYANIRA, *con forzada serenidad*

Vaya... cuando al venir tardaste tanto,
para marcharte ahora, ¿tanta prisa,
sin más conversación...?

LICAS

Bueno, si quieres
preguntar algo, estoy aquí, pregunta.

DEYANIRA

¿Y la verdad has de decir sin falla?

LICAS

Sí, Zeus sea testigo, en cuanto sepa.

DEYANIRA

¿Quién es, pues, la mujer que acá trajiste?

LICAS

Sé que es de Eubea; hija de quién, lo ignoro.

En este momento interviene bruscamente el anciano que había venido de mensajero.

MENSAJERO

Oye, ¿a quién creerás tú que estás hablando?

LICAS

¿Y para preguntarme, tú quién eres?

MENSAJERO

Si me entendiste, atrévete y responde.

LICAS

A la real Deyanira, hija de Eneo,
a la esposa de Heracles, si mis ojos
no me están engañando; a mi señora.

MENSAJERO

Eso mismo quería de tus labios
oír yo. ¿Con que dices que es tu ama?

LICAS

Es mi deber.

MENSAJERO

Entonces ¿qué castigo
estás dispuesto a padecer, si se halla
que estás faltando a ese deber?

LICAS

¿Yo? ¿cómo?
¿qué enredo estás armando?

MENSAJERO

Yo, ninguno.
Para enredos, los tuyos, y qué enredos...

LICAS, *sintiéndose molesto*

He sido un necio en escucharte tanto.
Me voy.

MENSAJERO

Pues no te vas, sin hablar antes.

LICAS

Bueno, gran hablador... di qué deseas.

MENSAJERO

Esa cautiva que metiste en casa,
¿me entiendes?

LICAS

Sí, te entiendo, ¿qué preguntas?

MENSAJERO

Esa que ahora miras cual si nunca
la hubieras visto, a ver, cuando llegaste,
¿no decías que es Yola, hija de Eurito?

LICAS

¿Ante quién lo habré dicho? A ver, ¿de dónde
podrá nadie salir que testifique
que me lo oyó decir?

MENSAJERO

¿Que quiénes? ¡Muchos!
Toda una multitud en plena plaza
de Traquis te lo oyó.

LICAS

Decir que oyeron...
Sí, dirán eso... pero no es lo mismo
figurarse una cosa y demostrarla.

MENSAJERO

¡Qué figurarse!... ¿No dijiste claro,
con juramento, que traías a ésa
por esposa de Heracles?...

LICAS

¿Yo? ¿qué esposa?

Volviéndose patéticamente a Deyanira.

¡Ama querida, por los dioses, dime,
quién puede ser este extranjero!

MENSAJERO

Uno
que estuvo allí presente y de tus labios

oyó que la ciudad fue saqueada
por el ansia que él tuvo de esa joven,
y no por nada de esa mujer lidia,
sino por este amor desenfrenado.

LICAS, *sin atinar qué responder*

Vea, señora, que se vaya ese hombre;
desvaría, y no es cuerdo estarle oyendo...

DEYANIRA, *con arranque patético, súbitamente suavizado.*

¡No, por Zeus, por el dios que en las alturas
del Eta desparrama sus relámpagos,
la verdad no me ocultes! - que tu historia
no la dirás a una mujer violenta,
o que no sepa lo que son los hombres...
incapaces de amar siempre a una misma...
Con el amor trabarse mano a mano
y afrontarle cual púgil, no es cordura;
él manda aun en los dioses como quiere...
y en mí también... ¿y por qué no en las otras
que iguales son a mí?... Bien loca fuera,
si me irritara yo, por verlos víctimas
de este mal a mi esposo o a esta joven,
partícipe con él en lo que juzgo
que ni en ella es baldón ni en mí perjuicio...
Mas no habrá tal. Si lo que estás mintiendo
es enseñado de él, aquí repites
una mala lección; si tu maestro
fuiste tú mismo, mira que, pensando
hacer un bien, has perpetrado un crimen.
Anda, di la verdad, y dila entera.
Que es infamia mortal que a un hombre libre
le digan mentiroso. Ni ya puedes
ocultarlo con nada, pues a muchos
lo has dicho tú, y habrán de descubrírmelo.
Y si es que tienes miedo, es infundado:
no averiguar las cosas, eso fuera
molestia para mí; pero enterarme
¿qué tiene de terrible? ¿no ha tomado
Heracles más mujeres que otro alguno?
¿y cuál de ellas ha oído de mi boca
una palabra dura, una invectiva?
Ni la habrá de oír ésta, aunque estuviese
derretida en amor. Sólo con verla

sentí por ella compasión vivísima,
pues halló su desgracia en su hermosura,
y hundió a su patria sin quererlo en ruinas
y torpe esclavitud, la desdichada.
Pero rueden las cosas como quiera...
a ti te digo: si con otros mientes,
conmigo no.

CORO

Sigue tan buen consejo.
No ha de pesarte de ello, te aseguro,
y sabré yo con ella agradecerte.

LICAS

Bien, señora querida, pues que sabes,
como mujer mortal, ver comprensiva
flaquezas de mortales, toda entera
te diré la verdad sin callar nada.
Todo es como éste dijo: que en Heracles
prendió tan fiero amor por esta niña,
que su alma traspasó. Por ella Ecalia,
su triste patria, ha sido entrada a saco.
Todo esto (a su descargo he de decirlo)
ni me mandó ocultarlo, ni lo niega.
Yo fui, quien por temor de lastimarte
con esta historia el corazón, señora,
en esto erré, si por error lo juzgas.
Pero una vez que lo has oído todo,
por bien de él, y no menos por bien tuyo,
aguanta a esa mujer, y lo que de ella
antes dijiste, ten a bien cumplirlo,
porque, en verdad, el que vencía a todos
en este amor se ve en total derrota.

DEYANIRA

Lo mismo pienso yo, y así lo hagamos.
¿A qué más cuitas en inútil lucha
contra los dioses? Pero a casa entremos:
te daré mis recados y presentes
que a los que me trajiste correspondan;
tú se los llevas, pues volver no debe
vacío quien llegó con tal cortejo.

El mensajero, en quien nadie piensa ya, se retira a la ciudad; Deyanira y Licas entran en la casa. Solo en la escena queda el Coro y canta el

PRIMER ESTÁSIMO

¡Con qué fuerza divina
siempre conquista triunfos la Ciprina!
No hablaré de los dioses que ha postrado...
cómo a Zeus ha burlado,
y al Hades que no yerra
—tenebroso raptor de Proserpina—,
o a Posidón que hace temblar la tierra...

Pero cuando ésta fue la prometida,
¿quiénes fueron los épicos rivales
que a la arena bajaron por sus bodas?
¿quiénes en lucha, con sus furias todas,
entre el polvo homicida,
se jugaron la vida
con mil golpes mortales?

Era el primero un poderoso río,
toro de cuatro patas y altos cuernos,
Aqueloo, caudal de los Eníadas.
El segundo llegaba al desafío
de la báquica Tebas, y blandeaba
en ataques alternos
arco encorvado, jabalina y clava:
era un hijo de Zeus. Los dos a una
lanzáronse a la liza
a tentar su fortuna:
amor los tiraniza.
Y en medio a solas la Ciprina diosa
juzga el encuentro por la ansiada esposa.

Entonces fue el estruendo
de los puños y el arco y las cornadas,
los esguinces, las rudas testaradas
y el jadear horrendo

de ambos en plena lid. Así de fiera
como la cuento, fue. Y ella, hechicera
en la altura vecina,
belleza lastimosa,
premio del vencedor, aguarda ansiosa
a cuál da la corona la Ciprina.
De pronto, de su madre es arrancada...
se va, cual ternerilla abandonada...

EPISODIO SEGUNDO

Sale de la casa Deyanira, visiblemente inquieta.

DEYANIRA

Mientras que por la casa nuestro huésped
despidiéndose está de las cautivas,
a ocultas, acá fuera me he venido,
queridas, por deciros lo que acaban
de preparar mis manos, y buscando
quien comparta conmigo mi amargura.
Porque no... no es doncella, sino esposa
la que he metido en casa, así lo creo,
ruina de mi quietud, como la carga
que a un maestre encomiendan, y que le hunde.
Dos en un lecho y para el mismo abrazo...
ése es el premio que a mi amor envía,
por cuidarle su hogar tan largo tiempo,
el que llaman el bueno, el fiel Heracles...
Con él no sé enojarme: tantas veces
le he visto enfermo de este mal... Pero eso
de tener yo que convivir con ella...
dar a ella parte en el connubio propio...
¿qué mujer es capaz de tolerarlo?
Veo su juventud; es flor que se abre;
veo la mía: es flor que se marchita...
y los ojos se van tras la más fresca,
a la otra con el pie se la rechaza...
Mi temor con Heracles es que siga
de nombre esposo mío, y en los hechos
marido venga a ser de la más joven.
Pero, como ya dije, no es decente
que una mujer sensata monte en cólera.
Mas un mal libra de otro... y el que tengo

para este caso, oídmelo, queridas.
Un regalo hace tiempos he guardado,
en vasija de bronce bien oculto,
don de un centauro, esos antiguos monstruos.
Pequeña aún, lo recibí de Neso,
el de velludo pecho, en su agonía.
El río Eveno de profundo cauce
solía, por un tanto, a los viajeros
hacer cruzar, llevándolos en brazos,
sin valerse de remos ni de velas.
A mí, cuando mandada por mi padre,
por vez primera me iba, ya de esposa,
con Heracles, llevábame en sus hombros;
y a medio río, las lascivas manos
quiso poner en mí. Lancé yo un grito.
Vuelto Heracles al punto, disparole
un dardo volador, que entró silbando
por el pecho al pulmón. Ya moribundo
díjome el monstruo: Hija del viejo Eneo,
algo te ha de valer, si es que me oyes,
el que tú seas mi viajera última.
Si en tus manos recoges sangre mía,
de la que se coagula en mi honda llaga,
donde la Hidra de Lerna ha emponzoñado
la flecha con su hiel, esto ha de serte
filtro de amor que te asegure a Heracles,
con que no haya mujer que él te prefiera.
Esto de pronto recordé, queridas,
ya que, muerto él, su sangre yo guardaba
bien a salvo en la casa; y una túnica
he teñido con ella, ejecutándolo
todo como él me lo indicara en vida.
Esto es ya cosa hecha. Pero audacias
que puedan ser malignas, no quisiera
ni saber ni aprender. Odio me inspiran
las que a tal se dedican. Otra cosa
son filtros y conjuros contra Heracles,
con que deshechizarle de esa joven.
Ésos listos están. Si no es acaso
que os parezca arriesgado, porque entonces
allí lo dejo todo.

CORO

Si es que piensas
que garantía ofrecen estas trazas,
malas no creo sean.

DEYANIRA

Garantía...
no hay sino que parece bueno el filtro;
pero pruebas no he hecho.

CORO

Habrá que hacerlas;
pues nunca lo sabrás por conjeturas
sin hacer la experiencia.

DEYANIRA

Pues bien pronto
lo habremos de saber. Ya veo a ése
en la puerta y a punto de partirse.
Mas ¡cuidado!, una cosa: que yo cuente
con el secreto vuestro. Cuando a ocultas
se hacen las cosas, aunque torpes sean,
no hay temor de caer en la deshonra.

Se presenta Licas, de partida.

LICAS

Lo que deba yo hacer, hija de Eneo,
dímelo ya, que mucho estoy tardando.

DEYANIRA

Eso mismo te tengo ya dispuesto,
Licas, mientras adentro te explayabas
con esas chicas. Esta hermosa túnica
vas a llevar a mi marido, toda
tejida de mi mano, obsequio mío.
Mas cuando se la muestres, hazle acuerdo
de que, antes que él, no se la vista nadie;
tampoco debe darle luz alguna
ni del sol, ni de fuego en el recinto
sagrado o el hogar, hasta que en medio
del pueblo se presente engalanado
ante los dioses, y de pie presida
el sacrificio augusto de los toros.
Y lleva esta señal: él la conoce,
y ha de acatar el cerco de su sello.
Ve, pues, y de la norma no te olvides

del buen heraldo, que jamás se mete
en lo que no le toca; y haz de modo
que el agradecimiento que él te tenga
y el que te tendré yo, doblen tu premio.

LICAS

Como buen mensajero que fielmente
cumple el oficio de Hermes, su patrono,
no he de fallarte en entregar a Heracles
tal cual está este cofre, y abonándolo
con las bellas palabras que me has dicho.

DEYANIRA

Ya puedes ir. Has visto cómo en casa
quedan todas las cosas.

LICAS

Sí, señora,
y diré que lo he visto todo en orden.

DEYANIRA

También pudiste ver con qué acogida
entró en la casa la extranjera y cómo
la recibí benévola y serena.

LICAS

Como que al verlo me quedé pasmado,
gozoso...

DEYANIRA

Bien... ¿qué más puedes decirle?...
Tengo el recelo que tal vez convenga,
si le hablas de mis ansias y mi afecto,
esperar a saber el que él me tiene...

Vuelve ella a entrar en casa y Licas se va. Queda el Coro solo en la escena y canta el

SEGUNDO ESTÁSIMO

CORO

Los que moráis al lado del manantial ardiente
entre el puerto y las peñas y los altos del Eta,
o junto al golfo melio por la playa secreta
consagrada a la Virgen de la aljaba fulgente,
en las nobles Termópilas, donde sus reuniones
junta la augusta Liga de los Anfictiones,
pronto oiréis que la flauta para vosotros lanza,
no sones estridentes en que el dolor suspira,
sino acentos tan dulces como los de la lira
cuando para los dioses acompaña la danza:
pues, cargado de lauros que su victoria estrena,
a casa vuelve el hijo del gran Zeus y de Alcmena.

Tristemente perdido para su patria, errante
por el mar, doce meses fue nuestra espera ansiosa,
en que de él no supimos. El llanto de su esposa
lento la consumía con pena delirante.
Y es el dios de la guerra, con furia que intimida,
quien suelta la cadena de tan penosa vida.
¡Que llegue, sí, que llegue! Su multirreme nave
no se detenga un punto, la isla ya dejando
donde la fama dice que está sacrificando,
y su feliz carrera en nuestro puerto acabe.
Y venga él todo ungido de su amor primerizo
—amaños del Centauro que ella trocó en hechizo—.

Vuelve Deyanira a salir de la casa.

EPISODIO TERCERO

DEYANIRA

¡Ay hijas, qué temor el que me embarga
de haberme propasado en cuanto hice!...

CORO

¿Qué pasa, Deyanira, hija de Eneo?

DEYANIRA

No sé... pero de espanto me desmayo
si aparece que un mal sin compostura
causó lo que juzgué dulce esperanza.

CORO

¿No hablas de tu regalo para Heracles?...

DEYANIRA

Del mismo; y tanto que ya a nadie nunca
exhortaré a lanzarse a ningún riesgo
sin tener muy previsto el resultado.

CORO

Mas dinos, si se puede, qué te angustia.

DEYANIRA

Lo que ha pasado es tal que, si lo cuento,
os habrá de admirar por increíble.
El albo copo de lanuda oveja
con que acababa de teñir la túnica
de la gran ceremonia, ése, de pronto
se ha reducido a nada, sin que nadie
lo haya tocado en casa... consumido,
pulverizado, hecho por sí ceniza,
caído de la piedra en que lo puse.
Mas tengo que contarlo más despacio
porque lo sepáis todo cómo ha sido.
De cuanto me enseñara aquella fiera,
el Centauro, en su rápida agonía
con la flecha cruel clavada al pecho,
nada eché yo al olvido; lo guardaba
firme, indeleble y como escrito en bronce.
Esto es lo que me dijo, y esto he hecho:
tener aquel veneno resguardado
del fuego, de la luz y los calores
en algún sitio oculto hasta el momento
de untarlo y aplicarlo sobre alguno.
Y eso había cumplido. Mas ahora,
al tiempo ya de obrar, hice la untura
a escondidas en casa, en una cámara,
con la blanda vedija que a una oveja

de casa cercené. Recogí luego
mi regalo, doblándolo y cuidando
que no le diese el sol, en una arqueta
como pudisteis ver. Al volver dentro,
me hallo con un prodigio inexplicable,
algo que nadie nunca imaginara.
Porque el copo de lana de la oveja
con que hice yo la untura, casualmente
había echado al sol, donde más vivo
rebrillaba su ardor. Al calentarse,
se fue desvaneciendo, y en el suelo
quedó desmoronado y hecho polvo,
en todo igual al aserrín que cae
de una sierra en el corte de un madero.
Tirado allí quedó, mas en el sitio
donde había caído, burbujeante
hervía espuma, como cuando en tierra
riegan espeso mosto de unas uvas
que han madurado en el majuelo báquico.
De modo que no atino, desdichada,
a qué acuerdo acogerme. Sólo veo
que una imprudencia atroz he cometido.
Porque ¿a cuenta de qué, sí, o en retorno
de qué favor había de mostrarme
cariño a mí la fiera moribunda,
a mí que era la causa de su muerte?
No pudo ser. Estábame adulando
para matar al que le había herido.
Y esto vengo a entender tarde, muy tarde,
cuando es inútil ya. Yo, sí, yo sola,
si en mis cuentas no yerro, yo infelice,
voy a ser quien le mate. Ya conozco
la flecha aquella de mortal herida:
si aun a Quirón mató, siendo divino,
y a cualquier bestia mata con rozarla...
Y dado que el veneno de esa sangre
negro brotó del pecho del Centauro,
¿cómo no ha de matar también a Heracles?
Así creo será. Mas categórica
es mi resolución: si algo le pasa,
yo, por el mismo caso, también muero:
pues vivir infamada no lo sufre
quien se precia de verse bien nacida...

CORO

Sí, forzoso es temer tremendos daños,
pero no renunciar a la esperanza
antes de ver qué pasa...

DEYANIRA

¿Qué esperanza
puede quedar, que preste algún aliento,
cuando lo hecho resulta una locura?

CORO

Mas cuando ha sido el yerro involuntario,
se ablandan los enojos, y contigo
así debiera ser.

DEYANIRA

Ése es lenguaje
de quien no tiene parte en lo mal hecho
y nada teme por su propia cuenta...

CORO

Mejor será no añadir más, si a tu hijo
no quieres decir algo... Está llegando
el que fue por noticias de su padre.

Entra Hilo precipitadamente.

HILO, *en tono bronco y resentido*

¡Madre! una de tres cosas yo escogiera:
o hallarte muerta, o, viva aún, que fueses
madre de cualquier otro, o que cambiaras
tu corazón por otro menos malo...

DEYANIRA

¡Hijo! ¿qué hay para hablarme con tal odio?

HILO

Hay, sábelo, que en este día has muerto
a tu esposo, a mi padre...

DEYANIRA

¡Ay qué palabra,
hijo, oh desdicha mía, has pronunciado!...

HILO

La que no podrá menos de cumplirse:
¿quién puede deshacer lo que está hecho?...

DEYANIRA

¡No, hijo, no! ¿de quién te has informado
para achacarme a mí tan negro crimen?

HILO

La espantosa desgracia de mi padre
con mis ojos la vi, no me la han dicho.

DEYANIRA

¿Estabas, pues, con él? ¿dónde le hallaste?

HILO

Si tienes que saberlo, será fuerza
que lo cuente yo todo. Ya saqueada
la gran ciudad de Eurito, se venía,
con las primicias del triunfo, Heracles
cargado de trofeos. En Eubea
hay un peñón que se entra mar adentro,
el Ceneo, y allí trazando estaba
un bosque y un altar a Zeus su padre.
Allí fue donde al fin mirarle pude
feliz al ver cumplidos mis anhelos.
A punto estaba de empezar la ofrenda
de un sacrificio de copiosas víctimas,
cuando se presentó su propio heraldo,
Licas, que le traía de la casa
tu regalo, la túnica mortífera.
Se la vistió, conforme a tu pedido,
e inmoló doce toros sin mancilla,
primicias del botín; pero eran ciento,
entre reses pequeñas y mayores,
las que llevó al altar. Y el desdichado
hizo al principio su oración sereno,
todo él ufano por la veste espléndida.

Mas en cuanto del rico sacrificio
subió la llama, que a la par nutrían
la sangre y la resina, fue brotándole
sudor de todo el cuerpo. Se le pega
la túnica a los flancos, ajustada
cual lo fuera por mano de un artista;
y le empieza un dolor como mordiscos
que van descoyuntándole los huesos;
y al fin aquel veneno, cual de víbora
torva y cruel, las carnes le carcome.
Bramidos da contra el cuitado Licas,
sin culpa alguna en ese crimen tuyo,
y le pregunta con qué fin malvado
le trajera esa túnica. Y el triste,
que no sabía nada, le responde
que era regalo tuyo, que tú misma
así, tal cual, le habías encargado.
Y él, como en ese instante en los pulmones
sintió un espasmo de dolor terrible,
le agarra por el pie, sobre el tobillo,
y en un peñón lo estrella, que emergía
espumoso del mar. Blancos los sesos
hizo saltar, entre el cabello, el cráneo
roto y bañado en sangre. El pueblo en masa
lanza un grito de horror, viendo frenético
al uno, y muerto al otro. Y nadie osaba
ponérsele delante, pues en tierra
se tiraba y saltaba por los aires
con gritos y alaridos que arrancaban
ecos de los peñones, de las cumbres
de Locris y los cabos de la Eubea.
Cuando no pudo más el sin ventura,
tras tantos golpes contra el suelo y tantos
alaridos y quejas, maldiciendo
esas bodas fatales que contigo,
miserable, contrajo, por acuerdo
con Eneo, tu padre, negras bodas
que resultaron ruina de su vida,
entonces, revolviendo en la humareda
los extraviados ojos, me descubre
bañado en llanto en medio del gentío.
Se fija, me reclama, "Hijo, me dice,
ven acá, no me dejes en mis males,
aunque tuvieses que arrostrar la muerte
con tu padre que muere... Álzame, sácame
adonde nadie pueda verme... ¡Pronto!

¡sí, lo más pronto! Y si el dolor te impide,
hazme cruzar al menos el estrecho...
¡Morir, pero no aquí!" Sólo esto quiso.
Y nosotros, tendido en una lancha,
acá lo hemos traído a duras penas
entre gritos y horribles convulsiones.
Pronto ya podréis verle, tal vez vivo,
o tal vez recién muerto. Madre mía,
éste es el crimen de que consta cierto
que lo urdiste y actuaste por ti sola
contra mi padre. Que te tomen cuentas
la Justicia y las Furias vengadoras.
Si implorarlo me es lícito, lo imploro.
Y lo es, pues eres tú quien lo haces lícito,
con haber dado muerte a un hombre excelso,
a un hombre sin igual sobre la tierra
y cual no lo has de ver nunca en la vida.

Sin responder palabra, sin alzar siquiera a ver a su hijo, se entra Deyanira dentro de las habitaciones.

CORO, *como queriendo detenerla*

¿Por qué te vas sin contestar palabra?
Callar ¿no es dar razón al que te acusa?

HILO

¡Dejadla que se vaya! ¡que los vientos
se la lleven muy lejos de mis ojos!
¿Por qué guardara yo respetos vanos
para el nombre de madre, cuando en nada
se ha mostrado ella madre? ¡Adiós! Ya puede
partirse enhoramala, y ¡que le vengan
los mismos gustos que a mi padre ha dado!

Se va Hilo al encuentro de Heracles.

ESTÁSIMO TERCERO

CORO

Ved, compañeras, cuán de pronto llega
el plazo de la antigua profecía:
dijo que doce veces pasaría
la arada con la siega,

y que el hijo de Zeus el fin vería
de sus luengos afanes. A buen puerto
va llegando el oráculo; pues, cierto,
quien ya no ve la luz, tampoco aguanta
el duro peso de miseria tanta.

Y si en nube de sangre ya le cerca
el tósigo alevoso del centauro,
y sus costados punza, aguda y terca,
esa ponzoña atroz, hija de muerte
que una serpiente centelleante cría,
¿cómo esperar que vea un solo día
a más del de hoy, si inerte
lo tiene ya en sus garras la hidra fiera,
y en torbellinos de dolor, avieso,
con aguijón de fuego le exaspera
el de la negra crin, el torvo Neso?

Nada de esto previó la infortunada,
que, cuando vio embestida su morada
por la amenaza de esa esposa nueva,
quiso poner remedio, y no sabía
las fatales resultas a que lleva
un consejo de negra alevosía.
Y por ellas ahora
desesperada llora
tierno rocío de continuo llanto.
Y el destino entretanto
descubre el dolo y su obra destructora,
prenuncio de desgracia abrumadora.

También mi llanto estalla: que hoy superan
males a mi señor, más sanguinarios
que jamás le infligieran
sus más crudos contrarios...
¡Ay negro acero de esa lanza invicta!
¿por qué —ciega vindicta—
trajiste, en triunfadora represalia,
a esa doncella de su abrupta Ecalia?
Mas ya está claro ahora...
la trama sin trabajo se adivina:...
¡Todo ha llevado a cabo la Ciprina,
de sus planes callada ejecutora!

EPISODIO CUARTO

SEMICORO PRIMERO

¿Es alucinación? ¿qué es lo que escucho?
voz de dolor de la morada se alza...
¿qué habrá?...

SEMICORO SEGUNDO

No es ruido vago... claro suena
adentro el alarido de un lamento...
Algo nuevo en la casa está pasando...

CORO

Mas mira cuán extraña y con qué ceño
se viene hacia nosotras esa anciana
como con algo que anunciarnos...

Sale la nodriza de la casa.

NODRIZA

¡Hijas!
¡de qué desgracia tan atroz ha sido
causante ese regalo para Heracles!

CORO

¿Algún nuevo desastre? Anciana, explica...

NODRIZA

Deyanira se fue... para el postrero
de todos sus caminos, sin moverse...

CORO

¡No querrás decir muerta!...

NODRIZA

Ya lo he dicho.

CORO

¿Muerta, pues, la infeliz? ¿muerta?

NODRIZA

Lo escuchas
ya por segunda vez.

CORO

¡Desventurada!
¡juguete de la suerte! Pero dinos
¿de qué modo murió?

NODRIZA

Del más horrible,
del más ciego y cruel...

CORO

¿Mas con qué sino,
anciana, fue a topar?

NODRIZA

Desaparece
ella por propia mano.

CORO

¿Con qué furias?
¿qué ciego frenesí la ha arrebatado
al golpe de arma infanda? ¿Y ella sola
cómo sumó su muerte a la otra muerte?

NODRIZA

Al golpe de la espada lastimera.

CORO

¿Y tal horror lo viste tú, cuitada?

NODRIZA

Lo vi. Cercana a ella... junto estuve.

CORO

¿Qué hizo, pues? ¿cómo fue? cuéntalo todo.

NODRIZA

Todo por propia mano lo hizo ella.

CORO

¡Qué dices!

NODRIZA

Lo que fue... tal como ha sido.

CORO

¡Ha dado a luz a una espantosa Furia,
ha dado a luz en esta casa ¡ay triste!
esa doncella acá recién traída!

NODRIZA

¡Verdad, más que verdad! Y si a su lado
hubieras asistido al hecho horrible,
más hondo fuera tu dolor...

CORO

¿Y pudo
ser mano de mujer la que tal hizo?

NODRIZA

Y con fiereza... En cuanto sepas todo,
podrás decirme si razón no tengo.
Cuando entró sola en casa y vio que el hijo
en el patio arreglaba una litera
blandamente tendida, con que irse
a encontrar a su padre, ella escondiéndose
donde nadie la viese, derribada
ante el altar, clamaba entre sollozos
que por siempre quedaba ya sin culto...
Y cada objeto que tocaba, de esos
que antes usaba la infeliz, motivo
era para su llanto..., y dando vueltas
de un lado para otro por los cuartos,
en cuanto divisaba uno cualquiera
de su fiel servidumbre, en nuevos llantos
rompía lamentando su desdicha,
y el sino del hogar que en adelante
quedaría sin hijos...

Al fin calla,
y veo que se lanza de repente
hacia el cuarto de Heracles. Yo la espío
sin perder, encubriéndome en la sombra,
un movimiento suyo. Sobre el lecho
la miro cómo tiende cobertores,
y cómo luego a él se precipita,
se sienta en la mitad, y derramando
ríos de ardientes lágrimas, exclama:
"Oh lecho mío, oh cuarto de mis bodas,
adiós, adiós... No habréis de ver ya nunca
que descanse mi cuerpo en este tálamo".
No dijo más. De un movimiento brusco
se suelta el peplo, donde el broche de oro
ante los pechos lo cerraba, y deja
descubiertos el brazo y lado izquierdos.
Corrí yo entonces cuanto pude: al hijo
quise avisar lo que intentaba ella.
Mas en lo que tardó la ida y venida,
ya al corazón por el costado abierto
penetraba la espada de dos filos.
Un alarido lanzó el hijo al verla:
comprendió el infeliz que, con su enojo,
él la había impulsado a esa locura.
Alguien en casa le enteró, ya tarde,
que fue todo cuanto hizo sin malicia,
los consejos siguiendo del Centauro.
Y allí se está el muchacho inconsolable,
en un llanto sin fin, entre sollozos
cubriéndola de besos, recostándose
pegado a ella, y confesando a gritos
que la había acusado locamente
de tan infando crimen, y clamando
que, privado a la vez de padre y madre,
ya es sólo un triste huérfano en la vida.
Así queda esta casa... Vano y loco
quien se promete el día de mañana
o alguno más tras él. Pues no hay mañana
si el día de hoy no acaba sin desastre.

ESTÁSIMO CUARTO

Durante la última estrofa llega el cortejo que trae a Heracles moribundo.

CORO

¿Qué lamentar primero?
Cuál es más lastimero
de estos dos males, a decir no atino...
El uno aquí miramos,
el otro lo esperamos:
sufrir o ver venir el dolor, igual sino.

¡Fiero huracán que arrasa
sople sobre esta casa,
y lejos de esta tierra me despida,
no muera de pavura
si en doliente figura
veo llegar de súbito al Cronida!...

Pues dicen que ya llega
en afanosa brega
con tormentos sin pausa ni reposo,
que ya cercano avanza
y que no hay esperanza:
espectáculo horrendo y lastimoso...

Va llegando la comitiva.

Más de lo que pensaba
cerca, muy cerca estaba
lo que gemía, ruiseñor doliente...
y parece extranjera
la gente que atempera
el paso por traerle blandamente.

Cual por un ser amado
lento el ritmo, abrumado,
caminan sin hacer el menor ruido.
¡Ay, ay! lo traen mudo...
¿qué decir de él? Lo dudo:
¿vendrá ya muerto? ¿o estará dormido?

ÉXODO
o escenas finales

Hilo, que después de su lamentación sobre el cuerpo de su madre, ha salido precipitadamente con la litera al encuentro de su padre, viene al lado suyo sollozando. Un anciano. Acompañantes numerosos.

HILO

¡Ay de mí, padre mío!...
¡ay por ti!... ¡ay, me muero!...
¿qué puedo hacer? ¿adónde
me vuelvo por remedio?

ANCIANO

Calla, hijo. No despiertes
los dolores acerbos
que a tu padre enfurecen.
Vive, aunque casi muerto...
Calla, sella tus labios,
aunque hayas de morderlos.

HILO

¿Qué dices, viejo? ¿vive?

ANCIANO

¿Qué te avisé? ¡Silencio!
no despiertes ahora
al que es presa del sueño.
No remuevas el mal,
no irrites el acceso
que va y viene y le ronda
y le pone frenético...

HILO

¡Ay qué peso de angustia!
Es que más ya no puedo...
es que me vuelvo loco...
es que me desespero...

En este momento despierta Heracles en la litera en que le traen.

HERACLES

¡Oh Zeus! ¿entre qué gentes?
¿y a qué parajes llego,
presa de estas torturas
que se alargan sin término?...
¡Ay de mí, desdichado!
¡Ay! ¡me roe de nuevo!
¡Peste maldita! ¡ay!

ANCIANO, *a Hilo*

¿No te lo dije a tiempo?...
¡Para ti qué ganancia
era quedarte quieto,
y no espantar incauto
de sus ojos el sueño!

HILO

Es que no tengo cómo
aguantar, cuando veo
mal tan intolerable,
cuadro tan lastimero...

HERACLES

Oh roca del Ceneo en que se alzaron
mis altares espléndidos,
¡qué recompensa es ésta, qué retorno
el que recibo de ellos!
¡Ah, sea Zeus testigo de esta ruina,
de este destrozo horrendo!
Ojalá nunca os viera con mis ojos,
oh rocas del Ceneo,
pues no tuviera que mirarme presa
de estas furias de fuego,
de estas furias sin cura ni esperanza...
Pues ¿dónde el hechicero
que estos males ensalme? ¿dónde el mago
con destreza de médico?
¿Quién sino sólo Zeus para tal cura?

Fuera de él, ¡qué portento
sería, o qué quimera, ver a nadie
asomar a lo lejos!

Sintiendo un acceso repentino de recrudecimiento en sus dolores.

¡Ay! ¡ay! dejad, dejad al sin ventura,
dejadle... que a su término
va llegando su vida...
Ya lo siento...

Protestando contra quienes le cargan.

¡Dónde me estás tocando! ¿adónde quieres
volverme? Ya no puedo...
¡Me matas, sí, me matas!
¡ay, me muero!
¡Al dolor que dormía has despertado!
¡Ay espanto! ¡ay tormento!
¡de nuevo presa suya,
sí, de nuevo!

En un arranque de súbita exasperación.

¡Griegos degenerados, hombres viles!
¿de dónde sois? ¡que yo en servicio vuestro
me consumí, limpiando el mar, los bosques
de monstruos mil; y en la hora de mis duelos,
cuando muriendo estoy, no hay quien me alargue,
para abreviar mi mal, espada o fuego!

¡Ay! ¡ay! ¿qué pues? ¿y no habrá al fin quien venga
y de un golpe certero
corte a cercén esta cabeza odiada
y la arranque del cuerpo?

Queda exhausto

ANCIANO, *a Hilo*

Ya esto va resultando, hijo de Heracles,
superior a mi esfuerzo...
A ti te toca ahora,
ven, sostenlo.

Para atenderle han de sobrarte fuerzas
en tu filial empeño,
mientras aquí yo solo
desfallezco.

HILO

Sí, ya le estoy cargando, mas ni a mano
ni de otra forma encuentro
nada con que se alivie
su tormento,

nada que ponga olvido en sus dolores...
A su hijo, tan severo,
tan terrible destino
Zeus ha impuesto...

HERACLES

¡Hijo, hijo! ¿dónde estás? Ven, pues, levántame,
pero suave y ligero...
Sí, pon aquí la mano...
¡Ay, sino horrendo!

De nuevo, ay sí, de nuevo, incontenible
me asalta traicionero
el mal que me destroza
miembro a miembro.

¡Mira, Palas, oh Palas, cómo vuelve
a torturarme! Y tú, hijo mío, ¡un ruego!
Ten compasión del que te dio la vida,
desenvaina la espada, y bajo el cuello,
sin miedo de que nadie te critique,
clávasela, por único remedio
del mal con que le tiene enloquecido
tu madre impía. ¡Y ojalá el consuelo
tenga de verla en trance igual al mío
en los mismos dolores y tormentos!

¡Dulce hermano de Zeus, Hades, atiende
mi ruego lastimero!
Llévame a descansar: sólo eso pido,
un rápido morir, y sueño... sueño...

CORO

Amigas, me estremezco cuando escucho
la voz de nuestro príncipe: ¡que un hombre
como él, se vea en tan horrible prueba!

HERACLES

Yo que tantos trabajos, tantos riesgos,
tantos peligros reales he afrontado
con estos puños y estos hombros, nunca,
ni a manos de Hera, ni a las de ese monstruo
de Euristeo, sufrí nada que iguale
esto que encima me cargó traidora
la hija de Eneo: - esta maldita túnica,
tejida por las Furias, que me mata...
Pegada a mis costados me devora
las carnes hasta el hueso, y estrechándome
me sorbe hasta el aliento en los pulmones.
Toda mi sangre fresca me ha bebido,
el cuerpo todo ya me está pudriendo,
preso en esta lazada inexplicable.
Nunca lanza de nadie en las batallas,
ni los Gigantes, hijos de la tierra,
ni monstruo alguno, ni región alguna,
bárbara o griega, ni ninguna gente
de cuantas recorrí purificándolas,
nadie me hizo jamás lo que ha podido
hacerme una mujer. ¡Hembra, sin fuerzas
ni ademán de varón, ella, ella sola,
sin siquiera una espada, me ha vencido!
Hijo, muestra si lo eres con certeza,
y no honres más el título de madre.
Préndela por tus manos, y de casa
la sacas y la pones en las mías;
que pueda comprobar cuál más te duele,
si mi cuerpo en jirones o si el de ella
cuando lo deje yo cual se merece.
Anda, hijo, ten valor, y muestra en eso
que sí te apiadas, como tantos otros,
de mí a quien ves llorar como una niña,
cosa que no hay mortal que diga nunca
que me lo ha visto hacer, pues mis trabajos
siempre los arrostré sin un suspiro.
Y ahora, el que fui tal, me veo ¡ay triste!
convertido en mujer... Mas ven, acércate,
ponte a la vera de tu padre y mira
qué sino atroz me ha puesto en este estado...
Te mostraré mis llagas descubriéndolas.

Las va Heracles desnudando poco a poco.

Ea, miradlo todos, este cuerpo...
¡qué miseria! ¡qué vista tan doliente!
¿No es digno de piedad? ¡Horror! ¡qué angustia!
¡Ah! me abrasa de nuevo en un espasmo
que me penetra las entrañas todas,
y ni un punto de alivio quiere darme
esta plaga espantosa que me roe.
¡Hades, mi rey, recíbeme! ¡Relámpago
de Zeus, descarga en mí rauda centella!
¡Hiéreme! ¡que tu rayo me derribe,
padre, fulmina ya! Porque me muerde
mi mal de nuevo y arde embravecido;
su savia estalla en mí, se ha desbocado...
¡Oh manos, manos mías, pecho y hombros,
brazos queridos! ¡en qué estado ahora,
los que un día domasteis y rendísteis
al león de la umbría de Nemea,
espanto de boyeros, monstruo informe
al que ninguno osaba ver de frente,
y a la hidra de Lerna, y a la tropa
de fieras intratables y biformes,
hombres caballos, insolentes brutos
sin más ley que el orgullo y que la fuerza,
y al jabalí lunado de Erimanto,
y en el infierno al invencible perro
de tres cabezas que defiende el Hades,
cría espantable de la horrenda Equidna,
y en el confín del mundo al que custodia,
dragón temible, las manzanas de oro!
Mil aventuras más probé en la vida,
y de mí nadie nunca alzó trofeo;
y ahora, todo el cuerpo desgonzado,
hecho jirones, miserable presa
me siento de quien mata sin mostrarse,
yo que blasono de una madre ilustre
y de llamarme hijo del que reina
entre los astros, Zeus... Pero sabedlo,
aunque ya no soy nada, aunque ni un paso
puedo dar ya, con todo a la culpable,
tal como estoy, tengo de hacer pedazos.
Sólo espero que venga, y sabrá luego
para anunciarlo a todos, que, lo mismo
al morir como en vida, a los malvados
siempre supe dar yo su merecido.

CORO

¡Hélade sin ventura! ¡cuál tu duelo
si llegas a perder héroe tan grande!

HILO

Ya que con tu silencio al fin me dejas
hablarte, padre, aunque tu mal te agobie
escúchame, pues nada he de pedirte
sino lo justo. Entrégate a mi ruego
sin esa rabia atroz que te exaspera:
si no, nunca sabrás cuán infundadas
son tus ansias al par que tus rencores.

HERACLES

Habla luego y acaba. No me sufre
el dolor entender tantos enigmas.

HILO

Quiero hablar de mi madre, cómo queda
y cómo fue su error tan sin quererlo.

HERACLES

¡Villano! ¿y aun te atreves a nombrarla
donde lo escuche yo, a esa tu madre
que a tu padre ha matado?

HILO

Es que la cosa
es tal que no es posible que la oculte.

HERACLES

No, no se ha de ocultar su negro crimen.

HILO

Ni lo que hoy ha pasado. Eso tú mismo
lo reconocerás.

HERACLES

Habla, y cuidado
te dejen de mal hijo tus palabras.

HILO

Digo, pues, que está muerta, recién muerta...

HERACLES

¿Muerta por quién? Noticia extraña en boca
de agorero fatal...

HILO

Por propia mano,
no por extraño alguno.

HERACLES

Pues lo siento,
que, de morir, no fuese a manos mías
como fuera razón...

HILO

Tú mismo, acaso,
te ablandarías, de saberlo todo.

HERACLES

Extraño exordio... di ya claro.

HILO

En suma,
erró, queriendo hacer lo más laudable.

HERACLES

Lo más laudable... ¡vaya! asesinando
a tu padre... ¡perverso!

HILO

Cuando en casa
vio aquella nueva esposa, lo que quiso
fue recobrar tu amor con un conjuro,
y le falló...

HERACLES

Mas ¿quién? ¿quién es en Traquis
mago capaz de semejante hazaña?

HILO

Neso el Centauro la enseñó, hace tiempo,
tu cariño a inflamar con ese filtro.

Al oír Heracles el nombre de Neso cambia repentinamente de actitud.

HERACLES

¡Ah! ¡desdicha fatal! ¡Perdido! ¡muerto!
sí, por muerto me doy... De mi existencia
ya se apaga la luz. ¡Ay, ya comprendo
que el lance en que he caído es sin salida!
Ve, hijo, ve... ¡tu padre ya no existe!
vete a llamarme a todos tus hermanos
y a la infeliz Alcmena, en mala hora
desposada con Zeus, para que todos,
tales como los sé, graves oráculos,
escuchéis de mis labios moribundos.

HILO

Alcmena no está aquí: tiene su asiento
junto al mar en Tirinto; y de tus hijos,
a los que se llevó, ella los cría;
otros viven en Tebas. Los que estamos
aquí, si algo hay que hacer, lo cumpliremos.

HERACLES

Oye mi encargo, pues. Llegó la hora
en que muestres qué hombre es el que llaman
hijo mío... De antiguo por mi padre
anunciado me fue que moriría,
no a manos de hombre vivo, sino de uno
que, difunto, habitase ya en el Hades.
Y en efecto el Centauro, tal como era
el augurio divino, está matando,
—un muerto— a un hombre vivo. Y cómo ajustan
oráculos recientes con los viejos
te lo voy a mostrar. Entrando al bosque
de los Selas, augures montaraces
que sobre el suelo duermen, el oráculo
tomé yo por escrito que dictaban
las voces mil del encinar paterno.
Y era que en este tiempo que vivimos,
este mismo de ahora, llegaría

el fin predestinado a mis trabajos.
Pensé que era esto prenunciarme dichas,
y sólo ha sido predecir mi muerte,
pues los trabajos con la muerte acaban.
Y ya que todo así tan claramente
se está cumpliendo, hijo, es ya preciso
que me prestes tu ayuda, y sin tardanza,
sin provocarme a ira, antes cediendo
en todo cuanto pida, persuadido
de que no hay mejor ley que la obediencia
a cuanto un padre manda.

HILO

Me da miedo,
padre, el punto a que llegan tus palabras:
pero haré lo que quieres.

HERACLES

Ante todo
pon tu diestra en la mía.

HILO

¿Qué previenes
con exigirme tan solemne prenda?

HERACLES

¡Aquí al punto tu mano! Haz lo que ordeno.

HILO

Aquí la tienes, pues. Ya no replico...

HERACLES

Por Zeus que me engendró, por su cabeza,
jura...

HILO

¿Hacer qué? ¿No lo dirás primero?

HERACLES

Hacer y fiel cumplir cuanto te encargue.

HILO

Lo juro yo. Que Zeus sea testigo.

HERACLES

Y pide que, si faltas, te castigue.

HILO

No lo hará: que a cumplir estoy resuelto.
Lo pido, sin embargo.

HERACLES

Bien. ¿Conoces
en el Eta la cumbre más cimera,
la consagrada a Zeus?

HILO

Sí, la conozco:
allí he sacrificado muchas veces.

HERACLES

Pues bien, es a ese monte donde quiero
que por tus propias manos me traslades
ayudado de amigos, los que gustes.
Cortarás harta leña en las encinas
de raíces profundas, y con ella
recios troncos de olivo, del silvestre.
Después pondrás mi cuerpo en esa pira;
y aplicándole el fuego que levante
una tea de pino resinoso,
lo harás arder. Y si eres hijo mío,
no dejes que te salga ni una lágrima.
Has de cumplirlo todo sin sollozos,
sin llantos. Que si no, por siempre airado
cual maldición te he de seguir, aun muerto.

HILO

¡Desdichado de mí! ¡Qué has dicho, padre!
¡A qué me has obligado!...

HERACLES

A lo que tienes
por fuerza que cumplir. Y si no búscate
otro de quién ser hijo, y no te llames
hijo mío ya más.

HILO

¡Horror! ¡qué angustia!
¿a qué crimen me empujas? ¡a que sea
tu asesino, manchado con tu muerte!

HERACLES

No tal; antes el único en curarme,
médico de mis males y mis penas.

HILO

¿Qué curación echándote a las llamas?...

HERACLES

Si esto te espanta, lo demás al menos
bien me puedes cumplir.

HILO

Llevarte arriba
lo haré, sin mezquindad en mi servicio.

HERACLES

¿Y lo de armar la pira que te dije?

HILO

Con tal de no tocarla con mis manos,
lo demás cumpliré. No he de fallarte.

HERACLES

No pido en esto más. Pero un pequeño
favor vas a añadir a esos mayores.

HILO

Por más grande que fuere, cosa hecha.

HERACLES

¿Conoces a esa chica, hija de Eurito?

HILO

Si no te entiendo mal, hablas de Yola.

HERACLES

Exacto. Y lo que quiero yo encargarte,
hijo, es tan sólo esto: que a esta joven,
cuando haya muerto yo, si quieres serme
buen hijo, cumplidor de la promesa
que juraste a tu padre, por esposa
la tomes tú. Y en esto no me falles.
Que ningún hombre, excepto tú, posea
a la que un día reposó a mi lado.
Tú, tú solo, hijo mío, la harás tuya.
Obedece. Después de los favores
tan grandes que me has hecho, resistirme
en esta pequeñez es obligarme
a tener que olvidar cuanto te debo.

HILO

¡Desdichado de mí! Sevicia fuera
lidiar con un enfermo. Mas ¿quién puede
escuchar con paciencia tal intento?

HERACLES

Con esto estás diciéndome que nada
quieres hacer en esto que te pido.

HILO

¡Qué! cuando es ella la causante única
de que mi madre muera y de que te halles
tú también al morir, ¿quién sino un hombre
por algún dios hostil enloquecido,
pudo escogerme tal esposa? ¡Padre,
mejor muero también que ir a hacer vida
con quien es mi enemigo más odiado!

HERACLES

Muriendo estoy, y respetar no quiere
mi súplica postrera... ¡Que te abrume

la maldición divina por cerrarte
en no oír mis mandatos!

HILO

¡Ay, muy pronto
harás ver a qué llega tu dolencia!

HERACLES

Sí, que estás despertando el paroxismo
de mi mal que dormía.

HILO

¡Ay, desdichado!
¡cuántas perplejidades me rodean!

HERACLES

Por no escuchar al que te dio la vida...

HILO

Pero si es impiedad lo que me enseñas...

HERACLES

No hay impiedad si es para darme gusto.

HILO

¿Me lo mandas hacer? ¿lo justificas?

HERACLES

Sí, te lo mando, y que testigos de ello
sean los dioses.

HILO

Bien, sin nuevas réplicas
lo haré; pero también sean testigos
que hacerlo es orden tuya. Condenarme
nadie podrá, si lo hago, padre mío,
cediendo a tu mandato.

HERACLES

Bien acabas.
Pero añade un favor, el de la prisa.
Antes que vuelva el mal, y a desgarrones
y punzadas me arranque nuevos gritos,
ponme en la hoguera. Pronto, levantadme.
Ya tras la prueba, al fin llega el descanso
y mi vida mortal así termina.

HILO

Nadie puede impedir que así se cumpla,
pues que lo mandas y lo exiges, padre.

HERACLES

Vamos. Antes que, trágica, despierte mi tortura,
alma mía invencible, ponle freno a la boca,
que te sea en los labios tan firme cerradura
como el hierro que traba los sillares de roca.
No dejes escapar ni un grito. Si la insidia
te puso en estos trances, es fin digno de envidia.

HILO

Alzadle, compañeros, con cuidados prolijos,
y miradme con lástima perdonando lo que hago.
Ved en cambio a los dioses en caso tan aciago
qué férreos y qué duros. ¡Para qué tendrán hijos!
Son padres... e impasibles contemplan el estrago...

No hay quien la vista alargue para ver el futuro.
Pero ¿qué es lo presente? Para nosotros, duelo;
para ellos, vergüenza; y lo más recio y duro,
para el que sobrelleva tan horrendo flagelo.

Doncellas, venid todas, no os quedéis en la casa.
Visteis en ella cómo la muerte señorea,
visteis lo que es dolor que destroza y arrasa.
Y en todo ello no hay nada que el mismo Zeus no sea.

CICLO TROYANO

ÁYAX

FILOCTETES

ELECTRA

ÁYAX

Lo que sabía el espectador ateniense antes de empezar la representación

Muerto Aquiles, campeón de los Griegos en la guerra de Troya, surgió la contienda de quién heredaría sus armas divinas. En la opinión de todos, Áyax, hijo de Telamón, pasaba por el guerrero que más se acercaba a Aquiles en pujanza y valentía. Sin embargo, los jueces adjudicaron las armas a Ulises. La furia de Áyax no conoció límites. Resolvió vengarse dando muerte a los dos hermanos, jefes del ejército griego, Agamemnón y Menelao. Pero la noche en que quiso ejecutar este crimen, la diosa Atena le infundió súbita locura, de suerte que, creyendo cebarse en los Atridas y en Ulises, hizo un horrible degüello de ovejas, carneros y vacas, botín que reservaba el ejército para su sustento.

Éste acto que salva la vida de los dos reyes y de Ulises cubre de odiosidad y de ridículo a Áyax; y la tragedia empieza al amanecer, poco antes de que volviera el infeliz de su ataque de locura.

La leyenda terminaba con el suicidio de Áyax. Buena parte de la atmósfera trágica que rodea la dulce figura de Tecmesa, se deriva del conocimiento previo de lo inútil de sus esfuerzos por salvar la vida de su esposo.

PERSONAJES:

ÁYAX, *guerrero griego*
TECMESA, *princesa cautiva, su esposa*
ATENA, *diosa protectora de los Griegos*
ULISES, *guerrero griego, competidor de Áyax*
TEUCRO, *hermano de padre de Áyax*
AGAMEMNÓN, *rey de Argos, general en jefe del ejército griego*
MENELAO, *su hermano*
EURÍSACES, *niño tierno, hijo de Áyax*

CORO *de marineros salaminios de la tropa de Áyax, dirigidos por el* CORIFEO
Un mensajero
Criados, soldados

La escena, primero en el campamento griego, delante de la tienda de campaña de Áyax, y luego en un sitio desierto de la playa.

AYAX

Playa de Troya, frente a la tienda de Áyax. Se presenta Ulises inclinado y examinando atentamente huellas en la arena. Aparece majestuosa en el teologueion la diosa Atena.

PRÓLOGO

o escena inicial

ATENA

Siempre será de hallarte, Laertíada,
contra algún enemigo urdiendo amaños.
Y ahora, en torno a la marina tienda
que Áyax ocupa al fin del campamento,
rastreas afanoso y escudriñas
sus más recientes huellas. Lo que acechas
es si está dentro o no... Pues... tu rebusca
otea cual sabueso de Laconia.
Acaba de entrar él, bañado todo,
cabeza y manos, en sudor y en sangre.
No hay razón porque adentro más te asomes.
Dime más bien qué intentan tus empeños,
y yo que todo vi sabré instruirte.

ULISES, *hablando con Atena sin verla*

Oh voz de Atena, predilecta diosa,
por más que oculta quedes, en mi oído
clara resuenas, cual la voz broncínea
de tirreno clarín. Mi alma te acoge.
Adivinaste bien: de un hombre odiado,
de Áyax, el héroe de gigante escudo,

es de quien ando en pos, de él y no de otro.
Porque esta noche misma horrendo estrago
ha dejado tras sí, si él es quien lo hizo,
pues cosa cierta no hay... A tientas vamos,
y sobre mí he tomado esta faena,
ya que las reses todas de la tropa
muertas hemos hallado y destrozadas
por mano de hombre, y muertos sus pastores...
Y a él todos a una se lo imputan.
Un espía le vio cruzando a saltos
solo, y la espada en sangre, la llanura.
Me avisa y da la pista. Yo al instante
tras las huellas me lanzo, unas clarísimas,
otras desconcertantes, que no atino...
A punto vienes, y ojalá tu mano
que hasta aquí me guió siempre me guíe.

ATENA

Así es, Ulises, y afanosa vengo,
fiel guardiana, a encauzar tu cacería.

ULISES

¿Y atinan, diosa amiga, mis afanes?

ATENA

Como que todo lo hecho es obra suya.

ULISES

¿Quién lo ha empujado a tan absurda hazaña?

ATENA

Su furia, por las armas del Pelida.

ULISES

¿Por qué entonces cebarse en los rebaños?

ATENA

Pensó bañar su mano en sangre vuestra.

ULISES

¿Conque apuntaba el golpe a los Argivos?

ATENA

Si me descuido yo, ya fuera un hecho.

ULISES

¿Quién le inspiró tan desmedida audacia?

ATENA

La noche, un plan artero, el verse solo...

ULISES

¿Y cerca estuvo de acabar su intento?

ATENA

A las puertas llegó de los dos jefes.

ULISES

¿Y quién su sed contuvo de matanza?

ATENA

Yo, ciego engaño echando ante sus ojos,
de un gozo le libré que le perdiera.
Yo su furia lancé contra el ganado,
presa por repartir, montón revuelto
que boyeros custodian. A mandobles
iba hacinando muertes de cornúpetas,
y él muertos por su mano imaginaba
a los Atridas y a diversos jefes...
Yo, mientras daba vueltas el furioso
le apremiaba, acosándole en sus males.
Mas luego que acabó con su faena,
al ganado aún vivo agarrotando,
bueyes, carneros, mete todo en casa,
cual si cautivos fueran, y no bestias;
y en su tienda amarrados los tortura.
A plena luz voy a mostrarte al loco,
porque a los Griegos cuentes lo que has visto.
Y espérale sin miedo que te dañe:
yo desviaré la lumbre de sus ojos,
con que advertir no pueda tu presencia.

Gritando a Áyax

¡Hola tú, que a la espalda estás atando
manos esclavas, sal: la orden es mía!
¡Áyax, hablo contigo, salte pronto!

ULISES

¿Qué haces, Atena? ¡No lo llames fuera!

ATENA

Sabrás callar, supongo, y no exponerte
a cargar con la fama de cobarde...

ULISES

No, por los dioses, que se quede dentro...

ATENA

¿Qué temes de él? ¿fue nunca más que un hombre?

ULISES

Él mi enemigo fue; lo es todavía.

ATENA

¿Y hay gozo como hollar a un enemigo?

ULISES

Prefiero yo con todo que no salga.

ATENA

¿Tanto te arredra ver de frente al loco?

ULISES

Sano, no le temiera ni esquivara.

ATENA

Hoy, ni estando a su lado, habrá de verte.

ULISES

¿Cómo, si mira con los mismos ojos?

ATENA

Puedo yo oscurecer ojos abiertos.

ULISES

Sí, siendo obra de un dios, todo es posible.

ATENA

Silencio y, donde te hallas, no te muevas.

ULISES

Bien, no me muevo, aunque por gusto propio,
mejor me fuera lejos...

ATENA, *con voz imperiosa y burlona*

¡Vamos, Áyax,
ya van dos veces que te llamo! ¿Es ése
el caso que haces de tu aliada?

ÁYAX, *saliendo látigo en mano*

¡Salve,
oh Atena, salve, hija de Zeus! ¡qué ayuda
la que debo esta vez a tu presencia!
Tan feliz cacería bien merece
mil doradas ofrendas en tu templo.

ATENA

Bien hablado. Mas cuéntame, ¿tu espada
quedó teñida a gusto en sangre argiva?

ÁYAX

De ello puedo gloriarme, no lo niego.

ATENA

¿También en los Atridas te has cebado?

ÁYAX

¡Ya nunca más han de burlarse de Áyax!

ATENA

Quieres decir que han muerto...

ÁYAX

¡Sí, que, muertos,
me roben otra vez las armas mías!...

ATENA

Bien. ¿Y qué fue del hijo de Laertes?
¿logró escapar con suerte de tu espada?

ÁYAX

¿Ese maldito zorro? ¿de él preguntas?

ATENA

De Ulises tu rival, sí, de él.

ÁYAX

Señora,
ése es mi gran cautivo. Allí le guardo...
¡Y no para que muera tan de prisa!

ATENA

¿Qué piensas hacer de él? ¿con qué provecho?

ÁYAX

Pienso en mi tienda atarlo a la columna.

ATENA, *fingiendo compasión*

¡Ay pobrecillo! y vas a darle...

ÁYAX

Látigo...
y bañarle en su sangre hasta que muera.

ATENA

¡Ay! ¡no así le tortures!

ÁYAX

Cualquier cosa
puedes mandarme, Atena, mas su suerte
ésta ha de ser y no otra alguna.

ATENA

Entonces,
si ése es tu gusto, asiéntale la mano
según tu plan, sin perdonarle cosa.

ÁYAX

Vuelvo a la obra, pues; y al lado mío
te ruego que, como hoy, siempre me asistas.

Entra de nuevo Áyax en la tienda.

ATENA

¿Ves, Ulises, qué fuertes son los dioses?
Más prudente que este hombre ¿viose alguno,
o más cumplido y fiel en cualquier lance?

ULISES

No sé yo de ninguno. Por lo mismo
le compadezco en su total desgracia,
aunque enemigo suyo, por mirarle
uncido a una espantable desventura.
Y al hacerlo, no tanto me lastimo
por él cuanto por mí, pues considero
que otra cosa no somos que fantasmas,
sombras hueras no más... cuantos vivimos...

ATENA

Viendo, pues, lo que has visto, que tus labios
no se engrían jamás contra los dioses,
ni te alces en posturas altaneras
si ves que a cualquier otro sobrepujas
en valor o en caudal; pues basta un día
para hundir o ensalzar todo lo humano.

Y sabe que al prudente aman los dioses
por su cordura, y que odian al soberbio.

Desaparece Atena y se retira Ulises.

PÁRODO. *Entra el Coro compuesto por marineros salaminios de las tripulaciones de Áyax.*

CORO

Hijo de Telamón, que alzarse miras
firme sobre las aguas
tu Salamina que las olas ciñen,
¡nuestra es tu fama!
¡nuestro tu regocijo, si prosperas;
y en cambio, si te asaltan
o algún golpe de Zeus, o de los Dánaos
duras lenguas airadas,
nos invaden la angustia que vacila,
el espanto que aplana,
miramos como miran las palomas
de temblorosas alas!

Nos abochornan voces que han surgido
de la noche pasada:
que bajaste a los llanos donde bullen
las cerriles potradas;
y en el botín de guerra que los Griegos
intacto aún guardaban,
sembraste ruina y mortandad, cebando
en él tu ardiente espada...

Murmullo es de calumnias, que al oído
de todos desparrama,
con crédito seguro, el falso Ulises,
pues visos no le faltan.
Goza el que va regando estos rumores,
y con más algazara
goza quien los escucha, y todos hacen
mofa de tu desgracia.

Y es que tiro asestado contra grandes
es tiro que no falla;
dijéranlo de mí, ni uno siquiera
oídos les prestara.

Sólo acecha la envidia a los que tienen;
mas sin grandes que vayan
al frente de los débiles, ¿qué logran
éstos en la muralla?
De algo vale el pequeño si se arrima
al grande, y éste gana
si cuenta con la ayuda del pequeño
para obrar sus hazañas.

Mas el necio no entiende estas verdades,
y necios son los que arman
contra ti este clamor, que no podemos
acallar si tú no hablas.
Mientras esquivan tus miradas, chillan
como aves en bandadas;
mas si de pronto, poderoso buitre,
el raudo vuelo abajas,
verás cómo aterrados se repliegan
en fuga subitánea,
y en temblores de pávido silencio
se trueca su jactancia.

Empieza el canto coral:

¿Quién te infundió la furia sanguinosa
que te lanzó por tan violentos modos
contra la grey de todos?
—¡Ay hablilla insidiosa,
vergüenza mía infanda!...—
¿Es Ártemis, la diosa
hija de Zeus, la que en los toros manda?
¿tal vez por algún triunfo no pagado?
¿o tal vez por haberla defraudado
del glorioso botín que le debías,
o de guerra o de lautas cacerías?
¿O pudo ser el dios que en el combate
preside, bronce al pecho, que en venganza
del desaire que hicieras de su lanza
con nocturnos engaños hoy te abate?

Porque ¿cómo creerlo? ¿por ti mismo,
hijo de Telamón, correr pudiste
con ciego paroxismo
contra esas nobles greyes? ¡Ah, qué triste
cuando de un dios procede la locura
que derriba al mortal! ¡Que Zeus piadoso,

que Febo de ti aparten la impostura
de rumor tan odioso!...
Mas si es calumnia de los dos Atridas
que en falso te hacen cargo de esas vidas
si es cuento de ése de la vil ralea
de Sísifo, —¡mi príncipe!, te imploro—,
no dejes tú que imputación tan fea
me alcance a mí, si retraído sigues
solo en la tienda junto al mar sonoro.

¡Ea! deja el asiento en que se alarga
tu ausencia de la lucha, y se recarga
más y más tu rencor que al cielo llega,
mientras más y más ciega
por los ventosos llanos libre cunde
la audacia del contrario, que te lanza
el escarnio agresivo y lo difunde,
en tanto que la angustia en mí se afianza...

PRIMER EPISODIO

Sale de la tienda de Áyax Tecmesa, su cautiva y esposa, y empieza un diálogo lírico.

TECMESA

Marineros del gran Áyax,
raza de los Erectidas,
nobles autóctonos, llantos
tenemos los que la vida
diéramos por Telamón,
su casa y su alcurnia antiguas:
porque ahora está postrado
nuestro Áyax que parecía
grande, terrible, indomable
con su pujanza maciza.
Turbio temporal le azota,
dura enfermedad le humilla.

CORO

Mas ¿qué ha cambiado esta noche
en el peso de desdicha
con que su negra fortuna

ya le agobiaba de día?
Hija del frigio Teleutas,
háblanos tú, la cautiva
de quien Áyax se ha prendado,
a quien ama y a quien mima.
Tú sabes para este trance
la palabra sugestiva.

TECMESA

¡Ay, esa indecible historia
cómo podré yo decirla!
pues vas a oír un desastre
triste cual la muerte misma...
Nuestro gran Áyax glorioso
esta noche la embestida
sufrió de horrible locura
que ha consumado su ruina.
Pruebas de ella, los destrozos
de sus degolladas víctimas
que encharcan la tienda toda
con sangre por él vertida.

CORO

¡Negro cuadro de horror el que nos pintas
del terrible guerrero!
Sus resultas ¿quién sufre? ¿o quién, artero,
de ellas podrá escapar? No son distintas
las voces de la hueste amotinada,
que las repite con furor creciente.
¡Ay suerte infortunada
que se nos echa encima! Es evidente
que el hombre ha de morir, si es que ha matado
—desmán desatentado—
hierro en mano la grey y los pastores
que a caballo rondaban los alcores.

TECMESA, *sin atender, prosigue su narración.*

¡Ay de mí! de la llanura,
de allá, sí, de allá, cautivas
vino trayendo las reses...
A unas arranca la vida
en la tienda, sobre el suelo;
a otras parte y hace trizas.

Coge luego a dos carneros
de blancas patas, los trinca;
la lengua le vuela al uno,
de un tajo lo decapita;
al otro de una columna
lo cuelga, enlaza y estira;
de unos arneses desprende
enorme, doble traílla,
y le cimbrea y azota,
con horribles invectivas
que no se escuchan entre hombres
y a las que algún dios le incita.

CORO, *aterrado*

Hora es ya de que, un velo en la cabeza,
escapemos furtivos,
O, sentados al remo, con presteza
demos vuelo a los barcos fugitivos.
Tales los retos son y el clamoreo
que contra él los Atridas han alzado.
Muerte por apedreo
encima se me viene, si a su lado
me quedo acompañándolo en su ruina,
pues suerte inabordable le domina...

TECMESA, *con suave dominio*

No, ya no... Ya sin relámpagos,
cual estallar de ventisca
que se extingue, poco a poco
se han apagado sus iras.
Mas, en juicio, un dolor nuevo
le acongoja y martiriza,
pues causa suprema angustia
el contemplar las desdichas
que no puede la conciencia
achacar sino a sí misma.

Prosigue el diálogo

CORO

Mas si calmado está, buena esperanza
hay de que todo al fin halle su arreglo,
pues que, pasado el mal, ya no hay cuidado.

TECMESA

Si te dieran opción, ¿qué escogerías:
gozar tú, contristando a tus amigos,
o ponerte a su lado en sus desgracias?

CORO

Mujer, dos males... siempre son más que uno.

TECMESA

Ya el mal se nos pasó, y ésta es la hora
en que estamos peor...

CORO

¿Cómo? no entiendo...

TECMESA

Es que él, mientras sufría su arrebato,
satisfacción hallaba en sus ficciones
que a los sanos causaban tanto duelo;
mas ahora que halló tregua y respiro
en su terrible mal, él se ve presa
de horrorosas angustias, y nosotros
tan dolientes seguimos como antes.
¿No son éstos dos males en vez de uno?

CORO

De acuerdo estoy contigo; y aun recelo
proceda el golpe de algún dios; pues ¿cómo
no halla mayor contento estando sano
que cuando enfermo estuvo?

TECMESA

Pues... preciso
es que entiendas que así se están las cosas...

CORO

Mas ya que compartimos sus dolencias,
cuéntanos el principio, cómo y cuándo
se abatieron sobre él.

TECMESA

Lo sabrás todo,
como quien parte tiene en ello. A la hora
en que cae la noche y ya los fuegos
de la tarde se extinguen, una espada
de dos filos agarra, y agitado
se dispone a salir sin plan ni rumbo.
Yo se lo hacía ver: "Áyax, ¿qué pasa?
¿quién te convoca? ¿cómo, sin aviso
de heraldos ni llamada de trompeta,
haces esta salida? En el ejército
todo en reposo está". Breve, responde
lo de siempre: "Mujer, a las mujeres
las agracia el silencio". Yo me callo,
conociendo su humor, y él sale solo.
Lo que allá sucedió decir no puedo;
mas volvió luego a casa con la presa:
toros, perros pastores, y cabríos
de hermosa cornamenta, atados juntos.
A los unos abate desnucándolos,
a otros, cabeza en alto, los degüella
y los abre en canal, a otros los ata
y, cual si fueran hombres, los tortura,
ensañando su furia en el rebaño.
Salta luego a la puerta, y se le oían
frases bruscas lanzadas a un fantasma,
ya contra los Atridas, ya de Ulises,
todo entre carcajadas jactanciosas
sobre el gusto y rigor de su venganza.
De otro salto está en casa, y lentamente
con tiempo y con trabajo vuelve en juicio.
Al ver cubierto el suelo de destrozos,
se hiere la cabeza, lanza un grito,
sobre el montón de muertos se desploma;
y allí sentado está sobre los restos
de bestias degolladas, arrancándose
los pelos con las manos y las uñas.
Mudo allí se mantuvo largo tiempo.
De pronto con terribles amenazas
me aprieta a que le cuente cómo ha sido
aquel desastre todo, preguntando
cómo había caído en aquel trance.
Y yo se lo conté, de puro miedo,
amigos... cuanto vi. Mas él entonces
se desató en dolientes alaridos

cuales jamás escuché yo en su boca,
pues siempre declaraba que esos llantos
eran de hombres cobardes y sin bríos;
él a lo más, cual toro que rebrama,
sin dar paso a la voz, bufaba ronco.
Sumido ahora en su desgracia horrenda,
ni comer quiere ni beber, inmóvil
se está donde cayó, sobre las reses
que derribó su espada. Y ya no hay duda
de que en algún desmán esté pensando,
según son las palabras y lamentos
que se oyen en sus labios. Mas vosotros,
oh amigos —que para eso acá he venido—,
entrad, y, si podéis, prestad ayuda,
puesto que hombres como él sólo se rinden
cuando intervienen diestros sus amigos.

CORO

Tecmesa de Teleutas, grave cosa
es la que nos has dicho, que a este hombre
le ha dejado aturdido su desgracia...

Salen de adentro unos gritos.

ÁYAX

¡Ay! ¡ay de mí!

TECMESA

Peor, según parece,
pronto ha de estar... ¿No lo escuchasteis? Áyax
es quien lanzó tan lúgubre alarido.

Nuevos gritos.

ÁYAX

¡Ay! ¡ay de mí!

CORO

Parece un nuevo ataque,
o que de los pasados se lamenta,
al ver su obra funesta en torno suyo...

ÁYAX

¡Hijo! ¡hijo mío!

TECMESA

¡Horror! desventurada...
Eurísaces, por ti son esos gritos...
¿Qué querrá? ¿dónde estás? ¡Ay ansias mías!

ÁYAX

¡A Teucro llamo! A ver, ¿dónde anda Teucro?
¿Va a estar toda la vida merodeando
mientras yo aquí me muero?

CORO

En pleno juicio
hablando está esta vez. Abrid las puertas;
pudiera ser que, al verme, se reporte.

TECMESA

Ya las abro. A la vista ya le tienes:
sus obras y el estado en que se mira.

Abre Tecmesa la puerta de la tienda, y aparece Áyax sobre una plataforma rodante, llamada "equiclema", sentado en medio de unas reses degolladas.

COMMOS

o diálogo lírico

ÁYAX, *con señales de hondo abatimiento*

¡Marineros queridos!
únicos ¡ay!, los únicos que en torno
fieles me acompañáis en mi bochorno...
ya veis qué temporal entre bramidos
y oleaje de sangre, incauto, inerme,
me acaba de cercar para perderme...

CORO, *a Tecmesa*

¡Ay, qué verdad tan grande nos decías!
Sólo un loco hace tales demasías...

ÁYAX

¡Nautas míos, mi gente, que en la ruda
contienda con el mar fuiste mi ayuda,
bogando fiel al remo en mi navío!
De ti, sólo de ti yo esperar puedo
que pongas fin a este desastre mío:
¿estas víctimas ves? ¡Ea, sin miedo,
mátame a mí también! De ti lo fío...

CORO, *a Áyax*

¡No, por favor! el mal al mal no cura:
así agravar tus cuitas es locura...

ÁYAX, *con íntimo despecho*

¡Ahí ven al valiente, al esforzado,
al que jamás temblara en las refriegas!
Y todo su valor ha desfogado
sobre el manso animal que iras tan ciegas
nunca temió del hombre...
¡Ay qué sonrojo! ¡qué irrisión sin nombre!

TECMESA

Áyax, mi amo... ¡piedad! no digas eso...

ÁYAX, *súbitamente exasperado*

¡Largo de aquí! ¿No estás ya fuera? — ¡Ay peso
de indecible dolor!...

TECMESA

¡Oh, por los dioses!
cede al consejo y piensa...

ÁYAX

¡No me acoses!
un desgraciado soy... Mi arma no atina
a despachar a esos malditos reyes,

y derrama la sangre purpurina
de esos cornudos bueyes,
de esas preciosas cabras...

CORO

¿A qué, por lo pasado, más palabras?
No han de lograr tu llanto y tu despecho
deje de ser lo que ya estuvo hecho...

ÁYAX

¡Ay hijo de Laertes,
mirón husmeador, todo lo adviertes,
para toda maldad prestas tu ayuda!
De fiesta andas sin duda,
perillán refinado: ya entreveo
tus escarnios, tu risa y regodeo...

CORO

De un dios procede todo, risa y llanto...

ÁYAX

Pues que a él yo le viera sufrir tanto
como ¡ay de mí! sufriendo estoy...

CORO

Refrena
una altivez ajena
a la desgracia en que te ves...

ÁYAX

¡Un ruego,
Zeus, padre de mis padres! Que a ese odiado
zorro verdugo, y a ese par menguado
de reyes mate yo, y obtenga luego
también morir...

TECMESA

¡Ah, si eso es lo que quieres,
pide por mí que muera yo a tu lado!
¿A qué seguir viviendo si tú mueres?

ÁYAX

¡Oh tinieblas —mi luz! ¡oh abismo oscuro—
para mí el más brillante y más seguro,
llevadme y sed por siempre mi morada!
Ya no soy digno de esperar ayuda
ni de dioses ni de hombres, pobres hombres
seres de una alborada...

Poderosa y sañuda
la diosa hija de Zeus con mano fuerte
me atormenta de muerte...
¿Adónde escapar de ella? Y un respiro
¿dónde buscar, si aniquilado miro
mi antiguo honor, amigos? Deshacerme
no puedo de estas víctimas que en torno,
caza de un loco, exhiben mi bochorno...
Y al ejército todo espero inerme
que ya sin duda, espada en alto, avanza
a ejecutar airado su venganza...

TECMESA

¡Triste de mí! ¡que un hombre así se abaje
—cosa que nunca hizo— a tal lenguaje!

ÁYAX

¡Oh vados del estrecho resonantes,
cuevas marinas, costaneros prados,
cuán fieles y constantes
por tanto, tanto tiempo, mil cuidados
os dignasteis brindarme! Mas con vida
ya no me veréis más... —sépalo cierto
quien en su juicio esté—. ¡Fuente querida
del vecino Escamandro, que el Argivo
halló tan complaciente, te lo advierto,
ya no has de ver al que, sin reto altivo
puede pensar que el alma fue más recia
que Troya vio jamás venir de Grecia!
Y ahora yazgo hundido
sin honor y sin gloria...

CORO

Tal lenguaje
no sé cómo permita o cómo ataje
al verte en tantos males abatido.

Prosigue el episodio

ÁYAX

¡Ay ay!... Y quién pensara que mi nombre
consonase tan bien con mis gemidos...
Dos y tres veces puedo yo dar ayes
según son las desdichas que me agobian...
De esta tierra del Ida a Salamina
volvió mi padre con inmensa fama,
después de conquistar con sus proezas
el premio más hermoso; y yo su hijo,
que a la misma región vine de Troya
con fuerza no menor para la lucha,
y que he cumplido hazañas no inferiores,
así me hundo, ignominia de los Griegos...
Y a pesar de ello, hay algo en que la duda
no me puede caber. Si, vivo Aquiles,
fuese él mismo el llamado a dar sentencia
sobre quién, por campeón de la bravura,
merecía sus armas, estoy cierto
que nadie sino yo se las llevara.
Mas se las compusieron los Atridas
para donarlas a un villano, en tanto
que ni tuvieron cuenta con mis hechos.
Pero si el descarrío de mis ojos
al par del de mi mente no me hubiesen
desviado de mi plan, a fe que nunca
volvieran contra alguno a buscar votos
para tan negro fallo. Mas ahora
la del mirar terrible, la inviolada
hija de Zeus, al tiempo en que sobre ellos
ya me aprestaba a descargar el golpe,
me perturbó, cegándome de pronto
con rabiosa locura, y he teñido
mis manos con la sangre de estas bestias.
Ríen ellos en tanto al verse salvos
tan contra mi querer... Aunque si es obra
de un dios, puede escapar el más cobarde
de manos aun del hombre más valiente.
Y ahora ¿qué hago yo? Me odian los dioses
—es cosa manifiesta—, me aborrece
toda la hueste griega, toda Troya
y sus llanuras con horror me miran.
¿Voyme a mi tierra por el mar Egeo,
desertando las naves y dejando

solos a los Atridas? Pero entonces,
¿con qué cara a mi padre me presento,
a Telamón? ¿Es él hombre que aguante
verme llegar desnudo, sin trofeos
de los que a él le dieron tanta gloria?
- ¡Insufrible!... Está bien, ¿me voy entonces
contra el muro de Troya, y arremeto
solo contra ellos cuerpo a cuerpo, y hago,
antes de sucumbir, algo bien grande?
- Pero eso diera gusto a los Atridas...
No lo tendrán... Haré más bien mis pruebas
con una cosa que al anciano padre
le haga sentir que pura y limpia corre
su sangre en mí. Vergüenza es larga vida
ansiar, si ella es miseria sin remedio.
Un día y otro día... ¿qué deleite
pueden proporcionar si alternan sólo
en llegarse a la muerte y huír de ella?
No diera yo un ardite por el hombre
que halle su gozo en vanas esperanzas.
Vivir con gloria o acabar con gloria
es lo que importa al hombre bien nacido.
Y no hay más que decir.

CORO

Oh Áyax, por cierto
que no ha de haber quien trate de bastardos
tus nobles dichos: suena en ellos tu alma.
Cálmate sin embargo, y no rehuses
que en ti su influjo logren tus amigos
y de tus inquietudes te desvíen.

TECMESA

Áyax, mi dueño, la aflicción que al hombre
más abruma, es el peso de su suerte.
Ya ves yo: yo nací de padre libre,
rico más que ninguno entre los Frigios,
y ahora sierva soy... Así los dioses
lo han dispuesto, y más que ellos tu pujanza.
Pero al fin, pues comparto yo tu lecho,
ya miro con amor todo lo tuyo.
Y por Zeus te suplico, el que preside
en nuestro hogar, por los nupciales lazos
y el lecho que nos une, no permitas
que tenga que escuchar ultrajes viles

de tus contrarios... No, no me abandones
en manos de otro... El día en que murieras,
y en que tu muerte me dejara sola,
ése, ese mismo día, no lo dudes,
llevada por los Griegos con violencia
me vería de esclava con tu hijo.
Y alguno de mis amos, disparando
cruel baldón, "Mirad —dirá— la amiga
de Áyax que fue campeón en el ejército,
ved en qué menesteres sirve ahora
la que gozó tan alto estado..." Tales
correrán los dicterios, rudo golpe
para mí al escucharlos, pero infamia
que a ti te afrente y a tu alcurnia toda.
Ten rubor de dejar así a tu padre
en mustia ancianidad... Tu madre mira
cargada de años y en continuos ruegos
ante los dioses porque vuelvas vivo;
y ten piedad, oh rey, del hijo tuyo
si, privado de ti, sus tiernos años
tiene que pasar solo y al cuidado
de unos tutores sin amor. ¡Qué manda
de dolor la que a él y a mí nos dejas,
si llegas a morir! Yo ya no tengo
adónde más mirar sino a ti solo.
Patria no tengo: la arrasó tu lanza;
padre y madre tampoco: hados distintos
a morar con los muertos los llevaron;
¿hogar? — ¿qué hogar sin ti, ni qué riquezas?
Mi salvación toda de ti depende.
Y luego en mí piensa también. ¿No es justo
que amoroso recuerdo guarde el hombre
de quien le dio dulzura? Siempre fruto
del amor fue el amor; y el que en su pecho
deja morir la gratitud, no puede
pretender que le llamen bien nacido.

CORO

Áyax, yo bien querría que sintieras
la misma compasión que ella me inspira:
sin duda aprobarías sus palabras...

ÁYAX

Aprobación cabal segura tiene
de parte mía, sí, con tal que tenga
valor para cumplir lo que le mande.

TECMESA

Oh Áyax querido, en todo haré tu gusto.

ÁYAX

Tráeme, pues, a mi hijo, que lo vea.

TECMESA

Es que le despaché por estos miedos...

ÁYAX

¿Por estas cosas mías?... o ¿qué entiendes?

TECMESA

No fuese que, al topar tal vez contigo,
se te fuera a morir...

ÁYAX

Sí, tal desgracia
muy a tono estuviera con mi suerte...

TECMESA

Impedir eso al menos fue mi intento...

ÁYAX

Tu previsión apruebo y tu cuidado.

TECMESA

Entonces ¿en qué más puedo servirte?

ÁYAX

Hablarle quiero y verle y remirarle.

TECMESA

¡Qué espanto!...
Por tu hijo, por los dioses te conjuro,
no seas tú quien nos traicione...

ÁYAX

Basta,
ya es por demás. ¿No sabes que a los dioses
nada ya debo en que servirles pueda?

TECMESA

¡Modérate, por Dios!

ÁYAX

¡Dilo a quien te oiga!

TECMESA

¿Tú, pues, no cedes?

ÁYAX

¡Ya hablas demasiado!

Se dirige a la tienda.

TECMESA

¡Príncipe, me da miedo!...

ÁYAX, *a los sirvientes*

¡Cierren pronto!

TECMESA

¡Por los dioses, ablándate!...

ÁYAX

¡Qué loca
si ahora piensas educar mi genio!...

Entra Áyax en la tienda, Tecmesa y Eurísaces se van hacia el gineceo.

ESTÁSIMO PRIMERO

CORO

¡Oh ilustre Salamina, erguida a solas,
feliz alzas tu gloria entre las olas
que estallan en tu playa, para encanto
de cuantos te contemplan! Sin ventura
aquí yazgo entretanto,
toda cuenta de meses ya perdida,
mi lecho en la pastura
de estos campos del Ida,
gastado por el tiempo, y no teniendo
más perspectiva que el hundirme un día
en el Hades horrendo,
oscuro fin de oscura travesía.

Y, nuevo contendor, Áyax me espera,
triste enfermo sin cura,
pues del cielo le vino la locura,
su infausta compañera...
¡Ay! en días mejores tú le enviaste,
sin par en la batalla arrolladora...
pero se ha vuelto ahora
¡oh doliente contraste!
pastor de solitarios pensamientos,
que a sus tropas angustia... Sus alientos,
su audacia, sus hazañas atrevidas
valores son que el egoísmo ignora
de los ingratos míseros Atridas.

De seguro su madre, triste anciana
de luengos días y cabeza cana,
cuando oiga que está herido
de siniestra locura,
alzará el alarido,
no, cual de ruiseñor, mansa quejumbre,
sino el grito de su íntima tortura,
a tiempo que descargue sobre el pecho
los puños con sonora pesadumbre
y se arranque las canas de despecho...

¡Mejor muerto que loco! Quien domina
con tan alto linaje,
que no hay quien lo aventaje
entre los Griegos que la guerra arruina,
perdida la cordura,
a tan ciego furor se descamina...
¡Para ti, qué amargura,
padre infeliz, cuando la angustia entiendas
de desdichas horrendas
que a solas tu hijo apura!
Salvo él, ningún Eácida, tan fuerte
sintió jamás el peso de la suerte...

EPISODIO SEGUNDO

Sale Áyax de su tienda, espada en mano: Tecmesa, que ha estado a la mira, sale también del gineceo con su hijo en los brazos, pero se queda a distancia, en el fondo de la escena, sin intervenir.

ÁYAX

El tiempo que se alarga sin medida
todo lo saca a luz, todo lo oculta;
nada hay que se sustraiga a la esperanza,
nada que al fin no muestre su flaqueza,
ni aun el más temeroso juramento,
ni aun la más recia voluntad. Yo mismo
que, hace un instante, como acero al temple,
tan formidable tozudez mantuve,
he sentido los filos embotárseme,
obra de esta mujer... pues me da lástima
dejarla viuda en manos de enemigos
y huérfano a mi hijo. Voyme entonces
por las dehesas junto al mar, al sitio
donde bañarme pueda, y de estas manchas
lavado ya, tratar de quedar libre
de las pesadas iras de la diosa.
Iré después en busca de un paraje
sin huellas donde esconda yo esta espada,
el arma más odiosa, y en el suelo
cavando un hoyo, la sepulte y deje
donde nadie la vea, sino solos

quienes la guardarán, la Noche y Hades.
Pues desde que en mis manos la he tenido,
regalo de Héctor, mi mayor contrario,
ningún bien me ha venido de los Griegos.
Verdad es el refrán: "Del enemigo
no es don el don, y para nada sirve".
Así que ya sabré yo en adelante
a los dioses ceder, y a los Atridas
reverencia prestar. Sí pues... son jefes...
se les debe ceder... ¿por qué no hacerlo?
Pues hasta lo más fiero y más potente
cede a la autoridad. Cede el invierno,
el de nevadas sendas, al verano
que llega con sus frutos. El sombrío
firmamento nocturno cede el puesto
a la mañana y a sus blancos potros
a que brille la luz. También las ráfagas
de poderosos vientos adormecen
al ponto bramador. Y el mismo sueño,
que es todopoderoso, ata a sus víctimas,
mas no por siempre, pues al fin las suelta.
¿Cómo, pues, no aprender también nosotros
a ser juiciosos en ceder? Yo ahora,
sólo ahora, comprendo que en mis odios
nunca debo olvidar que el enemigo
me puede amar de nuevo; y al amigo
quiero prestar favores, pero sólo
como a quien no ha de serlo para siempre.
Para la mayor parte de los hombres
no ha sido la amistad puerto seguro.

A Tecmesa

Y en cuanto a nuestras cosas, todo luego
ha de ir bien. Tú, mujer, entra en la tienda,
y a los dioses suplica se me cumpla
todo hasta el fin tal como yo lo ansío.

Entra Tecmesa en la tienda silenciosamente.

Al Coro

Vosotros, compañeros, mis deseos
como ella secundad, y recordadle
a Teucro, cuando llegue, mis encargos:

que de mí cuide y a vosotros quiera.
Yo voy ahora adonde tengo que irme.
Lo que os dije cumplid, y oiréis muy pronto
que tras tanta desgracia, estoy a salvo.

Sale Áyax en dirección al mar.

HIPORQUEMA *o canto de danza que reemplaza al "estásimo" segundo.*

¡Me estremezco de júbilo, alzo el vuelo
en mi gozo, oh dios Pan, oh vivo anhelo!
¡Ven, Pan, ven revolando por las ondas
desde el peñón que azotan las ventiscas
en el Cilene, ven! ¡Ven tú que triscas
entre los dioses, jefe de sus danzas,
y pasos no aprendidos y mudanzas
conmigo ensaya, las de Nisia y Knoso!
¡Danzas ahora son mi afán gozoso!
¡Tú también, el mar Ícaro cruzando,
Apolo, ven de Delos,
manifiesto y sin velos,
y asísteme propicio, suave y blando!

¡Ya el dios de sangre alzó la nube horrible
que los ojos del amo ensombrecía!
¡Oh dicha, oh alegría!
Ahora, oh Zeus, ahora ya es posible
que la radiante luz de la ventura
vuelva en fin a las naves
de veloz singladura.
Áyax ya olvida sus angustias graves,
y a los dioses cumplidas oblaciones
ofrece con rendido acatamiento.
Grande es el tiempo y todo lo amortigua;
de él se puede esperar cualquier portento,
cuando Áyax —¡oh increíbles mutaciones!—
se ve trocado de su saña antigua,
y, tras tantos furores,
a los Atridas mira sin rencores.

EPISODIO TERCERO

Entra precipitadamente un mensajero procedente del campamento griego.

MENSAJERO

Mi primera noticia es ésta, amigos:
Teucro se halla aquí ya, recién llegado
de los riscos de Misia. Mas viniendo
en medio de las tropas, con insultos
se vio acogido por los Griegos todos.
En cuanto desde lejos conocieron
quién era él, al punto le cercaron
y allí, de un lado y otro, a una, a gritos,
le cargaban de injurias, baldonándole
de pariente del loco que, rebelde,
tramó contra el ejército, y diciendo
que no se libraría de las piedras
que lo cardasen vivo hasta matarle.
A tal furia llegaron que salían
libres ya los aceros de las vainas;
y el alboroto, que iba ya al extremo,
sólo cesó merced a los ancianos.
Pero Áyax ¿donde está para decírselo?
que al amo importa referirlo todo.

CORO

Pues no está... No es ni un rato que ha salido,
para su nuevo plan con nuevo temple.

MENSAJERO

¡Qué horror! ¡qué horror! O tarde me ha mandado
el que me envió, o es el retraso mío...

CORO

¿Qué es, pues, lo que ha faltado en esta urgencia?

MENSAJERO

El encargo de Teucro es que no salga
Áyax de casa, hasta que él mismo llegue.

CORO

Bueno, pues, ya salió, con el propósito
el más sensato, de aplacar los dioses.

MENSAJERO

¡Estúpida respuesta! si es que Calcas
profetiza sabiendo lo que dice...

CORO

¿Qué dijo? ¿y del asunto qué has sabido?

MENSAJERO

Esto que presencié. Surgiendo Calcas
de su asiento en la junta de los próceres,
solo y dejando a un lado a los Atridas,
puso su mano en ademán benévolo
en la mano de Teucro, y diole aviso
con afán singular que a todo trance
durante el día de hoy —sólo éste— de Áyax
contuviese los pasos, no dejándole
de la tienda salir, si es que quería
seguir viéndole vivo, pues tan sólo
por este día le acosaba —dijo—
la indignación de la divina Atena.
"Porque —añadió el vidente— cuando crece
en demasía el hombre y sin provecho,
lo derriban los dioses con fracasos,
si es que, simple mortal, yergue su espíritu
a orgullos que desdicen de mortales.
Pues Áyax, en la misma despedida
de su casa, dio muestras de insensato,
al tiempo que su padre con cordura
le amonestaba: 'Busca triunfos, hijo,
lanza en mano, mas siempre con los dioses'.
Él con loca altivez dio por respuesta:
'Padre, si un dios ayuda, aun el que es nada
puede alcanzar victoria. Yo confío
que, aun sin la ayuda de ellos, me la gano'.
Tan altanero fue su dicho. Luego
segunda vez, cuando la diosa Atena
un día le animaba a que las manos
bañase en sangre hostil, él a la cara
le lanzó esta respuesta inconcebible:

'Reina, vete a asistir a otros Argivos;
donde yo esté, la fila no se rompe'.
Con palabras como ésas, tan impropias
de hombre con ser mortal, el agrio encono
se granjeó de la diosa. Mas si indemne
queda en el día de hoy, tal vez logremos
con la ayuda de un dios salvar su vida".
Esto dijo el vidente. Teucro al punto
me envía a que te encargue así cumplirlo:
de lo contrario, es Áyax hombre muerto,
si visión tiene Calcas de profeta...

CORO

Oh Tecmesa, oh viviente desventura,
ven y ve las noticias que nos traen...
Toca el filo a la piel, y es para llanto.

Sale de la tienda Tecmesa con su hijo en los brazos.

TECMESA

¿Por qué, cuando empezaba algún alivio
en mi dolor sin término, de nuevo,
triste de mí, me hacéis salir?

CORO

Escucha
lo que éste cuenta de la suerte de Áyax,
que a mí me hace temblar...

TECMESA

¡Hombre! ¿qué dices?
¡Ay de mí! ¿es que estamos ya perdidos?

MENSAJERO

De tu suerte no sé; mas de la de Áyax,
yo no respondo, si se encuentra fuera...

TECMESA

Fuera... sí, fuera está... ¡qué angustia entonces!

MENSAJERO

Manda Teucro que dentro de la tienda
quede encerrado y que no salga solo.

TECMESA

¿Y Teucro dónde está? ¿Por qué manda eso?

MENSAJERO

Acaba de llegar, y teme que Áyax,
si sale, halle la muerte en su salida.

TECMESA

¡Triste de mí! mas él ¿de quién lo sabe?

MENSAJERO

Pues del hijo de Téstor, el vidente...
"que el día de hoy le trae muerte o vida".

TECMESA

¡Ay! ¡defendedme, amigos, del amago
de esta suerte fatal! ¡Oh, daos prisa:
unos a Teucro, que en seguida venga,
otros por los ancones del poniente,
otros por los de oriente, a ver si asoma
por dónde va su senda sin ventura!
¡Ay! he sido engañada por mi dueño...
ya lo veo... y echada de su gracia,
la que un tiempo me tuvo... ¡Ay hijo mío!
¿qué haré? Quedarme aquí... no, no es posible...
Voy con vosotros hasta donde pueda...
¡Vamos, vamos aprisa, que no es hora
de estarnos quietos si salvar queremos
al que con tanto afán corre a la muerte!

CORO

Listo estoy. Lo harán ver, no mis palabras,
sino los pies que parten en su busca.

Salen el mensajero y unos criados por la derecha hacia el campamento en busca de Teucro. También parte del Coro los sigue. La otra parte con Tecmesa sale por la izquierda hacia el campo y el mar.

Cambio de escenario. Rincón solitario de la playa, con unos arbustos y malezas. Áyax se encuentra solo. Acaba de clavar por la empuñadura, en el suelo entre las malezas, la espada, cuya punta queda a la vista.

ÁYAX

Plantado queda el homicida acero
del modo que resulte más cortante,
. . .si es que hay tiempo y humor para pensarlo.
Regalo de Héctor fue - el de esa gente
para mí el más odiado y repulsivo. . .
Y está clavado en tierra hostil, en Troya,
bien afilado en mordedora muela.
Yo mismo fui quien lo enclavé, cuidando
que sea para mí lo más benévolo,
dándome muerte rápida. Ya todo
previsto está y a punto. Ahora, escucha,
oh Zeus, a ti te toca; es lo más justo,
ayudarme el primero. Mayor cosa
no es el favor que pido me concedas.
Haz por mí que no falte algún heraldo
que la mala noticia a Teucro lleve,
para que antes que nadie él me levante
cuando caído esté sobre la espada
que se empape en mi sangre, y que enemigo
no sea el que primero me descubra
y me tire por presa a perros y aves.
Esto, sólo esto, oh Zeus, es lo que pido.
Mi súplica segunda es para Hermes:
que a descansar me lleve bajo tierra
con suavidad, de un salto, sin espasmos
cuando esta punta el lado me desgarre.
En mi ayuda también llamo a las Furias,
las de gigantes pasos vengadores,
vírgenes venerandas, inmortales,
siempre a la mira de la humana angustia:
que vean que son ellos, los Atridas,
a cuyas manos miserable muero,
y que a esos perversos arrebaten

con el fin más horrendo, cual me miran
muerto por propias manos: que así mueran
por obra de sus seres más queridos.
¡Justicieras venid, Furias veloces,
no perdonéis a nadie en el ejército,
vuestras iras cebad, bebed su sangre!
Mas tú que por la altura del Olimpo
paseas tu carroza, cuando mires,
oh Sol, al paso el suelo de mi patria,
el rendaje contén chapeado de oro,
y cuenta mis desastres y mi muerte
a mi padre ya anciano y a la triste
que me crió... Tal vez la desdichada
cuando oiga la noticia, su alarido
paseará por la ciudad entera.
Mas no es del caso lamentar en vano
cuando es hora de obrar... y obrar de prisa.
Oh Muerte, Muerte, pon en mí tus ojos,
y vente ya, que allá también de cerca
conversaré contigo... Mas, oh lumbre
que viertes resplandores este día,
lumbre que miro aún... ¡oh Sol que pasas
en tu carro, a ti mando mi saludo
con mi postrer adiós, sí, ya el postrero!
Oh luz del sol, oh de mi Salamina
suelo sagrado, oh base inconmovible
de mi paterno hogar, oh noble Atenas
con tu raza parienta de la mía,
oh manantiales, ríos y llanuras
de Troya, me despido. ¡Adiós! vosotros,
vosotros me nutristeis... Su saludo
postrero Áyax os da... Ya para siempre
sólo hablará a los muertos en el Hades...

Se deja caer sobre su espada, y, muerto instantáneamente, queda oculto en la maleza.

EPIPÁRODO. *Vuelve a entrar el Coro en dos grupos sucesivos.*

SEMICORO PRIMERO

¡Trabajo, y más trabajo, y más trabajo!
¿Por dónde, sí, por dónde
no he caminado yo de arriba abajo?...

Ningún sitio responde
ni me ha visto encontrar lo que rebusco...
¿Qué es eso? ¿no me ofusco?
¿No estoy oyendo ruido?

SEMICORO SEGUNDO

Sí, de tus compañeros, de tu gente.

SEMICORO PRIMERO

¿Y cómo van las cosas?

SEMICORO SEGUNDO

Recorrido
tengo todo el costado del oriente.

SEMICORO PRIMERO

¿Y con algo has topado?

SEMICORO SEGUNDO

Con trabajo sobrado...
pero mis ojos nada han conseguido.

SEMICORO PRIMERO

Tampoco en dirección del sol naciente
al hombre se le ve por ningún lado.

Se juntan los dos semicoros en el proscenio, y comienza un "commos" o diálogo lírico.

CORO

¡Oh, que no haya un pescador,
de los que hacendosos velan
insomnes sobre sus redes,
o alguna olímpica oréada,
o ninfa de los arroyos
que hacia el Bósforo serpean,
que me dé una voz al hombre
de las furiosas querellas,
si es que por acaso errante
lo han visto por estas sendas!

Pues triste es que yo que anduve
rendido en pos de sus huellas
no logre en próspero curso
acercarme adonde cela
sus pasos el hombre enfermo
al que su dolor doblega.

En este momento asoma Tecmesa por el fondo de la escena del lado izquierdo, y es ella la primera en descubrir entre la maleza el cadáver de Áyax.

TECMESA

¡Ay de mí! ¡Ay, ay!

CORO

Un grito
salió de entre las malezas
aquí cerca...

TECMESA, *con muestras de desesperado dolor*

¡Ay desdichada!

CORO

Su esposa ha sido, Tecmesa,
la que cautivó su lanza,
quien, sin ventura, lamenta
poseída de la angustia
que estalla en sus hondas quejas.

TECMESA

¡Perdida! ¡muerta! ¡acabada,
amigos!

CORO

¿Qué ha sido?

TECMESA

En tierra
está tendido nuestro Áyax,
recién muerto, y encubierta

está la espada en el cuerpo
que, sangriento, la rodea.

CORO, *cercando espantado a Tecmesa*

¡Ay! se acabó la esperanza
de una venturosa vuelta...
¡Mataste a tus compañeros:
tu muerte es la muerte nuestra!
¡Príncipe de tristes hados,
mujer de dolor deshecha!

TECMESA

Así son las cosas, sí...
Sólo duelo y llanto quedan...

CORO

Mas él ¿de alguien se valió
para su hazaña siniestra?

TECMESA

La cumplió por propia mano.
Y está bien claro: lo prueba
la espada en que está clavado
y que él mismo fijó en tierra.

CORO

¡Ay de mi ciega locura!
Conque en soledad sangrienta
caíste, sin que un amigo
te contuviese la diestra...
Y yo impróvido... insensato...
no estuve allí en tu defensa...
me descuidé... ¡dónde, dónde
está caído por tierra
Áyax el hosco, el del nombre
que auguraba estas tristezas!

TECMESA, *con inmensa amargura*

¡No, no lo has de mirar! Con este manto
lo he de envolver todo él, pues no hay quien sufra,

si es que le tuvo amor, ver cómo brota
sangre de las narices, cómo fluye
en negro chorro de la roja herida
abierta por su golpe voluntario.
¡Ay! ¿qué haré? ¿quién será de entre los tuyos
el que en sus brazos te levante y lleve?
¿Dónde está Teucro? ¡Oh, que viniese a tiempo,
si al fin ha de venir, a que amortaje
a su hermano caído! ¡Áyax, oh Áyax!
¡Oh malaventurado! ser el que eres
y estar ¡ay! como estás... que aun enemigos
no pudieran negarte unos lamentos...

CORO

¡En esto, en esto tenía
que parar ira tan recia...
—ay, corazón inconforme—
en que horrible fin le dieras
a tu doliente destino
de desventuras sin tregua!
Tales eran, día y noche,
las envenenadas quejas
con que tu odio a los Atridas
desfogaba su braveza.
Fuente de males sin cuento
fue el día de la contienda,
en que se hizo de las armas
premio al más bravo en la guerra.

TECMESA

¡Ay de mí! ¡Ay, ay!

CORO

Al alma
tan genuina angustia llega,
bien lo sé...

TECMESA

¡Ay, ay!

CORO

Muy justo
si una y otra vez lamentas,
cuando de un amor tan grande
lloras la reciente pérdida.

TECMESA

Mientras tú la conjeturas,
yo vivo mi horrible pena...

CORO

Es la verdad.

TECMESA

¡Ay mi niño!
¡qué esclavitud nos espera
con tales amos encima!...

CORO

¡No, qué horror! Con esta queja
has apuntado a un exceso
que a los Atridas hiciera
de una dureza inaudita...
¡Que los dioses los contengan!...

TECMESA

Como si, sin querer suyo,
todo esto no sucediera...

CORO

Carga por demás pesada
es la que encima nos echan...

TECMESA

Y pensar que esto lo amaña
la hija de Zeus, Atena,
la diosa terrible, en gracia
de Ulises...

CORO

Sí, y, alma negra,
estará regodeándose
el de las sabias paciencias.
Vierte sin duda sarcasmos
sobre estas rabiosas penas...
¡Miserable! y los Atridas
lo que le escuchan festejan...

TECMESA

Pues que se rían ellos y se huelguen
por el desastre de Áyax. Cuando vivo,
nada echaban de menos; muerto ahora,
cuando sientan la falta de su lanza,
tal vez empiecen a gemir. Los ruines
el bien no estiman que en las manos tienen
hasta que lo han perdido. Áyax ha muerto.
Más honda es mi amargura que el alivio
que ellos puedan sentir. Para él, es gozo,
pues logró lo que fue su ansia más viva:
la muerte cual la quiso. ¿De qué entonces
se tienen que burlar? Su muerte ha sido
asunto con los dioses, no con ellos.
Ya puede Ulises desmandarse. Necias
todas sus burlas son. Para ellos Áyax
no es nada ya. Mas para mí, se ha ido
dejándome en herencia duelo y llanto.

EPISODIO CUARTO

Se oye el lamento de Teucro que se acerca.

TEUCRO

¡Ay qué desdicha!

CORO

Calla, me parece
oír la voz de Teucro que alza a gritos
el treno que demanda esta desgracia.

TEUCRO

¡Oh Áyax queridísimo! ¡oh hermano,
cuyo rostro era encanto de mis ojos!
¿de veras fue tu suerte la que dicen?

CORO

Sí, Teucro, muerto está: tenlo por cierto...

TEUCRO

¡Ay dura suerte mía... abrumadora!...

CORO

Las cosas así están...

TEUCRO

¡Ay triste, triste!

CORO

Como para gemir...

TEUCRO

¡Qué duro golpe!...

CORO

Sí, Teucro, por demás...

TEUCRO

¡Ay desdichado!
Pero su hijo... ¿qué es de él? En esta tierra
de Troya ¿dónde está?

CORO

Se encuentra solo
encerrado en la tienda.

TEUCRO, *a Tecmesa*

¡Cómo entonces
no lo estás ya trayendo a toda prisa!
que algún malvado de ésos bien pudiera

robarlo como roban al cachorro
de una leona sin león... ¡Al vuelo!
¡corre, corre a salvarlo! Así hacen todos...
ensañarse en el muerto que ha caído...

Sale Tecmesa precipitadamente.

CORO

Por cierto, Teucro, que esto mismo que haces
fue el postrimer afán de Áyax en vida.

TEUCRO, *acercándose al cadáver.*

¡Oh espectáculo éste... el más horrible,
ay, de cuantos jamás vieron mis ojos!
¡oh camino, de cuantos en mi vida
he tenido que andar, el que más recio
hirió mi corazón, éste que anduve
cuando supe tu suerte, Áyax querido,
desalada carrera en busca tuya!
Con tanta rapidez por el ejército
corrió la voz de tu fatal tragedia,
cual si un dios la regara, y al oírla,
aunque tan lejos, lancé yo un gemido,
y ahora al contemplarte estoy deshecho...
¡Ay de mí! Mas descúbrelo, que vea
todo mi mal...

Levanta el corifeo el manto que había tendido Tecmesa sobre el cuerpo de Áyax.

¡Ah! ¡qué horrible espectáculo!
obra de un arrebato de amargura...
¡Te fuiste, mas dejándome sembrada
qué triste mies de angustias! Pues ¿adónde
puedo acogerme yo, o entre qué gentes,
no habiéndote asistido en tu desgracia?
Sí, de seguro, Telamón tu padre,
padre mío también, va a recibirme
con rostro afable y corazón benévolo
cuando llegue sin ti... ¡Más que seguro!
Un hombre así ¡qué va a callar! ¿qué agravios
no ha de lanzarme al rostro?... de bastardo,
de hijo de la mujer que con su lanza
se conquistó en la guerra, de cobarde,

de ruin traidor que a ti, oh Áyax querido,
te abandonó por miedo o con malicia
para adueñarse, muerto tú, del mando
y de la casa tuya... Así ha de hablarme
ese hombre tan colérico y gravoso
en su hosca ancianidad, tan pendenciero
sin razón, por nonadas... Sí, y al cabo
me veré desterrado de mi tierra,
echado de mi casa, con dicterios
que no oyen hombres libres sino esclavos.
Esto en mi hogar... ¿Y en Troya? - enemistades
cuantas puedan soñarse, y poca ayuda.
¡Eso es lo que he sacado con tu muerte!
¡Ay de mí! ¿qué hacer ya? ¿cómo te arranco
de esa bárbara punta que rebrilla,
¡ay hermano infeliz!, hierro asesino
sobre el que se exhaló tu último soplo?
¡Ves cómo al cabo era Héctor quien, ya muerto,
te había de matar! Por Dios, las mientes
en el sino poned de estos dos hombres.
Pues Héctor, con el cinto que de Áyax
recibió por obsequio, viose uncido
al barandal del carro y desgarrado
sin tregua hasta expirar. Y Áyax de Héctor
tenía este regalo, en que la muerte
al golpe halló de su fatal caída.
¿No es de decir que ha sido alguna Furia
la que forjó esta espada, y que ese cinto
textura fue del Hades, fosco artífice?
Lo que es yo no me arredro en dar por cierto
que deben ser los dioses quienes urden
catástrofes como éstas contra el hombre.
Y quien no esté de acuerdo, que se quede,
como yo con lo mío, él con lo suyo.

CORO

No prolongues tus retos, antes piensa
en cómo dar al muerto sepultura
y en lo que habrás de responder bien pronto,
pues veo allá llegar a un enemigo,
el que tal vez, como malvado, venga
a verter su sarcasmo en nuestros males.

TEUCRO

¿Y es alguien del ejército el que miras?

CORO

Aquel por quien estamos en campaña,
Menelao.

TEUCRO

Ya veo: fácilmente
se le conoce cuando está ya cerca.

Llega Menelao con dos acompañantes.

MENELAO, *gritando a Teucro*

¡Tú, he!, que hablo contigo. No me toques
para nada a ese cuerpo. Allí le dejas
tal como está.

TEUCRO

Bueno. ¿Y podrá saberse
por qué te gastas altivez tan grande?

MENELAO

Porque lo quiero yo, y que asimismo
lo quiere el que está al frente del ejército.

TEUCRO

¿Y se puede saber por qué razones?

MENELAO

Porque, cuando creíamos que ese Áyax
venía de su tierra al campo aqueo
en plan de aliado fiel, en plan de amigo,
hecha la prueba, hallamos que resulta
más funesto enemigo que los Frigios.
Pues de todo el ejército amañando
la ruina universal, salió de noche
con el plan de acabarnos a lanzadas.
Y si no apaga un dios ese ardimiento,
nuestra fuera la suerte que le cupo,
y muertos estaríamos con toda
la ignominia del caso, y anduviera
él sano y vivo... Mas cambió las suertes
el dios, de modo que su arrojo fiero

fue a dar en los carneros y rebaños...
En consecuencia a él, a ese cadáver,
no ha de haber quien se ufane de que pudo
proporcionarle sepultura honrosa,
antes tirado por la rubia arena,
pasto será de las marinas aves...

Contiene Menelao el ademán amenazador de Teucro, y prosigue:

Y a esto, no me salgas con violencias.
Si no pudimos domeñarle vivo,
sabremos sujetarle, al menos muerto,
metiéndole en vereda, aunque te opongas,
pues, vivo, no hubo modo de que oyera.
Has de saber que es propio de hombres ruines
ser del montón y osar cerrarse en contra
de quienes mandan con derecho. Nunca
podrán en la ciudad medrar las leyes,
si el temor no la enfrena con firmeza;
ni nunca ha de haber orden en las tropas
sin respaldo de miedo y de respeto.
Y es preciso que el hombre, aunque se vea
con cuerpo de gigante, no se olvide
que puede desplomarlo un leve golpe.
El que junte temor y reverencia
seguro está; y en cambio ten por cierto
que ciudad que permita que su gente
se desmande y proceda por antojos,
aunque próspera bogue, se va a pique.
Temor, pues, a su tiempo y en su punto
no nos falte jamás; y no creamos
que vamos a lograr nuestros caprichos
sin que nos cueste caro. Alternativas
son éstas de la vida. El era el que antes
se calentaba y desmandaba; ahora,
me toca a mí la vez de erguirme altivo.
De modo que te intimo no le entierres,
no sea que, empeñado en enterrarle,
tú también necesites sepultura.

CORO

No está bien, Menelao, que, asentando
tan juiciosos principios, luego vengas
a desmandarte en ultrajar a muertos.

TEUCRO, *hablando al Coro*

¿Cómo admirarse, amigos, de que un hombre
que, por la sangre, es nadie, se desmande,
cuando los que se dan de noble alcurnia
se rebajan a dichos tan groseros?...

a Menelao

Oye... repite, a ver, desde el principio...
¿Conque pretendes fuiste tú quien trajo
a este hombre acá de aliado de los Griegos?
¿No vino por sí mismo, en barco propio,
dueño y señor de sí? ¿De dónde nunca
tú señor de él? ¿de dónde mandarías
a la hueste que él trajo de su tierra?
Viniste acá de rey de Esparta sólo,
no de amo nuestro; ni hubo ley alguna
que en ti pusiese más poder sobre Áyax
que en Áyax sobre ti. Tú acá llegaste
de adalid subalterno, no de jefe
con mando universal ni con derecho
para imperar sobre Áyax. Da tus órdenes
a quienes puedas darlas, y castígalos
con tu verbo arrogante; que yo a éste,
así te opongas tú o el otro al mando,
lo he de enterrar con los debidos ritos,
sin temor a tus retos impudentes.
Que no por tu mujer vino a campaña,
como esas agobiadas gentes tuyas,
sino por su palabra y juramento.
Tú no entrabas en eso para nada,
pues nunca tomó en cuenta a quien no es nadie.
Conque... si acaso vuelves, ven trayendo
más heraldos contigo, y aun, si quieres,
al mismo general, - que por tus fieros,
no pienso yo volver siquiera el rostro,
mientras seas el que eres.

CORO

No me gusta
tampoco este lenguaje en la desgracia:
durezas, aun muy justas, siempre hieren.

MENELAO

¡Los humos que se gasta el flecherito!...

TEUCRO

No es ningún arte vil el de mis flechas.

MENELAO

¡Y qué ancho te pondrías con escudo!

TEUCRO

Aun sin él, yo te puedo, armado y todo...

MENELAO

¡Qué denuedo el que tienes... en la lengua!

TEUCRO

Quien tiene de su parte la justicia
bien puede andar erguido.

MENELAO

¿Y será justo
que el que ya me mataba goce y triunfe?

TEUCRO

¡Ah! ¿te mató? ¡Qué raro! Muerto, vives...

MENELAO

Salvome un dios. Por él, ya habría muerto.

TEUCRO

Si te ha salvado el cielo, no le ofendas.

MENELAO

¿Violando estaré yo leyes divinas?

TEUCRO

Sí, por negarle a un muerto sepultura.

MENELAO

¡A mi enemigo! ¿y qué? ¿no será justo?

TEUCRO

¿Él enemigo tuyo? ¿dónde o cuándo?

MENELAO

Odiaba a quien le odiaba: no lo ignoras.

TEUCRO

Tú le falseaste y le robaste votos.

MENELAO

No le pospuse yo; fueron los jueces.

TEUCRO

Así puedes tapar cualquier torpeza...

MENELAO

Esto para alguien... va a parar en llanto...

TEUCRO

Nada en comparación del que te cause.

MENELAO

¡Tú a éste —te lo digo— no lo entierras!

TEUCRO

¡Yo a éste —te respondo— sí le entierro!

MENELAO

Yo sé de un bravucón que a unos marinos
animaba a embarcarse en tiempo de aguas,
y que quedó sin voz cuando asaltado
se vio de la galerna. Envuelta entonces
la cabeza en el manto, se encogía
pisoteado por todos en el barco.

Así también a ti y a tus bravatas
os ha de hacer callar, tras tanta grita,
ligera nube que en turbión estalle.

TEUCRO

Y yo vi un día a un loco rematado
que hacía fiestas del dolor del prójimo;
y uno al verle —uno a mí muy parecido
y de mi mismo temple— le decía:
"¡Hombre, no! no maltrates a los muertos;
si lo haces, ya verás lo que te viene..."
Así al desventurado aconsejaba
frente a frente; y ahora que te veo,
se me hace no era otro que tú mismo...
Dime ¿estaré yo hablando por enigmas?

MENELAO

¡Me voy! Feo sería se dijese
que castigo de boca a quien pudiera
reducir por la fuerza.

TEUCRO

Vete luego,
más feo es para mí seguir prestando
oído a las insanias de un demente.

Se va furioso Menelao.

CORO

Grave contienda es la que se echa encima...
Con cuanta prisa te es posible, oh Teucro,
trata de hallar cuanto antes una tumba,
húmeda tumba, con la que Áyax logre
memoria sin ocaso entre las gentes.

En este momento aparece Tecmesa
con Eurísaces en los brazos.

TEUCRO

Mas ved qué a tiempo están llegando el hijo
y la esposa del muerto, triste muerto,
a rendirle los últimos honores.

a Eurísaces

Oh niño, ven acá, vente bien cerca
y como suplicante pon las manos
sobre tu padre, el que te dio la vida;
y de rodillas, como quien implora,
sostén entre tus manos estos rizos,
el mío, el de tu madre, el tuyo propio,
prendas de nuestra súplica. Si alguno
del ejército osara con violencia
de este muerto arrancarte, que por malo
muera de mala muerte, y que insepulto
caiga en tierra extranjera, y que su estirpe
segada sea de raíz, al modo
como corto este rizo de mi frente.
Tómalo, niño, y guárdalo, y que nadie
te mueva de tu sitio. En él persiste
postrado de rodillas. Y vosotros
no os quedéis a su lado cual mujeres;
defendedle como hombres, hasta tanto
que vuelva yo de disponer la tumba
que, así se opongan todos, tendrá Áyax.

Se aleja Teucro.

ESTÁSIMO TERCERO

CORO

¿Cuándo, ay, oh cuándo se verá completa
la serie de estos años
tan fecundos en llanto y desengaños,
que al incesante agobio nos sujeta
de trabajos guerreros, aquí en torno
a esta anchurosa Troya que nos reta
para angustia de Grecia y su bochorno?

¡Que antes de tanto azar se hubiese hundido,
en las simas perdido
del éter o del Hades, paradero
que a todos nos espera, quien primero
enseñó a los Helenos el reñido
común certamen de Ares! ¡Lastimero
manantial de mil males!
¡Cuánto por él sufrimos los mortales!

Ni el deleite de grata compañía,
con coronas y copas rebosantes,
me ha dado a mí, ni suave melodía
de flautas resonantes,
ni el nocturno placer de los amores...
dulces amores ¡ay! que él me ha frustrado...
Y en vez de eso, me miro abandonado,
bañado los cabellos de rocío,
sufriendo en esta Troya los rigores
con que me abruma este destierro mío...

Antes era siquiera Áyax bravío
mi escudo contra miedos nocturnales
y dardos de enemigos; mas ahora
ya es víctima infeliz de hados fatales.
¿Qué dicha halagadora,
sí, qué dicha me espera todavía?
¡Oh, que lograse verme donde avanza,
bastión que bate el mar, meseta umbría,
tu promontorio, oh Sunio, y al doblarte,
pudiese en lontananza
al paso, oh sacra Atenas, saludarte!

ÉXODO

o escenas finales

Vuelve Teucro corriendo, seguido de cerca por Agamemnón.

TEUCRO

A toda prisa vuelvo al ver que viene
para acá el soberano del ejército
Agamemnón, quien va a soltar sin duda
sin freno y sensatez su lengua aviesa.

AGAMEMNÓN

¿Conque eres tú de quien me dicen que andas
contra nosotros vomitando injurias,
y sin pagar por ello todavía?
¡Vaya! de haber tenido madre noble,
¡cuál no fuera tu orgullo, con qué entono
no te empinaras, cuando, siendo nada,
te erguiste en pro de quien es como nada,

y juras que nosotros no vinimos
de jefes ni de huestes ni de barcos,
con derecho a mandar sobre los Griegos
o sobre ti! ¡Y que Áyax, según dices,
se hizo a la mar de jefe y dueño propio!
¿No son éstos alardes insufribles
para oírse de boca de un esclavo?
¿Y en defensa de quién alzas el grito
con tanta presunción? ¿Por dónde anduvo
o dónde estuvo él que no estuviera
también yo? ¿O es que no hay entre los Griegos
más hombre que él? Bien caro, me parece,
nos resulta el concurso convocado
por las armas de Aquiles, si es que un Teucro
nos trata a todas horas de traidores
y si es que nunca habéis de resignaros,
vencidos, a ceder ante el dictamen
que dio la mayoría, y andáis siempre
con quejas, con agravios y embestidas
que insidiosos lanzáis los derrotados.
Con tan ruin proceder, no hay ley que pueda
hacer que la respeten, si ha de echarse
de su sitial al vencedor legítimo
y dar el primer puesto a los postreros.
Esto se ha de impedir. No los jayanes
de anchos hombros son siempre los que corren
menos peligro de caer; quien vence
es, sin falla, el más cuerdo y más sesudo.
A un corpulento buey pequeño látigo
basta para regirle en su camino;
pues tal es el remedio que estoy viendo
se te habrá de aplicar a ti bien pronto,
si es que no entras en juicio, tú que alardes
estás haciendo de insolencia libre,
cuando ése ya está muerto y sólo es sombra.
Anda, cálmate ya. Piensa en quién eres,
y ve si en tu lugar acá me mandas
a un hombre libre que tu causa exponga,
pues si eres tú quien hablas, yo no sigo
escuchando. No entiendo lenguas bárbaras.

CORO

¡Juicio y cordura!... Tal el bien más grande
que a entrambos puedo ahora desearos.

TEUCRO

¡Ay! ¡qué pronto se esfuma, pobres muertos,
toda la gratitud que os adeudaban
los hombres, y se torna traicionera,
pues ése no conserva ni memoria,
oh Áyax, de ti, ni para dos palabras...
ese hombre en cuyo amparo tantas veces
luchaste hasta cansarte, aun exponiendo
por él tu vida!... Lo ha olvidado todo...
como si fuera nada... - ¡Oh tú, que tantas
y tan necias palabras has vertido!
¿no recuerdas, pues, ya, de cómo, el día
en que, dentro del campo bloqueados,
ya estabais sin aliento para nada,
y en abierta derrota, Áyax, él solo,
se lanzó y os salvó, cuando las llamas
ya invadían los puentes de las proas,
y sobre las trincheras de las naves
ya daba el salto Héctor? ¿Quién entonces
lo impidió? ¿No fue suya esa proeza,
suya, digo, de aquel de quien pretendes
que nunca estuvo donde no estuvieras?
¿Y entonces no aplaudisteis esta hazaña?
¿Y aquella vez que se enfrentó con Héctor
en duelo sin cuartel, solo con solo,
no obligado por nadie, antes por suerte,
ya que puso la suya entre las otras,
no huidizo terrón de húmeda arcilla,
sino tal que saltase la primera
fuera del casco empenachado? Y éste,
éste fue quien tal hizo, y yo a su lado,
yo el esclavo, yo el hijo de la bárbara.
¡Desgraciado! ¿en qué piensas cuando tomas
tal lenguaje en tu boca? ¿o es que olvidas
que el padre de tu padre, el viejo Pélope,
fue también él un bárbaro de Frigia?
¿y que el padre que a ti te dio la vida,
Atreo, fue impiísimo, a tal punto
que a su hermano brindó, banquete horrible,
la carne de sus hijos? ¿que la madre
de quien naciste tú fue una cretense,
a quien su propio padre, sorprendiéndola
con un amante, condenó a que fuera
pasto en el mar de los callados peces?
Y siendo tal, osas echarle en cara

a un hombre como yo su nacimiento?
¿a mí que a Telamón tengo por padre,
- el que por su valor en el ejército
descolló sobre todos, y que obtuvo
por esposa a mi madre, la princesa
de la sangre real de Laomedonte?
Él, de manos de Heracles, recibiola
como flor del botín. Y así nacido
noble de padres nobles a porfía,
¿voy a afrentar la sangre de mi sangre,
al hombre que, caído en tal desgracia,
quieres ver insepulto, sin siquiera
abochornarte de decirlo? Escucha:
adondequiera que arrojéis a este hombre
arrojaréis tres cuerpos ¿lo has oído?
tres, que caerán a una con el suyo:
que más honroso me es perder la vida,
a la vista de todos, defendiendo
antes a él que no a tu esposa - digo
a la de ése tu hermano... Conque mira
no ya por mí sino por ti: si en algo
piensas hacerme mal, puede que un día
quisieras haber sido antes cobarde
que audaz en arrollarme con tu orgullo.

Antes que pueda responder Agamemnón, se presenta Ulises.

CORO

Príncipe Ulises, cuán a punto llegas
si es, no para enredar este conflicto,
sino para ayudar a solventarlo.

ULISES

Amigos, ¿qué sucede? A la distancia
voces llegué a oír de los Atridas
en discusión sobre este noble muerto.

AGAMEMNÓN

Voces, claro que sí, príncipe Ulises;
pero ¿acaso no estábamos oyendo
los más viles insultos de este hombre?

ULISES

¿Cuáles pues? - que también tiene su excusa
quien a agravios responde con agravios...

AGAMEMNÓN

Crudezas en verdad tuvo que oírme:
pero así eran los males que él me hacía...

ULISES

¿Qué te hizo como daño positivo?

AGAMEMNÓN

Dice no ha de sufrir que sin sepulcro
quede ese muerto, y que ha de sepultarle
pasando sobre mí...

ULISES

¿Será hacedero
que como amigo la verdad te diga
y siga fiel al remo al lado tuyo?

AGAMEMNÓN

Habla: necio sería si no oyera
a mi mejor amigo entre los Griegos.

ULISES

Oye, pues. Por los dioses no toleres
que tan sin compasión quede ese hombre
tirado allí sin sepultura. Cuida
que no a tal punto la pasión te venza,
que el odio a la justicia pisotee.
Pues para mí también era enemigo,
en la hueste el peor, desde que pude
con las armas de Aquiles ufanarme.
Mas con ser tan de veras su contrario,
no le puedo afrentar desconociendo
que fue entre los Aqueos el más bravo
—él, de cuantos a Troya concurrimos,
excepto sólo Aquiles—. No es, pues, justo
que sufra a manos tuyas tal deshonra:
no fuera contra él esa ignominia

sino contra las leyes de los dioses.
A un muerto nunca es justo hacer agravio,
y menos a un valiente, por violento
que sea el odio que contra él nos mueva.

AGAMEMNÓN

¡Tú decir esas cosas! ¡tú, Ulises,
defendiéndole a él en contra mía!

ULISES

Sí, yo. Pues si le odiaba fue tan sólo
mientras odiarle era pasión decente.

AGAMEMNÓN

¿Y no es legal que al enemigo muerto,
sobre odiarle, lo pises?

ULISES

Noble Atrida,
no te goces en triunfos que desdoran.

AGAMEMNÓN

No es fácil a los reyes ser piadosos...

ULISES

Pero sí enaltecer a los amigos
que los guían al bien con sus consejos.

AGAMEMNÓN

El súbdito leal rendirse debe
a quienes mandan.

ULISES, *conciliador*

Basta... ¿qué más mando
que dejarte vencer por quien te quiere?

AGAMEMNÓN

Pero piensa a quién haces tus favores...

ULISES

A un enemigo, es cierto, mas a un tiempo
a quien, mientras vivía, fue tan noble...

AGAMEMNÓN

¿En qué quedas? ¿así a un enemigo
vas a reverenciar?

ULISES

En mí más puede
lo que vale que el odio que me inspira.

AGAMEMNÓN

Hombres así son para dar sorpresas...

ULISES

Tantos, amigos hoy, luego enemigos...

AGAMEMNÓN

¿Y ésos son los amigos que tú encomias?

ULISES

A uno encomiar no puedo: al que se obstina...

AGAMEMNÓN

Vas a hacer que hoy parezca yo un cobarde...

ULISES

Lo que parecerás es hombre justo
en concepto de todos.

AGAMEMNÓN

¿Tu consejo
es, pues, que admita que a ese muerto entierren?

ULISES

Ése mismo: que al fin también un día
en eso he de parar...

AGAMEMNÓN

Igual que todos...
cada cual sólo mira por sí mismo...

ULISES

¿Y por quién, pues, es justo que yo mire
antes que por mí mismo?

AGAMEMNÓN

Dese entonces
por tuyo lo que se haga, y no por mío.

ULISES

Como quiera que sea, será siempre
nobleza y bondad tuya.

AGAMEMNÓN

En todo caso
es a ti, no lo olvides, a quien quiero
hacer este favor, y otros mayores;
ése en cambio, entre vivos o en las sombras,
siempre estará sujeto al odio mío.
Lo que tengas que hacer, puedes hacerlo.

Se retira Agamemnón.

CORO

¡Hombre sin juicio el que te ha visto actuando,
y no confiesa, Ulises, tu cordura!

ULISES, *a Teucro*

Y ahora digo a Teucro que si he sido
antes un enemigo, tanto ahora
amigo suyo soy; que a este difunto
ayudar quiero a sepultar; que quiero
hacer todo por él sin dejar nada
de cuanto debe hacerse por un héroe.

TEUCRO

Nobilísimo Ulises, sólo tengo
palabras de alabanza por las tuyas.

Inesperadamente mis temores
tu bondad extremada desvanece;
pues siendo el enemigo más violento
que Áyax tenía entre los Griegos todos,
sólo tú valeroso le acudiste,
y, viéndole tendido, no aguantaste
que un vivo tan vilmente se cebara
en un muerto indefenso, cual lo hacían
ese atronado general y esotro
su hermano, que acá vienen y pretenden
dejar tirado en tierra este cadáver
sin dejarlo enterrar... Que en justa pena
el Padre que domina en el Olimpo,
la Furia que no olvida y la Justicia
que ejecuta sus fallos, los destruyan
con mal fin, tal como ellos a este hombre
hundir quisieron con oprobio indigno.
Mas, hijo de Laertes el anciano,
me da recelo permitir que pongas
tu mano en estos ritos funerales,
no sea que el difunto se resienta.
Puedes en lo demás prestar tu ayuda
y traer del ejército al que quieras:
eso no ha de afectarnos. Pero sabe
que en ti un amigo vemos generoso.

ULISES

Bien hubiera querido; mas pues veo
que no os place que tome parte activa,
tu decisión acepto, y me retiro.

Vase Ulises.

TEUCRO

Basta ya, que la tardanza
se ha alargado por demás.
Unos id a abrir la fosa
aprisa; otros preparad
el caldero sobre el trípode
para la ablución ritual;
un grupo vaya a la tienda:
de allí cuantas armas hay
que cubre el escudo, traiga.
Tú, hijo mío, ven acá,
toca al cuerpo de tu padre
con amorosa piedad,

y esfuérzate en darme ayuda
que lo podamos alzar,
pues aún caliente y negra
le brota sangre vital.
¡Ea, todos los que amamos
a este hombre, vamos ya!
¡vamos presto, en su servicio
poniendo el mayor afán,
pues no se habrá puesto nunca
por quien lo merezca más,
- más que Áyax el grande en todo,
antes de tan triste azar!

CORO

En muchas cosas la experiencia sola
enseña lo que son, y no hay mortal
que pueda presagiar, antes que pasen,
cómo en ellas le irá.

FILOCTETES

Lo que sabía el espectador ateniense antes de empezar la representación

Camino de Troya, los jefes griegos abandonaron al paso en la isla de Lemnos a Filoctetes, rey de Melia, por verlo inutilizado para la guerra. Había sido mordido en el pie por una serpiente, y se le había enconado terriblemente la herida.

Durante los diez años que duró la guerra de Troya, en Lemnos vivió Filoctetes en el mayor desamparo y horrenda miseria. Al cabo de este tiempo supieron los Griegos por un oráculo que Troya no caería si no venía en persona Filoctetes a disparar contra ella el arco divino que había heredado de Heracles.

Ulises se comprometió ante el ejército a traer a Filoctetes y convencerle que ayudase al ejército griego a terminar con éxito el asedio de Troya. Empieza el drama en el momento en que desembarca en Lemnos en compañía de Neoptólemo, hijo de Aquiles, de quien pretende servirse para reducir a Filoctetes.

De conformidad con la leyenda, el drama termina con felicidad, pero después de trágicas vicisitudes.

PERSONAJES:

FILOCTETES, *rey de Melia, abandonado y enfermo*
ULISES, *rey de Ítaca*
NEOPTÓLEMO, *hijo de Aquiles*
HERACLES, *semidiós, protector de Filoctetes*
Mercader fingido, agente de Ulises
CORO *de marineros de Neoptólemo, con su* CORIFEO

La escena en la playa de Lemnos frente a la cueva de Filoctetes algo en alto entre las peñas, y a la que se llega por un caminito en cuesta.

FILOCTETES

PRÓLOGO

o escenas iniciales

El escenario representa una playa arenosa y estrecha, sobre la que caen a pico las rocas de un acantilado. En éstas, a cierta altura, se abre la boca de una cueva, delante de la cual se extiende una pequeña plataforma. Entran por la izquierda Ulises, Neoptólemo y un acompañante, marinero de su tripulación.

ULISES

La playa es ésta, sin pisada de hombres,
de la desierta Lemnos que el mar ciñe.
Vástago del más bravo entre los Griegos,
hijo del gran Aquiles, oh Neoptólemo,
aquí fue donde al Melio hijo de Poyas,
años atrás abandoné, por orden
que tuve para hacerlo de los príncipes.
Fuente de pus era su pie, comido
por úlcera voraz; no nos dejaba
atender con sosiego al sacro culto,
turbando el campamento de continuo
con sus llantos y gritos... Pero basta,
no es la ocasión para discursos: tiemblo
no se vaya a enterar de mi venida,
con que echaría a pique el plan que traigo
para adueñarme de él. Llegó la hora
en que es imprescindible tu concurso.
Averigua primero en los contornos
si hay una cueva con entrada doble,

tal que en invierno ofrezca en ambas bocas
cómodo asiento al sol, y en el verano
al sueño invite con la suave brisa
que corra por el túnel. Más abajo
debe haber una fuente, por la izquierda,
si es que no se ha secado. Cauteloso
acércate y por señas dame aviso
de si lo hallas así o si ha cambiado.
Podré decirte luego lo que falta
para coronar juntos esta empresa.

NEOPTÓLEMO, *subiendo por un sendero que serpea entre las rocas*

Príncipe Ulises, cuatro pasos sobran
para cumplir tu encargo: me parece
que estoy viendo la cueva que has descrito.

ULISES

¿Dónde? ¿arriba o abajo? No la veo.

NEOPTÓLEMO

Acá arriba; y no hay ruido de pisadas.

ULISES

Cuidado no esté allí, tal vez dormido.

NEOPTÓLEMO

Vacía está la habitación, no hay nadie.

ULISES

¿Y señas de vivienda, o provisiones?

NEOPTÓLEMO

Por todo ajuar hay un montón de pajas,
tosco jergón en que se acuesta alguno.

ULISES

¿Ninguna cosa más?

NEOPTÓLEMO

Sólo este vaso,
mal vaciado tarugo, obra sin arte...
¡ah! y un rescoldo aquí...

ULISES

Todo eso es suyo,
sus tesoros...

NEOPTÓLEMO, *que ha cruzado la cueva y vuelve después de haberse asomado un instante a la abertura de atrás*

¡Qué horror! y ahí unos trapos
que se secan al sol, llenos de podre...

ULISES

Ya no hay duda, aquí vive y anda cerca:
pues correrse a distancia mal podría
quien ya por tanto tiempo enfermo arrastra
el ulcerado pie. Si es que ha salido,
será a buscar comida, o tal vez hierbas
que halle para su llaga en el contorno.
Quede ese paje tuyo allí a la mira,
no me sorprenda el Melio de improviso,
que, a fe, gustara de saciar su saña
más en mí que en los Griegos todos juntos.

NEOPTÓLEMO, *bajando a la playa al lado de Ulises*

Bien, ya va el paje a vigilar la senda;
si quieres algo más, puedes decirlo.

ULISES

La empresa a que has venido, hijo de Aquiles,
pide tu apoyo leal; no bastaría
con tu presencia sola. Si algo nuevo,
algo que nunca oíste, oyes ahora,
disponte a dar tu ayuda: ése es tu oficio.

NEOPTÓLEMO

¿Y cuál es tu mandar?

ULISES

Que a Filoctetes
prendan mañosamente tus palabras.
Preguntará quién eres y de dónde;
contesta: Hijo de Aquiles (este punto
no hay para qué ocultar). Di que te vuelves
a tu isla, abandonando el campo griego,
de insanable rencor el alma herida:
pues los que a puros ruegos alcanzaron
traerte de tu reino, cuando a Troya
asaltar no podían sin tu ayuda,
al verte en medio de ellos se atrevieron
a negarte las armas de tu padre
que reclamabas como herencia justa,
dándoselas a Ulises. - (Aquí sueltas
las más bravas injurias que a la boca
te vengan contra mí... ¡no han de dolerme!)
Antes dejar de hacerlo fuera causa
de la ruina común de los Argivos:
pues si su arco no viene a nuestras manos,
no podrás nunca tú rendir a Troya.
Pero entiende primero a qué se debe
que puedas tú abordarle sin peligro
y no lo pueda yo. Tú no viniste
por palabra jurada, ni a la fuerza,
ni en la primera expedición; yo en cambio
nada puedo negar si eso me achacan.
Si él, pues, dueño de su arco, llega a verme,
soy hombre muerto; y por andar conmigo
perdido estás también. Nuestra maniobra
a esto debe tender, a que tú seas
quien le sustraiga las invictas armas.
Hijo mío, bien sé que no eres hombre
para decir ni para armar engaños.
Pero dulce ganancia es la victoria...
resuélvete! - que trances en la vida
sobrados hay para ostentar virtudes.
¡Un breve día sin pudor, una hora,
ponte en mis manos!... y la vida entera
te queda para oír que te apellidan
el más puro y piadoso de los hombres...

NEOPTÓLEMO

Lo que de sólo oírlo me repugna,
horror me diera hacerlo, Laertíada.

¡No nací yo para muñir bajezas,
ni yo, ni, según dicen, aquel héroe
a quien debo mi ser! Por dolo, nunca.
Si es a la fuerza, bien... mi ayuda puedo
prestar para prenderle. Contra tantos
él nada ha de poder con un pie solo.
Y yo, como hoy al fin vengo a tus órdenes,
no quisiera tampoco traicionarte.
Pero entiéndelo, príncipe, prefiero
limpia derrota a una victoria aleve.

ULISES

Hijo de noble padre, cuando joven,
era lo mismo yo: lengua dormida,
mano lista a la acción; pero en los lances
de la vida aprendí que en este mundo
quien gobierna es la lengua, y no las manos.

NEOPTÓLEMO

Mas ¿qué quieres de mí sino que mienta?

ULISES

A engaño has de prenderle, eso te digo.

NEOPTÓLEMO

¿A engaño? ¿y no es mejor con persuasiones?

ULISES

No querrá. Y a la fuerza, es imposible.

NEOPTÓLEMO

¿Qué tiene que le infunda tanta audacia?

ULISES

Flechas certeras, infalible muerte.

NEOPTÓLEMO

¿Ni acercársele entonces puede nadie?

ULISES

Nadie, si no es con dolo, como he dicho.

NEOPTÓLEMO

¿Pero el mentir no tienes tú por torpe?

ULISES

No, si puede salvarnos la mentira.

NEOPTÓLEMO

Mas ¿cómo he de mentir yo así de frente?

ULISES

Con ganancia a la vista, no se duda.

NEOPTÓLEMO

¿Y qué gano con que él a Troya venga?

ULISES

Pues que, sin su arco, no se rinde a Troya.

NEOPTÓLEMO

¿No la rindo, pues, yo, como dijisteis?

ULISES

Ni tú a solas sin él, ni él sin tu ayuda.

NEOPTÓLEMO

Si es así... ¡venga el arco a nuestras manos!

ULISES

Doble renombre con lograrlo ganas.

NEOPTÓLEMO

Me dices cuál, y a tu querer me rindo.

ULISES

Tendrás fama de sabio y de valiente.

NEOPTÓLEMO

Ea, se hará. ¡Toda vergüenza fuera!

ULISES

¿Recuerdas bien el plan que te he trazado?

NEOPTÓLEMO

No dudes, una vez que lo hice mío.

ULISES

Muy bien, quedas aquí y aquí le aguardas;
yo me voy, por temor de que me encuentre,
y a la nave me llevo al centinela.
Al mismo, si es que veo se prolonga
vuestra conversación en demasía,
lo volveré a mandar, mas disfrazado
de patrón de navío, pues importa
no sea conocido. Del embrollo
extraño que refiera, toma al vuelo
lo que entiendas ser útil, hijo mío.
Esto queda a tu cargo; yo a la nave
me vuelvo, y que nos guíen en la empresa
Hermes, dios del engaño, y la Victoria,
Atena Polias, que me salva siempre.

Se retira Ulises por la izquierda con el paje; Neoptólemo vuelve a encaminarse lentamente hacia la cueva. El Coro, compuesto de quince marineros, servidores suyos, hace su entrada, llenando la playa.

PÁRODO

o canto de entrada del Coro,
en forma de diálogo lírico.

CORO

Extraño en playa extraña, amo querido,
frente al hombre a quien roe la sospecha,

que me adiestres te pido
para callar y hablar lo que aprovecha.
Talento que descuelle en el consejo
¿a quién pedirlo, sino al hombre que alza
en sus manos el cetro, áureo reflejo
del divino poder que al rey ensalza?
Y este poder sublime
llega a ti por legítima ascendencia.
Abre los labios, hijo mío, dime
en qué deba prestarte mi obediencia.

NEOPTÓLEMO

Ahora que está ausente, su morada
querrás ver en la roca. Ven sin susto.
Mas cuando asome el caminante adusto,
dueño de este palacio, la mirada
fija siempre en las señas que te hiciere,
cumple sagaz lo que el deber requiere.

CORO

Viejo cuidado que jamás descuido
me recuerdas, oh rey: que vigilante
tenga puesto el sentido
en mirar por tu bien en todo instante.
Pero muéstrame ahora
la extraña cueva en que de asiento mora,
y, si sabes, el sitio adónde ha ido.
Preciso es que lo entienda,
no vaya a sorprenderme inadvertido,
volviendo de improviso a su vivienda.
¿Cómo es el sitio, pues? ¿se ven acaso,
dentro o fuera, las huellas de su paso?

NEOPTÓLEMO

Aquí ves su mansión de doble puerta,
la cueva que es alcoba de su sueño...

CORO

- pero ahora desierta:
¿adónde se ha marchado el triste dueño?

NEOPTÓLEMO

Seguro estoy que en busca de comida
aquí por los contornos va arrastrando
la dolorosa huella... Ésa es su vida
de soledad y de infortunio infando.
Alguna presa logran derribarle,
según cuentan, sus dardos voladores;
pero no hay quien se llegue a visitarle
ni traiga algún remedio a sus dolores.

CORO

¡Quién insensible a tal miseria queda!
Nadie a su cabecera desolada...
nadie nunca a su mesa con quien pueda
cruzar una mirada...
Solo, solo por siempre con su herida,
fiera que no se amansa, el alma ansiosa,
perpleja, sin salida
en cada nuevo apremio que le acosa...
¿Cómo aguanta tan negra desventura?
¡Oh misteriosos hados!
¡Mortales desdichados
cuando excede el destino la mesura!

¿Que un hombre que en linaje compitiera
con todo lo más noble y lo más alto,
se vea en tal dolor, de todo falto,
en torpe soledad, como una fiera
entre fieras pintadas o lanudas,
hambriento, dolorido, abandonado,
rendido al torcedor desesperado
de las penas más crudas!
Y en tanto, sólo el Eco, al son atento,
desde lejos repite su lamento...

NEOPTÓLEMO

Yo de nada me espanto, y si algo atina
en esto mi sentir, traza divina
fue la llaga primera
que la enconada Crises le infligiera.
Y el mal que tan sin término se aplaza
para él, en desamparo tan secreto,
también tiene que ser divina traza,
y yo así lo interpreto:

Dueño de armas divinas, no podía
blandirlas contra Troya antes de hora,
sino esperar el día
en que fijó el destino que caería
rendida a su pujanza vencedora.

CORO

¡Silencio ya!

NEOPTÓLEMO

¿Qué pasa?

CORO

Suena ruido,
cual de hombre que el dolor atenacea...
¿De aquí?... ¿de allá?... No sé... Hiere mi oído
con claridad ahora, voz de herido
que lento forcejea
por arrastrarse en su camino... Escucho
de lejos ese grito que no engaña:
suena tan claro... Es de quien sufre mucho,
grito brotado de la viva entraña...

Hijo, atiende...

NEOPTÓLEMO

¿Y a qué?

CORO

Nuevos cuidados
te han de preocupar: ya no está lejos,
ya llega, y no con cantos acordados
de alegres zagalejos
—flautas entre balidos—.
Viene dando alaridos,
tal vez porque tropieza, o porque avista
la bahía sin naves y se atrista...
mas llega al son de fúnebres quejidos.

EPISODIO PRIMERO

Viene Filoctetes avanzando a través de su cueva, y asoma de frente por la boca de ella que da al mar.

FILOCTETES, *con extraordinaria sorpresa*

¡Oh! ¿qué es esto? ¡aquí gente!...
¿Quiénes sois? ¿de qué patria habéis llegado
a esta tierra sin puertos, solitaria?
¿de qué ciudad venís? ¿cuál vuestra estirpe?
Lo dice vuestro traje... es corte griego...
¡oh vista para mí grata entre todas!
Mas vuestra voz es lo que oír ansío...

Como no responden en seguida, prosigue apresurado:

No os esquivéis de miedo, no os asuste
este aspecto salvaje, antes piadosos
por compasión de un hombre miserable,
abandonado y solo, sin amigos,
herido por la suerte, abrid los labios
ya que venís de paz...
¡Qué! ¿no hay respuesta?
Hablad, que de esto al menos es lo justo
no me privéis a mí ni yo a vosotros.

NEOPTÓLEMO

Pues que esto sea lo primero, amigo:
Ya que saberlo quieres, somos Griegos.

FILOCTETES

¡Oh dulcísimo son! ¡que tal saludo
de joven tan gentil mi oído halague
después de tanto tiempo! Di, hijo mío,
¿qué afán, qué empresa acá trae tu barco?
¿quién te me ha dado? ¿cuál de entre los vientos
el más amigo, cuál? Dímelo todo,
sepa quién eres tú.

NEOPTÓLEMO

Yo soy de Esciro,
la cercada del mar; vuelvo a mi patria;
mi nombre, hijo de Aquiles, Neoptólemo:
todo lo sabes ya.

FILOCTETES

¡Ay, hijo mío,
cuánto amé yo a tu padre, y a tu tierra,
y al viejo Licomedes que a su lado
dichoso te crió! ¿Cuál es la causa
de este tu viaje, di? ¿de dónde vienes?

NEOPTÓLEMO

Pues de Troya mi barco ahora llega.

FILOCTETES

¿De Troya? Si no estabas tú en las naves
que allá nos transportaron al principio...

NEOPTÓLEMO

Ah, ¿conque fuiste tú de esos primeros?

FILOCTETES

¡Ay, hijo, bien se ve que ni vislumbras
a quién tienes delante!

NEOPTÓLEMO

Mal pudiera
reconocer a quien jamás he visto.

FILOCTETES

¿Ni has oído mi nombre, ni los males
en que hasta hoy mi vida se consume?

NEOPTÓLEMO

Sabe que nada sé de cuanto dices.

FILOCTETES

¡Oh qué infeliz! ¡qué odiado de los dioses!
¡Verme como me veo, y que hasta ahora
ni rumor de ello haya llegado a casa
ni a punto alguno de la Grecia toda!
...¡Y esos que aquí me echaron, almas negras,
se están riendo y guardan su secreto,
mientras mi llaga sin cesar rebrota
y cada día más pujante crece!
Hijo, retoño espléndido de Aquiles,
yo soy aquel de quien oíste acaso
que las armas de Heracles señorea:
soy el hijo de Poyas, Filoctetes,
a quien los dos Atridas, conjurados
con el de Cefalonia, en esta isla
tan sin pudor abandonaron solo,
solo como me ves, víctima inerme
de tan horrible enfermedad, herido
con esa envenenada mordedura
de la serpiente matadora de hombres...
¡Con mi llaga, hijo mío, me dejaron!
Me tendieron aquí, y alzaron vela,
cuando al paso abordaron en su viaje
desde el peñón de Crises. Satisfechos
al verme adormecido tras las bruscas
sacudidas del mar, en esta playa,
debajo de esta peña, me dejaron
y se fueron, poniéndome a la vera
unos andrajos viles, bien a tono
con mi suerte, y un poco de alimento...
¡Prueben un día parecidos trances!
Piensa ahora, hijo mío, cuál sería
mi despertar del sueño, al verlos idos,
mis llantos al mirarme en tal miseria,
lejos las naves de mi propia flota,
y nadie junto a mí, nadie en mi ayuda,
nadie que en mi dolencia me aliviara...
Miré en torno, y no vi ningún repuesto
sino de angustia, y de ésta, hijo, sobrado...
Pasaron, mes tras mes, las estaciones,
y era preciso en mi morada estrecha
valerme por mí mismo para todo.
Remedio de mis hambres, este arco:
al vuelo él me cazaba las palomas;
y cuando algo lograba echar a tierra

la flecha disparada, hasta cogerlo
iba arrastrando mi sangrante herida,
paso a paso, infeliz. Todo faltaba,
el agua indispensable, y en invierno
cuando el hielo cundía, alguna leña,
para cortar. Yo mismo iba en su busca
con mi tullido pie, siempre arrastrando...
¿Y el fuego que no había? Largamente
dando piedra con piedra, al fin consigo
hacer brotar la chispa en ella oculta,
y tengo el fuego con que vivo ahora:
que al fin, un techo y fuego es cuanto basta,
si no es ¡ay! que mi pie sigue lo mismo.
Mira ahora, hijo mío, qué tal isla
es ésta en la que estoy. No hay marinero
que a ella venga queriendo, pues no tiene
ni puerto donde anclar, ni factoría
donde vender, ni casas ni hospedaje.
No viene para acá gente con juicio.
Claro que algunos llegan sin quererlo
—larga es la vida y sus azares muchos—.
Éstos, hijo, al hallarme, de palabra
me mostraban piedad; hasta les debo
un poco de comida, alguna ropa.
Mas una cosa nadie nunca quiso
cuando lo supliqué: llevarme a casa.
Y así vivo muriendo, en desventura,
diez años ya, con hambres y miserias,
cebando siempre esta insaciable llaga.
Esto es lo que me han hecho los Atridas
y Ulises, hijo mío. ¡Que los dioses
suerte igual les deparen por castigo!

CORO

La compasión que al verte otros tuvieron,
la misma estoy sintiendo, hijo de Poyas.

NEOPTÓLEMO

Yo a mi vez la verdad de tus palabras
también puedo abonar con mi experiencia:
como tú las maldades he probado
de ambos Atridas y el violento Ulises.

FILOCTETES

¡Atridas maldecidos! ¿conque víctima
también has sido tú de sus desmanes
y hierves en rencor?

NEOPTÓLEMO

¡Oh, que este enojo
espada en mano desfogar pudiera,
con que Esparta y Micenas comprobasen
si Esciro engendra o no mozos valientes!

FILOCTETES

¡Magnífico, hijo mío!, mas con ellos
¿cómo has llegado a tan sentido encono?

NEOPTÓLEMO

El ultraje que de ellos he sufrido,
hijo de Poyas, en mi viaje a Troya,
escucha, aunque me duele. Cuando el Hado
dictó fallo de muerte contra Aquiles...

FILOCTETES

¡Ay! no me digas más; contéstame antes:
¿muerto, dices, el hijo de Peleo?

NEOPTÓLEMO

Muerto, sí, pero no por mano de hombre,
sino de un dios: según es fama, Apolo
fue quien le derribó con su saeta.

FILOCTETES

Excelso el flechador, grande el caído...
No sé qué hacer primero, si llorarle
o seguir inquiriendo, hijo, tus quejas.

NEOPTÓLEMO

Creo que hartos dolores son los tuyos
para no andar llorando los ajenos.

FILOCTETES

Cierto. Vuelve a contarme tu querella,
y cómo fue su agravio y demasía.

NEOPTÓLEMO

En regia nave de galana proa
Ulises con el ayo de mi padre
vinieron a decirme —yo no supe
si era cierto o mentira— que los Hados,
una vez que mi padre había muerto,
a nadie, salvo a mí, permitirían
asaltar los alcázares de Troya.
No hice esperar, amigo, la respuesta:
oír esto y partir, todo fue uno.
Primero por mi padre: ansiaba verlo
antes de que le dieran sepultura,
pues no le conocía. Mas a un tiempo
me aguijaba la alegre perspectiva
de que yo fuese el que rindiera a Troya.
Con dos días de viaje a remo y vela,
divisamos el lúgubre Sigeo.
Desembarco; el ejército se apiña
con gozosos saludos: juran todos
que verme es ver a Aquïles. Entre tanto
él yacía cadáver. Con mis lágrimas
regué por breve tiempo sus despojos,
y a los Atridas, que supuse amigos,
fuime a pedir las armas de mi padre
y cuanto fuera de él. ¡Ay, qué respuesta
fue la que hube de oír! ¡aún me indigna!
"Cuanto fue de tu padre, me dijeron,
todo puedes llevarte, hijo de Aquiles;
mas dueño de sus armas ya es ahora
otro guerrero, el hijo de Laertes".
Rompí en llanto, estallaron en mi pecho
rabia y dolor. - "Malditos, ¿cómo osasteis
—les grito— dar mis armas a un extraño,
y sin contar conmigo?" Y ese Ulises
que estaba por allí sale diciendo:
"Sí, mozo, me las dieron, y bien dadas,
pues salvé yo las armas y al difunto".
Ciego de ira, prorrumpo en maldiciones,
sin callar improperio que supiera,
sobre si un hombre tal había de irse
con armas que eran mías... No es colérico,

pero esta vez, sin poder más, estalla
él también, por la injuria escandecido:
"¡Haber estado tú donde yo estuve,
—gritome— y no al resguardo, en talanquera!
Ea, por deslenguado y atrevido,
a Esciro tendrás que irte sin las armas..."
Tal hube de escuchar; tal fue la injuria
que al regresarme a casa dentro llevo,
robado de lo mío por Ulises,
malvado vil y raza de malvados...
Si bien más culpa que él tienen los reyes:
ellos son la ciudad y el campamento,
y todo el mal que se hace es fruto siempre
de maestros que enseñan perversiones.
Acabé ya. Quien odie a los Atridas
conmigo cuente y cuente con los dioses.

CORO, *con súbito arranque lírico*

Diosa de las montañas, fuente de toda vida,
madre del mismo Zeus, tú que altiva refrenas
el undante Pactolo de las áureas arenas,
a ti subió mi súplica buscando tu acogida
a favor de este joven, allá en la misma Troya,
cuando en él los Atridas su soberbia agotaron,
y al hijo de Laertes las armas entregaron,
la divina armadura de Aquiles, regia joya.
¡Reina, reina dichosa, recobra esos tesoros,
tú que montas leones matadores de toros!

FILOCTETES

La prenda, amigos, que traéis es clara,
la de un mismo dolor y sentimiento,
y suenan tan igual las dos historias,
que, en la vuestra, evidente reconozco
la obra de los Atridas y de Ulises.
Bien conocido tengo a ese bellaco,
lista la lengua a toda villanía,
siempre que un torpe fin tiene por meta.
No, no es ése mi asombro, sino que Áyax,
que el gran Áyax, viendo eso, lo sufriese.

NEOPTÓLEMO

Áyax ya no vivía... Nadie, amigo,
al vivir él, me hubiera así robado.

FILOCTETES

¿Qué has dicho? ¿Ido él también? ¿también difunto?

NEOPTÓLEMO

Sí, deja de contarlo entre los vivos.

FILOCTETES

¡Triste de mí! Ya sé quiénes no mueren:
ni el hijo de Tideo, ni ese espurio
de Sísifo, comprado por Laertes...
¡Por qué vivirán ésos!

NEOPTÓLEMO

Bien lo has dicho;
con todo has de saber que en el ejército
pocos son los que igualan su fortuna.

FILOCTETES

¿Y qué es del viejo amigo, el noble Pilio?
¿vive Néstor? Él sí tenía a raya
con su entereza y tino a esos protervos.

NEOPTÓLEMO

Mal está ahora, muerto su hijo Antíloco,
que nunca se apartaba de su lado.

FILOCTETES

¡Ay dolor, que has nombrado a los dos héroes
a quien menos quisiera ver difuntos!
¡Qué porvenir, oh dioses, nos espera,
si éstos los muertos son, y vive Ulises
que debiera estar muerto en lugar de ellos!

NEOPTÓLEMO

Ladino luchador, lo es, Filoctetes;
pero dan sus traspiés los más ladinos...

FILOCTETES

Mas, por Zeus, ¿dónde estaba en tu apretura
Patroclo, tan querido de tu padre?

NEOPTÓLEMO

Muerto, muerto también... Decir cabría
que la guerra no mata nunca al malo,
sino siempre y sin falla a los mejores.

FILOCTETES

Doy fe de que es verdad; y por lo mismo,
de uno saber quisiera, hombre sin mérito,
pero lengua temible y avisada...

NEOPTÓLEMO

Sin duda a Ulises tal retrato pinta.

FILOCTETES

No hablaba de él. Había un tal Tersites,
que atinaba a charlar con más porfía
cuando más hartos de él estaban todos:
¿vive aún?

NEOPTÓLEMO

No lo vi, mas sé que vive.

FILOCTETES

Y es lógico: lo malo nunca muere.
Tiernos cuidan los dioses a los peores,
y aun parece se gozan en traernos
del Hades lo más vil y más perdido,
y en llevarse a los buenos y virtuosos...
¿Qué pensar? ¿qué decir? Uno a los dioses
loar quisiera... y se los halla injustos.

NEOPTÓLEMO

Lo que es yo, noble hijo del rey de Eta,
de hoy más sabré guardarme, y desde lejos
a Troya miraré y a los Atridas.
Donde se precia más al ruin que al noble,
donde lo honrado se hunde y medran viles,
no cabe que allí busque mis amigos.
Me basta Esciro, peñascal escueto,
basta para mi casa y mis amores.

Cambiando bruscamente de tono

Y a mi nave me voy. ¡Hijo de Poyas,
adiós, amigo, adiós! Que de tus males
te remedien los dioses, cual deseas.

Al Coro

Nosotros vamos ya; que en cuanto un soplo
de viento nos dé el dios, alcemos ancla.

FILOCTETES, *estupefacto*

¿Cómo, hijo, os queréis ir?

NEOPTÓLEMO

Sí, más prudente
es esperar la brisa junto al barco.

FILOCTETES, *en un arranque de trágica angustia*

¡Oh, por tu padre y por tu madre, hijo,
por los amores de tu hogar, te imploro,
en esta soledad no me abandones
solo entre estas congojas, las que has visto,
las que has podido oír que son mi vida!
Leve aumento de carga inesperada,
eso puedo yo ser en tu navío,
carga molesta, es cierto, muy molesta,
bien lo sé; pero aguanta: al alma noble
lo vil repugna, y hacer bien es gloria.
Dejar esto, es manchar tu limpia fama;
hacerlo, es conquistarte el premio insigne
de un renombre sin par, si por ti llego,
vivo por ti, hijo mío, a tierra etea.
¡Ánimo! no es trabajo ni de un día:
con tal de que me lleves, me das sitio
donde quieras, al fondo, a proa, a popa,
donde menos moleste mi presencia.
¡Por Zeus que ampara al suplicante, asiente!
¡Déjate persuadir! Ves cómo caigo
ante ti de rodillas, aunque apenas
valerse puede el infeliz tullido...
¡Mas no me dejes solo, otra vez solo,
lejos de humanas huellas! Antes sálvame,

llevándome contigo o a tu casa,
o hasta Eubea, mansión de Calcodonte.
De allí no me quedara sino un paso
al Eta y a los altos de Traquinia,
y a las gratas riberas del Esperquio,
donde a mi amado padre me presentes...
si bien hace años temo que haya muerto,
pues tantas veces le mandé recados
por los que aquí pasaban, suplicándole
mandase algún navío a recogerme...
Mas si no ha muerto aún, será sin duda,
que esos mis mensajeros, como es obvio,
sin pensar en mi encargo dolorido,
al propio hogar el curso apresuraban.
Mas, ya que tengo en ti quien puede juntos
llevarse la persona y el recado,
¡apiádate de mí! sálvame, y piensa
que para los mortales es la vida
continuado vaivén de angustia y riesgo,
unas veces en pie y otras caídos.
Quien libre esté de penas, considere
que a la puerta está el mal; quien vive próspero
cuide no le sorprenda la desgracia.

CORO, *apoyando la ficción de Neoptólemo*

Compadécete, oh príncipe, de este atleta que lucha
en el rudo palenque de tan largos pesares...
—¡que el cielo a cuantos amo libre de estos azares!—
Mas si de los Atridas tu alma abomina, escucha:
torna el mal que te hicieron en bien de este cuitado,
dale un puesto en tu nave que por el ponto vuela,
llévale adonde el ansia de sus llantos anhela,
y devuelve a sus lares al triste desterrado.
A mi consejo, príncipe, blando el oído inclina,
y evitarás discreto la venganza divina.

NEOPTÓLEMO

Tan complaciente ahora... mas quién sabe
si al compartir de cerca su dolencia,
no te hartes pronto y hables de otro modo.

CORO

No hay cuidado que nunca tal reproche
puedas echarme en cara justamente.

NEOPTÓLEMO, *al Coro, señalando a Filoctetes*

Ea, vergüenza fuera que en su ayuda
mi afán menor que el tuyo apareciese.
Vamos al mar. Póngase en marcha pronto:
no ha de negarse el barco a transportarle.
Sólo una cosa pido, que los dioses
con ventura nos saquen de esta tierra
y nos lleven al puerto que anhelamos.

FILOCTETES

¡Oh día venturoso! ¡oh dulce amigo!
y vosotros, queridos marineros,
¡cómo pudiera en obras demostraros
la inmensa gratitud que mi alma siente!
Vamos, hijo, - mas antes despidiéndonos
de ésta, que siendo un antro inhabitable
hube de llamar casa, porque veas
de qué he vivido y qué ánimo fue el mío;
pues ni su sola vista, estoy seguro,
nadie hubiera sufrido, y mucho menos
la amarga realidad. Yo en dura escuela
aprendí a tolerar tanto infortunio.

CORIFEO, *viendo a dos hombres encaminarse en dirección a la cueva.*

Deteneos, veamos: aquí vienen
dos hombres, uno de ellos de tu nave,
desconocido el otro; habrá que oírles
antes que entréis los dos bajo la roca.

MERCADER *Es el paje de la escena primera, cuya venida, bajo este disfraz de mercader, había anunciado Ulises. Viene acompañado de un marinero.*

Pedile, hijo de Aquiles, a este joven
que montaba la guardia en tu navío
junto con otros dos, que me dijese
dónde pudiera hallarte. Sin pensarlo
me he topado contigo, echando el ancla
casualmente en el mismo fondeadero.
Un barco tengo yo con poca gente,
y de Troya me vuelvo rumbo a casa,
a Pepareto de las lindas viñas.
Cuando entendí que esos marinos todos
eran remeros tuyos, pareciome
no proseguir mi viaje a la callada
sin contarte primero algunas cosas,
y merecer con esto lo que es justo.
Pues bien pudiera ser que nada sepas
de lo que harto te importa, de unos planes
que han armado hace poco los Argivos
con respecto de ti; - mal dije planes,
hechos más bien en vía de cumplirse.

NEOPTÓLEMO

Las gracias que te debo, forastero,
por tal solicitud, sabré pagarlas
como quien soy. Te escucho, expón los planes
que traes tan recientes desde Troya.

MERCADER

Viene en tu busca el barco del anciano
Fénix y de los hijos de Teseo.

NEOPTÓLEMO

¿A llevarme de a malas o de a buenas?

MERCADER

No sé; te estoy contando lo que supe.

NEOPTÓLEMO

¿Y sólo por dar gusto a los Atridas
Fénix y esos dos mozos se han metido
en una empresa tal con tanto celo?

MERCADER

Sabe que es cosa hecha; pronto llegan.

NEOPTÓLEMO

¿Cómo no se prestó para ello Ulises
dando él mismo el recado? ¿Tuvo miedo?

MERCADER

Cuando entraba yo al mar, saliendo estaban
él y el Tidida en busca de otro hombre.

NEOPTÓLEMO

¿De otro has dicho? ¿y a quién así en persona
puede Ulises buscar?

MERCADER, *señalando a Filoctetes*

Un hombre había...
- Pero primero, ¿quién es ése, dime?
(y lo que sea me respondes quedo).

NEOPTÓLEMO

¿Que quién es? - El famoso Filoctetes.

MERCADER

Ni una pregunta más; a toda prisa
dispón de ti y escapa de esta tierra.

FILOCTETES, *molesto por el aparte*

Hijo, ¿qué dice? ¿qué anda en cuchicheos
traficando contigo de mis cosas
ese maestre?

NEOPTÓLEMO

No lo sé yo mismo:
va a tener que hablar claro, que lo entiendas,
y yo lo entienda y todos los presentes.

MERCADER

No me acuses después ante el ejército
si hablo lo que no debo, hijo de Aquiles;
que al fin me pagan bien lo que les sirvo,
como pobre que soy, en pequeñeces.

NEOPTÓLEMO

Enemigo soy yo de los Atridas,
y porque este hombre lo es también, le tengo
por mi amigo mejor. Si tú me buscas
mirando por mi bien, es necesario
que de cuanto has oído nada ocultes.

MERCADER

Verás lo que haces, hijo.

NEOPTÓLEMO

Ya lo he visto.

MERCADER

Te haré a ti responsable.

NEOPTÓLEMO

Hazlo y habla.

MERCADER

Hablo pues. Contra éste a toda vela
se viene encima el par que antes he dicho,
el Tidida y Ulises. Han jurado
que lo traen de a buenas, si se deja,
y a la fuerza si no. Los Griegos todos
se lo han oído a Ulises bien resuelto,
más seguro que el otro de lograrlo.

NEOPTÓLEMO

¿Y qué tendrán en mientes los Atridas
para poner los ojos en este hombre
después de tantos años? ¿No son ellos
los que todo este tiempo le han tenido
abandonado aquí? ¿Qué los impulsa?
¿deseo propio? ¿imposición de lo alto?
¿o divina venganza que reprime
al fin el mal?

MERCADER

Puedo explicarlo todo,
pues parece que ignoras estos lances.
Había en Troya un adivino, Héleno,
nobilísimo hijo del rey Príamo.
Fue preso por Ulises, cierta noche
en que a solas salió de los reales
ese Ulises que tantos motes feos
ha tenido que oír. Con sus cadenas
en medio de los Griegos lo exhibía,
linda presa en verdad. El adivino,
entre una multitud de predicciones,
les pronunció este oráculo: que nunca
saquearían a Troya, si primero
con blanda persuasión no conseguían
obtener que este hombre allá se fuese,
la isla dejando en la que ahora vive.
Oír Ulises esto al agorero,
y al punto ofrece ufano a los Argivos
que él trae a Filoctetes y lo pone
en medio del ejército. De a buenas
pensaba cautivarle; mas de a malas
le sabría forzar, si resistía.
"De no lograrlo, puede —dijo a todos—
el que quiera cortarme la cabeza..."
Lo sabes todo, hijo. Mi consejo:
Vuela de aquí con todo el que te importe.

FILOCTETES, *sofocado de indignación*

¡Menguado yo! ¿conque juró esa peste
que me presentaría a los Argivos,
llevándome de a buenas? ¡Tan de a buenas
del Hades volveré después de muerto
al mundo de la luz,... como su padre!

MERCADER

De eso no entiendo yo. Voyme a mi barco,
y que en todo los dioses os asistan.

Vase el mercader seguido del marinero.

FILOCTETES

¡Qué locura, hijo mío! ¡Y ha podido
imaginarse ese hijo de Laertes
que a mí, con falsas voces zalameras,
me fuera a reducir, y en su navío
llevarme a presentarme ante los Griegos!
- ¡Jamás! Antes que de él, en pos me iría
de esa que es mi enemiga más odiada,
la cruel sierpe que me tiene inválido...
Pero ese hombre es así, capaz de todo,
de decir todo y de atreverse a todo.
Y ahora va a venir. Pronto, hijo mío,
vamos, que un ancho mar se tienda en medio
entre nuestro navío y el de Ulises.
Vamos; que trae la oportuna prisa,
pasado ya el afán, sueño y descanso.

NEOPTÓLEMO

Bien, saldremos tan pronto como caiga
ese viento de proa que es adverso.

FILOCTETES

No hay viento malo para huir de males.

NEOPTÓLEMO

Mas para ellos también contrario sopla.

FILOCTETES

Para el pirata todo viento es bueno,
si asalto o robo en perspectiva tiene.

NEOPTÓLEMO

Entonces no haya más: toma de adentro
lo que más necesites o desees,
y nos vamos...

FILOCTETES

Es cierto, algunas cosas
he de necesitar, aunque no hay mucho
en que andar escogiendo.

NEOPTÓLEMO

¿Cosas dices
de que repuesto no halles en mi nave?

FILOCTETES

Una yerba conservo que me sirve
para mi herida y sus dolores calma.

NEOPTÓLEMO

Tómala, pues, - ¿qué más llevar deseas?

FILOCTETES

Tengo que ver si se ha escurrido acaso
alguna de mis flechas, que no quiero
que allí queden a que otro las recoja.

NEOPTÓLEMO

Entiendo. Según eso, ¿ése que llevas
es el arco famoso?

FILOCTETES

Bien has dicho,
éste es y ningún otro, el que en las manos
teniendo estoy.

NEOPTÓLEMO

¿Y podré yo en las mías
tomarlo y contemplarlo de más cerca,
como a cosa divina haciéndole honra?

FILOCTETES

Este y cualquier favor, que esté a mi alcance,
hijo, te haré, si aprovecharte puede.

NEOPTÓLEMO

Deseo, sí lo tengo, ilusión viva;
pero lo entiendo: en caso de ser lícito,
si no, lo dejas.

FILOCTETES

Reverente y puro
es tu lenguaje, y lícito el deseo
que sientes, hijo: pues que tú, tú solo
me has devuelto a la luz del sol de vida,
y me vas a hacer ver mi tierra etea,
a cuantos amo y a mi anciano padre,
y me sacas erguido de debajo
los pies de mis odiados enemigos.
Feliz tú, que a tus manos irá el arco
para en ellas tenerlo y darlo luego
a quien te lo entregó. Podrás gloriarte
de que entre los mortales fuiste el único
que en premio a su virtud pudo tocarlo,
pues yo también, si lo disfruto ahora,
lo tengo en premio de un favor insigne.

NEOPTÓLEMO

No me pesa de haberte conocido
y verme amigo tuyo; pues quien paga
con tanto bien el bien que recibiera,
es amigo que vale por tesoros.
Entra a la cueva ya.

FILOCTETES

Y entra conmigo
tú también, que mi mal el ansia siente
de tu confortadora compañía.

Se internan Filoctetes y Neoptólemo dentro de la cueva. Canta el Coro.

ESTÁSIMO PRIMERO

CORO

No lo han visto mis ojos,
pero sé que al demente
que osó tender la mano seductora

al tálamo de Zeus, el prepotente
Cronida en sus enojos
lo derribó a la rueda giradora.
Mas ni he visto ni nunca se ha contado
de algún mortal, en quien más recio el Hado
vertiera sus rigores,
que en éste, que de culpas inocente,
honrado y justo, tan indignamente
se consume entre angustias y dolores.
Lo que me pasma es cómo, cómo aguanta:
las oleadas del mar con vasto estruendo
baten su soledad, y tan horrendo
y lloroso vivir no le quebranta...

No tiene otro vecino que a sí mismo,
yace sin movimiento,
no hay quien, cuando le asalta el paroxismo,
alivie su tormento.
Gime, y no hay eco de gemido humano
que a su dolor responda,
cuando comprime en vano
la sangre de su herida que se ahonda.
Y cuando se desborda en flujo ardiente
la llaga enfurecida,
no hay quien aduerma y corte la corriente
con hojas que la tierra complaciente
brinde para la cruda acometida.
Él mismo, en cuanto amaina su tortura,
a rastras por el suelo se desliza
acá o allá, cual niño sin nodriza,
donde espera aliviar su desventura.

No han sido su alimento los primores
que en frutos vierte la sagrada tierra,
ni cuanto el hombre gana con sudores.
El hambre adormecía,
a las aves del cielo haciendo guerra
con las flechas que su arco despedía.
¡Y pensar que en diez años, desdichado,
una copa de vino no ha escanciado,
sin más para su sed que el agua muerta
que en charcos descubría
oteando en torno a su mansión desierta!

Mas el cerco hoy traspasa
de su infortunio. Al fin grande y colmado

hoy se ha de ver. A un joven ha encontrado,
hijo de noble casa,
que al vuelo de su nave surcadora,
tras tantos años, a sus patrios lares
le llevará gozoso: adonde mora
la tropa de las ninfas tutelares
de Melia, en las riberas del Esperquio,
donde en lo alto del Eta,
desde la pira en llama
subió a los dioses el divino atleta
del escudo broncínco,
entre el brillo fulmíneo
con que su padre triunfador le aclama.

EPISODIO SEGUNDO

NEOPTÓLEMO, *saliendo de la cueva con Filoctetes*

Avanza ya, si quieres. Mas ¿qué tienes
que tan callado estás y como atónito?

FILOCTETES, *conteniéndose*

¡Ay! ¿qué me pasa? ¡ay!

NEOPTÓLEMO

Sí, ¿qué te pasa?

FILOCTETES, *disimulando*

Nada grave, hijo, sigue.

NEOPTÓLEMO

¿Son fatigas
de tu habitual enfermedad?

FILOCTETES

No es eso;
antes parece que este mismo instante
me siento ya más aliviado... ¡Ay dioses!

NEOPTÓLEMO

¿Por qué así gimes y a los dioses llamas?

FILOCTETES

A que me traigan salvación y alivio...
¡ay, ay, ay!

NEOPTÓLEMO

Pero ¿qué es lo que te duele?
¿no lo dirás al fin? ¿sigues callando?
Algo grave te pasa; está a la vista...

FILOCTETES, *sin poder disimular más*

¡Me muero, hijo! Imposible... ya no puedo
ocultaros mi mal... ¡Ay! me traspasa,
me traspasa, infeliz... ¡ay! ¡ya no aguanto!
Muerto soy, hijo mío, me devora,
¡hijo, no puedo más! ¡qué horror, me muero!
- ¡Un puñal! por los dioses, si lo tienes
allí a mano... ¡Al talón! ¡un tajo, pronto!
¡un tajo y me lo siegas! No hay cuidado,
no he de morir por eso... ¡Date prisa!

NEOPTÓLEMO

¿Qué novedad es ésta que te arranca
de súbito tan tristes alaridos?

FILOCTETES

Ya sabes, hijo.

NEOPTÓLEMO

Pero ¿qué es?

FILOCTETES

Ya sabes...

NEOPTÓLEMO

No hay tal; yo nada sé.

FILOCTETES

¿Qué estás diciendo?
¿Cómo que no lo sabes? ¡Ay, qué espanto!...

NEOPTÓLEMO

¡Tremenda enfermedad, incomportable!

FILOCTETES

Tremenda, ay, indecible... ¡Tenme lástima!

NEOPTÓLEMO

¿Qué puedo hacer por ti?

FILOCTETES

¡No me abandones!
no tengas aprensión: por intervalos
así viene, sin duda cuando se harta
de rondar todo el cuerpo.

NEOPTÓLEMO, *emocionado*

¡Qué desdicha,
si nada, nada falta a tus dolores!
¿Te sostendré? ¿te alargaré la mano?

FILOCTETES

¡No! todo menos eso... ¡El arco! el mismo
que hace un rato pedías, mientras dure
este acceso mortal que tengo encima,
sé tú su defensor... Porque me invade
el sueño, cuando afloja el paroxismo;
y sin esto no pasa; no hay remedio
sino dejarme quieto, que repose.
Y si en el entretanto acá llegaren
esos dos, por los dioses, te suplico
que nunca, ni por malas, ni por buenas,
ni por ningún ardid, dejes que caiga
el arco en su poder, si no es que quieres
ser causa de tu ruina y de la mía
que soy tu suplicante.

NEOPTÓLEMO

No te inquietes;
quedo a la mira yo: no estará el arco
sino en tus manos o en las mías. Venga,
y que venga con él suerte dichosa.

FILOCTETES, *entregándole el arco*

Recíbelo, hijo mío, y que tus ruegos
de los celos divinos te defiendan,
no cause el arco en ti tantos estragos
como en quienes primeros lo tuvimos.

NEOPTÓLEMO

Concedednos, oh dioses, esta gracia,
y la de un viaje venturoso y rápido
adonde un dios nos guía y encamina.

FILOCTETES, *al sentir el recrudecimiento de una segunda crisis*

Ay, hijo, temo que es tu ruego en vano:
empieza ya a brotarme gota a gota
de lo hondo de la llaga negra sangre,
rezumadero horrible... Ya lo siento,
se viene algo peor... ¡Ay, ay, me acabo!
¡Ay mi pie! ¡ay qué horror! ¡a qué tortura
me vas a someter!... Ya se me acerca...
se me echa encima... ¡ay infeliz!... Os ruego,
¡no huyáis de mí! Ya veis lo que esto ha sido...
¡Qué horror, qué horror! ¡Ay, Cefalenio odiado,
y quién me diera ver estos dolores
tu pecho traspasar de parte a parte!...
¡Ay, una y otra vez! ¡Oh par de jefes,
Agamemnón y Menelao, qué ansias
de que este mal cebéis en carnes propias
igual tiempo que yo! ¡Ya no resisto!
...¡Oh Muerte, Muerte, un día y otro día
estarte yo llamando, y tú no escuchas!
¡cuándo vendrás! ¡Ay hijo, ay noble joven!
carga conmigo y tírame en la hoguera
de ese volcán de Lemnos... Sé valiente:
valor tuve yo un día para hacerlo
con el hijo de Zeus, por esas armas
que ahora cuidas tú... ¿Qué dices, hijo?

¿qué dices? ¿por qué callas? ¿en qué piensas?
¿en qué, hijo mío?...

NEOPTÓLEMO, *hondamente conmovido*

Va sintiendo mi alma
la angustia de los males que te agobian.

FILOCTETES

Con todo ten buen ánimo: el ataque
viene agudo, mas pasa en breve tiempo.
¡Pero, te ruego, no me dejes solo!

NEOPTÓLEMO

No tengas aprensión; aquí quedamos.

FILOCTETES

¿Cierto que no te vas?

NEOPTÓLEMO

Está seguro.

FILOCTETES

Bien, no quiero obligarte a un juramento.

NEOPTÓLEMO

¡A qué! si irme sin ti no me es posible...

FILOCTETES

¡Tu mano como prenda!

NEOPTÓLEMO

Aquí la tienes:
prenda de que quedamos.

FILOCTETES, *delirando*

¡Pronto llévame,
llévame ya!...

NEOPTÓLEMO

¿Y adónde, pues?

FILOCTETES

¡Arriba!

NEOPTÓLEMO

¡De nuevo desvariando! ¡y esos ojos
volteados y perdidos en el cielo!

FILOCTETES

¡Suelta, suéltame ya!

NEOPTÓLEMO

¿Soltarte? ¿adónde?

FILOCTETES

¡Suelta, te digo!

NEOPTÓLEMO

No es posible.

FILOCTETES

¡Suelta!
¡me matas si me tocas!

NEOPTÓLEMO

Ya te suelto,
si en ti volviendo estás.

FILOCTETES

¡Oh Tierra, acógeme!
no me sostengo en pie, ya esto es la muerte...

Cae en tierra.

NEOPTÓLEMO, *al Coro*

A juzgar por los síntomas, muy pronto
le habrá vencido el sueño: la cabeza

hacia atrás va cayendo sin sentido,
por todo el cuerpo va el sudor brotando,
y rompe ya la sangre en negro chorro
corriendo del talón. Vamos, amigos,
dejémosle, que el sueño le domine.

Filoctetes queda profundamente dormido.

SEGUNDO ESTÁSIMO

en forma de diálogo lírico

CORO

¡Oh Sueño, Sueño,
que no sabes de angustias ni dolores!
¡Favorece mi empeño,
ven cual soplo de brisa, no demores!
¡Rey de la dicha pura,
ante sus ojos tiende el claro velo
de esa luz que ha calmado su tortura!
¡Ven, Curador, disipa mi recelo!

Incitando a Neoptólemo a abandonar a Filoctetes.

Hijo, ¿y qué haces ahora?
¿cuál tu paso siguiente en este avance?
Ya le estás viendo: ¡a la obra sin demora!
Ser hábil y oportuno en cada lance
es lo que da la palma triunfadora.

NEOPTÓLEMO

Cierto es que no nos oye, mas cuán fútil
fuera llevar el arco sin el dueño...
¡qué mentira tan vil y tan inútil,
si ganarle no logra nuestro empeño!
Suya —lo quiere el dios— es la victoria;
sin él toda esperanza es ilusoria.

CORO

Hijo, velar por esto al dios le toca.
- Mas al ir otra vez a responderme,
no salga de tu boca

sino un hilo de voz: duerme y no duerme,
y sin mirada mira
el que en el potro del dolor suspira.
Mas tú, tu empeño pon, todo el que puedas,
en aquello, en aquello... —ya entendiste—,
sin hacerte sentir... Mas si te quedas
a cuidarle, y en él tu afán persiste,
¿cómo no ver en cuánto mal te enredas?

¡Nuestra, nuestra la brisa!
Sin ojos, sin defensa está el cuitado
en su noche sumido... ¡Aprisa, aprisa!
¡Buen sueño el de la siesta!
No mueve pie ni mano, ni contesta,
como muerto en el Hades sepultado...
Dispón de mí, pero dispón prudente:
a lo que alcanzo, el plan más acertado
es el que menos riesgos represente.

TERCER EPISODIO

NEOPTÓLEMO

¡Silencio, y no turbarse! Ya le veo
que abre los ojos y alza la cabeza.

FILOCTETES

¡Oh luz, que al despertar así me acoges,
oh grata inesperada compañía
de mis huéspedes! Hijo, nunca pude
esperar tanto bien: así aguantarme,
así cercar mi sueño tan piadosos...
¡Ah! no tuvieron pecho los Atridas
para hacer otro tanto, ellos los célebres
capitanes invictos. Tú tan noble
y de tan nobles padres, lo has mirado
como lo más sencillo, sin hastiarte
de tanto mal olor y tantas quejas.
Mas pues al fin parece que ya logro
alguna tregua en que mi mal olvide,
ayúdame, hijo mío, a levantarme
y a ponerme de pie; ya va pasando
la angustia y laxitud. Quiero estar presto
para ir al barco y no atrasar el viaje.

NEOPTÓLEMO

Qué gusto el verte vuelto a tus sentidos
mirando y respirando sin dolores,
contra toda esperanza, pues los síntomas,
juzgando por tu estado, eran de muerte.
Ea ¿te alzas tú mismo? ¿o tal vez quieras
que te cargue mi gente? De buen grado
lo hará, pues que ya estamos convenidos.

FILOCTETES

Gracias, hijo, prefiero yo la ayuda
que me ofreciste tú; deja a tu gente,
no se vayan a hastiar antes de tiempo
del mal olor; les basta la molestia
que les tengo que dar dentro del barco.

NEOPTÓLEMO

Bien, ponte en pie y en este brazo estriba.

FILOCTETES

Ya voy: muy grande ayuda es la costumbre.

NEOPTÓLEMO, *turbado*

¡Ay, ay de mí! ¿y ahora? ¿qué hago ahora?

FILOCTETES

¿Qué es, hijo? ¿divagando? ¿qué pretendes?

NEOPTÓLEMO

No atino ya ni qué decir, ni cómo.

FILOCTETES

Que no atinas... No digas esas cosas.

NEOPTÓLEMO

Ya me tiene sin habla el desconcierto...

FILOCTETES

¿No es que te está arredrando de llevarme
la molestia tal vez de mi dolencia?

NEOPTÓLEMO

Todo es molestia cuando el hombre olvida
de quién nació, y en obras viles se hunde...

FILOCTETES

Mas tú en nada desdices de tu padre
dando a quien lo merece noble ayuda.

NEOPTÓLEMO

Me han de tener por vil... mi angustia es ésa...

FILOCTETES

Por lo hecho, no; tal vez por lo que dices.

NEOPTÓLEMO

¡Oh Zeus! ¿qué hacer? - me cerca doble infamia:
traidor silencio o confesión torpísima...

FILOCTETES

Si no falla mi juicio, trama el joven
alzar vela a traición, abandonándome...

NEOPTÓLEMO

Yo abandonarte... no; mas me atormenta
lo que habrá de dolerte tu jornada...

FILOCTETES

Hijo mío, ¿qué dices?... No te entiendo.

NEOPTÓLEMO, *confesando atropelladamente*

No te lo oculto más: vamos a Troya,
al ejército griego, a los Atridas.

FILOCTETES, *dando un alarido*

¡Oh!... ¡qué has dicho!...

NEOPTÓLEMO

No gimas mientras no oyes...

FILOCTETES

¿Qué más tengo que oír? ¿Cuál es tu intento?...

NEOPTÓLEMO

Lo primero sanarte; y la llanura
de Troya luego devastar contigo.

FILOCTETES

¿Ése es tu plan de veras?

NEOPTÓLEMO

A la fuerza;
no hay forma de eludirlo, no te enojes.

FILOCTETES

¡Perdido soy! ¡Traición, traición! ¡qué has hecho!
¡dame, huésped, al punto, dame el arco!

NEOPTÓLEMO

Imposible... El deber, la conveniencia
obedecer me mandan a mis jefes...

FILOCTETES, *estallando en ira*

¡Tizón de infierno, abominable monstruo,
obra maestra de maldad! ¿qué has hecho?
¡cómo engañarme así! ¿no te abochornas
viendo ante ti burlado al suplicante
que se postró a tus pies, hombre malvado?
Robarme el arco es acabar mi vida...
¡Devuélvemelo ya... ponlo en mis manos,
hijo mío, te ruego, te suplico!
Por tus dioses paternos, no me quites
la vida así... ¡Piedad! ves mi miseria...

- Mas no, ya no me dice una palabra,
vuelve el rostro, resuelto a no cederlo...
¡Oh ensenadas, oh rudos farallones,
fieras del monte, compañeras mías,
rocas salvajes, con vosotras lloro
—ni ¿quién más me ha de oír?— sí, con vosotras
que tanto tiempo me escuchasteis, lloro
lo que un hijo de Aquiles hoy me ha hecho!...
Juró llevarme a casa,... y es a Troya
adonde va llevándome... La diestra
me dio en prenda de fe, y mi arco tiene,
arco sagrado del divino Heracles,
para alzarse con él ante los Griegos...
Me va a arrastrar de aquí, cual si yo fuera
hombre capaz de resistir... Sin duda
no ve que no se lleva sino a un muerto,
sombra de humo, fantasma sin substancia...
Tuviera yo mi fuerza... ¡a ver si nunca
me lograra prender, si aun al tullido
no ha podido apresar sino por dolo!
¡Ay desdicha la mía! ¿qué hago ahora?
Mas no... dame lo mío, y aunque tarde
vuelve a tu propio ser... ¿Qué dices? ¿callas?
Calla, sí... ¡Desdichado, estoy perdido!
- ¡Cueva, mi vieja cueva de dos puertas,
vuelvo a ti... pero ¿cómo? - Desarmado,
sin tener ya con qué vivir! A solas
me voy a consumir entre tus muros.
Ni ave del cielo, ni animal del monte
caerá bajo mis flechas; yo indefenso
brindaré con mi muerte regia mesa
a quienes me nutrieron; seré caza
de quienes yo cacé; dará mi sangre
justa paga a la sangre que he vertido...
¡Y es todo esto, ay de mí, la obra de un hombre
a quien juzgué incapaz de mal alguno!
¡Maldición!... Pero no, que todavía
puedes cambiar... ¡Si no, muere maldito!

CORO

¿Qué hacemos? Tú dirás si es de irnos, príncipe,
o de seguir oyendo aquí las súplicas
de este hombre.

NEOPTÓLEMO, *con creciente turbación*

Lo que es yo... siento que me entra
extraña compasión al contemplarle...
no sólo ahora, no, sino hace tiempo...

FILOCTETES

¡Sí, piedad, por los dioses, hijo mío!
y tu nombre no entregues a la infamia
engañándome así...

NEOPTÓLEMO

¡Qué horrible lance!
¿qué hacer? ¡cuánto mejor no hubiera sido
nunca salir de Esciro! ¡oh, qué congoja!

FILOCTETES

Si no eres malo tú... Te han enseñado
hombres malvados a mentir torpezas...
Déjales sus mentiras, y alza el ancla
después de devolverme el arco mío.

NEOPTÓLEMO, *al Coro*

¿Qué resolver, amigos?

Desconcertado, hace ademán de devolver el arco a Filoctetes, cuando Ulises, que, inquieto por la tardanza, había venido a ponerse al acecho tras una roca cercana, irrumpe repentinamente en la escena.

ULISES

¡Ah, bergante!
¿qué ibas a hacer? ¡El arco, venga el arco!
¡a mí me lo has de dar!

FILOCTETES

¡Horror! ¿qué escucho?
¿quién llega ahí? ¿no estoy oyendo a Ulises?

ULISES

A Ulises en persona: me estás viendo...

FILOCTETES

¡Traición! ¡vendido estoy! ¡él, él ha sido
el del engaño y robo de mis armas!

ULISES

Yo mismo y ningún otro: estoy conforme.

FILOCTETES *a Neoptólemo*

¡Devuelve el arco, hijo, dame mi arco!

ULISES

Eso jamás, aun caso que él quisiera;
antes te vienes tú con arco y todo,
o éstos a viva fuerza harán que marches.

FILOCTETES

¡Villano y atrevido! ¡a mí tu gente
me vendrá a hacer violencia!

ULISES

Si tú mismo
no te resuelves a venir de grado...

FILOCTETES

¡Oh Lemnos, oh fulgor omnipotente
de estas llamas que en ti prendiera Efesto,
será de tolerar que éste a la rastra
ose de tu dominio arrebatarme!

ULISES

Es Zeus, porque lo sepas, Zeus quien rige
esta tierra y lo manda; yo obedezco.

FILOCTETES

¡Oh ser abominable! ¡qué falsías
no inventarás artero! Con los dioses
te escudas, y es hacerlos mentirosos...

ULISES

No tal, sino veraces. Ponte en marcha.

FILOCTETES

¡Jamás!

ULISES

¡En marcha, digo, y obedece!

FILOCTETES *con sarcástica indignación*

¡Triste de mí! Mi padre, por lo visto
ser de esclavo me ha dado, y no de libre...

ULISES, *tratando de calmarle*

No digo eso; al contrario: tú has nacido
igual a los más grandes, y con ellos
debes tomar a Troya y devastarla.

FILOCTETES

¡Jamás! he dicho... ni aunque mil miserias
tenga yo que sufrir, mientras me yergo
sobre esta playa abrupta...

ULISES

¿Qué pretendes?

FILOCTETES

Tirarme a los escollos aquí mismo,
y bañarme en mi sangre...

ULISES, *a los guardas que le acompañan*

¡No lo dejéis moverse!

FILOCTETES, *al sentir que le echan mano*

¡Manos mías,
a qué os veis reducidas, por faltaros
el arco amado! - a ser la fácil presa
de ese hombre sin honor... ¡Alma de cieno,

incapaz de nobleza, así tus redes
de nuevo me has tendido, y me has cazado
maniobrando a la sombra de este joven
desconocido para mí, tu víctima,
y a quien mejor le fuera andar conmigo!
Nada ha sabido sino hacer callado
cuanto le mandan, y el dolor ya muestra
del mal en que cayó, del que me ha hecho.
Mas tu alma vil que en turbios escondrijos
está siempre al acecho, le ha adiestrado,
a quien nada sabía ni quería,
en la ciencia del mal, y ahora piensas
maniatado arrancarme, oh miserable,
de esta playa en que tú me echaste un día
lejos de todo amigo, sin amparo,
sin patria, ¡ay infeliz!, muerto entre vivos...
¡Maldito! - eso he clamado muchas veces
al cielo contra ti; pero los dioses
ya nada dulce quieren darme: triunfas,
yo en angustia y dolor la vida arrastro,
mientras te burlas tú con los Atridas,
los dos amos que alquilan tus servicios.
¡Y pensar que al principio los seguiste
enlazado con maña y con violencia,
al par que yo, tres veces desdichado,
voluntario partí con siete naves!
¡Y el premio de ello es para mí la infamia
de este destierro, de que tú los culpas
y ellos a ti!... ¿Y ahora qué pretende
vuestro empeño en llevarme? ¿con qué fines
me queréis violentar? Para vosotros
años hace que he muerto, ya no existo.
¿Conque ahora, enemigo de los dioses,
yo ya no soy el cojo, el maloliente?
Y si me embarco con vosotros, ¿cómo
podréis hacer en paz los sacrificios
y libaciones? ¿o no fue el pretexto
ése para arrojarme de las huestes?
¡Mal rayo os parta a todos!... y seguro
que así ha de ser, por la conducta inicua
que tuvisteis conmigo, si a los dioses
importa la justicia; y les importa,
bien claro está: si no, ¿cómo estuvierais
aquí en busca de un hombre miserable,
si no os forzara el aguijón divino
a venir en pos de él? Mas no, ¡venganza!

¡venganza, aunque tan tarde, oh patria mía,
oh dioses que veláis sobre los hombres,
si me tenéis piedad, vengadme de ellos!
Dolorosa es mi vida, mas con todo,
si los viese yo muertos, me daría
por libre de este mal que me consume.

CORO

Duras quejas, Ulises, duro pecho
que, amargado, no cede en sus dolores...

ULISES, *irónico*

Hartas cosas pudiera contestarle,
si me viniese a cuento; basta una.
Yo estoy a tono con lo que hace falta:
si hace falta viveza, yo soy vivo;
si justicia y piedad, más pío y justo
que yo no se hallará; sólo una cosa
busco en todo, salirme con la mía.
Mas voy a hacer una excepción contigo:
me rindo yo ante ti. Ya está, soltadle,
no le toquéis, dejadle que se quede.
Son nuestras ya tus armas: no haces falta,
pues tenemos a Teucro que maneja
el arco a perfección; y por mi parte,
creo tener tan buena puntería
y que, respecto al arco, allá nos vamos.
¿Qué falta vas a hacer? ¡Ahí te quedas
para pasearte en Lemnos a tu gusto!
Vámonos. Va a brindarme tu tesoro
gloria y fama que hubieron de ser tuyas.

FILOCTETES

¡Oh suerte atroz! ¿qué hacer? ¡tú engalanado
ante los Griegos con las armas mías!

ULISES

Ni una palabra más: ya estoy de viaje...

FILOCTETES

¿Y te vas tú con él, hijo de Aquiles,
así, sin un adiós de despedida?...

ULISES, *a Neoptólemo*

Sal pronto, ni le mires; si se ablanda
tu noble pecho, arruinas nuestra obra.

FILOCTETES, *al Coro*

¿También os vais, amigos? ¡tan sin duelo
os queréis alejar, abandonándome!

CORO

Quien en nosotros manda es este joven:
lo que él diga y disponga, eso decimos.

NEOPTÓLEMO

Se burlarán tal vez de mi blandura...
mas con todo, quedaos, si él lo quiere,
el tiempo que se tarden los marinos
para tener a punto la partida,
y que hacemos plegarias a los dioses.
Ojalá se reporte en este plazo.
Vamos los dos; y estad vosotros listos
para venir al punto que os llamemos.

Se alejan con dirección a la nave Neoptólemo y Ulises. Neoptólemo va llevándose el arco.

ESTÁSIMO TERCERO

en forma de diálogo lírico

FILOCTETES

¡Oh cavidad de mi espelunca umbría,
un día ardiente, helada al otro día,
conque ésa era mi suerte...
nunca dejar tu amarga compañía,
y darte en espectáculo mi muerte!

¡Oh morada del triste solitario,
antro tan lleno del dolor que vivo!
¿qué podrás darme en mi vivir precario?
¿en qué esperanza estribo
para la angustia del sustento diario?

El ave que con ala tembladora
antes cruzaba el viento, acometerme
puede ya desde ahora:
no me he de defender, estoy inerme...

CORO

Tú mismo lo has buscado y lo has querido;
no es mano de un más fuerte
quien el rigor te impuso de tu suerte:
pudiendo tú dar muestras de cordura
y escoger tu partido,
preferiste el dolor a la ventura.

FILOCTETES, *sin atender al Coro*

¡Oh vida de amarguísimo quebranto!
¡de hoy más la soledad, de hoy más el llanto,
sin ver más rostro de hombre, mientras muero!
¿qué alimento traer a mi morada?
ya no tendrá la diestra desarmada
el ademán temido del arquero...

Engaño sin sospecha, alevosía
me tendieron el lazo.
¡Que viera al urdidor de esta falsía
en este mismo mal, por igual plazo!

CORO

Tu hado, tu hado cruel a un dios se debe.
No, no es obra de engaño al que prestara
mi mano yo... Contra el culpable aleve
tu maldición dispara.
Yo de veras ansío
que no rechaces el afecto mío.

FILOCTETES

¡Ay vergüenza! ¡ay dolor! en la espumosa
playa del mar sentado le imagino,
ostentando con burla jactanciosa
el arco peregrino,
sustento de mi vida lastimosa.

¡Arco mío, arco amado,
tú que nunca te viste en mano ajena,

y hoy lloras de las mías arrancado,
cuál me verás, con qué amistosa pena,
si es que tienes sentido,
—yo el amigo de Heracles, yo su aliado—
para siempre de ti desposeído!

Has cambiado de dueño,
te rige aquel maestro en falsedades;
ya ves sus mañas torpes, ves el ceño
de ese hombre aborrecible, y las maldades
de que hizo gala a su sabor conmigo...
¡De todas ellas, Zeus, eres testigo!

CORO

La justa queja que el dolor inspira
es derecho del hombre; mas refrene
la lengua el duro brote de la ira.
Si entre la hueste toda fue escogido
para esta empresa él, ¿qué culpa tiene
si por el bien de todos la ha cumplido?

FILOCTETES, *ensimismado*

¡Oh caza voladora,
fieras de ojos de llama,
que en este monte halláis vuestra pastura,
ya sin razón el miedo os desparrama,
pues en mis manos no veréis ahora
el arco que defiende y asegura!
¡Oh mortal desventura!
vagad en paz, ya no hay quien os lo impida,
no os asechan mis tiros;
bien os podéis vengar, vida por vida,
y mis marchitas carnes repartiros...

La muerte ya me alcanza en mi morada:
¿de dónde mi sustento?
no se vive de viento,
y no quiere la tierra darme nada...

CORO

Por los dioses, si estimas el decoro
de quien de veras tu amistad ansía,
dale entrada: lo puedes sin desdoro.

Pero entiéndelo bien, está en tu mano
huir tu suerte impía:
fomentarla tú mismo, es inhumano,
y encierra tanto mal que no hay paciencia
que te logre enseñar tan ardua ciencia.

FILOCTETES

¡Otra vez, otra vez rasgas mi pecho
con el recuerdo del dolor pasado,
tú el más considerado
de cuantos viera aquí! ¿Qué es lo que has hecho?
¿por qué quieres matarme?

CORO

¿Yo? ¿cómo?

FILOCTETES

¡Con tu empeño por llevarme
a esa tierra de Troya que abomino!

CORO

Yo entiendo es lo más cuerdo...

FILOCTETES

¡Tu camino
sigue entonces, y déjame!...

CORO

No cabe
orden más grata que esta orden tuya.
¡Vamos, y a nuestros puestos en la nave
al punto cada cual se restituya!

FILOCTETES, *sobresaltado*

¡Por Zeus, dios del que implora, te lo ruego,
eso no... no te vayas!...

CORO

¡Más sosiego!

FILOCTETES

¡Quedaos, por los dioses!... ¡Ay amigo!

CORO

¿Qué dices?

FILOCTETES

¡Ay me muero! ¡ay dura suerte!
mi pie, mi pie, ¿qué habré de hacer contigo
mientras no acaba de llegar la muerte?
¡Forasteros, volved!...

CORO

¿Qué? ¿Lo contrario
de lo que antes pedías?

FILOCTETES

No os enojéis si en tales agonías
hablo un lenguaje descompuesto y vario.

CORO

Entonces vente con nosotros, vente,
tal fue nuestro consejo, oh sin ventura.

FILOCTETES

¡Eso jamás, jamás! Ten por segura
esta mi decisión, aunque el ardiente
dueño de los relámpagos bajara,
y en sus raudas centellas me abrasara...
¡Qué se me da de Troya o de la gente
que muere ante sus muros, gente impía
que me arrojó inclemente,
viendo mi invalidez y mi agonía!...
Mas una gracia, amigos, sólo una...

CORO

¿Qué quieres?

FILOCTETES

Una espada,
un hacha, cualquier arma...

CORO

¿Qué importuna
locura de dolor tienes pensada?

FILOCTETES

Despedazarme miembro a miembro ansío...
¡morir! ése es mi afán, mi desvarío...

CORO

¿Qué ceguedad te ofusca?

FILOCTETES

¡Dejadme, de mi padre voy en busca!

CORO

¿Por donde?

FILOCTETES

Por los antros de la muerte...
él ya no ve la luz... ¡Oh ciudad mía,
oh mi patria, mi amor, qué no daría,
desdichado de mí, sólo por verte!
Ciego estuve sin duda
cuando di yo al olvido
tus sacras fuentes, y abracé el partido
de esos Griegos traidores con mi ayuda...
¡Perdido sin remedio, estoy perdido!...

Prosigue el episodio

CORO

Sólo queda marcharme; y ya hace rato
que estuviera bajando hacia la nave,
si no viese venirse hacia nosotros
Ulises y Neoptólemo corriendo.

Entra de prisa Neoptólemo con el arco, seguido de cerca por Ulises. Se detienen en la subida a la cueva.

ULISES

¿A la cueva otra vez? ¿no has de decirme
a qué vuelves acá con tanta prisa?

NEOPTÓLEMO

A reparar el yerro en que he caído.

ULISES

Extraño tu lenguaje... ¿y cuál el yerro?

NEOPTÓLEMO

El que por orden tuya y de las tropas...

ULISES

- ¿qué? ¿qué hubo en ello indigno de tu sangre?

NEOPTÓLEMO

el que hice al engañarle tan vilmente.

ULISES

- ¿A quién? ¡ay, algo nuevo es lo que intentas!

NEOPTÓLEMO

Nada nuevo, mas ya al hijo de Poyas...

ULISES

- ¿qué vas a hacer con él? me sobresaltas...

NEOPTÓLEMO

pues su arco le quité, su arco de nuevo...

ULISES

- ¡oh Zeus! ¡no me dirás que piensas dárselo!

NEOPTÓLEMO

Sí, pues lo tengo injusta y torpemente.

ULISES

¡Ay dioses! ¡eso dices por sarcasmo!

NEOPTÓLEMO

Si llamas tú sarcasmo a las verdades...

ULISES

¿Qué has dicho ¡horror! qué has dicho, hijo de Aquiles?

NEOPTÓLEMO

¿Cuántas veces querrás que lo repita?

ULISES

¡Ay, que ni una quisiera haberlo oído!

NEOPTÓLEMO

Con lo que he dicho ya, lo he dicho todo.

ULISES

Pues entiende que habrá quien te lo impida.

NEOPTÓLEMO

¿Sí? Pues quisiera ver a ése quién sea.

ULISES

Toda la hueste griega y yo el primero.

NEOPTÓLEMO, *despectivo*

¡Que hagas el necio, siendo tú tan sabio!

ULISES

¡Tuya es la necedad en dicho y obra!

NEOPTÓLEMO

Si es justicia, al talento la prefiero.

ULISES

¿Y cómo ha de ser justo que devuelvas
lo que has ganado por consejos míos?

NEOPTÓLEMO

Un yerro cometí que me abochorna,
y arrepentido repararlo quiero.

ULISES

¿Y a los Griegos no temes si tal haces?

NEOPTÓLEMO

Tenga yo la justicia, y nada temo.

ULISES

(Pues sentirás el peso de mi mano.)

NEOPTÓLEMO

No logrará tu mano que me rinda.

ULISES

No a Troya, sino a ti, combatiremos.

NEOPTÓLEMO

¡Venga, si ha de venir!

ULISES

Mira, a la espada
echando mano estoy.

NEOPTÓLEMO, *resuelto*

Y yo a la mía,
lo mismo que hagas tú, sin más espera.

ULISES, *acobardado*

Bueno... mejor dejarte, y al ejército
se lo voy a contar, que él te castigue...

NEOPTÓLEMO, *sarcástico*

Entraste en juicio... no lo pierdas nunca,
y de llanto tal vez logres librarte...

Vase Ulises despechado.

¡Tú ahora, hijo de Poyas, Filoctetes,
óyeme y sal de tu mansión rocosa!

FILOCTETES

¿Voces de nuevo en torno de mi cueva?
¿para qué me queréis? ¿qué hay, extranjeros?

Al reconocer a Neoptólemo.

¡Ay, mala cosa, ay! ¿sumar pretendes
a mis males antiguos nuevos males?

NEOPTÓLEMO

Escucha sin temor lo que te diga.

FILOCTETES

Sin temor... ¡mal me fue la vez primera
por dar oído a tus palabras blandas!

NEOPTÓLEMO

¿Qué? ¿no podré venir arrepentido?

FILOCTETES

Lo mismo hablabas al robarme el arco,
todo candor por fuera, y dentro un pérfido...

NEOPTÓLEMO

Mas no es lo mismo ya; y oír ansío
si a quedarte aquí solo te resuelves,
o si venirte quieres con nosotros.

FILOCTETES

¡Ni una palabra más! Cuanto dijeres
todo en vano ha de ser.

NEOPTÓLEMO

¿Y estás resuelto?

FILOCTETES

Más de cuanto es posible que pondere.

NEOPTÓLEMO

Bien hubiera querido que a mis ruegos
prestaras atención; mas si no hay modo
de hablar a tu contento, he concluido.

FILOCTETES

De acuerdo... cuanto digas será inútil.
Ya nunca más podré prestar benévolo
el alma a tus palabras. Tus engaños
me han dejado sin vida, ¡y aquí vienes
después de eso a brindarme tus consejos,
hijo malvado de un excelso padre!...
¡Maldición! ¡Sí, malditos los Atridas,
el hijo de Laertes y tú mismo!

NEOPTÓLEMO, *precipitadamente*

¡Cesa en tus maldiciones: de mi mano
recibe el arco tuyo que devuelvo!

FILOCTETES, *rencoroso*

¿Qué dices? ¿otro engaño?

NEOPTÓLEMO

No, lo juro
por Zeus y su decoro soberano.

FILOCTETES

¡Qué dicha oírte, si en verdad lo dices!

NEOPTÓLEMO

De obra lo vas a ver: tu mano extiende
y toma posesión del arco tuyo.

En el momento mismo en que entrega Neoptólemo a Filoctetes su arco y sus flechas, irrumpe de nuevo Ulises en la escena, de la que no se había alejado sino para quedar al acecho.

ULISES

Me opongo yo, y apelo ante los dioses
por los Atridas y la hueste entera.

FILOCTETES, *a Neoptólemo*

Hijo, ¿quién habla allí? ¿No es ése Ulises?

ULISES, *adelantándose como para prenderle*

El mismo, y en persona ya lo miras,
el que te ha de llevar a viva fuerza
a los campos de Ilión, ya lo consienta
o no el hijo de Aquiles, poco importa.

FILOCTETES, *apuntando a Ulises*

Pues mal has de gloriarte de esa hazaña,
si es que esta flecha llega a su destino...

NEOPTÓLEMO, *interponiéndose*

¡No, por los dioses, no! ¡ah, no dispares!

FILOCTETES, *forcejeando*

¡Tú, por los dioses, hijo mío, suéltame!

NEOPTÓLEMO

No puedo.

Huye precipitadamente Ulises para no volver.

FILOCTETES, *viendo a Ulises escaparse*

¡Ay! ¿por qué, dime, no has dejado,
hijo, que traspasara yo a ese hombre,
mi enemigo mortal?

NEOPTÓLEMO

Al honor mío
no estaría eso bien, como ni al tuyo.

FILOCTETES

Pero una cosa al menos ves probada:
que esos magnates de la hueste griega,
heraldos de mentiras, son tan viles
para luchar, como en hablar osados.

NEOPTÓLEMO

Bueno, que sea así; - pero ya ha vuelto
a tus manos el arco, y no hay conmigo
ni motivo de enojo, ni reproche.

FILOCTETES

Tienes razón; la sangre que heredaste
has mostrado, hijo mío, no de un Sísifo,
sino de Aquiles, de tan limpia fama
entre vivos ayer, hoy entre muertos.

NEOPTÓLEMO

Gracias por ese elogio de mi padre,
que redunda hasta mí; - pero el anhelo
que tengo yo contigo, escucha ahora.
El hombre ante la suerte que los dioses
le quieren deparar, rendirse debe;
mas quien se aferra a males que ha buscado,
cual lo haces tú, ni compasión merece,
ni es justo que de nadie espere lástima.
Tú te has hecho un salvaje; no recibes
de nadie un buen consejo; si hay quien quiere
dártelo con amor, le odias y tratas
como a enemigo en busca de tu ruina.
Con todo voy a hablar, y a Zeus invoco
que oye los juramentos; yo te pido
que escuches y lo grabes en tu pecho.

El mal que sufres tú, te lo han causado
designios de los dioses, por llegarte
a la oculta serpiente, que vigila
de Crises en el templo descubierto;
y de este mal has de saber que nunca
te librarás, en tanto el sol recorra
del oriente al poniente su carrera,
mientras no vayas tú, sin que te fuercen,
a los llanos de Troya, y te entrevistes
con nuestros compañeros, los Asclépidas,
obtengas de ellos que tu llaga curen,
y con tu arco y conmigo a Troya rindas.
Y cómo esto me conste, es cosa llana.
Prisionero tenemos a un Troyano,
Héleno, su adivino más conspicuo;
él es quien sin rebozo nos afirma
que así ha de suceder; y aun más, concreta
que irremisiblemente este verano
será tomada Troya, y no repara
en jugarse la vida, si mintiere.
Lo sabes todo ya. Llegó el momento
de que cedas a buenas. Doble gloria
reservada te está: se te distingue
como al más valeroso entre los Griegos;
allá te esperan manos curadoras;
y tomando a esa Troya que ha costado
tantas y tantas lágrimas, conquistas
un renombre que a todos aventaje.

FILOCTETES

¡Ay vida aborrecible! ¡y hasta cuándo
me obligas a mirar la luz del día,
sin darme paso al mundo de los muertos!
¡Triste de mí! ¿qué hacer? ¿será posible
negarme a quien benévolo me apremia?
¡Pero ceder!... y entonces, desdichado,
¿con qué cara ante nadie me presento?
¿de quién puedo esperar que me salude?
¡Ojos míos, que todo lo habéis visto!
¿eso habréis de aguantar, verme tratando
con los hijos de Atreo, mis verdugos,
con el hijo maldito de Laertes?
¡Ah! no es tanto el rencor del mal pasado
el que me muerde el alma, es la angustiosa
previsión del que espero a manos de ellos,

que el corazón maestro de maldades
siempre inspirando está maldades nuevas...
Antes eso me pasma en ti, que a Troya
ni debías ir tú, ni consentirme
que fuera yo jamás. A esos que, un día,
te ultrajaron, robándote la herencia
gloriosa de tu padre, y que sus armas
a Ulises entregaron, posponiendo
al desdichado de Áyax, ¿a esa gente
quieres tú acompañar en la pelea,
y a mí forzarme a que también concurra?
¡Nunca, hijo mío, no!... y antes bien, cumple
lo que jurado tienes, que a mi casa
me has de llevar. Te quedas tú en Esciro,
y que los malos malamente mueran:
doble favor a mí, doble a tu padre,
y no que al ayudar a esos malvados
hagas creer que eras de sangre de ellos...

NEOPTÓLEMO

No te falta razón; con todo ansío
que, pues tu amigo soy, a mis palabras
y a los dioses des fe, y que abandones
esta tierra conmigo.

FILOCTETES

¿Con qué rumbo?
¿a Troya, al lado del odioso Atrida
con este pie infeliz?

NEOPTÓLEMO

Más bien al lado
de quienes curen la ulcerosa llaga
que sufres, y te dejen libre de ella.

FILOCTETES

¡Ay, consejero de dolor, qué has dicho!

NEOPTÓLEMO

Lo que mejor concibo para entrambos.

FILOCTETES

¿Y no te da vergüenza de los dioses?

NEOPTÓLEMO

¿Por qué, si el bien es lo único que busco?

FILOCTETES

¿El bien de los Atridas o el bien mío?

NEOPTÓLEMO

Éste: tu amigo soy, amigo te hablo.

FILOCTETES

¿Y a mis verdugos entregarme quieres?

NEOPTÓLEMO

- No está bien tal dureza en la desgracia...

FILOCTETES

Sé que buscan mi ruina tus consejos.

NEOPTÓLEMO

Eso nunca... Te digo que no entiendes.

FILOCTETES

¿No entiendo que me echaron los Atridas?

NEOPTÓLEMO

Sí, pero ellos serán los que te salven.

FILOCTETES

Jamás, si es asintiendo en ir a Troya.

NEOPTÓLEMO

¿Qué más puedo hacer ya, si no es posible
convencerte con nada? Lo más llano

fuera callar del todo, y a tu suerte
entregarte, a que quedes sin remedio...

FILOCTETES

Déjame padecer lo que es preciso
que padezca hasta el fin. Pero recuerda
lo que, tu mano puesta entre mis manos,
me ofreciste: llevarme hasta mi patria.
Cúmplemelo, hijo mío, y sin demora.
Troya, ni me la mientes, que mis llantos
han llenado y colmado la medida.

NEOPTÓLEMO

Bien. Vámonos, pues, ya, si te parece.

FILOCTETES

¡Oh palabra dichosa la que has dicho!

NEOPTÓLEMO

Asienta ya los pies.

FILOCTETES

Como más pueda.

Empiezan ambos a bajar hacia la playa.

NEOPTÓLEMO

Se vengarán los Griegos; solo ¿qué hago?

FILOCTETES

No te preocupes.

NEOPTÓLEMO

¿Cómo, si es que vienen
a devastar mi tierra?

FILOCTETES

Yo respondo.

NEOPTÓLEMO

¿Con qué piensas que puedas ayudarme?

FILOCTETES

Con los dardos de Heracles.

NEOPTÓLEMO

Pero ¿cómo?

FILOCTETES

Impidiendo se acerquen a tus playas.

NEOPTÓLEMO

Despídete, pues, de ésta, y nos partimos.

En este momento aparece Heracles glorioso, encima de las rocas que dominan la cueva.

ÉXODO

o escenas finales

HERACLES

¡No, todavía no! Primero escucha
mi voz, y ten por cierto, hijo de Poyas,
que lo que estás oyendo es voz de Heracles,
y lo que estás mirando, su figura.
Por ti he dejado mi celeste trono;
a revelarte vengo los designios
del mismo Zeus, y a contener el viaje
que a punto estabas de emprender. Atento
presta el oído a las palabras mías.
Primero te diré de mi fortuna,
cómo tantos trabajos que en la tierra
tuve yo que arrostrar me han conquistado
esta gloria inmortal en que hoy me miras.
Lo mismo fue contigo necesario:
padecer tantos males, y al fin de ellos
ver tu vida asentada en fama y gloria.
A Troya, pues, con este joven parte.

Allí ante todo has de lograr el término
de tu amarga dolencia, y escogido
por el más valeroso entre los héroes,
arrancarás la vida con mis flechas
al que fue causa de estos males todos,
a Paris. Cae Troya, la saqueas,
y del premio de honor que te adjudiquen
despojos mandarás a tu morada,
a tu patria, a tu padre, a las alturas
del Eta familiar. De cuanto lleves
por botín de esta empresa, harás ofrendas
para honor de mi arco ante mi pira.
Y tú también, hijo de Aquiles, oye:
A Troya no podréis verla rendida
ni tú jamás sin él, ni él sin tu ayuda.
Dos leones iguales en pareja,
eso sois; defendeos mutuamente
él a ti y tú a él. Para tu cura
a Troya he de mandar al dios Asclepio,
a esa Troya que tiene por destino
caer segunda vez bajo mis flechas.
Mas no olvidéis, cuando la entréis a saco,
de mostrar reverencia con los dioses.
Nada ante el padre Zeus tiene más peso:
la piedad no fenece con la muerte;
que viva o muera el hombre, ella perdura.

FILOCTETES, *con ademán de adoración*

Oh voz querida que mi dicha labras,
te esperó tanto tiempo mi desvelo:
¡no, no he de resistir a tus palabras!

NEOPTÓLEMO, *adorando también*

A ellas me rindo con el mismo anhelo.

HERACLES

No tardéis en partir, urge la hora,
el viento en popa os llama sin demora.

Desaparece Heracles.

FILOCTETES

A esta tierra mi adiós de despedida
daré al partir. ¡Oh cueva, tú que a solas
compartiste mi vida!

¡Oh ninfas de las aguas y los prados!
¡oh rompientes y estruendo de las olas,
vientos huracanados,
cuya carrera en raudo forcejeo
aun dentro de mi cueva me traía
las espumas del mar! ¡Oh monte Hermeo,
eco fiel que mis llantos repetía
en la hosca tempestad de mis dolores!
¡Oh arroyos corredores,
oh blanca fuente Licia,
adiós, adiós, os dejo: tan propicia
no creí ver mi suerte:
a vuestro lado esperé yo la muerte!
¡Adiós, Lemnos marina! ¡que mi nave
lleve con blando curso un viento suave,
adonde ordena el Hado soberano
y el amor condolido
de los que bien me quieren, y el dios fuerte
que lo ha trazado todo y lo ha cumplido!

CORO

¡Al barco con unánime alegría!
y, oh Ninfas, al cruzar el ponto cano,
brindadnos venturosa travesía.



ELECTRA

Lo que sabía el espectador ateniense antes de empezar la representación

Agamemnón, generalísimo de los Griegos en Troya, el día mismo de su vuelta a Argos, fue asesinado por su mujer Clitemnestra, quien durante su ausencia en Troya, había estado viviendo en adulterio con Egisto. Electra, hija de Agamemnón y Clitemnestra, logró hacer escapar aquel día a Orestes su hermano, niño tierno aún, a quien la madre desnaturalizada buscaba para matarle también. Electra quedó en el palacio, reducida a condición servil. En su corazón mantenía el culto de su padre muerto, el ansia de venganza contra sus asesinos, y la esperanza de que al fin volvería Orestes a ejecutar ese justo castigo.

Al cabo de unos doce o trece años vuelve efectivamente Orestes, acompañado de su amigo Pílades y del viejo pedagogo a quien había sido confiado por Electra.

A la llegada de estos tres personajes al palacio de Argos, empieza la acción.

Todos conocían por la leyenda y por la *Orestíada* de Esquilo el horrendo desenlace. La impresión trágica no consistía, pues, en estar a la expectativa de si mataría o no Orestes a su madre y a Egisto, sino en el modo en que se cumpliría este hecho terrible, ordenado por Apolo, justo escarmiento ejecutado en los esposos asesinos y adúlteros.

Sófocles deliberadamente elude discutir el insoluble problema del matricidio, y para esto atribuye desde la primera escena toda la responsabilidad de la actuación de Orestes a la orden formal que le fue dada por el dios Apolo. Este, sin dar más explicación, había determinado castigar por medio del propio hijo a la madre criminal y a su repugnante cómplice.

PERSONAJES:

ELECTRA, *hija de Agamemnón y Clitemnestra*
ORESTES, *su hermano*
CRISÓTEMIS, *su hermana*
CLITEMNESTRA, *su madre*
EGISTO, *segundo esposo de Clitemnestra*
El pedagogo
El amigo de Orestes, PÍLADES
CORO *de doncellas argivas, amigas de Electra, guiadas por su* CORIFEO

La escena en Argos, a la puerta del palacio real.

ELECTRA

Micenas. Llega al palacio de los Pelópidas Orestes acompañado de Pílades y de un ayo anciano.

PRÓLOGO

o escenas iniciales

PEDAGOGO

Hijo de Agamemnón, caudillo un día
de los Griegos que a Troya devastaron,
por fin miran tus ojos lo que ansiaste
con tan continuo afán. La antigua Argólida,
la tierra de tu ensueño, está a tus plantas,
Orestes, donde herida por el tábano
vio Ínaco a su hija; aquí más cerca
el ágora Licca, honor de Febo,
dios matador de lobos; a este lado,
el templo de Hera de renombre augusto.
Este alcázar al que hemos ascendido
entiende que es Micenas, rica en oro,
y que el palacio ves de los Pelópidas,
antro de muerte, del que pude un día
recogerte, de manos de tu hermana,
salvo del hierro que mató a tu padre:
te salvé, te crié, ya eres el joven
que ha de vengar al padre asesinado.
Ahora, pues, Orestes, sin tardanza,
y tú, huésped sin par, querido Pílades,
deliberemos ya, que con sus rayos
naciente sol despierta el matutino
gorjeo de las aves, y ya expira
el estrellado reino de la noche.

Antes que del palacio nadie salga,
nuestro plan concertemos: de las dudas
la hora pasó; se impone obrar, y presto.

ORESTES

Oh servidor querido, qué bien pruebas
tu innata lealtad para conmigo.
Como el caballo noble que, aunque viejo,
nunca frente al peligro se amilana,
y antes brioso empina las orejas,
así nos apresuras y tú mismo
te nos pones al frente. Mi propósito
te voy a descubrir; óyeme atento,
y si en algo hay error, el yerro enmienda.
Cuando llegué al santuario del dios pítico,
por saber de qué modo lograría
para mi padre una venganza justa
sobre sus matadores, la respuesta
me dictó Febo en el siguiente oráculo:
que solo, sin ejércitos ni escudos,
con cauto ardid, las muertes justicieras
yo mismo por mi mano ejecutara.
Como ves, clara está la orden divina.
Tú, pues, ponte al acecho, entra en palacio,
averígualo todo, y puntualmente
me das luego razón. Tu larga ausencia,
tu edad impedirán que te conozcan;
- ni aun podrán sospechar, con tantas canas.
Armas la historia así: tú eres Focense,
mensajero que envía Fanoteo,
su más potente aliado en esas tierras;
y dices, aun jurándolo, que Orestes
con fatal accidente ha perecido
en las carreras píticas, lanzado
del carro volador. Así lo cuentas.
Los dos en tanto, como el dios mandara,
de mi padre en la tumba ofreceremos
las sacras libaciones ante todo
y el tributo de un rizo de mi frente.
Volvemos luego alzando en nuestras manos
la urna de bronce que escondida tengo,
como pudiste ver entre unas matas.
Con este hábil engaño, dulce nueva
será la que les demos: que sin vida
está mi cuerpo ya, pasto de llamas,

puñado de cenizas... Ni ¿qué miedo
puede causarme esta fingida muerte,
si vida verdadera me asegura
y glorioso renombre? Mal agüero
no lo concibo con ganancia clara.
Con idéntico ardid se han visto sabios
que el rumor divulgaron de su muerte,
y a los suyos volviendo, en mayor honra
pasaron luego el resto de sus días.
De esta muerte engañosa en que me encubro
veranme a mí también mis enemigos
como astro vengador salir radiante.
¡Oh patria, oh dioses de Argos, acogedme
en esta empresa con feliz fortuna!
¡Y tú también, palacio de mis padres,
que a ti vengo, mandado por los dioses,
yo el purificador y justiciero!
¡No salga de esta tierra sin decoro,
y, dueño de mis bienes, a esta casa
logre poner en pie!
Basta, y ahora
en lo que es cargo tuyo, anciano, vela.
Los dos salgamos: la ocasión no aguarda,
que en toda empresa es el más cierto guía.

Se oye súbitamente un largo alarido dentro del palacio.

¡Ay!... ¡ay de mí infeliz!...

PEDAGOGO

Hijo, ¿no escuchas?
me pareció sentir puertas adentro
un gemido... tal vez alguna esclava...

ORESTES

¿Y no podría ser la triste Electra?...
Quedémonos a oír estos lamentos,
¿quieres?

PEDAGOGO

De ningún modo: antes que nada
es preciso cumplir la orden de Loxias,

y dar feliz principio con la ofrenda
de libaciones a tu padre. De esto
depende en la ardua empresa la victoria.

Se retiran, el Pedagogo, por la derecha, a espiar la oportunidad para introducirse en palacio, Orestes y Pílades, por la izquierda, a cumplir el rito fúnebre en la tumba de Agamemnón. Sale del palacio, por la puerta del gineceo, Electra, sola y llorosa.

ELECTRA

Oh pura luz del sol, oh aire divino
que la tierra endoselas,
el canto de dolor en que me obstino
cuántas veces no oísteis en mis velas,
y el ruido de estos puños que con ira
el pecho me ensangrientan, en la hora
en que, frente a la aurora,
lenta la negra noche se retira.
Oh las tristes veladas...
bien las conoce mi angustiado lecho
en esta casa del dolor... Oh albadas
en que la suerte de mi padre endecho...

- padre, que no tuviste fin glorioso
de Ares, dios de la sangre, en playa extraña,
padre, en quien de mi madre y de su esposo,
el ruin Egisto, se cebó la saña:
cual abaten gañanes fuerte encina,
así le derribó su hacha asesina;
y nadie lo lamenta, sola lloro,
padre, tu muerte vil y sin decoro...

Mas nunca pondré fin a mis querellas
ni al gemir de mi duelo,
mientras miro el temblor de las estrellas
y el sol en pleno cielo:
a las paternas puertas sin reposo,
ruiseñor sanguinoso,
perenne cantaré mi desconsuelo.

¡Oh morada del Hades y Perséfone!
¡Hermes, dios de las sombras invisibles!

¡Maldición veneranda! ¡hijas terribles
de los dioses, Erinas,
que veis quién cae a manos asesinas,
qué lecho es con violencia mancillado,
en mi ayuda venid! ¡vengad la muerte
de mi padre, y traed aquí a mi lado
a mi hermano!, que el peso de mi suerte,
dolor que arrolla al más viril denuedo,
sobrellevar a solas ya no puedo.

PÁRODO

Se presentan en grupo unas doncellas argivas, amigas de Electra, que forman el Coro y entablan con ella un diálogo lírico.

CORO

¡Ay hija sin ventura
de la madre más ruin, Electra amada!
¿por qué insaciable viertes tu amargura,
llorando acongojada
a Agamemnón, a quien la mano impía
de esa pérfida madre traicionera
segó en lejano día?
¡Ah!, si es legal demanda justiciera,
óigala el cielo: ¡Quien mató, que muera!

ELECTRA

Nobles doncellas de alma generosa,
del pesar que me acosa
venís a consolarme, bien lo entiendo.
Mas yo dejar no quiero los afanes
de este luto perpetuo en que gimiendo
lloro al padre infeliz... ¡A estos desmanes,
en que alocada el alma se propasa,
las que afección me prodigáis sin tasa
dejadme que me entregue...
dejadme que en mi angustia así os lo ruegue!

CORO

Pero, hija, considera
que ni lamentos ni plegaria alguna

le harán volver de la infernal laguna
que a todos nos espera...
Tú en tanto te consumes, y aferrada
al afán sin medida
de esta ciega aflicción descompasada,
a tu insanable mal no hallas salida,
mujer ¡ay! del dolor enamorada...

ELECTRA

Mas yo digo: ¡Insensato
quien a su padre asesinado olvida!
Para mi corazón nada más grato
que el grito de ¡Itus, Itus! lamentable
del ave enloquecida,
mensajera de Zeus... ¡Oh incomparable
Níobe, reina del dolor, cual diosa
te miro a ti, que en tu prisión rocosa,
muerta, sigues llorando inconsolable!

CORO

Pero entre los mortales no a ti sola
hiere el dolor... Y el tuyo se propasa
más que el de tus hermanas, Ifianasa
y la dulce Crisótemis, doncellas
de callado sufrir... Y allá, al par de ellas,
crece, oculto y doliente, aquel que un día
verá cómo, contestes,
Micenas y Argos le proclaman suyo,
cuando, varón a quien Zeus mismo envía,
vuelva a esta tierra triunfador, Orestes.

ELECTRA

¿Y qué hago yo sino esperarle ansiosa,
yo sin bodas, sin hijos, agobiada
en un llanto sin fin bajo la losa
de un sino que de mí nunca se apiada?
Y él entre tanto olvida...
sus males... y los míos que no ignora.
De él ¿qué nueva hasta ahora
no ha sido desengaño? Su venida,
si de veras la ansía, es ansia vana,
porque en verla cumplida él no se afana...

CORO

¡Valor, hija, valor! Zeus desde el cielo
mira todas las cosas y las guía.
De tu fiero dolor el justo anhelo
a sus rigores fía,
y contra el agresor, ni odio sin tasa,
ni desleal olvido:
el Tiempo es dios que todo lo acompasa.
En el marino ejido,
vueltos acá los ojos desde Crisa,
el hijo del Atrida atento espera
suene la hora precisa;
y el dios del Aqueronte está a su vera.

ELECTRA

Sí... pero de mi vida ya ha pasado
sin esperanza lo mejor... ¡No puedo,
no puedo más! sin padres, sin amado
que en mi amparo despliegue su denuedo...
¡Como extranjera indigna, yo en la casa
de mi padre sirviendo!
con este vil atuendo,
frente a una mesa ruin y siempre escasa...

CORO

¡Ah, tu padre!... ¡Qué grito el que en el día
de su vuelta de Ilión se oyó! ¡qué grito,
cuando en el lecho del festín maldito
vio que sobre él de frente arremetía
segur de bronce en rauda alevosía!
Consejero fue el dolo, y asesino
el adúltero amor: horrible pacto
del que brotó ese engendro... Pero el acto
¿fue cosa de hombre o fue poder divino?...

ELECTRA

¡Oh día el más odiado entre los días!
¡oh noche! ¡oh execranda
maldad de aquel banquete! ¡oh felonías!
¡oh muerte aquella infanda
que vio mi padre urdida
por manos de esos dos! ¡Ah, criminales
que han robado mi vida,
y a traición me han hundido en estos males!

De tal exceso en pago,
que el señor del Olimpo omnipotente
con pena de talión los escarmiente,
y nunca brille ya su sino aciago.

CORO

Pero basta: pon fin a tu plañido.
Tiempo es ya de que veas
qué es lo que en tu conducta te ha valido
los males que tú misma te acarreas.
Con lidias incesantes los agravas
cuando ciego se excede
tu pecho en iras bravas.
No vale provocar a quien más puede.

ELECTRA

A ello causas terribles me han forzado,
oh sí, causas terribles...
Comprendo que a violencias reprensibles
mi dolor me ha arrastrado.
Pero es él tan inmenso,
tan justo, que no pienso
ponerle nunca freno mientras viva.
Porque, hermanas, decidme, ante mi duelo,
¿qué razón persuasiva
podrá ofrecerme nadie por consuelo?
¡Dejadme ya, consoladoras mías!
¡Mi mal no tiene cura.
No han de tener ya fin mis agonías,
no ha de cesar mi llanto de amargura!

CORO

Con todo, ves que con amor he hablado
cual madre que solícita te advierte
no crear con tus males nuevos males.

ELECTRA

Sí, pero en este mal desesperado
¿qué medida guardar? ¿Cómo la muerte
de un padre olvidar nunca? Criminales
capaces de ese crimen no se han visto...
Y si los hay, no quiero nada de ellos.

Ni, si en cambio imprevisto
volvieren por mi vida días bellos,
consentiré en gozar de su dulzura,
deshonrando a mi padre, si es que violo
este duelo sin fin un día solo.
¡Pues si en su desventura
ya no es el muerto sino polvo y nada,
si contra los culpables no hay quien pida
en justiciero afán vida por vida,
es que a Dios no se teme ya en la altura,
es que está la piedad ya sepultada!

EPISODIO PRIMERO

Continúa la conversación en tono más reposado.

CORO

Pues yo, niña, he venido tan ansiosa
de tu interés como del mío propio;
pero si errada estoy, haz como gustes,
que dispuestas estamos a apoyarte.

ELECTRA

A la verdad, me da vergüenza, amigas,
de que podáis creer que en estas lágrimas
me excedo de lo justo. Comprendedme,
cruda violencia me condena al llanto.
¿Qué mujer bien nacida iguales duelos
no haría, si en la casa de su padre
viese lo que yo veo aquí en la nuestra,
males que, lejos de menguar, se agravan
sin cesar noche y día? Y lo primero,
mi madre más que a nadie me aborrece,
mi madre, sí, la que me dio la vida...
Luego en mi casa propia yo convivo,
yo... con los asesinos de mi padre,
y estoy sujeta a su mandar, y tengo
o dejo de tener, según disponen...
Imaginad lo que es mi vida al verle
a ese Egisto sentado sobre el trono
que de mi padre fue; cuando le miro
cargar los regios mantos de mi padre,
y preciarse de que hace libaciones
donde le degolló; cuando contemplo

—insolencia suprema— que en la cama,
la de mi padre, el matador se tiende
junto a la madre infame, si es que madre
debe llamarse la que a él se entrega.
Mas es tal su extravío que hace vida
con el maldito, sin temer le llegue
un día el Vengador; antes, jactándose
de su torpeza, ha dado con la fecha
en que con dolo asesinó a mi padre,
y, mes tras mes, en ella arma sus danzas
y hace sus sacrificios a los dioses
que dice la salvaron. Y todo esto
tengo que presenciar dentro de casa...
Lo miro y lloro y me consumo a solas
ante esa fiesta impía que ha llamado
"fiesta de Agamemnón"... Y ni siquiera
puedo llorar cuanto mi angustia ansía,
pues ella, que alardea de tan noble,
esta andanada vil me lanza a gritos:
"¡Criatura abominable! ¿eres la sola
que ha perdido a su padre? ¿no hay más duelo
en el mundo que el tuyo? ¡En hora mala
muérete ya, y que jamás te libren
los dioses infernales de los llantos
de este duelo al que en vida te dedicas!"
Estas maldades suelta, que son nada
para lo que profiere en cuanto escucha
que puede ser que Orestes venga un día...
Que entonces como loca se me lanza
gritándome: "¿No es eso por tu culpa?
¿no es obra tuya, tuya... tú que a Orestes
robaste de mis manos por salvarle?
Pero aguarda, y tendrás tu merecido..."
Eso me ladra ella, y a su lado
se está el glorioso amante que la aguija,
ese cobarde vil, facineroso
que en sus luchas se ayuda de mujeres.
Y yo en espera siempre, me consumo
aguardándole a Orestes, que a estos males
venga a dar fin... Mas él, siempre al acecho
de feliz coyuntura, tarda tanto
que ya ha matado en mí toda esperanza.
Así las cosas, imposible, amigas,
mostrarse ni paciente ni piadosa;
una se vuelve mala en tantos males.

CORO

Mas para hablar así tan libremente,
¿segura estás de que no se halle Egisto
cerca de aquí? ¿o está fuera de casa?

ELECTRA

Claro que fuera. De estar él adentro,
¿pudiera yo salir? - Se ha ido al campo.

CORO

¿Puedo yo entonces sin recelo alguno,
si él anda lejos, conversar contigo?

ELECTRA

Sí, fuera está: pregunta lo que quieras.

CORO

Pues mi pregunta es de tu hermano. Dime,
¿viene ya pronto o no? ¿qué te parece?

ELECTRA

Él lo promete así, pero no cumple.

CORO

Quien proyecta algo grave anda con tiento.

ELECTRA

Yo no anduve con tiento al rescatarle...

CORO

¡Valor! hombre no es él de los que fallan.

ELECTRA

¿Viviera acaso yo, si así no fuera?

CORO

Calla, que en el umbral miro a Crisótemis,
que contigo comparte padre y madre,

saliendo con ofrendas en las manos,
de las que a los difuntos se dedican.

Crisótemis se presenta ricamente ataviada, y con suavidad hace sus reproches a Electra.

CRISÓTEMIS

¡Voces de nuevo, hermana, aquí en la puerta,
las voces de tu cuita ante el vestíbulo!
¿qué? ¿nunca has de aprender cuán sin provecho
es desahogar esos rencores vanos?
Por cierto que también tengo conciencia
del dolor que me causa cuanto pasa,
y que si me atreviese, a una contigo
les mostrara el cariño que les tengo...
Con todo, lo más justo es lo que tú haces,
no lo que digo yo; pero si libre
quiero vivir, no queda otro remedio
que obedecer en todo a quien es amo.

ELECTRA

¡Brava cosa, por cierto, que la hija
de un padre como el tuyo, de él se olvide,
y haga más caso de su triste madre!
Todos esos consejos de prudencia,
ella te los dictó; no hay de tu fondo
ni una palabra en cuanto has dicho. Escoge
o arrostrar imprudencias, o prudente
olvidar al difunto, tú que acabas
de confesar que, si tuvieras ánimo,
les mostraras el odio que te inspiran;
sí, tú que a mí, que sólo pienso en cómo
vengue un día a mi padre, no me ayudas
y aun quieres disuadirme de mi empeño.
¡Eso es sumar a nuestra amarga suerte
el baldón de una infame cobardía!...
Porque dime, o si no, más bien escúchalo:
¿qué ganaría yo con poner término
a mi perpetuo llanto? Di, ¿no vivo?
Mal sin duda; mas ¿qué? Yo me conformo.
En cambio los hostigo, y eso es honra
para el muerto (si allá la honra les llega).
El odio tuyo... es odio de palabras;
tus hechos son vivir sumisa al lado
de los que asesinaron a tu padre...

Pero a eso yo jamás me allanaría,
ni aunque me diesen los regalos todos
de que tanto te pagas. Buen provecho
te haga la mesa rica y bien repuesta
y ese esplendor de vida. A mí me basta
por festín no amargarme con ruindades.
Tu gran suerte no envidio; ni tú misma,
si tuvieses más juicio, la sufrieras.
¡Pudiendo ser la hija del más noble
entre todos los padres, sé la hija...
de tu madre! Que así sabrá la gente
cuánta es tu cobardía, pues reniegas
de tu padre y de todos los que te aman...

CORO

¡Injurias no, por Dios! De vuestros dichos
ambas podéis aprovechar, con sólo
que atinéis a entenderos una y otra.

CRISÓTEMIS

Oh, lo que es yo, desde hace tiempo, amigas,
acostumbrada estoy a su lenguaje,
ni haría mención de ello si no fuese
que he llegado a saber de un mal gravísimo
que la amenaza, y que pondría término
a su perpetuo lamentar.

ELECTRA

¡Oigamos!
a ver el mal gravísimo... Si atinas
con algo que empeore el mal presente,
no vuelvo a replicar.

CRISÓTEMIS

Cuanto he sabido
te voy a descubrir. Están resueltos,
si de una vez no acabas con tus llantos,
a relegarte adonde nunca veas
ya más la luz del sol, y allí tus cuitas
te estés cantando bajo negra bóveda,
fuera de las fronteras de la patria...
Piénsalo bien, y no me culpes luego
si se te cumple. ¡A tiempo, a tiempo, juicio!

ELECTRA

¿Conque en verdad eso han resuelto hacerme?

CRISÓTEMIS

Eso, y tan pronto como vuelva Egisto...

ELECTRA

Pues si es para eso, que cuanto antes venga.

CRISÓTEMIS

Infeliz, ¡qué deseo tan siniestro!

ELECTRA

¿Mi deseo? - que llegue, si a eso viene.

CRISÓTEMIS

¿A hacerte qué? Por Dios ¿qué estás pensando?

ELECTRA

Verme ya de vosotros lo más lejos...

CRISÓTEMIS

¿Qué? ¿no se te da nada de la vida?

ELECTRA

¡Linda vida! ¡un portento de envidiarse!

CRISÓTEMIS

Lo fuera si supieras ser juiciosa.

ELECTRA

No me hables de traiciones a los míos.

CRISÓTEMIS

Sólo hablo de ceder ante el que manda.

ELECTRA

Adula tú, que yo no soy para eso.

CRISÓTEMIS

Pero al menos no hundirte de aturdida...

ELECTRA

Me hundiré, si es preciso, por mi padre.

CRISÓTEMIS

El padre, estoy segura, me perdona.

ELECTRA

Sólo el cobarde así se tranquiliza.

CRISÓTEMIS

¿Conque ni me oyes ni avenirte quieres?

ELECTRA

No, no es razón que quiera ser tan necia.

CRISÓTEMIS

Ireme entonces a cumplir mi encargo.

ELECTRA

¿Adónde? ¿Y esa ofrenda...?

CRISÓTEMIS

Es de mi madre,
que la destina a la paterna tumba.

ELECTRA

¡Ella! ¡a la tumba del que tanto ha odiado!

CRISÓTEMIS

Quieres decir del que mató ella misma...

ELECTRA

Deja. ¿Quién la movió? ¿quién pensó en eso?

CRISÓTEMIS

Creo que es obra de un terror nocturno.

ELECTRA

¡Dioses patrios, por fin! ¡por fin, valedme!

CRISÓTEMIS

¿Qué? ¿su terror es para ti esperanza?

ELECTRA

Cuéntame el sueño, y podré yo decírtelo.

CRISÓTEMIS

Es que de él yo no sé sino muy poco.

ELECTRA

Di lo que sepas: es tan poco a veces
lo que hunde a un hombre o fija su fortuna.

CRISÓTEMIS

Lo que se dice es que ella vio a tu padre,
tuyo y mío, a su lado, redivivo;
y que él en el hogar plantó su cetro,
el que él llevaba y lleva Egisto ahora;
que del cetro brotó vivo retoño,
que dilató sus ramas y su sombra
sobre toda la tierra de Micenas.
Esto escuché de quien presente estuvo
cuando ella al Sol su sueño revelaba.
Más no sé, sino sólo que me envía
al sepulcro por obra de este espanto.
Mas por los dioses del hogar te imploro
que me oigas esta vez, que no te arruines
con ciego frenesí. Si hoy me desoyes,
te harán volver a mí nuevas desgracias.

ELECTRA

¡No, querida, no lleves a la tumba
nada de lo que traes en las manos!
No lo puedes hacer. No te permite
la piedad dedicar a nuestro padre
el honor de funéreas libaciones
que esa mujer le envía, su enemiga.
Ve, tíralas al viento, o en el suelo
sepúltalas bien hondo, que no lleguen
nunca al lecho en que duerme nuestro padre.
Queden más bien guardadas allá abajo
para ella... que las halle cuando muera...
¡Ah mujer más proterva que ninguna!
¿No le queda pudor, cuando se atreve
a ofrecer execrables libaciones
en torno de la tumba de la víctima
que ella misma mató?... Oye un momento:
¡quién puede ni pensar que el muerto acoja
con agrado los dones de esas manos
que se ensañaron en su horrenda muerte,
como a vil enemigo mutilándole,
e —irrisoria ablución—, en sus cabellos
limpiando el hierro que estilaba sangre!
¿Y con eso que llevas, te imaginas
que pueda quedar libre de su crimen?
¡Jamás! Déjalo ya, tíralo todo...
En cambio dale un rizo de tus trenzas,
con otro de las mías pobrecillas,
bien poco, pero al menos lo que tengo...
dale este rizo, sí, seco y sin gracia,
dale este cinturón viudo de adornos.
Luego póstrate y ora: que se digne
venir de bajo tierra en nuestra ayuda
contra sus enemigos en persona;
y que el joven Orestes vuelva vivo
para hollar triunfador a sus contrarios,
y que un día podamos en su tumba
poner dones más ricos que compensen
estas pobrezas de hoy. Pues me figuro
que en los terrores de ese sueño extraño
debe de andar su influjo. Y como quiera,
haz lo que te he pedido, y hazlo, hermana,
por servirte a ti misma, por servirnos
a mí contigo y a quien más queremos,
nuestro padre común, presa del Hades.

CORO, *a Crisótemis*

Piadoso es el consejo de esta joven;
hija, si tienes juicio, haz lo que dice.

CRISÓTEMIS

Sí que lo haré. Cuando el deber es claro,
¿para qué disputar? A la obra, y presto.
Mas de lo que haga en este punto, amigas,
¡silencio, por favor! Pues si mi madre
se llegase a enterar, creo que amargo
sería el escarmiento de mi arrojo.

Vase Crisótemis al sepulcro de Agamemnón.

ESTÁSIMO PRIMERO

CORO

Si no es mi profecía desatino,
si a mi mente febril no desampara
el aliento divino,
con un sueño prepara
su llegada terrible la Justicia,
que omnipotente al criminal enjuicia.
A estrecharle ya empieza en raudo empeño.
Me ha renacido el brío
desde que oí de un sueño,
sueño reconfortante en que confío.
No, hija, no te olvida
tu padre, amo de Grecia.
Ni olvida el hacha, la broncínea y recia
hacha de doble filo parricida,
que en golpe infando le quitó la vida.

Pies mil y manos mil, planta de acero
los de la Erina que esperó emboscada,
y llega al fin, verdugo justiciero.
Es que en desenfrenada
carrera de pasión corrió a sus bodas
esa pareja impía,
que de hacer burla de las leyes todas
y de bañarse en sangre se gloría.

Un culpable, una cómplice...
Ante tal crimen la confianza abrigo

de que no dejará tan gran portento
de sellar su castigo.
Pues si no es prenda fiel de cumplimiento
la voz de esos terrores nocturnales,
es que sueños y oráculos
no hablan ya del futuro a los mortales.

¡Oh carrera de carros, la de Pélope,
causa de tanta amarga desventura,
tu huella en esta tierra cuánto dura!
Del carro de oro con potente mano
arrancado Mirtilo,
en el lecho del mar su último asilo
halló, víctima infausta de un tirano.
Desde aquel día, pertinaz, reacia,
a ese hogar no abandona la desgracia...

EPISODIO SEGUNDO

Sale a la puerta del palacio Clitemnestra, y hallando allí a Electra, la increpa duramente.

CLITEMNESTRA

¡Muy libre —¿no es así?— dando tus vueltas!...
Claro, para atajarte falta Egisto...
Él al menos se encarga de impedirte
nos cubras de bochorno afuera en público.
Mas como ausente está, no me haces caso;
antes a todo el mundo andas diciendo
que soy una tirana, que te mando
contra toda justicia, que te injurio
a ti y a cuantos amas. No te injurio,
y si te suelto agravios, son la réplica
a los que tú me sueltas tantas veces.
"Que te maté a tu padre" - de los labios
no se te cae ese reproche insulso.
Pues sí, te lo maté; lo sé, ni nunca
lo pretendí negar; ya que tampoco
lo hice yo sola. ¡Quien tronchó su vida
fue la Justicia!... y si tuvieras juicio,
lo darías por bueno. Porque entiende
que ese tu padre a quien por siempre lloras,
tuvo valor, él solo entre los Griegos,

para inmolar tu hermana a las deidades.
¡Como que menos le costó engendrarla
que a mí parirla!... Pero a ver, explica,
¿por qué? ¿por quiénes la inmoló? ¿Sin duda
dirás que por los Griegos? - ¿Qué derecho
tenían ellos de exigir la muerte
de una hija mía? Y si él fue quien quiso
dársela por su hermano Menelao,
matándome lo mío, ¿no era justo
que a mí lo hubiera de pagar? ¿Dos hijos
no tenía su hermano? Propias víctimas
eran ellos —no mi hija—, como vástagos
del padre y de la madre, causas únicas
de aquella expedición... ¿O es que más hambre
tenía el Hades de los hijos míos
que de los de ellos? ¿o será, sin duda,
que afición de ese padre sin entrañas,
más que los hijos que en su esposa tuvo,
fueron los de su hermano Menelao?
Y eso en un padre ¿no es sevicia loca?
Juzga tú lo que quieras, yo así juzgo;
y si pudiera hablar, igual diría
la pobre muerta... Yo por mí, serena
miro al pasado sin remordimiento.
Si a juicio tuyo esto es error, aprende
qué es recto juicio, y luego juzga a otros.

ELECTRA

Esta vez no dirás que he comenzado
y que contestas provocada. Listo,
si quieres darme tu licencia, tengo
lo que debe alegarse por defensa,
de mi padre difunto y de mi hermana.

CLITEMNESTRA

Bien, te la doy. Si así me hablaras siempre,
no fuera el escucharte tan molesto.

ELECTRA

Hablaré, pues. Has dicho que a mi padre
mataste tú. ¿Palabra más indigna
podrá oírse jamás? - que lo hayas hecho
con justicia o sin ella... Y yo te digo
que esa muerte la hiciste sin justicia;

que lo que al crimen te arrastró fue sólo
la seducción de ese hombre abominable,
de ese villano con quien hoy convives.
Pregúntale a la diosa cazadora
qué culpa castigó cuando contuvo
en Áulide los vientos. Más sencillo,
lo diré yo, pues no ha de hablarnos ella.
Mi padre —así lo cuentan— cierto día,
divertido en el bosque de la diosa,
levantó con el ruido de sus pasos
un gran ciervo moteado, hermosa presa,
de cornamenta erguida. Al abatirlo
se le fue una palabra de jactancia.
Ira divina arrebató a la diosa
hija de Leto, y estancó a los Griegos
exigiendo que, a cambio de la fiera,
le inmolase mi padre su hija propia.
Esa la historia fue del sacrificio:
no tenía la escuadra otra salida
ni de vuelta a la patria, ni hacia Troya.
Con tan forzado apremio, y resistiéndose
cuanto más pudo, al fin sacrificola,
y no por Menelao, en modo alguno.
Mas suponiendo (que un instante admito
suponerlo contigo) que su intento
fuese hacerlo por él, ¿razón era ésa
para que pereciera a manos tuyas?
¿De acuerdo con qué ley? Pues que, si entablas
tal ley entre los hombres, bien podrías
tener que arrepentirte malamente.
Porque si ha de ser muerto el que ha matado,
de aplicar tal justicia, la primera
habrás de morir tú... Mas reflexiona
si no es pretexto fútil el que aduces.
Porque saber quisiera, si te place,
¿de qué te estás vengando cuando ahora,
entregada a la infamia la más torpe,
duermes con el que tiene destilando
las manos con la sangre de mi padre...
y te ayudó cuando le asesinabas...
e hijos tiene de ti..., mientras repudias
a los hijos legítimos, nacidos
de legítima unión?... Y así las cosas,
¡querrás lo apruebe yo! Si no es que alegues
que eso también es por vengar a la hija...
¿Te atreves a decirlo? ¡Qué bochorno!

¡Tomar de esposo a un enemigo, a cuenta
de vengar a una hija! Pero inútil
pretender ni que pienses en lo que haces...
Sólo sabes gritarme que calumnio
a mi madre... ¡A mi madre! ¡a una tirana
diría yo más bien: tan sin ventura
es la vida que vivo, entre vejámenes
que de ti sufro y de ese tu mancebo!
Y el otro, el desterrado, el pobre Orestes,
que a duras penas escaparse pudo,
y vive, también él, en la desgracia,
cuántas veces me acusas que lo crío
para vengar tu crimen! ¡Si pudiera,
qué más quisiera yo, tenlo por cierto!
Conque en esta virtud, sacarme puedes
a pública vergüenza y pregonarme
de hija mala, impudente y deslenguada.
Que si estas malas artes he aprendido,
tal vez no me faltó quien me enseñase...

CORO

Ira es la que respiran esos labios;
pero no veo ya que se preocupen
de si está la justicia a favor suyo.

CLITEMNESTRA, *al Coro*

Y yo ¿de qué tendré que preocuparme,
cuando a su madre agravia así una hija,
y en esa edad?... ¿Qué extremo no es posible,
si a tal punto perdió toda vergüenza?

ELECTRA

Vergüenza tengo de todo esto, y mucha,
aunque a ti te parezca lo contrario.
Ya sé que ni a mi edad ni a mi linaje
responde mi conducta; pero a ella
me obligan tus rigores y tu vida,
ya que ruindad enseñan las ruindades.

CLITEMNESTRA

¡Criatura sin pudor! Yo, por lo visto,
mis dichos y mi vida han de ser blanco
de tus desenfrenadas desvergüenzas...

ELECTRA

Las dices tú, no yo. Tú haces los hechos,
y ellos inspiran las palabras propias.

CLITEMNESTRA

¡Por Ártemis! ¿persistes en tu audacia?
La pagarás en cuanto Egisto vuelva.

ELECTRA

Ya ves cómo la cólera te tira:
me permitiste hablar y luego no oyes.

CLITEMNESTRA

Bueno... ¿no callarás para dejarme
sacrificar en paz, después que a gusto
te permití yo hablar?

ELECTRA

¡Que si te dejo!
Anda, haz tu sacrificio, y no te quejes
de que hablo: ya no digo una palabra...

CLITEMNESTRA, *a una de sus doncellas*

Tú, muchacha, levanta las ofrendas
de frutos varios, mientras yo mis preces
elevo al dios, rogando que me libre
del espanto que el alma me acongoja.
Oh Febo tutelar, presta el oído
a mi oculta plegaria, pues me atisba
quien no me quiere bien, y no es prudente
que yo lo exprese todo, cuando al lado
tengo quien puede divulgar maligna
fatal rumor por la ciudad entera.
Óyeme así, pues así te hablo. Escucha.
Que el sueño ambiguo que esta noche tuve,
si es de agüero feliz, príncipe Licio,
se cumpla en mí; mas si ha de ser funesto,
vuélvelo en contra de quien mal nos quiera.
Y si hay quien alevoso esté tramando
por derribarme de mi actual decoro,
no lo consientas; antes haz que incólume
con vida sin pesares rija siempre

el cetro que rigieron los Atridas,
en su mismo palacio, con aquellos
que me rodean y mi amor comparten,
y, de mis hijos, con quien no me acose
con desamor y con rencor amargo.
Esta plegaria atiende, Licio Apolo,
y a todos cumple lo que a ti pedimos.
Lo demás, aunque tenga que callarlo,
como eres dios, lo entenderás, pues nada
al que es hijo de Zeus puede ocultarse.

En este momento se presenta, como llegando de mensajero a la ciudad, el anciano pedagogo.

PEDAGOGO

¿Cómo podré enterarme con certeza,
si aquí es, señoras, la mansión de Egisto?

CORO

Aquí es, amigo, adivinaste justo.

PEDAGOGO

¿Y acierto igual en preguntar si es ésta
su esposa? En ella, el ademán es regio.

CORO

Exactísimo, es ella ante tus ojos.

PEDAGOGO

Albricias mil, señora: gratas nuevas
a ti y a Egisto traigo de un amigo.

CLITEMNESTRA

Bienvenido el anuncio; mas deseo
me digas ante todo quién te envía.

PEDAGOGO

Fanoteo el Focense. Es cosa grave.

CLITEMNESTRA

¿Cuál? Habla ya: viniendo de un amigo
debe ser amistoso su recado.

PEDAGOGO

Ha muerto Orestes. Se reduce a eso.

ELECTRA, *con grito incontenible*

¡Ay! ¡infeliz de mí, me doy por muerta!

CLITEMNESTRA, *tensa, severa*

¿Qué? ¿qué has dicho, extranjero? No hagas caso...

PEDAGOGO

Lo dije y lo repito: Ha muerto Orestes.

ELECTRA, *desesperada*

¡Perdida! ¡estoy perdida y acabada!...

CLITEMNESTRA, *a Electra*

¡Tú, métete en lo tuyo!

Al pedagogo

Y a mí luego
la verdad toda: ¿cómo fue la muerte?

PEDAGOGO

Ése es mi encargo, que os lo cuente todo.
Había, pues, venido a la gran fiesta
de Grecia honor y prez, los juegos délficos.
Así que oyó el llamado del heraldo
que a voces convocaba a la carrera,
el certamen primero, presentose
recio y gallardo, deslumbrando a todos.
Tocó de vuelta el punto de partida
llevándose entre aplausos el glorioso
laurel de la victoria. Y por decirte
algo siquiera entre proezas tantas,
nadie entre todos igualó su brío;

y has de saber que en todas las carreras
que fallaron en público los jueces
y en las pruebas que llaman el "pentatlon"
salió triunfante, ovacionado siempre,
cada vez que el heraldo proclamaba:
"Vencedor, el argivo Orestes, hijo
de Agamemnón, el capitán un día
de todos los ejércitos de Grecia".
Todo bien hasta allí. Pero cuando alza
la mano un dios, no escapa ni el más fuerte
a su golpe... Así fue que al otro día
cuando al salir el sol se preparaba
la carrera de carros voladores,
al campo entró con los demás aurigas.
Uno de Acaya, otro de Esparta; Libios
los dos siguientes en sus recios carros;
luego él, con sus potrancas de Tesalia,
el quinto; entró de sexto uno de Etolia:
la cuadriga, de potros alazanes;
el séptimo un cochero de Magnesia;
de Enia el octavo, con corceles blancos;
el noveno, de Atenas la divina;
y con el carro décimo, un Beocio.
Esperaban en fila ya los carros
cada cual en el puesto que por suerte
los asignados árbitros les dieron,
y al son agudo del clarín de bronce
arrancan todos. El rendaje a una
agitan y a sus troncos apellidan.
Llenan el ruedo todo con su estrépito
los carros retumbantes; sube el polvo;
juntos aún como al salir, descanso
no dan al aguijón; su ciego empeño,
abrirse paso al frente adelantándose
primero al eje y luego a los caballos
de los carros rivales. A la espalda
alcanzan y al revuelo de las ruedas
las espumas de troncos atrasados.
Él a los dos extremos de la pista,
cada vez a la estela se arrimaba
hasta casi rozarla con el eje,
aflojando las riendas a la yegua
de la derecha, y conteniendo firme
a la que por la izquierda daba el giro.
Al principio los carros sin tropiezo
se mantuvieron todos. De repente,

boquiduros los potros del Eniano
se le desbocan sin cerrar la curva
de la sexta a la séptima carrera,
y van a dar de frente contra el tronco
del carro del Barcense. Bastó el choque
para tropezar todos e ir cayendo
unos en otros con común destrozo
por la desgracia de uno; y todo el llano
de Crisa fue inundado en el oleaje
de ese naufragio ecuestre. El ateniense,
habilísimo auriga, a tiempo capta
el desastre; hacia fuera el rumbo tuerce,
y rezagando la carrera, esquiva
la hirviente marejada de caballos
que el paso le cortaba. De propósito
conteniendo sus yeguas, el postrero
venía Orestes, puesta su confianza
en las vueltas finales, cuando advierte
que era el de Atenas el rival ya único.
De su tiro veloz en los oídos
hace vibrar un silbo y lo persigue.
Parejos van los troncos, y, alternando,
ya es la una cabeza, ya la otra
la que, de los dos carros, se adelanta.
Las vueltas sucesivas el cuitado
firme cerraba sobre el carro enhiesto,
cuando, por aflojar la rienda izquierda,
al virar en la meta, sin sentirlo
dio el eje en el pilar. Rómpese el buje;
del barandaje disparado él sale,
y envuelto queda en las labradas guías.
A su caída, por la pista, sueltas,
las yeguas se desbandan. Se alza un grito
de unánime dolor de todo el público,
viendo en el suelo al joven que con muerte
tan infeliz da fin a tanta hazaña.
Se ve lanzado a ratos contra el suelo,
los pies en alto a ratos.. Con trabajo
contienen a las bestias desbocadas
los cocheros al fin, y le libertan;
mas tan lleno de sangre y de arpaduras
que no reconociera el triste cuerpo
ni el amigo más fiel. Sobre la pira
lo consumieron luego; y desde Fócida
viene gente encargada de traeros
la urna de bronce en que encerradas vienen

de un gran cuerpo las míseras cenizas,
para ser en su patria sepultadas.
Tal es la historia - de dolor por cierto,
para los que la escuchan; para quienes
fuimos testigos de ella, la más triste
que jamás en la vida hayamos visto.

CORO

¡Ay! ¡ay de mí! La casa de mis amos
de raíz esta vez queda arrancada...

Un silencio, y al fin rompe a media voz Clitemnestra lentamente.

CLITEMNESTRA

¿Y a esto, oh Zeus, qué nombre dar? ¿ventura?
¿o hecho fatal... que es a la vez ganancia?
¡De sentir, sin embargo, que mi vida
se tenga que salvar tan a mi costa!...

PEDAGOGO

Mujer, ¿tanta aflicción por esta nueva?

CLITEMNESTRA

Terrible es el ser madre... Ni agraviada,
no se consigue odiar a un hijo nunca...

PEDAGOGO

Entonces, por lo visto, vine en vano.

CLITEMNESTRA

¡En vano, no! ¡Cómo ha de ser en vano
si me has traído fidedignas pruebas
de la muerte de mi hijo!... De ese hijo
que, con vida nacida de mi vida,
mis pechos desechando y mis cuidados
se desterró lejos de mí... ni nunca
desde que se partiera ha vuelto a verme...
y achacándome a mí su padre muerto,
me tiene prometida atroz venganza...
tanto que ni de noche ni de día
tengo sueño tranquilo, y antes vivo

con la muerte a la vista hora tras hora...
Pero desde hoy al fin libre me veo
del terror de él, y de ésta... Digo de ésta,
pesadilla peor, siempre a mi lado
bebiéndome la sangre con la vida...
Desde hoy al fin sin miedo a sus bravatas
voy a pasar tranquila...

ELECTRA

¡Ay sin ventura!
Triste de mí, gemir bien puedo, Orestes,
por tu suerte fatal, cuando así, muerto,
te escarnece una madre... ¿Y es posible
que esto se dé por bueno?

CLITEMNESTRA

No contigo,
pero con él, tal como está, muy bueno...

ELECTRA

¡Oh Némesis, diosa del muerto, escucha!

CLITEMNESTRA

A quien debía oyó. Lo hizo bien todo.

ELECTRA

¡Desbócate! La suerte es tuya ahora.

CLITEMNESTRA

Y ni Orestes ni tú la haréis que acabe.

ELECTRA

Acabados, nosotros... Nada temas...

CLITEMNESTRA

Cualquier premio mereces, oh extranjero,
si has hecho al fin callar sus necios gritos.

PEDAGOGO

Me voy, pues, ya, si aquí bien queda todo.

CLITEMNESTRA

No, no faltaba más, pues no sería
digno de mí ni del que te ha mandado.
Pasa adentro, y que afuera ella lamente
la ruina de los suyos y la propia.

Entra Clitemnestra en el palacio seguida del pedagogo.

ELECTRA

¿No os parece ejemplar el duelo y llanto
con el que, gemebunda y dolorida,
plañe esta miserable a su hijo muerto?
¡Se ha salido riendo!... ¿Qué me queda?
¡Orestes, con morirte me has matado,
oh mi Orestes querido! Esa tu muerte
viene a arrancarme mi esperanza última
de que vivo volvieras algún día
a vengar a tu padre y a tu hermana.
Y ahora ¿adónde ir? Ya quedo sola,
sola sin ti, sin padre... Me reclama
mi vieja esclavitud entre los seres
a quien más aborrezco, los que un día
mataron a mi padre... ¡Qué destino!
¡Pero no! Ya no vuelvo a entrar en casa.
Aquí frente a esta reja voy a echarme
a ver cómo la vida se me agosta.
Y si a alguno en palacio esto molesta,
que salga y que me mate. Ya la muerte
me es un favor, y disfavor la vida.
Toda ansia de vivir en mí se ha muerto...

Al ver a Electra echarse al suelo desesperada, interviene el Coro con un "commos" lírico.

CORO

Zeus, ¿dónde está tu rayo?
Sol, ¿dónde tus fulgores,
si veis tales desmanes sin desmayo?

ELECTRA

¡Duelos desgarradores!

CORO

Hija, ¿por qué lamentas?

ELECTRA

¡Dejad!

CORO

¡No alces el grito!

ELECTRA

¡Vas a matarme!

CORO

¿Cómo?

ELECTRA

¡Si es que intentas
al corazón marchito
sugerir esperanzas del que cierto
yace en el Hades muerto,
es hacer mis congojas más sangrientas,
mi dolor infinito!

CORO

De Anfiarao sé la triste historia:
preso en red proditoria
lo hizo caer su esposa seducida
por una áurea cadena...
mas hoy bajo la tierra -

ELECTRA

¡Ay potro de mi pena!

CORO

- glorioso ha recobrado reino y vida.

ELECTRA

¡Pero ay!

CORO

¡Ay con razón! La fementida

ELECTRA

- luego halló su castigo.

CORO

¡Claro!

ELECTRA

Lo sé, pero la causa advierte:
un vengador surgió resuelto y fuerte.
Pero no reza esa ilusión conmigo:
el que la fue se lo llevó la muerte...

CORO

¡Oh trágica mujer más que otra alguna!

ELECTRA

Bien lo sé yo de sobra... si es mi vida
negro torrente que en su fango a una
males sin cuento arrastra y sin medida...

CORO

Sí, sabemos tus pasos infelices...

ELECTRA

Entonces no tratéis de desviarme
engañada -

CORO

¿Qué dices?

ELECTRA

- hacia el ensueño vano
de que pueda mi hermano
todavía volver para escudarme.

CORO

Ley del mortal, la muerte...

ELECTRA

¿Y para todos
con tan crueles modos
como en ese infeliz?... ¡Ay fin salvaje!
¡cogido en el rendaje
de atropellados potros!...

CORO

Fue suerte imprevisible, pavorosa...

ELECTRA

Y ¿cómo no? ¡Caer en tierra de otros...
y caer sin la ayuda
de estas manos de hermana...!

CORO

¡Ay suerte, suerte cruda!

ELECTRA

Sin poder ellas adornar tu fosa,
y sin el duelo en que el dolor se afana...

Entra repentinamente corriendo Crisótemis.

CRISÓTEMIS

Desalada me vengo de alegría,
hermana queridísima, olvidada
del decoro, pues nuevas tan felices
te traigo que han de ser dichoso término
de cuanto mal llorabas hasta ahora.

ELECTRA, *molesta e incrédula*

¿Alivio a mis pesares? tú... ¿de dónde?
si son tan sin remedio...

CRISÓTEMIS

¡Ya tenemos
con nosotros a Orestes!... Lo que me oyes...
¡es tan seguro como a mí me miras!

ELECTRA

¿Qué es, pues? ¿te has vuelto loca? ¿o de tus males
estás haciendo burla y de los míos?

CRISÓTEMIS

¡Por el paterno hogar, que no! no es burla.
Está Orestes, te digo, con nosotras.

ELECTRA

¡Triste de mí! ¿Y a quién tal cosa oíste
para dar fe tan crédula a su cuento?

CRISÓTEMIS

A nadie sino a mí. Yo por mí misma
pruebas he visto en que mi dicho fundo.

ELECTRA

Pruebas dignas de fe... ¿qué habrás, pues, visto
que haya encendido en ti fuegos tan fatuos?

CRISÓTEMIS

Por Dios, oye primero, y dirás luego
si estoy hablando en juicio o estoy loca.

ELECTRA

Cuenta, pues, si en contarlo hallas tu gusto.

CRISÓTEMIS

Voy a contarte cuanto vi. Llegada
al solariego túmulo del padre,
observé desde lo alto de la tumba
una huella de leche, dos chorritos
allí recién vertidos, y mil flores
formando en derredor una corona.

Pasmada miro en torno por si alguno
estuviese allí cerca. Pero viendo
todo en perfecta calma, sigilosa
llegué junto al sepulcro, y en el filo
un rizo descubrí recién cortado.
Sin más, pobre de mí, me asalta al punto
la figura soñada en tantas noches,
la del ser más querido, la de Orestes,
que esa señal nos daba de su paso.
En las manos la tomo, conteniendo
toda palabra impropia, mas los ojos
inundados de lágrimas de dicha.
Y sigo yo pensando, igual que entonces,
que don tan fino provenir no pudo
sino tan sólo de él. Pues ¿a quién otro
si no es a ti o a mí tocar pudiera?
Y no lo llevé yo —bien claro es eso—,
ni menos tú; pues ¿cómo? si no puedes
de palacio salir ni aun a los templos
sin que te cueste caro. Ni ha solido
nunca hacer nada de eso nuestra madre,
ni pudiera haberlo hecho sin ser vista.
¡No, querida! ¡es de Orestes esta ofrenda!
Ten ánimo: no siempre el sino de una
va a ser el mismo. El nuestro antes aciago
tal vez nos trae al fin días felices.

ELECTRA

¡Ay locura la tuya! me das lástima.

CRISÓTEMIS

¿Qué? ¿no es alegre nueva la que traigo?

ELECTRA

No sabes dónde estás ni lo que piensas.

CRISÓTEMIS

¿No sabré yo lo que mis ojos vieron?

ELECTRA

¡Ha muerto, oh infeliz! Da por perdido
cuanto pudo él hacer. Ya nada esperes.

CRISÓTEMIS

¡Desdichada de mí! ¿por quién lo sabes?

ELECTRA

Por quien presente estaba y vio su muerte.

CRISÓTEMIS

¿Y ése dónde anda? Me estremece el miedo.

ELECTRA

Ahí en casa.. A la madre no le duele...

CRISÓTEMIS

¡Ay triste! ¿y quién entonces en la tumba
de nuestro padre esas ofrendas puso?

ELECTRA

Alguien diría que ofrecerlas quiso
precisamente a Orestes en su muerte.

CRISÓTEMIS

¡Desventura la mía! Tan gozosa
venir con esa nueva, y ni sospecha
tener de esta desdicha en que nos vemos...
Llego y encuentro a los antiguos males
sumado este otro más...

ELECTRA

Sí, bien lo dices,
ése es el caso. Mas si oírme quieres,
te librarás del peso de esa angustia.

CRISÓTEMIS

¡Sí pues! ¡querrás que resucite a un muerto!

ELECTRA

No te digo eso... ¿acaso soy tan loca?

CRISÓTEMIS

¿Qué mandas, pues, de lo que está a mi alcance?

ELECTRA

Que te atrevas a hacer lo que te diga.

CRISÓTEMIS

Si ha de ser de provecho, no rehuso.

ELECTRA

Mira que nada sin luchar se logra...

CRISÓTEMIS

Lo sé, y haré contigo cuanto pueda.

ELECTRA

Escucha, pues, lo que resuelto tengo.
Ya sabes que no queda ni un amigo
que se pueda poner a nuestro lado:
nos ha dejado el Hades sin ninguno
y hemos quedado solas... Yo, por cierto,
mientras seguía oyendo que de vida
gozaba nuestro hermano, confiaba
que él vendría a vengar a nuestro padre.
Pero una vez que ha muerto, a ti me vuelvo:
para que al asesino que sus manos
en nuestro padre puso, tú conmigo
lo mates sin dudar - entiendo a Egisto...
Ya no te oculto nada, ya no debo.
¿Hasta cuándo estarás allí inactiva?
¿a qué esperanza, di, vuelves los ojos?
¿no es justa queja tuya que te roban
la herencia de tu padre? ¿y no te duele
ver que envejeces sin gozar la dicha
del lecho conyugal y el himeneo?
Ah, no esperes que nunca te la dejen:
no es Egisto tan loco que permita
que de ti ni de mí vástagos broten
que serían para él ruina segura.
Mas si resuelves secundar mis planes,
será, primero, la obra la más grata

a nuestro padre muerto, a nuestro hermano;
luego, el nombre de libre que tuviste
por nacimiento gozarás, y bodas
seguras tienes, de tu alcurnia dignas,
pues en pos del valor se van los ojos.
¿Y no ves luego cuánta gloria ganas
cuánta me puedes repartir, si me oyes?
¿Qué ciudadano habrá, o qué extranjero
que al vernos no nos brinde estos loores?:
"Mirad, amigos, a esas dos hermanas,
que salvaron la casa de su padre,
y que, frente a pujantes enemigos,
a riesgo de su vida les cobraron
muerte por muerte en justo alarde. ¡Todos
les debemos amor, todos respeto,
y en nuestras fiestas y asambleas públicas
es justo honremos su heroísmo todos!"
¡Esto habrán de decir en loa nuestra,
esto en vida y en muerte, sin que nunca
se apague nuestra gloria! ¡Hermana, hermana,
déjate persuadir, venga a tu padre,
venga a tu hermano y haz cesar mis cuitas,
pon término a las tuyas, y recuerda
que no ha de vivir ruin quien nació noble!

CORO

La previsión, en lances como éste,
su ayuda presta al que habla y al que escucha.

CRISÓTEMIS

Amigas, si por dicha ella tuviese
juicio asentado, antes de hablar cuidara
de la circunspección; mas no lo ha hecho.
Porque ¿adónde estás viendo? ¿en qué te apoyas
cuando te armas tú misma de esa audacia,
y quieres que a tus órdenes me aliste?
¿No te haces cargo? Eres mujer, no hombre;
en fuerza puedes menos que el contrario;
su fortuna se crece cada día,
mengua la nuestra hasta quedar en nada.
Con un hombre como ése quien la emprenda
no saldrá sin llorar rudo escarmiento.
Mal nos va; pero mira no empeore
nuestra suerte, si alguno llega a oírnos.

Nada resuelve ni de nada sirve
ganar gloria si habemos de pagarla
con afrentosa muerte. Y lo más duro
no sería morir, sino que en trance
de ansiarlo, ni morir nos fuese dado.
Anda, te lo suplico, antes que a una
perezcamos las dos, y nuestra raza
con nosotras se extinga, tu arrebato
contén a tiempo. De esto yo me cuido
que quede por no dicho y sin efecto;
y aprende tú, siquiera con los años,
que ante quien puede ha de ceder el débil.

CORO

Déjate persuadir: ganancia máxima
son para el hombre previsión y juicio.

ELECTRA, *a Crisótemis*

Nada hay en tu respuesta inesperado:
que te ibas a negar, ya lo sabía...
Sola voy a tener que hacerlo todo,
porque hacerse... se hará.

CRISÓTEMIS

Vaya, qué lástima
que al tiempo en que fue muerto nuestro padre
no tuvieras aún coraje tanto:
todo tal vez lo hubieras impedido...

ELECTRA

La madurez faltaba, no el coraje...

CRISÓTEMIS

¡Que te hubieras quedado así por siempre!

ELECTRA

De que no has de hacer nada es esto indicio...

CRISÓTEMIS

Es que buena la espera a quien se arriesgue.

ELECTRA

¡Qué cauta... mas qué odiosa cobardía!

CRISÓTEMIS

Con igual paz oiré cuando me alabes.

ELECTRA

No, no esperes de mí que lo haga nunca.

CRISÓTEMIS

Eso lo dirá el tiempo, que es bien largo...

ELECTRA

Vete mejor, pues para nada sirves.

CRISÓTEMIS

Para harto sirvo, pero tú no entiendes.

ELECTRA

Ve, y a tu madre se lo cuentas todo...

CRISÓTEMIS

¿Crees tú que es tanto el odio que te tengo?

ELECTRA

Pues piensa cuánto quieres deshonrarme...

CRISÓTEMIS

No, deshonrarte no... salvar tu vida.

ELECTRA

¿Vas a ser tú quien falle lo que es justo?

CRISÓTEMIS

Al tener tú razón, serás quien mandes.

ELECTRA

¡Lástima, hablar tan bien e ir tan torcida!

CRISÓTEMIS

Punto por punto lo que a ti te pasa...

ELECTRA

¡Cómo! ¿dirás que no es mi causa justa?

CRISÓTEMIS

Hay causas justas, sí... que cuestan caro...

ELECTRA

Esa norma no admito yo en mi vida.

CRISÓTEMIS

Bien... pero un día alabarás mi acierto.

ELECTRA

Firme en mi ley, tus miedos no me afectan...

CRISÓTEMIS

¿Conque no has de volver a repensarlo?

ELECTRA

Nada más ruin que el repensar cobarde.

CRISÓTEMIS

Ya se ve, nada mío te convence...

ELECTRA

Tiempo ha que a mi deber estoy resuelta.

CRISÓTEMIS

Me voy, pues que ni admites mis consejos,
ni puedo yo alabar tus procederes.

ELECTRA

Sí, vuelve a entrar, ni se dará ya el caso
de que torne a buscarte aunque lo ansíes;
locura ha sido pretensión tan vana...

CRISÓTEMIS

¿Crees tener la razón? - Queda con ella.
Cuando hundida te veas en desgracias,
tal vez conozcas la que yo tenía.

Vuelve a entrar en palacio Crisótemis para no reaparecer más. De nuevo queda Electra dueña del campo, y delante de ella canta el Coro su segundo intermedio.

ESTÁSIMO SEGUNDO

CORO

Cuando a las aves más prudentes vemos
alimentar a quien les dio la vida
y amorosa crianza,
¿con iguales extremos
de sus padres también por qué no cuida
quien, en su bienandanza,
a ellos debe una deuda parecida?
¡Justiciero arrebato!
¡Caiga el rayo de Zeus! ¡pague el ingrato!
¡Oh Fama que te abajas voladora
hasta el abismo en que los muertos gimen,
al Atrida que allí víctima llora
de no vengado crimen,
lleva esta nueva pena sin demora!

Que todo se derrumba en su morada...
que falló entre sus hijas la cordura,
sin que atajar pudiera la ruptura
larga unión fraternal... que, traicionada,
la tempestad Electra afronta sola...
que, llorando a su padre inconsolable,
en su dolor perpetuo se acrisola,
ruiseñor incansable...
que impávida a la muerte desafía:

ni cárceles le importan ni penurias,
con tal de eliminar a esas dos Furias,
de su casa baldón, pareja impía...
¡Oh braveza preclara!
¿quién con tan noble hija se compara?

No hay alma bien nacida
que, renunciando a una conducta austera,
consienta en ver su fama deslucida
ni en quedar sin renombre cuando muera.
¡Así tú! tú que arrostras una vida
en que dolores trágicos te oprimen,
armada contra el crimen
y la traición infame,
bien mereces que el mundo te proclame
sabia a la vez y la hija más cumplida.
Con fausto y poderío
véate tan erguida y vencedora
sobre tus enemigos, cuanto ahora
has vivido sujeta a su albedrío.
Bajo el peso de suerte abrumadora
tanto tiempo te he visto, cuando en celo
por las eternas leyes soberanas
que dicta el alto cielo,
la palma a todos ganas,
admirable doncella
por la piedad con Zeus que en ti descuella.

En este momento preséntanse Orestes y Pílades cargando una urna funeraria y acompañados de dos sirvientes.

EPISODIO TERCERO

ORESTES

¿Son exactas las señas que nos dieron,
señoras, y va recto nuestro rumbo
para lo que buscamos?

CORO

¿A quién buscas?
y ¿cuál es el objeto de tu viaje?

ORESTES

Lo que averiguo es dónde vive Egisto.

CORO

Bien te han encaminado: aquí reside.

ORESTES

¿Podrá alguna avisar a los de casa
que aquí estamos conforme a su deseo?

CORO

Ésta, si es que el aviso debe darlo
quien es más allegada.

ORESTES

Mira, joven,
haz llegar a palacio este recado,
que unos Focenses quieren ver a Egisto.

ELECTRA

¡Ay de mí! ¿no será que pruebas ciertas
traéis ya de la nueva que nos dieron?

ORESTES

Yo no sé de qué nueva estés hablando.
A mí el anciano Estrofio es quien me envía
con noticias de Orestes.

ELECTRA

Oh, di cuáles,
extranjero, ¡qué angustia... qué congoja!...

ORESTES

El mandato traemos de entregaros
lo que del muerto queda en esta urna.

ELECTRA, *anonadada*

¡Desdicha mía! ¡eso era! y en tus manos
esa doliente carga es lo que miro...

ORESTES

Si es la muerte de Orestes lo que lloras,
sí, contiene esta urna sus despojos.

ELECTRA

Ah, por Dios, extranjero, si allí viene
déjame que en mis brazos yo le tome,
para bañar en llanto sus cenizas
por mí misma y por toda nuestra raza.

ORESTES, *a los acompañantes*

Dadle la urna, aunque no sé quién sea;
no es enemiga quien así lo pide,
sino amiga más bien, tal vez pariente.

Recibe Electra la urna, y con ella en los brazos empieza esta lamentación.

ELECTRA

¡Oh reliquias postreras de mi Orestes,
de aquel a quien más quise! ¡oh esperanzas
tan distintas las que hoy así te acogen
de las que, un día, te sacaron salvo!
Alzo ahora en mis manos esta nada
a que estás reducido, tú tan lindo
cuando logré que huyeras, dulce hermano.
¡Por qué no me morí antes de enviarte
a tierra extraña, antes de hurtar tu vida
por estas manos mías al degüello!
Muerto ese día al menos hoy tuvieras
puesto en la tumba al lado de tu padre,
mientras que ahora en tierra extraña prófugo
¡ay qué muerte la tuya sin tu hermana!...
Mis manos amorosas no pudieron
lavar tu cuerpo, ni sacar dolientes
de la pira tus míseras cenizas,
como fuera razón; ajenas manos
te atendieron, y en ellas hoy me llegas,
puñadito de polvo, en esa urna...
¡Ay, qué inútiles fueron los desvelos
que en criarte gasté día tras día
con tan penoso afán, pero tan dulce!

Nunca fuiste el encanto de tu madre
cuanto lo fuiste mío, ni en la casa
te cargó nadie: tu nodriza yo era,
y tú aprendiste a balbucearme: ¡hermana!
Has muerto, y acabado está en un día
ya todo para mí: como tormenta
lo ha arrebatado tu partida todo.
Nuestro padre murió; yo quedo muerta
una vez que me faltas; y tú muerto
para nunca volver... En tanto ríen
los enemigos nuestros, y anda loca
de alegría esa madre que no es madre...
esa madre de quien tú tantas veces
avisos me mandabas en secreto
que vendrías un día a ser en ella
el Vengador... Todo ello lo ha deshecho
tu destino fatal y el propio mío
que te me trae así, no el ser amado
sino ese polvo y sombra sin substancia...
¡ay desventura mía!
¡cuerpo, ay, digno de llanto!
¡ay, qué triste jornada
emprendiste, oh querido, en esta vuelta!
¡Ah, me has matado, me has matado, hermano!
Recíbeme ya, pues, donde tú moras;
junta mi nada con tu nada: ansío
ya pasar a tu lado bajo tierra.
Una fue nuestra suerte aquí en la vida;
ya toda mi ansia es compartir tu tumba,
pues que solos los muertos ya no sufren...

CORO

Tu padre era mortal, piénsalo, Electra;
mortal, Orestes... Ya mesura el llanto:
es deuda, y no hay quien deje de pagarla.

ORESTES

¡Ay qué trance! ¿qué digo? ¿cómo expreso
lo que expresión no tiene? Ya no aguanto...

ELECTRA

¿De qué te afliges, y qué estás diciendo?

ORESTES

Di, ¿no es la gran Electra a la que miro?

ELECTRA

A ella estás viendo... y en qué triste estado...

ORESTES

¡Qué horror! ¡qué lamentable desventura!

ELECTRA

¿Será creíble que por mí te duelas?

ORESTES

¡Oh cuerpo ajado indigna, impíamente!

ELECTRA

¿A quién mejor que a mí pintan tus quejas?...

ORESTES

¡Y qué vida!... ¡sin bodas, sin ventura!

ELECTRA

¡Oh! ¿qué miras así? y esos sollozos...

ORESTES

¡Ah, no entendía yo mis propios males!

ELECTRA

¿Algo he dicho que pueda descubrírtelos?

ORESTES

Bástame verte entre dolores tantos...

ELECTRA

Y eso que es nada lo que has visto de ellos...

ORESTES

¿Hay algo más que ver? ¿algo más triste?

ELECTRA

Que con los asesinos ¡ay! convivo...

ORESTES

¿Asesinos de quién? ¡Hablas de un crimen!...

ELECTRA

¡Los de mi padre! y vivo esclava suya...

ORESTES

¿Oh, quién te ha sujetado a esa miseria?

ELECTRA

La que madre se dice y que no es madre...

ORESTES

¿Qué te hace, di? ¿son golpes? ¿privaciones?

ELECTRA

Sí, golpes, privaciones, mil maltratos...

ORESTES

¿Y no hay quien te defienda, quien lo impida?

ELECTRA

Quien pudo, lo has traído... vuelto polvo...

ORESTES

¡Qué compasión me das... desde hace rato!

ELECTRA

¿Compadecerme a mí?... ¡Tú eres el único!...

ORESTES

Porque a mí solo afectan tus dolores...

ELECTRA

¿Pariente eres tal vez, que yo ignoraba?...

ORESTES, *apuntando al Coro*

Si éstas son de fiar, te lo diría...

ELECTRA

Lo son, puedes hablar delante de ellas.

ORESTES

Deja esa urna, y te lo digo todo...

ELECTRA

¡Ah, por los dioses, no me exijas eso!

ORESTES

Anda, obedece ya, no ha de pesarte...

ELECTRA

¡No! ¡no me arranques, no, lo que más quiero!

ORESTES

Tendré que hacerlo...

ELECTRA

¡Qué desdicha, Orestes,
si me van a impedir que te sepulte!

ORESTES

¡Mira lo que hablas! Sin motivo lloras...

ELECTRA

¿Llorar mi hermano muerto es... sin motivo?

ORESTES

Es que ese nombre ya no debes dárselo .

ELECTRA

¿Tan indigna me juzgas de mi muerto?

ORESTES

Indigna... ¡cómo! Pero no te toca...

ELECTRA

¿Que no me toca el cuerpo de mi Orestes?

ORESTES

¿De Orestes?... ¡en el cuento que fingimos!

Suavemente le quita de las manos la urna.

ELECTRA

Pero su tumba entonces... ¿dónde se halla?

ORESTES

No hay tumba: no se entierra a los que viven.

ELECTRA

¡Hijo, qué has dicho!

ORESTES

La verdad...

ELECTRA

Entonces...

¿Orestes vive?...

ORESTES

Si es que yo estoy vivo.

ELECTRA

¡Vive! ¡Y tú eres Orestes!...

ORESTES

Este sello
que fue de nuestro padre te lo dice...

ELECTRA, *loca de alegría*

¡Oh día bienhadado!

ORESTES

¡Bienhadado!

ELECTRA

¡Voz querida! ¿has venido?

ORESTES

¡Sí, dice ella!

ELECTRA

¿Te tengo entre mis brazos?

ORESTES

¡Y por siempre!

ELECTRA

¡Ay amigas queridas! ¡ciudadanas
de Micenas, miradle, éste es Orestes!
Matóle una ficción, y otra le torna
sano y salvo a la vida...

CORO

Sí lo vemos,
hija, y ante tal fin de tus desgracias,
llenan mis ojos lágrimas de dicha.

Desahoga Electra su emoción en un largo "commos" lírico.

ELECTRA

¡Ay hijo, hijo del padre más querido,
has venido por fin, ay, has venido!

Y, ves, has encontrado,
y estás mirando a la que fue tu anhelo.

ORESTES

Sí, ya estoy a tu lado...
pero calla...

ELECTRA

¿Por qué?

ORESTES

Porque recelo
no te oigan desde adentro...

ELECTRA

¡Ah! por la virgen
Ártemis indomable,
que no vuelvo a temblar ante mujeres,
partida despreciable
de inútiles enseres
en la casa en que viven recluidas...

ORESTES

¡Cuidado, pronto olvidas
que las hay en quien prenden los furores
de Ares brutal! Lo sabe tu experiencia...

ELECTRA

¡Oh recuerdo de horrores!
Traes a mi memoria esa dolencia
tan acre que no admite que se vele,
olvide ni consuele...

ORESTES

Todo lo sé, y llegará el momento
de recordar tu trágico tormento.

ELECTRA

Después de tanta mengua,
cualquiera es bueno para tal memoria,

cuando tanto ha costado esta victoria
de sentir otra vez libre la lengua...

ORESTES

De acuerdo, y por lo mismo ten cuidado
de salvar lo que tanto te ha costado.

ELECTRA

¿Qué me quieres decir?

ORESTES

Que el alborozo
reprimas si lo exige la prudencia.

ELECTRA

Mas ¿qué silencio habrá que valga el gozo
de estallar en febril efervescencia
sin traba ni templanza,
al gozarte y tenerte,
cuando toda esperanza
perdida estaba de tornar a verte?

ORESTES

Volviste a verme cuando quiso el cielo
ponerme a mí en camino...

ELECTRA

Redoblas mi ventura y mi consuelo
si fue el querer divino
el que te hizo volver a nuestros lares.
Algún genio benigno nuestro sino
trueca al fin.

ORESTES

No querría
enfrenar tus transportes de alegría,
mas temo que en tu riesgo no repares.

ELECTRA

Cuando después de tan prolija ausencia
creíste que era tiempo de volverte,

viéndome objeto aún de la inclemencia
de mi agobiada suerte,
no me rehuses -

ORESTES

¿Qué?

ELECTRA

- la inmensa dicha
de gozar de tu rostro...

ORESTES

No sufriera
que de ella te privara otro cualquiera.

ELECTRA

¿Conque me lo prometes?

ORESTES

Lo prometo.

ELECTRA

¡Amigas! ya escuché la voz querida
cuando mi desespero era completo,
y al oírla, aturdida,
no pude contener la acometida
de un júbilo ruidoso.
Mas ya te tengo ahora, me has mostrado
ese tu rostro hermoso
ese rostro, mi bien, que, aunque a mi lado
vuelva a abrumarme adversa la fortuna,
no me lo hará olvidar desdicha alguna.

Más tranquilo se reanuda el diálogo entre los dos hermanos.

ORESTES

Dejémonos de inútiles comentos;
no es tiempo de contarme cuán sañuda
contigo se ha portado nuestra madre,
ni cómo Egisto gasta y dilapida,

acabando sin duelo nuestra herencia.
La ocasión perderíamos con eso.
Dime más bien lo que al presente importa,
dónde será oportuno, ya mostrarnos,
ya ocultarnos tal vez, para que hoy mismo
pongamos fin al insolente gozo
de nuestros enemigos. Pero cuida
cuando los dos entremos en palacio
no lo entienda tu madre por el júbilo
que tu rostro revele. Ya habrá tiempo
cuando hayamos triunfado, para entonces
dejar que libre estalle nuestra risa.

ELECTRA

Hermano, lo que gustes es mi gusto:
la dicha de que gozo a ti la debo;
disgustándote a ti, no admitiría
ni el provecho mayor: eso no fuera
coadyuvar con el dios que nos asiste.
Ya sabes cómo están aquí las cosas:
ya has oído que Egisto se halla ausente.
La madre en casa está. Pierde cuidado
que no verá jamás gozo en mi cara:
embebido en la sangre tengo el odio,
tiempo hace. Mas ahora que te he visto,
de puro gozo contener no puedo
este llanto dulcísimo, ni ¿cómo
lo pudiera atajar, si un mismo día
te he visto muerto y vivo?... Tales cosas
has hecho tú conmigo que, si vivo
mi padre aquí de pronto apareciese,
no lo tuviera por visión quimérica,
y diera fe a mis ojos... Pero, hermano,
tal maravilla es para mí tu vuelta
que puedes ya mandarme cuanto gustes.
De haber quedado sola, no aspiraba
sino a salvarme o a morir con gloria.

ORESTES

¡Cuidado, calla! Están andando adentro
y alguno va a salir.

ELECTRA, *en tono fingido, como quien acoge a unos recién llegados.*

Entrad, señores,
y más trayendo lo que nadie en casa
rechazar puede... ni acoger con gozo...

Quien sale del palacio es el pedagogo, enojadísimo.

PEDAGOGO

¡Imprudentes, sin seso! ¿no os importa
para nada la vida? ¿o es que juicio
no habéis criado nunca, que, inconscientes,
no al borde, sino en medio del peligro
no lo advertís?... y ¡qué peligros!... Cierto
que, de no estar yo aquí de centinela,
antes hubiera entrado en el palacio
vuestro secreto plan que no vosotros...
Gracias que yo he podido precaverlo;
y ahora acabad ya con esas pláticas
y esas voces de júbilo insaciables.
Adentro ya; que en trances como éste,
malo es tardar. Tiempo es de dar el golpe.

ORESTES

¿Y qué puedo esperar para cuando entre?

PEDAGOGO

Todo está bien, no habrá quien te conozca.

ORESTES

Les habrás dicho, claro está, que he muerto.

PEDAGOGO

Todos allí te cuentan por difunto.

ORESTES

¿Y ellos se han alegrado? ¿o qué comentan?

PEDAGOGO

Después lo contaré, pasado todo.
En cuanto a ellos, bien: todo en su punto,
aun lo que bien no está...

ELECTRA, *azorada*

Por Dios, hermano,
¿ése quién es?

ORESTES

Pues ¿qué? ¿no le conoces?

ELECTRA

Ni la menor idea...

ORESTES

¿No te acuerdas
del hombre a cuyas manos me entregaste?

ELECTRA

¿De quién hablas? ¿qué dices?

ORESTES

De aquel hombre
a quien encomendó tu amor solícito
que me llevara en brazos hasta Fócida.

ELECTRA

¿El único que fiel hallé entre tantos
al caer nuestro padre? ¿Éste es?

ORESTES

El mismo.
No averigües ya más.

ELECTRA

¡Día dichoso!
¡oh tú que de la estirpe del Atrida
fuiste salvador único, has llegado!

¿Conque tú eres aquel que de ese cúmulo
de tanto mal a entrambos nos salvaste?
¡Cuán queridas tus manos! ¡cuán queridos
esos pies que tan fieles nos sirvieron!
¡Y has estado tú aquí, tú sin dejarte
reconocer de mí... sin soltar prenda,
arrancándome el alma tus palabras
al par que, de obra, tanto bien me hacías!
¡Padre, salud, que como a tal te miro!
¡salud! Por ningún hombre un mismo día
he sentido tal odio y tal ternura...

PEDAGOGO

Bueno, basta. Y en cuanto a lo pasado
muchos serán los días y las noches
que gaste, Electra, en referirte todo.

A Orestes y Pílades

Y a vosotros ahora los que juntos
esperáis la ocasión, a mano, os digo,
la tenéis ya, pues Clitemnestra ahora
se encuentra sola, y en palacio ahora
no hay ni un hombre siquiera. Si un minuto
desperdiciáis, pensad cuántos y cuántos
más hábiles saldrán a la pelea
con quien tendríais que mediros luego.

ORESTES

Ya no es cuestión de más palabras, Pílades,
sino de entrar a toda prisa, al paso
haciendo reverencia a los altares
de los paternos dioses que la entrada
del palacio custodian.

Cruzan la puerta y se internan en el palacio Orestes, Pílades y el Pedagogo. Quedan solas afuera Electra y el Coro.

ELECTRA

Rey Apolo,
escúchalos a entrambos, y con ellos
escúchame también, pues tantas veces
puse ante ti los dones que devota

te podía ofrecer. Oh Apolo Licio,
con esta poquedad de nuevo ahora
te pido, te suplico, te conjuro
que, ayudador benigno, nuestra empresa
quieras favorecer, y ante los hombres
muestres así cuán trágico castigo
a la impiedad reservan las deidades.

Dicho esto, Electra por unos instantes abandona también la escena y entra en palacio.
Canta el Coro, que quedó solo.

ESTÁSIMO TERCERO

CORO

Ved cómo paso a paso Ares avanza
respirando venganza...
¿quién nunca le hizo frente?
Y tras él han entrado, acorralando
al crimen que en la sombra se agazapa,
las Furias, - canes, de quien nadie escapa...
La visión que a mi mente
estuvo tanto tiempo atormentando,
ya terrible, inminente,
su cumplimiento va a tener infando.

Ya penetró con planta cautelosa
el campeón del Averno bajo el techo
en la mansión del padre esplendorosa.
Va la muerte en sus manos, afilada...
Y Hermes, hijo de Maya, que el asecho
tiene oculto, preside a la emboscada
y la guía certera
al éxito sangriento, y más no espera.

ÉXODO

Vuelve a salir Electra sigilosamente del palacio.

ELECTRA

Amigas queridísimas, los hombres
a punto están de terminar su obra...
Esperad en silencio...

CORO

¿Qué es lo que hacen?

ELECTRA

Ella adornando está la urna del muerto
para la sepultura, y junto a ella
los dos están de pie...

CORO

¿Por qué has salido?

ELECTRA

Para impedir que Egisto nos sorprenda.

En este momento se oye dentro un grito de espanto.

Voz de CLITEMNESTRA

¡Ay! ¡ay!... ¡Ah de la casa sin amigos
y llena de asesinos!...

ELECTRA

Alguien grita
allá adentro... ¿no oís?

CORO

Oigo, sí, oigo,
cosa de espanto... ¡horror!... que me espeluzna...

Nuevo grito al interior.

Voz de CLITEMNESTRA

¡Ay¡ infeliz... Egisto, ¿por dónde andas?...

ELECTRA

¿Oísteis? Otra vez...

Voz de CLITEMNESTRA

¡Ay hijo, hijo!
¡piedad para tu madre!...

ELECTRA, *exaltada*

¡No la hallaron
en ti ni el hijo ni su padre un día!...

CORO

¡Triste ciudad! ¡estirpe sin ventura!
el hado que os andaba a los alcances
se extingue, al fin se extingue...

Se oye un alarido desgarrador.

Voz de CLITEMNESTRA

¡Ay!... ¡ay!... ¡me matan!

ELECTRA, *terrible*

¡Dale otra vez, si puedes!

Otro alarido mortal

Voz de CLITEMNESTRA

¡Ay¡... ¡de nuevo!...

ELECTRA

¡Sí! ¡que otro tanto se llevara Egisto!

CORO

Hacen su obra fatal las maldiciones...
viven los que dormían bajo tierra...
a cambio de su sangre derramada,
beben los muertos la de sus verdugos...

Pausa. De pronto asoman en el umbral Orestes y Pílades.

CORO

Ya están éstos aquí, roja la mano
del sacrificio recién hecho a Ares...
nada les puedo reprochar...

ELECTRA

¡Orestes!
¿cómo os va?...

ORESTES

Lo de adentro, muy bien todo,
si fue certero Apolo al dar su oráculo.

ELECTRA

¿Muerta la desgraciada?

ORESTES

Ya no temas
que te afrente tu madre o te deshonre.

CORO

¡Silencio! Llega Egisto, está a la vista...

ELECTRA

¡Hijos, adentro al punto!

ORESTES

¿Dónde asoma?

ELECTRA

Allí... y a merced nuestra... muy ufano
sube del arrabal.

CORO

Por el vestíbulo
entrad a toda prisa. Lo primero
salió perfecto... ¡a lo segundo ahora!

ORESTES

Pierde cuidado, así lo haremos.

ELECTRA

¡Pronto!
¡derecho a tu propósito!

ORESTES

¡Pues claro!

Entran Orestes y Pílades

ELECTRA

Y lo de aquí corre de cuenta mía.

CORO

¡Qué bien unas palabras que al oído
con fingida blandura le endilgaras,
y en la celada así caiga de bruces,
que le arma vengadora la justicia!

Llega Egisto.

EGISTO

¿Quién de vosotros sabe dónde paran
esos Focenses, que, según me dicen,
noticias traen de que ha muerto Orestes,
náufrago en un desastre de carreras?
A ti te lo pregunto, a ti ¿me escuchas?
la que hasta ahora andabas tan erguida,
pues a ti más que a nadie eso interesa
y lo puedes contar mejor que nadie.

ELECTRA

Sí, claro que lo sé. ¿Pudiera acaso
quedarme como extraña ante la suerte
de aquel que tan de cerca a mí me toca?

EGISTO

¿Dónde están, pues, los forasteros, dime?

ELECTRA

Dentro, pues a la dueña se han ganado.

EGISTO

¿Y dan clara la nueva de su muerte?

ELECTRA

No sólo eso; la muestran en los restos.

EGISTO

¿De modo que es posible que los vea?

ELECTRA

Posible, sí, y es tétrico espectáculo.

EGISTO

Vaya, que contra toda tu costumbre
gran noticia me has dado.

ELECTRA

Pues alégrate,
si es que encuentras en eso tu alegría.

EGISTO

¡Silencio ya! lo mando, y que las puertas
se abran de par en par, porque lo mire
en Micenas y en Argos todo el pueblo.
Por si alguno, con vanas esperanzas
puestas en este hombre, alzarse quiso,
que al contemplarlo muerto, el freno tasque,
y no espere a que el peso de mi mano
le haga al fin criar juicio.

ELECTRA

Yo en lo mío,
todo he cumplido ya, pues me ha enseñado
el tiempo a doblegarme ante el más fuerte.

Sacan del palacio un cadáver cubierto con una sábana. A los dos lados, Orestes y Pílades.

EGISTO

¡Oh Zeus, mirando estoy el espectáculo
de lo que no ha caído sino al golpe
del divino rigor! Mas si con esto
se resienten los dioses, nada he dicho.
Descorred ya los velos de ese rostro:
al deudo también yo debo mi duelo.

ORESTES

Levántalos tú mismo. A ti te toca,
no a mí, ver esos restos y decirles
el adiós del amor.

EGISTO

Es buen consejo,
lo haré.

A Electra

Mas tú por casa a Clitemnestra
busca y hazla venir.

ORESTES

Junto la tienes,
no hay para qué buscarla en otra parte.

Egisto, al levantar la sábana reconoce a Clitemnestra.

EGISTO, *con súbito terror*

¡Ay de mí! ¿qué estoy viendo?...

ORESTES

¿Quién te espanta?
¿qué? ¿no la reconoces?

EGISTO

¡En qué lazo
he caído infeliz! ¡entre qué gente!

ORESTES

¿Conque no te das cuenta todavía
que hablas a vivos cual si fueran muertos?

EGISTO

¡Oh! ya entiendo el enigma: no es posible
sino que sea Orestes el que me habla.

ORESTES

¡Excelente adivino, pero tardo!

EGISTO

¡Cuitado, estoy perdido! pero déjame
tiempo de una palabra...

ELECTRA, *enajenada de ira*

¡No le dejes,
hermano! ¡no, por Dios, que no se alargue!
El criminal ya preso en su condena
¿qué saca de un momento de respiro?
¡Mátalo pronto! ¡pronto! y tira el cuerpo
a los enterradores que merece,
lejos de nuestra vista: eso es lo único
que me resarza de tan viejos males.

ORESTES, *con terrible dureza*

¡Adentro ya, camina, y pronto! En juego
no están palabras ya, sino tu vida.

EGISTO

¿A qué meterme en casa? Si es hazaña,
¿por qué buscar la sombra? ¡anda, degüéllame!

ORESTES

No mandas. Ven al sitio en que a mi padre
mataste un día, y muere tú allí mismo.

EGISTO

¡Está, pues, condenado este palacio
a ser testigo de la suerte horrenda
presente y por venir de los Pelópidas!

ORESTES

Al menos de la tuya. Es profecía
de cuyo cumplimiento yo respondo.

EGISTO

¡Profecía!... ese don de que te engríes
no lo heredaste de tu padre...

ORESTES

¡Calla!
hablas ya demasiado y pasa el tiempo.
¡Camina!

EGISTO

Tú primero

ORESTES

¡Tú delante!

EGISTO

¿Temes que escape?

ORESTES

No ha de ser tu muerte
a gusto tuyo; y de mi cuenta corre
que te resulte amarga. Para todos
debiera la justicia ser tan rápida:
quienes violan las leyes, que los maten;
y no vería el mundo tantos crímenes.

Entran todos.

CORO, *antes de retirarse también*

¡Ay, estirpe de Atreo, qué trabajos
para salir a respirar las auras
de libertad! Mas hoy, con tal empresa,
la dejas asentada para siempre.

FRAGMENTOS



FRAGMENTOS DE DRAMAS CONOCIDOS[1]

ÁTAMAS (I y II)

1. haber acusado — 2. con vallas — 3. diversiones

4

hombre sin hijos, sin mujer ni hogar...

5

río de vino a nuestro lado fluye.

6. día blanco — 7. cercano — 8. trastos — 9. voces de azuzadores — 10. tomó un color

ÁYAX LOCRIO

11

libio jubón hecho de piel de perro,
moteado como cuero de pantera...

[1] El texto y la numeración de los Fragmentos están tomados de la edición de A. C. Pearson: *"The Fragments of Sophocles edited with additional notes from the papers of Sir R. C. Jebb and Dr. W. G. Headlam"*, Cambridge, 1917, tres volúmenes.

Los fragmentos siguen el orden alfabético de los títulos griegos de las tragedias perdidas a que pertenecen. Los de una sola palabra o sin sentido van en letra menuda.

Todo lo que se conserva del drama satírico Los SABUESOS está contenido en el fragmento 314.

12

Pupila de oro, la Justicia mira
y dispone el castigo del injusto.

13

El hombre: un soplo apenas, una sombra.

14

Con sabios vive el rey, y se hace sabio.

15

¿Qué te anunciaba Apolo con su cítara?

16

versos sin canto y versos para lira....

17. griega — 18. criticando

⊙

EGEO

19. aguas del Tauro

20

Con martillo de hierro las costillas
y la espalda a porrazos estiraba.

21

Sin que te escuche hablar, sólo con verte,
por paisano te doy.

22

Mas del salteador ¿cómo lograste,
así solo, escapar sin que te viera?

23

Como en las frondas de un esbelto chopo,
si no el ramaje, al menos la alta copa
cimbra la móvil ala de la brisa.

24

Señalome mi padre la agria costa
de esta tierra, en porción de privilegio.
A Lico, al frente, la región de Eubea.
Separó para Niso los dominios
que a la playa de Esciros se avecinan.
Y lo que mira al sur sacó por suerte
Palas, el recio padre de gigantes.[1]

25

Torciendo a mano la abultada veta
dejó listo el ronzal con que enlazarle.

EGISTO

26

la pupila del sol, lumbre del cielo...

27. de ritmo discorde

ETÍOPES

28

De a buenas persuadirte es mi propósito,
no forzarte; mas tú, como los sabios
loa lo justo y cuida tu provecho.

29

las alas cuatro, los hocicos negros,
el talle bien ceñido con cordeles...

30. ingobernable — 31. nutrido con flores — 32. desobedece — 33. flanqueado por columnas

[1] Habla Egeo de la repartición del Ática hecha por su padre Pandión.

LAS CAUTIVAS

34

alguien que el campamento purifique
y entienda en lustraciones...

35

molde es mi escudo, acribillado de ojos...

36

Te lo han quitado, como quien arranca
el puente de la lira.

37

Tras cada piedra un escorpión acecha.

38

junto al altar, tocando su brasero...

39

isleños y (habitantes de las playas)
de la espaciosa Europa...

40

a ésta (la tengo) yo (desde la toma
de) Cila y Crisa...

41

...si, siendo tan pequeño, he reportado
tan menguada victoria...

42

Libé con una copa pequeñita,
pero luego con otra.

43. de Mynes y Epistrefo

44

Calzó el padre los áureos borceguíes
con cordones de lino.

45

fino primor de lidia lanzadera...

46. el promontorio Sarpedón — 47. prisionero de guerra — 48. perversidad — 49. sin cura — 50. desobediente — 51. soga — 52. impío — 53. le saltas a las costillas — 54. con sarcillos — 55. amasa de nuevo — 56. Jonio — 57. sacerdote — 58. suplicaremos — 59. agorero ventrílocuo

•

ACRISIO

60

por concertar la lira con las flautas...

61

Alguien grita... ¿No oís? ¿o aturdo en vano?
Todo ruido es terror para el miedoso.

62

No hay mentira que avance hasta igualarse
con la vejez del tiempo.

63

Preso y el pie en el cepo, el fugitivo
¡claro! todo lo dice a gusto nuestro...

64

Quien siente de sus padres con cordura
poco tiene que hablar, - menos, si es joven,
y menos, si es argiva, cuya gala
es el silencio y el hablar medido.

65

Ten ánimo, mujer: de los terrores
que en la noche los sueños nos inspiran,
la mayor parte los ablanda el día.

66

Nadie como el anciano ama la vida.

67

Hijo, es la vida el bien más placentero,
pues a nadie se da morir dos veces.

68. piedra de Acte — 69. pintura de Marión — 70. crías de ganado — 71. cosas indemostrables — 72. opuesta — 73. que ya no corre — 74. habiendo evidenciado — 75. labrantíos — 76. el que queda sin palabra

ALÉADAS

77

Todo entre los mortales va a la ruina
cuando se cura un mal con otros males.

78

No es fácil oponerse a lo que es justo.

79

Feo, indigno de un hombre bien nacido,
es ocultar (el propio pensamiento).

80

Grande es la fuerza de la lengua justa.

81

¡Silencio! hijo: en él hay grandes bienes.

82

¿A qué sobre esto más palabras? Siempre
las que sobran son causa de dolores.

83

No lo averigües todo: ¡cuántas cosas
mejor están ocultas!

84

A vista de esto qué decir no atino,
cuando el hombre sin cuna vence al noble:
Cosas como ésta ¿qué ciudad soporta?

85

(Ser impío por gusto...) - Eso, ninguno.
Pero ¿no valdrá serlo, si es preciso
para triunfar, antes que, esclavo humilde,
tener que oír las órdenes de un amo?

86

Calla. Me basta a mí que hijo me llamen
de tan gran padre, si en verdad lo es mío.
Y si no lo es, no es golpe que me hiera,
pues más que la verdad me honra ese engaño.[1]

87

Con los hijos legítimos se iguala
—si esto pudo jamás algún bastardo—:
tenga un hombre bondad, y tiene alcurnia.

88

Todo tiene el mortal con la riqueza:
amigos, honras y aun el alto solio
más cercano al de jefes y monarcas.
Enemigos no cría (quien del rico
alguna vez lo fue, luego lo niega).
Abre paso lo mismo a lo más arduo
que a lo llano, y a puestos a que el pobre
no tiene acceso en pos de lo que ansía.
La riqueza al más feo y mal hablado
convierte en sabio, en elegante y bello.
Aun las enfermedades sufre alegre
el rico, y las desgracias disimula.

89

Vagando baja una cornuda cierva
de abruptas cumbres, y serena avanza
alto el belfo, engallados los pitones.

90. cantas — 91. pensar

[1] Parece que habla Télefo, y se refiere a su parentesco con Heracles.

©

ALEJANDRO

92

no son éstas las leyes que convienen
a gente de ciudad...

93

que a hombres de la ciudad haya vencido
un pastor... Bueno, ¿y qué?

94

a la turba de aldeanos acercándose...

95. abundar — 96. malo para vivienda — 97. Efesino — 98. nutricia — 99. nodriza — 100. memoria

©

ALETES

101

Rectitud y sentido de justicia,
más que el saber, con la verdad aciertan.

102

Se halla en palabras breves mucha ciencia.

103

Quien gusta de hablar siempre, no percibe
cuán pesado se vuelve a los que le oyen.

104

Si eres noble en verdad, como lo afirmas,
dinos quién eres y de dónde vienes,
pues nada mancha a quien es bien nacido.

105

Dices muy bien y en nada me molestas,
pues gloria y no bochorno da la estirpe
que sale de la prueba erguida y limpia.

106

¿Quién en poco no tiene, y aun en nada,
la gran felicidad de los mortales,
cuando en un mismo ser nunca perdura?

107

Triste cosa, en verdad, es que prosperen
los malvados nacidos de malvados,
y que nazcan en cambio sin ventura
los dignos hijos de excelentes padres.
No así debieran proceder los dioses
con los mortales. Lo más justo fuera
que viesen todos cómo al hombre pío
favorecen los dioses, y al contrario
que pagara el injusto por sus crímenes
con patente castigo. Así el impío
no hiciera alarde de ventura en vida.

ALCMEÓN

108

Ojalá que en buen juicio yo te viera
y señor de tu mente.

109. ruego — 110. dañosas

ÁMICO (drama satírico)

111

(allí) grullas, tortugas y mochuelos,
milanos, liebres...

112

blanda y floja le deja la quijada...

•

ANFIARAO (drama satírico)

113

el parásito coro de este augur...

114

(vistiéndose la piel de un atezado
toro de la dehesa) (?) [1]

115

(como aquel pescador después de herido,
juicio sabré tener en adelante,
que maestra de juicio es la experiencia) (?) [1]

116. sacrificar — 117. que aleja el frío — 118. secadero — 119. pensar — 120. desmayarse — 121 (Sófocles hace expresar las ideas al danzante)

•

ANFITRIÓN

122

de las tres salvar una, cuando broten,
es prenda de ventura... (?) [1]

123. en forma de cerco — 124. invulnerable

•

(ANDRÓMACA)

125. mensajero

[1] El texto está demasiado corrupto para dar pie a una traducción segura.

•

ANDRÓMEDA

126

Fue decretado el sacrificio público
de una doncella en la ciudad: costumbre
antigua de los bárbaros ha sido
a Cronos ofrendar humanas víctimas.

127

¿Vas a esa tierra en barco o a caballo?

128

nada temer de las recientes órdenes...

129

mira la doble cuerda tinta en sangre...

130

pomos con labios de materia idéntica...

131. barco de doble proa — 132. hace abortar — 133. pueblo sojuzgado — 134. aldeano — 135. sayo — 136. sátiros

•

ANTENÓRIDAS

137

Águila que es heraldo y que es ayuda...

138. me aparté (de su compañía) — 139. sacudir

•

ATREO O LAS MICENIANAS

140

¡No! ¡por su cobardía, que es su vida!
hombre, vil hembra; mas que habrá de vérselas
frente a frente con machos...

141. atraerá a sí

ASAMBLEA DE AQUEOS

142

se puso al lado... si... huidizos...

CORO

...A las playas de Troya han de lanzarnos
los soplos o del céfiro o del noto.
Mas tú que del timón no te separas,
di al vigía de proa que al Atrida
dé aviso en cuanto asome el paso a Troya.
Por algo en plena Hélade naciste,
en Tegea, no en Misia, porque fueras,
con la ayuda de un dios, marino nuestro,
guía de nuestros remos por las ondas.

AQUILES

¿Qué, Ulises? ¿tú también recién llegado,
tú de tierra de mar? ¿Dónde se junta
la asamblea de aliados? ¿qué os detiene?
No es hora de que estén los pies ociosos.

ULISES

De parecer soy yo de que partamos,
y esto a los jefes toca. A mejor tiempo
no has podido llegar, noble Pelida.

AQUILES

Pues no anda todavía por la playa
la tropa de remeros, ni ordenados
los hoplitas se ven.

ULISES

Lo estarán pronto,
pues la ocasión nos manda darnos prisa.

AQUILES

Siempre habéis sido flojos, siempre tardos,
cada cual con mil cosas que propone
a discusión sentada. Así no se anda.
Yo en cambio, como veis, resuelto vengo
a que entren en acción mis Mirmidones.
Y parto ya, dejando a los Atridas
y todas las tardanzas de su ejército.

143

como a la quilla el gobernalle adaptan
los que la nave cuidan, para el riesgo
de próspera nocturna travesía...

144

tú que en tu estrado las tablillas tienes,
di si en los que juraron falta alguno.

145. está provista de remos — 146. apelar al huésped — 147. que incita con las riendas — 148. ominosos

•

AMANTES DE AQUILES

149

Es este mal de amor mal atractivo.
Y buena imagen de él es lo que pasa
cuando hiela con cielo despejado,
y desprenden los niños un carámbano.
Retocarlo al principio los encanta;
mas luego, cuando empieza a derretirse,
ni él se deja tener, ni ellos ya quieren
tenerlo por más tiempo. De igual modo
a los amantes el amor constriñe
tanto a seguir como a dejar su empeño.

150

¿a qué trabajos no me puso ella
de leona, de sierpe, fuego y agua?...[1]

151. Tratada con agravio por Peleo, Tetis le abandonó.

152

...o el golpe de la lanza de dos puntas:
pues con doble dolor los traspasaba
la gran lanza de Aquiles.

153

¡vaya! has perdido ¿ves? al niño amado...

154

oh Siargo, oh tú, que en el Pelión creciste...

155

para la miel que de su boca fluye...

156

y él con las recias armas, don de Hefesto...

157

dardos despide de sus lindos ojos...

DÉDALO

158

con grilletes le encierra que no fueron
forjados por herreros...

159

¡Musa, señora del que erige el verso!

[1] Se queja Peleo de las pruebas que hubo de arrostrar antes de casarse con Tetis.

160. risa sardónica — 161. fuele decretado a Talos que moriría

162

escarabajo no es, y en todo caso
no de aquellos del Etna...

163. de las ninfas marinas — 164. reverencié

●

DANAE

165

De la desgracia tuya no sé nada;
sólo una cosa sé, y es que si en vida
sigue este niño, yo me doy por muerto.[1]

166

cría lanar, caza que purifica... (?) [2]

167

¡Vive, bebe, susténtate!

168. hoy mismo — 169. lo más breve — 170. deificado

●

DIONISISCO (drama satírico)

171

Cuando me acerco a darle su alimento,
su naricilla husmea en busca mía,
y se toca la calva sonriendo.

172

flor de dolor que los dolores quita,
¿de dónde la saqué?

173. embriagado

[1] Habla Acrisio a Danae y alude a Perseo.
[2] Texto incierto.

•

DÓLOPES

174

que estuviese a cubierto el fugitivo
cual liebre en su cubil...

175. camastro

•

RECLAMANDO A ELENA

176

El acento de tu habla me previene
que estoy siguiendo el rastro a un espartano.

177

a esa mujer tomando que con lápices
se enciende las mejillas ya marchitas... (?) [1]

178

Mejor me está beber sangre de toro
que sufrir por más tiempo tal deshonra.[2]

179. se encabrita — 180. traslada a Panfilia la muerte de Calcas

•

MATRIMONIO DE ELENA (drama satírico)

181

higo silvestre, inútil, incomible,
tu palabra hace fértiles a otros...[3]

182. ha sido entendido — 183. bienhechores del rey — 184. antorcha

[1] Texto incierto.
[2] Los antiguos tenían por veneno la sangre de toro.
[3] Es decir: das a otros lo que no tienes para ti mismo.

EPÍGONOS - ERIFILE

185

maldita de tus hijos, ¿qué has hablado?...

186

(tú que bajo la tierra estás oculto,
¿oyes, Anfiarao?...)[1]

187

ALCMEÓN

¡La que mató a su esposo es de tu raza!

ADRASTES

¡Y tú sangre vertiste de tu madre!

188

La envidia sólo vence al que no puede
ostentar más virtudes que maldades. (?)[2]

189

¡Oh mujer criminal, que has traspasado
toda medida en tu maldad!, desdicha
mayor que la mujer, no puede haberla
entre cuantas afligen a los hombres...

190

ya nunca ha de habitar el valle de Argos.

191

Es de hombres fatuos estimar la lengua
que dice más de lo que dan las obras.

---

[1] Este verso sólo se ha conservado en la traducción de Cicerón (Tusculanas 2,60).
[2] Texto inseguro.

192

mas donde no se puede libremente
proclamar lo mejor, donde ya triunfa
lo peor en la ciudad, la salud pública
se ve por mil errores en peligro...

193

Guarda en tu ancianidad aliento y brío.

194

Ganancias sin virtud nunca perduran.

195

El valor de los buenos no flaquea.

196

Mortal, ¿cómo luchar contra la suerte
enviada por un dios, cuando en mis males
para nada me ayuda la esperanza?

197

Vete más bien, el sueño de él ahuyentas,
que para su dolencia es medicina.

198

pues ya veo llegar a los Argivos...

LA CONTIENDA

199

Yo con hambre miraba a los pasteles...

200. bodas a punto — 201. una por una

HERMIONA

202

¡oh suelo, oh calles de mi tierra patria!

203. conocido

•

EUMELO

204. bañera — 205. habiendo derribado

•

(EURÍALO) [1]

•

EURÍPILO [2]

206. las (?)... diré (?)... riendas... yendo... él a ti... luego (?)... — pero cuál... de Esciro...— tantos... muchos...— pero... mía...— Troya...— porque — deja...— yendo... solo — con palabras a mí...

207. habiendo sido (?)... muerde... de mala manera... yo... por cierto (?)

208. porque la voz profética...— recibimos... el cuervo cantó — excelente, oh infeliz — grazna... carne sacrificada...— ¿qué, pues? salvo...— una obra ¿qué de cobarde? (?)...— mas no algo... que no cuida de sus amigos... pero...

209. tierra... de polvo... el heraldo... anuncia (?)

210

MENSAJERO (contando el combate entre Neoptólemo y Eurípilo)

- a medio camino...
tras retarse sin voces altaneras

---

[1] De esta pieza sólo se conserva el título.
[2] Lo que se tiene de esta tragedia procede de un papiro del Siglo II, hallado en no menos de 107 pedazos, lo que explica que sea tan poco lo que se ha podido reconstituir.

ni baldones, rompieron por los cercos
de las armas de bronce de uno y otro....

sin lanza... en los asaltos... hacia el cielo... gemía... con la fuerza de las armas (?)... golpea de la mano... habiendo escapado... de la lanza... la espada... al medio... más adelante... la luz de los ojos... de Aquiles... habiendo curado... digo Télefo... le curó...

veloz la mente
le hizo encoger adentro los costados (?)

ASTÍOJE [1]

¡Ay dolor! lamentando por dos muertos...

CORO

de su padre... vio los hijos de Príamo...

ASTÍOJE

Y la tercera yo...

CORO

Sí, pues por cierto
te ha abrumado el dolor por el que lloras,
dejándote sin ánimo y cordura...

ASTÍOJE

¡Sino, sino cruel que me desgarras!

CORO

Con la verdad aciertas, pues no estando
fuera de ti, te miras arrastrada
en confusión horrenda.

ASTÍOJE

¡Ay, el castigo
va a caer sobre mí!... [2]

[1] Hermana de Príamo, esposa de Télefo y madre de Eurípilo.
[2] Culpábase Astíoje de haber consentido en la venida de su hijo a Troya, movida por el regalo que, para obtener este consentimiento, le había mandado Príamo.

CORO

Dices castigo...

ASTÍOJE

¡Pues cuanto antes, mejor!

CORO

¡Ay! ¿qué decirte?

ASTÍOJE

¿Quién con derecho no herirá mi frente?

CORO

¡Tu sino te desgarra, y sin derecho!

ASTÍOJE (preguntando por Eurípilo)

Y, a más de su desgracia, ¿han asaltado
al cadáver los Griegos con sus burlas?

MENSAJERO

No, no han llegado a hacerlo con visajes,
pues, tras reñida lucha, los cadáveres
juntos yacían, alanceados unos,
desfigurados otros totalmente:
tal mortandad hicieron los Aqueos
con doblado furor; como que vimos
a los nuestros entrarse por las puertas
agobiados de golpes y de heridas...

habiendo visto... del muerto... el varón... en el día... todavía de las áncoras... despedazó el viento...

Tal el triste clamor de tantas bocas
y el tirar sobre el cuerpo tantas túnicas,
tantos trajes tejidos por Istrianas,
—nada que le valiese al triste muerto—.
Pero postrado ante el costado herido,
sin ser su padre, hablándole cual padre,
lloraba al deudo de sus hijos Príamo,
al que, mozo en la lucha, era un anciano
en el consejo, al que no apellidaba

ni Misio de nación, ni hijo de Télefo
sino hijo propio y como de él nacido.
¡Ay! ¿qué decirte?
hijo, yo a ti... cuando eras de los Frigios
la esperanza mayor y la postrera!
Huésped entre nosotros poco tiempo,
memoria dejarás de tanta hazaña
a los que sobrevivan a esta guerra,
y un duelo juntamente cual no se hizo
por Sarpedón ni por Memnón, aunque eran
los campeones supremos que tuvimos...

como lo último... puesto que ahora... para muchos

211

ASTÍOJE

...a los hijos de Príamo y a Príamo,
rey del Ida, que a mí, mujer maldita,
persuadió que tal obra perpetrase
con tan fatal consejo...

CORO

Mas te fuiste dejando una memoria
que jamás morirá...

ASTÍOJE

¡Oh lanza que en tu vuelo te clavaste
en el hijo de Télefo! ¡oh aguda
punta de hierro salvadora!...

212

no con las armas (?)... de Zeus... con buena suerte en la muerte... pereció con toda gloria... asentar la costumbre actual...

un asiento común cavado en roca

compañía de Télefo... en los banquetes el más próximo... a éste y no arriba... en algo a la que le dio a luz y... pone, no antes... huérfana... guirnalda (recién) cortada...

213. en otros... y yo guardaré... hasta que ocultéis bien... haré lo...

214. y del tercero... habiendo descubierto a los amos... ya sea duelo, ya sea... duradero... aflicción... por cierto mucha...

215. ni... toda benévola (?)... en cambio ahora el... Télefo... habiéndome asistido... por lo menos todo...

216. vida... habiendo muerto en todo... en Misia... casa grande... y de nuevo?... para nosotros...

217. de diez mil... la luz... para mí... que me conduelo...

218. el hogar (?)... habiendo muerto... destino

219. del cuello (?)... de los contrarios... hecho... ahora... este hecho... porque Zeus... sino también... cosa...

220. extranjeros cosas horribles de oír...

221. la mirada... pero ¡ea, avanza!... eso haré... las viviendas... ponerse en movimiento... exactamente a tiempo...

no veo: se marchó junto a la casa...
esposa de un varón rector del pueblo...

se marchó el extranjero... con la mejor suerte para los Aqueos... se ha dado la vuelta... bajo la desgracia... no sin daño... esposa herida de la suerte (?)... huracán tiempo para la pena... muerto es reverenciado... de ningún modo tendría que decir... como el Atrida, príncipe de hombres... a ti te espera lejos... profunda

222. hacer... mas yo aquellas cosas... he hallado (que) jamás... descanso y de los males... la fortuna cambia la mayor parte de las cosas... lo más pronto... de la palabra... sabríamos si atrevido... de la suerte...

•

EURISACES

223. inesperado

•

HERACLES (drama satírico)

224

No, sólo voy llevando almas de muertos.

225

Palitos recogí, porque entretanto
no me faltase leña para el fuego.

226

Una sierpe alimentan, moradora
de aquel sitio y guardiana de la fuente.

227. muralla ciclópea

228

Deuda es la gratitud: bueno es pagarla,
y antes a las deidades que a los hombres.

229

Hacer el mal es contraer la deuda
del condigno castigo.

230

guardar al (Cancerbero) venenoso
como se guarda a un marranillo atado...

231. leña partida — 232. bellaquería — 233. de los albugos — 234. no mutila

ERÍGONE

235

lo que por conjeturas adivino
eso quiero ver claro...

236

Poco a poco perdieron la conciencia (?)
hasta que ellos murieron y él con ellos.

TAMIRAS

237

atalaya de Tracia en que vigila
Zeus, dios del Athos...

238

arpas lidias y tracias, e instrumentos
con que tañen su música los Griegos...

239. arpas triangulares

240

Cuanto oímos son cantos para danza
con rápido batir de pies y manos.

241

Murió la melodía que brotaba
de las flautas, las arpas y las liras,
(como cuando arrebata de la nave
el huracán marino a los remeros)? [1]

242. la hondonada de Argos — 243. cáñamo

244

rotos los brazos de oro de la lira,
roto el encanto de sus tensas cuerdas...

245

me agarra la garganta el dulce músico,
presa soy de la lira y de los cantos
que con tanto primor tañe Tamiras.

●

TESEO

246. fecundante nube

[1] Los dos últimos versos según el texto corregido por A. C. Pearson.

•

TYESTES EN SICYON

247

Sabio es el que es honrado por los dioses.
Mas quien por ellos su conducta rige,
aunque salir le manden de lo justo,
debe marchar; pues nada hay vergonzoso
cuando es un dios el que nos manda y guía.

248

con paso enloquecido...

249. sin forma — 250. con una porción única — 251. viajando con su propio cargamento — 252. aprobaciones por aclamación — 253. rechazadas de todo lo sagrado — 254. vivía yo

255

Hay una tierra junto al mar, Eubea,
donde crece en un día la uva báquica.
Al rayar de la aurora, verdeantes,
esparcen los rebrotes sus zarcillos.
Al avanzar hacia el cenit el día
formando va el racimo; y a la hora
en que éste se doblega sobre el tallo,
ya está negro y maduro. Por la tarde
córtase el fruto que brotó tan lindo
y puede ya mezclarse en la bebida.

256

A la necesidad ni Ares resiste.

257

¡En marcha a toda prisa! La deshonra
no alcanza a quien se afana dignamente.

258

Duro es, lo sé; mas hay que hacer la prueba,
y aun frente a circunstancias tan fatales
buscarles un remedio.

259

Conversar también trae su consuelo,
pues hace que se olvide el mal presente.

260

Viejo seré; pero acompaña el juicio
al anciano, y el tino en el consejo.

261. no anunciado — 262. no dichas — 263. taimado — 264. no curado — 265. replican — 266. inexperimentados — 267. cosas impías — 268. sin impuestos — 269. encomiendo

•

LOS IBEROS[1]

•

ÍNACO

270

Ínaco, noble río que eres hijo
del Océano, padre de las fuentes,
que señoreas los argivos campos,
el alto templo de Hera y los Tirrenos
de la excelsa ascendencia de Pelasgos...

271

De las cumbres del Pindo, desde Lacmo
en tierra de Perrebos fluye el río
hasta los Anfiloquios y Acarnanes.
Mézclase en el raudal del Aqueloo,
y de allí su corriente se abre paso
hasta llegar al pueblo de Lirceo.

272

¿Y esa mujer con un sombrero arcádico?...

[1] Esta pieza, tal vez drama satírico, es sólo conocida por el título.

273

Entrada es ésta hacia Plutón...

274

mansión a que se acoge todo huésped...

275. (llegando Zeus, todo se llena de bienes) — 276. silos de cebada

277

por todas partes resonaba el ruido
con que caía el vino en la jugada
de la rubia Afrodita...

278

¡dichosos los que entonces obtenían
una vida serena, inmarcesible!...

279

(en su frente) brotó ruda excrecencia
cual concha de tortuga...

280. de la vaca — 281. (Argos, que todo lo ve, cantando pastaba a Io)

282

Sí, pero has de saber que hay un proverbio:
que surgen grandes hombres de lo ínfimo.

283

a este mi Plutón no censurable...

284

Su padre el río Ínaco reclama
idéntico tributo que los muertos.

285

Juré yo por los líquidos raudales
de sus profundas fuentes.

286

llénanlo todo arañas tejedoras...

287

batir (de pies) sobre la tierra argiva...

288. juez escogido por habichuelas (por suerte) — 289. con oscurísimo temporal — 290. la Tierra madre de los dioses — 291. manto de la impudencia — 292. cabello tempestuoso (desordenado) — 293. taimado — 294. no aechada — 295. embudo (en que acababa la urna de las votaciones)

IXIÓN

296. seco, dañado

IÓBATES

297

mostrarnos en la vida una alta meta...

298

al Hades no ama nadie, ni el anciano.

299. rocas sin vegetación

HIPÓNOO

300

De Oleno vengo, que es mi tierra patria.

301

Nada pretendas ocultar; que el Tiempo,
que lo ve todo y que lo escucha todo,
todo descubrirá.

302

No en cualquier lado el salvador remedio
podrás hallar, sino en preverlo todo.

303. defenderse — 304. virginal

IFIGENIA

305

oh tú que logras el más noble yerno...

306

no es para guardar miel la vinagrera...

307

Cuando trates con otro, a sus sentires
el color acomoda de los tuyos,
como al de su peñón se adapta el pólipo.

308

Dejar pasar el tiempo sin propósito
nada bueno produce.

309. vive en las alturas — 310. reina — 311. el fondo de la jarra — 312. un tanto embotado — 313. (Apolo recibe sus oráculos de Zeus)

LOS SABUESOS (drama satírico) [1]

314

La escena en el monte Cileno de Arcadia, entre peñas y matorrales. Se divisa en el fondo una cueva con la entrada cerrada. Personajes: Apolo, Sileno con un coro de sátiros, la ninfa Cilene, (Hermes).

[1] Constituye esta pieza el más importante de los Fragmentos, pues consta de unos 400 versos, de los que más de 250 están intactos. Procede de los papiros de Oxirinco, y fue publicada por A. S. Hunt. Diversos editores han tratado de completar los versos truncos, y algunos de estos arreglos, los más obvios, han sido utilizados en esta traducción, señalados por paréntesis. Las lagunas están indicadas por puntos suspensivos.

APOLO

Sepan (los dioses y) los hombres (todos)
qué premio ofrezco (al que halle) los ganados
(que me han llevado) lejos. Pues es cosa
tremenda para mí, que no la arrostro.
¡Ay mis vacas lecheras, mis toretes,
(mi tropa de) novillas! ¡Ido todo,
(y en vano) voy a zaga de sus huellas!
A hurto abandonaron sus pesebres,
su establo, por ocultos maleficios.
Nunca pude pensar que dios alguno
o efímero mortal tuviese audacia
para tanta maldad.... Al darme cuenta,
ansioso, estupefacto, salgo y busco
lanzando mi pregón y requiriendo
tanto a dioses como a hombres, de manera
que no ha quedado nadie sin oírlo.
En pos de mi rebaño como loco
de caza voy. Las tribus he cruzado
de todo el pueblo tracio... pero nadie...
....
A (los llanos) lanceme de Tesalia,
a las (ricas) ciudades de Beocia;
y luego...
...a tierra doria, desde donde
al Cileno escarpado aprisa llego,
a sus faldas y bosques. Si, pues, me oye
por aquí algún pastor, un campesino,
un carbonero, uno de esos selváticos
hijos de ninfas montaraces, sepan
que el que eche mano al robador de Apolo
seguro tiene el premio que he ofrecido.

Entra corriendo el viejo Sileno.

SILENO

(Tan pronto como) oí las grandes voces
con que lanzaste tu pregón, al punto
con la prisa y afán con que un anciano
se puede agilitar, a ti he venido,
Febo Apolo, a ofrecerte mi concurso
con amistosa voluntad. Para esto
me ves llegar corriendo, por si valgo
para hacerte la búsqueda de que hablas.
Porque, eso sí, la paga que me espera,

ese oro con que quieres coronarme,
preciso es que acompañe a tu mandato;
y encargaré a mis hijos que ambos ojos
pongan en la rebusca, si es que cumples
lo que ofrecido tienes.

APOLO

Yo sí cumplo,
con tal que tú confirmes (tu promesa).

SILENO

Tendrás tus vacas, pero cumple (el pacto).

APOLO

(Cumplido lo verá quien me las halle),
sea quien sea: el premio aquí está listo.
. . . .
(Y hay otro premio más...)

SILENO

A ver... ¿cuál dices?

APOLO

Por libres quedaréis tú (y tus hijos).

Se retira Apolo. Entra el Coro de sátiros.

CORO

Ven acá, ven (y mueve)
el pie, marcha (ya rápido)...
¡Vivo, vivo! ¡oh! (¿me escuchas?)
sí, contigo (me encaro):
(corre tras) el ladrón,
(corre y) échale mano.
(Usa con él de) astucia;
no pares hasta (hallarlo).
La voz de nuestro padre
(afanosos) cumplamos.
Esos robos nocturnos
a ocultas perpetrados
persigan nuestros pies...
¿qué harán para encontrarlos?

Así libre veremos
a nuestro padre... (Vamos,)
y ponga el dios amigo
fin a nuestros cansancios,
él que tan ricas muestras
de su oro ha desplegado.

SILENO

¡Oh dioses, oh Fortuna, oh numen pío
que haces hallar camino, concededme
encontrar lo que buscan mis carreras:
que atine con el rastro, con la pista
y con la presa del ladrón de Febo,
a quien de su rebaño han despojado.
Si hay quien algo haya visto o algo sepa
qué bien tan grande haría en descubrírmelo;
favor que fuera para el mismo Febo
obra de gran amor...

CORO

¡Ea, decidlo!
no encubráis: (con callar no sacáis) nada.

SILENO

¿Hay quien hable? ¿o (ninguno)? por lo visto
tendré yo que ponerme a la rebusca.

Convoca a los sátiros.

¡Ea, pues, todos ya! ¡manos a la obra!
rastreando a la husma (como perros);
por si algo anda flotando por los aires...
Agachaos, doblaos, y de cerca
usad de las narices... (Hace tiempo
que) así sabéis buscar... Poned en práctica
toda maña hasta hallar rastro seguro.

Los sátiros, divididos en dos semicoros, empiezan su faena.

SEMICORO A

¡Oh dios! ¡oh dios! ¡oh dios!... ¡Qué es lo que miro!
parece que ya está... ¡No (des un paso)!

SEMICORO B

¡Sí! sus señales son... las de las vacas...

SEMICORO A

Calla... un dios nuestra marcha va guiando...

SEMICORO B

¿Qué hacemos, chico? ¿nuestra pista es buena?
¿a ésos qué les parece? ¿que acertamos?

SEMICORO A

De lleno. Cada una de esas huellas
lo dice claramente.

SEMICORO B

¡Mira, mira!
¡acá, señales de los mismos cascos!

SEMICORO A

Fíjate bien, es la medida exacta.

SEMICORO B

Anda, corre y atiende, (presta oído)
por si se oye algún ruido (del rebaño).

Percíbese un mugido lejano.

SEMICORO A

Nada oigo (bien distinto); mas no hay duda
que éstas las huellas son, que el paso es éste
de la grey. La evidencia está a la vista.

SEMICORO B

Pero ¿qué es pues? ¡Por Júpiter! las huellas
dan media vuelta y a la inversa miran.
Fíjate. ¿Qué será? ¿qué habrá en todo ello?
Las que de frente andaban se han virado
hacia atrás, y las hay que se entremezclan...
¡Qué barullo armarían al boyero!

Los sátiros, al llegar a la puerta cerrada de la cueva, oyen un ruido extraño que los aterra y provoca en ellos ademanes desconcertados

SILENO

¿Qué nueva extravagancia has inventado?
¿qué es eso de agacharte extrañamente
a tierra como perro que rastrea?
¿qué posturas son ésas? no te entiendo...
a ratos como erizo entre la broza
acurrucado y quieto, a ratos mono
que encoge la cabeza y se desfoga
en furias contra alguno... ¿Qué es todo esto?
¿dónde os han enseñado esos visajes?
¿en qué sitio, decidme? pues yo nunca
os vi en tal actitud...

CORO

¡Huy, huy! ¡qué miedo!

SILENO

¿Qué (son esos chillidos)? ¿a quién temes?
¿qué has visto? o ¿qué (te pasa)? di ¿qué has visto?
¿qué locuras son ésas? tal vez quieras
saber qué ronco ruido (es el que oíste
allí cerca...) ¿por qué calláis ahora
los que charlabais antes por los codos?

CORIFEO

¡Calla, calla!

SILENO

¿Qué hay, pues, (allí) que tanto
os incita a escapar?

CORO

Escucha, escucha...

SILENO

¿Qué tengo de escuchar si no oigo a nadie?

CORIFEO

Óyenos

SILENO

Estoy viendo que de nada
vais a servirme (en mi pesquisa)...

CORIFEO

Escucha
unos instantes más (aquella cosa)
que tanto susto nos causó... que es algo
que jamás escuchó mortal alguno...

SILENO

¡Vaya! ¡por un rumor, muertos de miedo!
seres impuros... como cera muelles...
alimañas cobardes, que fantasmas
veis en todas las sombras y terrores
en los rincones todos... malos siervos
sin nervio, sin aliño, sin franquía...
cuerpos sin nada sino lengua y falo...
que, llegado el momento, fieles siempre
de palabra, falláis luego en las obras...
Y sin embargo, oh bestias las más viles,
hijos sois de este padre, del que quedan
guardados en las casas de las ninfas
tantos trofeos de sus años jóvenes;
de un padre que jamás supo de fugas,
ni de terror, ni de temblar cobarde
ante el bramar de montaraces fieras,
sino que llevó a cabo, armas en mano,
las hazañas que ahora por vosotros
empañadas se ven, por un ruidillo,
ruido desconocido, canto mágico
de algún pastor perdido en la montaña...
¿Qué es eso de temer, cual niños tiernos,
aun antes de ver nada? ¿y de las manos
dejar que escape esa fortuna, ese oro
brillador de que Febo os tiene hablado,
del que se hace garante, y a más de eso
esa liberación que ha prometido
a vosotros y a mí? ¡Perdido todo
por sola dejadez! Si a vuestra empresa

no volvéis, y seguís, adonde se hallen,
a vacas y zagal, tal cobardía
ha de acabar en ruido de lamentos...

CORO

Padre, ven tú en persona a dirigirnos,
porque veas si ha sido cobardía.
Cuando llegues allí, te darás cuenta
que hablaste sin saber.

SILENO

Pues voy contigo
y te haré yo avanzar con argumentos...
sí, como a perro, a punta de silbidos...
Avanza, se acabó la encrucijada...
que en la obra yo te asisto y enderezo.

Reanuda el Coro la pesquisa y Sileno dirige la operación

CORO

¡Huy, huy! ¡Pst, pst! ¡Ah, ah!

SILENO

¿Qué es lo que estás haciendo?
¿por qué así refunfuñas?
¿por qué pierdes el tiempo
en gemir, en mirarme
por debajo?

a uno de los sátiros

¡El primero!
¿qué modo de portarse
es ése?

UN SÁTIRO

¡Ya te tengo!...
Sí, pasó por aquí,
por aquí... Prisionero
eres ya mío... ¡ríndete!

SILENO

a otro sátiro

¡Ese segundo! ¡espléndido!...
¿cómo haces?

al grupo

¡Bien por Draquis!
¡y por Grapis no menos!
En cambio, andas perdido,
Urias, de medio a medio....
¡Urias, estás bebido,
despistado!... Por cierto,
cualquier plan que sigáis,
hay algo allí interpuesto
(que os obliga a esperar)...

a dos sátiros

Pero un camino nuevo
(se abre)... ¡Estratios, Estratios,
síguelo sin perderlo!
¿Qué haces? ¡sigue! ¡es allí!
¡las vacas están dentro,
y de nuestro trabajo
allí dentro está el término!
¡Croquias, Croquias, no sueltes!
¿qué has hallado de bueno?

a otros dos

¡Y qué fino ese Trequis!
fiel siempre en sus empeños,
siempre en la buena pista...
¡síguela tesonero!
En cambio, ¡qué desdicha
esotro! ¡qué mostrenco!
¡Cuando te vayas libre,
de seguro que luego
sólo sabrás perderte!...
¡Anda, camina recto...
no te vayas a un lado!
De flanco los tenemos.

En esto suena claramente la lira dentro de la cueva. Detiénense todos, y Sileno da muestras de espanto.

CORO

Padre, ¿callas? Ya ves si te decíamos
las cosas como son... ¿o es que estás sordo?
¿no oyes?

SILENO

¡Silencio!

CORO

¿Qué hay?

SILENO

¡Yo no me quedo!

CORO

Anda, quédate...

SILENO

¡No! Tú mismo busca
hasta que des con ello, donde quieras,
y carga tú con todo, vacas y oro...
que no es mi voluntad aquí quedarme
ya ni un momento más...

CORO

En modo alguno
dejaré que te vayas ni que esquives
tu parte (en el trabajo, hasta que) en claro
aparezca lo que hay (en esa cueva).

Se escabulle Sileno. Los sátiros tratan de convidar de a buenas al que se oculta en la cueva.

¡Ea!... suelta la voz... ¡plata a la vista!
asegura la dicha de tu casa...

Viendo que no contesta, gritan:

Ese no ha de rendirse por requiebros...
mas pronto armaré yo tal estampido
contra el suelo con saltos y con coces,
que, por sordo que fuere, habrá de oírme...

Los sátiros todos juntos levantan en torno de la cueva una bulla ensordecedora, hasta que abriéndose la puerta, aparece la ninfa Cilene.

CILENE

Fieras, ¿por qué os lanzasteis con estruendo
a la verde arboleda de este coto?
¿Qué modales son ésos? y ¿qué cambios
en los servicios que prestabais antes
a vuestro amo, que siempre con vosotros,
vistiendo piel de gamo y empuñando
flexible tirso, al dios acompañaba
cantando el evohé, con gran cortejo
de las ninfas sus hijas y con danzas?
Mas ya no sé lo que queráis ahora
con esos saltos locos nunca vistos.
Un ruido extraño oí, gritos de aquellos
con que el montero azuza a la jauría
cuando da con la caza y su camada;
y junto (duras) voces que se empeñan
en la rebusca de un ladrón; y luego
(suaves requerimientos) de un heraldo;
y de nuevo al contrario una confusa
gritería a la puerta, con patadas.
En otras circunstancias, yo creyera
que llegaba (una banda de) ladrones,
o que erais presa todos de locura.
¿Por qué asustáis a una inocente ninfa?

CORO

Virgen de grácil cintura,
pon un término a tu enojo:
pues no vengo yo trayendo
clamoreo rencoroso
de pelea, ni palabras
que lastimen tu decoro.
No me hieras con reproche,

antes te ruego tan sólo
que mansamente me digas
quién con sonidos remotos
emite aquí bajo tierra
un canto tan misterioso.

CILENE

Más comedidos son estos modales
que los que usaste anteriormente; y ellos
te enterarán más pronto, que intentando
violencia hostil contra una débil ninfa.
No es de mi agrado ver surgir las voces
de destemplada discusión. Con calma
di qué quieres saber, qué necesitas.

CORO

Reina de este paraje, oh gran Cilene,
por qué vine hacia acá lo digo al punto.
Explícame qué ruido es el que se oye,
qué voz mortal tiene tan broncos ecos.

CILENE

Pero habéis de saber antes de nada
que, si lo que os diré contáis vosotros,
tenéis vuestro castigo asegurado.
Cosa es que en las mansiones de los dioses
se oculta, a fin de que Hera no lo sepa.
Zeus, pues, a la morada de la Atlántida
en secreto llegó y . . . .
. . . . a la doncella
hizo lo que a bien tuvo, sin que nada
supiera la deidad de tallo airoso.
Y engendró en esta cueva un hijo único,
al que yo cuido por mis propias manos
—la madre, aún enferma, está sin fuerzas—.
Y yo, junto a la cuna, lo que come
y bebe y duerme, y muda de pañales,
todo lo cuido sin dejarle nunca.
Lo que es él, sin parar, día tras día,
en forma inverosímil crece y crece,
cosa que me admiraba y ya me espanta.
No tiene aún seis días de nacido
y su talle de niño ya se afirma
como el de un joven en su flor, y sigue

brotando más y más sin parar nunca.
Este es el niño que esta cueva encubre,
la cueva del tesoro, - aquí encerrado
por orden de su padre. El ronco ruido
que oíste y tanto te espantó, lo saca
de invisible instrumento, que en un día
él fabricó de una invertida concha.
Sí, de un animal muerto ha conseguido
el instrumento fuente de su encanto,
que vibra melodioso bajo tierra.

CORO

Increíble para un niño...
¿Qué hallazgo dices?...
.... ¿qué voces?
Y ¿qué es aquello invisible?
(¿Dónde habrá quien no se asombre)
que tan preciosos sonidos
del cuerpo de un muerto broten?...

CILENE

No desconfíes, pues verdad te habla
la diosa que te alegra con sus dichos.

CORO

¿Pero cómo es posible que yo crea
que semejante voz salga de un muerto?

CILENE

Pues créelo, que esa bestia cobró muerta
una voz que jamás tuvo de viva.

CORO

Y ¿qué forma tenía? ¿era alargada
de cuerpo? ¿o abombada? ¿o pequeñita?

CILENE

Pequeña, en forma de olla, y el pellejo
de variado color, lleno de arrugas.

CORO

¿Algo así que pudiera compararse
con un gato? ¿o, diré, con un leopardo?

CILENE

Totalmente otra cosa... es esta bestia
toda redonda, y cortas las patitas.

CORO

¿Algo tal vez a modo de mangosta
o de jaiba de mar?

CILENE

No, nada de eso;
búscale más exacto el parecido.

CORO

¿Será un escarabajo, de esos grandes
que dicen que hay con cuernos por el Etna?

CILENE

Esta vez atinaste: más que a nada
el animal a eso se parece.

CORO

Y en él ¿qué es lo que suena? ¿lo de dentro
o más bien lo de fuera? A ver, explica.

CILENE

(Es el caparazón) todo acombado,
de hechura similar al de las ostras.

CORO

¿Y con qué nombre se le llama? Dinos
si sabes algo más.

CILENE

El niño llama
eso: tortuga, y lo que suena: lira.

CORO

Y eso que ha fabricado (¿dónde oculta?)

CILENE

En una piel (de buey la tiene envuelta).

CORO

(Mas ¿cómo lo que en vida estaba mudo)
se hace oír tan sonoro (una vez muerto)?

CILENE

Sobre unos travesaños no de palo
y bien fijos apoya, y da sonido...
(Sirven también) la caja que retumba...
las clavijas... las cuerdas estiradas...
Y esto cura sus penas, le consuela
—esto solo—; y se alegra y se transporta,
su canto acompañando con la lira
que le enajena con sus varios sones.
Así es como este infante ha conseguido
dar a una bestia muerta una voz viva.

CORO

Una voz estos parajes
llena de alta melodía
y hace florecer en torno
visiones de maravilla
acordes con sus canciones...
Con todo algo me encamina
paso a paso a convencerme
que no es persona distinta
la deidad que esto ha inventado
y el ladrón... Señora mía,
esto has de tener por cierto,
y sufre que te lo diga,
sin que concite tu enojo
ni te arrebate la ira.

CILENE

¿Qué? ¿loco estás? ¿le afrentas con un robo?

CORO

¡Ay diosa, no quisiera yo ofenderte!

CILENE

¿Ladrón osas llamar (a quien es hijo
del mismo Zeus?)

CORO

¿(Cómo velar) el hurto?

CILENE

Anda, di la verdad, (¿por qué le acusas?)

CORO

La verdad (eso mismo es lo que) digo
(pues resulta evidente) que ha robado
(la grey de Apolo, pues por ser) sus vacas
lo mejor, (con su piel) armó (la lira).
No ha cortado esa piel de otro ganado...
....
....

CILENE

(No lo veía) aún: al fin lo entiendo,
que mofando te estás de mi simpleza,
(sin intención de bien), por pura chanza.
Diviértete a mi costa (en adelante),
si (así te viene en gana) o te aprovecha,
suelta tus risotadas, date gusto;
pero a quien es de Zeus (hijo) indudable
no le dañes, lanzando contra un niño
tan nueva acusación. Pues no le viene
lo de ladrón por parte de su padre,
ni la ladronería ha sido tara
en la familia de su madre nunca.
Si es que hubo un robo, hay que seguir la pista
al ladrón donde aprieta la miseria.
No se sabe qué es hambre en casa de éste.
Reflexiona en su alcurnia, y a quien toque
cuelga tú ese baldón, que en él no encaja.
El hecho es que eres niño, un niño siempre.
Con barba y todo, inquieto jaraneas

como un cabro en los cardos. Anda, déjate
de ensanchar de alegría esa gran calva.
¿No sabes que a las chanzas y a las risas
los dioses ponen término con llantos?
Así habrás de acabar: yo te lo advierto.

CORO

Date las vueltas que quieras,
finge, arregla, inventa excusas
por defenderle, que a todo
mi respuesta es sólo una:
jamás podrás persuadirme
que el cuero usado en la hechura
de aquel instrumento pueda
ser de otras reses vacunas
que de las del robo a Loxias.
De aquí no me sacas nunca.
. . . .
. . . .

CILENE

. . . .

CORO

Zeus (engendra a unos hijos habilísimos).

CILENE

(Mas no cabe llamar) ladrón al niño.

CORO

(¿Y cómo, pues, llamarle), si es que roba?

CILENE

A un retoño de Zeus no se le infama.

CORO

Y si es verdad ¿qué hacer sino decirlo?

CILENE

¿Cómo hablas de ese modo? (ten la lengua).
. . . .

. . . .

Y esas vacas ¿dónde andan? ¿quién las cuida?

CORO

Ve, si por este estiércol se adivinan...

CILENE

Y ¿quién las va a tener, hombre perverso?

CORO

Ese niño, el que allí se halla encerrado.

CILENE

Al que es hijo de Zeus no así calumnies.

CORO

Que me saquen las vacas, y yo callo.

CILENE

De ti me tienes harta y de tus vacas...

En lo que queda del papiro sólo se leen letras sueltas en las que se reconocen algunas palabras: empuja... estiércol de vacas... ¡ay, ay!... que dijo... ese si... oh Loxias... ¡ay!... oh Loxias... y se presente... de las vacas... sueldo... libres... al... - *Se puede conjeturar que vuelve a la escena Apolo, que el Coro de sátiros le anuncia su hallazgo y que él les paga el premio prometido. Se debe suponer una escena final en que Apolo se reconcilia con Hermes, devolviendo éste las vacas y regalando a Apolo la lira.*

315 *(incluido en el texto, v. 309)*

sobre unos travesaños no de palo
y bien fijos apoya, y da sonido

316. bailar grotescamente — 317. premio adjudicado por el juez — 318. ladrón de vacas[1]

[1] Estos cuatro fragmentos eran lo único que había de *Los Sabuesos* antes del descubrimiento del papiro.

ION

319

Todo lo sufre el noble hidalgamente.

320

Los bienaventurados, ellos solos,
ven sus dichas crecer en los jardines
de Jove (en las Hespéridas).

321

En invierno se acogen a los secos
establos de ganados...

322. no labradas

LOS CÁMICOS

323

... epónimo de un ave,
de la perdiz, en la gloriosa Atenas...

324

A ver, hijo, si encuentras quien (un hilo)
al caracol (ensarte)

325. muerte por abrasamiento con pez

326

nadie sabía
que por arte de un dios estaba oculta...

327

sostuvieron mi cuerpo fieles (alas)
al transportarme...

CEDALIÓN (drama satírico)

328

del miedo descuidé los condimentos...

329

gente digna del látigo, con huellas
de tortura, tragones de lo ajeno...

330

No pintan tus palabras en mi daño
más que una línea blanca en piedra blanca.

331

cuanto llegue a pasar será todo ello
para mí cual la sombra de un borrico.[1]

332. viviendas naturales — 333. racha que sopla de atrás

CLITEMNESTRA

334

No veis al vengador que ya se cierne
(sobre nuestras cabezas)...

335

castigo atroz de la contraria diosa...

CÓLQUIDAS

336

piernas de bronce y hondos resoplidos
y narices de llama...

[1] Es decir, no tendrá la menor importancia.

337

De las fauces de fuego brotó un soplo (?)

338

Y te hubiera admirado ver de lejos
el áureo resplandor (del vellocino)...

339

¿Juras pagar con gratitud mi ayuda?

340

¿No habéis oído hablar de Prometeo?

341

AETES

¿Y no brotó la tierra su mies propia? [1]

MENSAJERO

Sí, brotaron del seno de la madre,
moviendo los penachos de sus yelmos
y alzando en alto las broncíneas armas.

342. (Pusiéronse de pie con unas cinturas que recogían bien los mantos) — 343. (En la casa de Aetes fue degollado Apsirto) — 344. (Neera, madre de Medea)

345

encendiendo en amores con sus formas
al soberano Zeus... [2]

346

A lo mortal deben sentir los hombres.

347. habiendo sido cambiada — 348. alcachofa — 349. recién entrado en la lucha

●

[1] de guerreros armados.
[2] Alusión a Ganimedes.

CREÚSA

350

Es la cosa más triste que, pudiendo
arreglarse las cosas, uno mismo
se empeñe en concitar el propio daño.

351

Quien el peligro con valor afronta
habla en firme y no yerra en lo que piensa.

352

Mentir no es cosa digna; mas si trae
consigo la verdad fiera desgracia,
perdónase el decir lo que no es digno.[1]

353

Ni un matrimonio desmedido, amigas,
ni riqueza excesiva yo quisiera
en mi casa, pues sendas son de envidia.

354

Príncipe, no te asombres que ganancias
codicie yo, pues los mortales todos
—y más el que logró más larga vida—
se agarran con las uñas al dinero,
y todo lo demás es secundario
a su juicio. Hay quien loa al hombre sano;
yo digo: nadie es sano sin dinero;
enfermedad continua es la pobreza.

355

¿Qué hay, viejo? ¿qué temor te sobresalta?

356

Muy bello es ser en todo y siempre justo;
muy bueno, vivir sano; lo más grato:
día a día lograr lo que uno quiere.

---

[1] Tal era al menos el parecer de Ulises, como consta de *Filoctetes* (108-109).

357

Vete, hijo, vete: tales cosas nunca
las debieras oír.

358. tengo adquirido — 359. igual a la muerte.

•

EL JUICIO (drama satírico)

360

¡Eh! que me queda el traje como propio!

361. (Siendo Afrodita el placer, y Atena la sabiduría)

•

LOS MUDOS (drama satírico)

362. (La fábula del asno sediento)

363

rodando cual si fuera cochinilla...

364. (Frigios son los Dáctilos del Ida) — 365. Celmis — 366. (Los primeros fueron cinco varones, y cinco hermanas de ellos)

•

LAS LACEDEMONIAS

367

Por estrecha cloaca nos metimos
llena de toda horrura.

368

Pues, hablando a lo humano, no es creíble
que los dioses jamás den a los Frigios
su protección, pues éstos a los Griegos
con salaz insolencia provocaron.
Contra lo inevitable no te empeñes.

369

Entonces cesarán esos trabajos
y males de la guerra, interminables. (?)

•

LAOCOON

370

El altar del camino resplandece
y perfuman el humo de sus llamas
gotas de mirra, aromas orientales.

371

¡Oh Posidón, que tu dominio extiendes
sobre los promontorios del Egeo,
y cuidas desde lo alto de tus rocas
la entrada de las plácidas bahías
de verdinegras aguas!...

372. (los nombres de las serpientes)

373

Ante las puertas ya se encuentra Eneas,
el hijo de la diosa; y en sus hombros
carga a su padre, quien en líneo manto
la fulminada espalda envuelta lleva.
Al héroe cerca su familia toda,
e inmensa multitud, cual no imaginas,
le sigue: de los Frigios todos cuantos
para esta retirada unirse anhelan.

374

Las penas, al cambiarse, se hacen dulces.

375

Del dolor que pasó nadie hace cuenta.

376. fui lacerada — 377. que baja en calada

LOS DE LARISA

378

Un gran concurso hizo anunciar y entrada
brindó a los extranjeros; como premios
calderos exhibió de fino bronce,
copas sobredoradas y de plata,
por todas ciento veinte.

379

Madre de los Pelasgos es Larisa,
de los Pelasgos ascendientes nuestros.

380

Lanzaba yo el tercero, y en el tiro
del disco, Elato, uno de Doria, alcanza
el mío muy de cerca...

381

El que está vivo atienda al que está muerto,
pues él también ha de morir un día.

382

Aun un rey pensaría aquí en la fuga...

383. de Craneia

LAS DE LEMNOS

384

¡Oh Lemnos, oh collados junto a Crisa!...

385. (catálogo de los Argonautas)

386

Admeto, hijo de Feres y Corono,
el Lápita de Docia...

387

inabordable te crié y arisca...

388

pronto lo mostrarán los mismos hechos,
bien lo sé yo...

389

La hora en que no suena la trompeta...

•

LOS AGOREROS O POLIÍDO

390

a Poliído, el agorero, miro
muy cerca ya...

391

Nadie podrá hacer eso sino sólo
el hijo de Cerano, Poliído.

392

el rubio hijo de Tiresias, Fámeno...

393

Abre de tu alma la cerrada puerta.

394

cordón de lana puesto en las vejigas...

395

Blanca flor en el tallo es al principio
la mora; fruta luego enrojecida;
y al fin en la vejez vuélvese negra.[1]

[1] El texto griego dice: vuélvese egipcia.

396

ansiosos de hacer presa en la comida...

397

No se llega a las cumbres sin trabajo.

398

(Para la ofrenda) estaban reservados
lana de oveja y fruto de la parra:
el vino que se liba y un racimo;
un conjunto de frutas con primicias
de cebada y aceite del olivo,
y el panal industrioso que labrara
con cera blanda la morena abeja.

399

El primero que vino, al ser cadáver,
me resultó un agüero de desgracia.

400. de la hostil

MELEAGRO

401

Monstruoso jabalí contra los campos
de Eneo hizo bajar la (airada) hija
de Latona, que el blanco nunca yerra.

402

con coronas que ciñen la cabeza...

403. encinas cargadas de muérdago — 404. por sorteo tradicional — 405. en lugar de un buey (vivo) — 406. una retirada

MINOS

●

407

No es aliada del flojo la Fortuna.

●

LAS MUSAS

408. caballo que aún no echa los primeros dientes

●

LOS MISIOS

409

Al infeliz, qué dulce es olvidarse
aun sólo unos instantes de sus cuitas.

410

No hay nadie sin dolor. Quien menos sufra
ése es el más feliz.

411

El país en conjunto es Asia, oh huésped,
y a su región llaman los Misios Misia.

412

muchas arpas de Frigia, a que responde
el armónico son del arpa lidia
que abarca dos octavas en sus cuerdas....

413

brazaletes, turbantes y una túnica
como manto de pieles...

414. pareceres inquebrantables — 415. escalas (para bajar de los barcos) — 416. despoja — 417. sin fuego — 418. que no se tuerce

•

MOMO (drama satírico)

419. zorro — 420. abrigo — 421. poner rígido — 422. dio saltos — 423. descubrió — 424. guadaña

•

NAUPLIO

425

¡Oh Zeus, que pones fin a los dolores,
Zeus salvador (en cuyo honor se ofrece)
la libación de la tercera crátera...

426

siendo hombre con escudo y con coraza...

427

¿como hoplita de escudo, o como Escita
(sin más armas que) flechas?...

428. odiosos

429

fichas en cinco líneas y (hábil) tiro
(en el juego de) dados...

430. remo de marino

431

son ahorcados lo mismo que avecillas
cazadas en la red...

432

La muralla ideó de los Argivos.
Son invenciones suyas las medidas,
los pesos y los números, el orden
de marcha de las tropas, las señales
que en el cielo se leen; y en los ejércitos
los arreglos por diez, cincuenta y miles,
las señas transmitidas por hogueras
y tantas otras cosas no sabidas.

También halló cómo medir los términos
y órbitas de los astros, que las guardias
nocturnas miden que en defensa velan
y al piloto las vueltas de la Osa
y el ocaso del Can en el otoño.[1]

433

pido a la noche que lo envuelve todo...

434

Una noche al que sufre se hace un siglo,
mas para el que la goza pronto acaba.

435. engaños de los fuegos — 436. la guerra de los varones — 437. el encuentro nupcial de Elumnio — 438. los timones

•

NAUSÍCAA

439

tejer peplos y túnicas de lino...

440

(la ola) que me levanta, mansamente
me hace avanzar de nuevo...

441. carro cubierto

•

NÍOBE[2]

442. enloquecida... de Febo y de su hermana... avanzas (fuera de) la casa... eres herida en el costado... de hondo gemido... hacia acá por este camino llego... a las honduras y abismos de la tierra... ¡ay, ay, ay, dolor! se acogerán mis pies... seré agarrada señora... y no me mates... desdichada doncella... tuerce la mirada... antes... daré... por lo menos...

443. más... aguda... vino tu hija... vio... a él... espada... competí...

---

[1] Todas estas invenciones son atribuidas a Palamedes.

[2] Los fragmentos de esta tragedia hallados en los papiros de Oxirinco, desgraciadamente presentan todos ellos versos incompletos, de los que no es posible sacar un sentido seguido.

444. más allá de las palabras... si como potro bajo el yugo... recientemente

445. ¡ay ay ay dolor!... a ellas...

446. (que eran siete las hijas y otros tantos los varones)

447

Era yo amada por el mayor de ellos.

448. Oh... envía tú por mí... (?) — 449. gusano que roe la piel — 450. las flautas — 451. azafrán

⊕

PORTADORAS DE IMÁGENES

452. (los dioses cargando sus propias estatuas)

⊕

ULISES HERIDO

453

¿Qué ofrenda cargan tus lucientes hombros?

454

Lo que llevo en los hombros es el bieldo.

455

Zeus que habita en Dodona, a quien los hombres
"el Habitante" (llaman).

456

a las sacerdotisas de Dodona
que cantan sus oráculos...

457. barriga untada con aceite

458

Si alguno sale... bien; si no, da parte.

459. presencia de vecinos

460

Ya no hay quien me persuada ni en Dodona
ni en los santuarios píticos...

461

Que a ningún dios se invoque ya en Dodona...

●

ULISES LOCO

462

Lo sabes todo ya; cuanto quisieron
mandarme, dije yo. Breve y sintético
ha sido mi relato, al modo argivo.

463. cantos al son del plectro — 464. experimentado — 465. ocultó — 466. estar inspirado — 467. una limpieza

●

ECLEO

468. cojines de lino

469

Ve, pues, y que te asista la fortuna,
cual yo te lo deseo.

●

ENEO

470. Zeus que brilla en el sol

●

ENÓMAO

471

De las dos madres pretendía la una
que quien mejor corría era su hijo,
y la otra que el suyo...

472

Estando de por medio un juramento,
de dos males se angustia por librarse:
o provocar reproches de los suyos,
o incurrir en ofensa de los dioses.

473

A la usanza de Escitia, hace de toalla
la piel que le arrancó de la cabeza.

474

Tan seductor hechizo tiene Pélope
en el dardo de amor de su mirada,
que arde él mismo y a mí me abrasa viva.
Así se ajusta su mirar al mío
como hilo de albañil a la plomada.

475

Veo que con la almoaza estás limpiando
las secas crines de alazana yegua.

476

¡Que águila fuera yo de altanería,
para ir volando sobre el glauco oleaje
del infecundo mar!

477

Nada le dice el paso de los vientos
al avecilla hembra, sino sólo
al tiempo de criar.

PALAMEDES

478

Sólo este aviso: al ir, guarda silencio.

479

¿No hizo él cesar el hambre? (sea dicho
con venia de los dioses) ¿no fue suya
la hábil maña con que hizo tolerable
la demora en luchar, tan angustiosa,
con damas y con dados, suave alivio
a penosa inacción?

480. remedio — 481. segado

•

PANDORA (drama satírico)

482

Empieza tus labores moldeando
el barro con las manos

483

Quien beba el cuerno de oro rebosante,
sus nervios luego agotará rendido
bajo muelle cobija...

484. manosear — 485. bacinilla — 486. lezna

•

PELEO

487

A Peleo el Eácida yo sola,
su única sierva, en su vejez atiendo,
y le cuido de nuevo como a un niño,
pues niño es otra vez el que envejece.

488

Mejor morir que no vivir sufriendo.

489

Siento igual, quiero igual, igual opino.

490

Suba, suba hacia el dios el grito pítico.

491

Pues yo he de alzar el grito, el más sonoro.

492

de Dotión y su tierra soberano...

493

No me falles, oh Zeus, haz que no acabe
sino la espada en mano...

494

se ungió bajo los pliegues de la túnica.

495. la tierra de Cicno — 496. desmayarse

•

LOS PASTORES

497. (Protesilao muerto por Héctor)

498

Dulce es cansarse y endurar los músculos...

499. el grito de Cicno

500

No hacen mella en su cuerpo (invulnerable)
ni el bronce ni el acero.

501

Y, sin alarde, de antuvión le saco
sin más, de una patada que le asiento
sobre las nalgas con el pie de plano.

502

Tan de mañana que gañán ninguno
me vio, traía yo para mis cabras
ramas recién cortadas, cuando pude
sorprender al ejército avanzando
por entre los escollos de la playa.

503

Cuando tierno el atún, pasa el invierno
en nuestra vecindad del Helesponto;
crecido, veranea por el Bósforo,
donde se ve en bandadas.

504

con nasas bien tejidas pesca múrices...

505

Señores suyos somos, y con todo
tenemos que servirles, y, aunque callen,
estar a su mandar.

506

Ya removida está la crestería
que Posidón labró como muralla.

507

dando diente con diente por los fríos
del acceso que vuelve cada día...

508

Nunca han abierto heridas las palabras.

509

... foscas pieles
de un perro, de una cabra y de una vaca... (?)

510

hizo la mezcla (de agua) conveniente
para amasar el barro...

511

cuando en el Ida los pastores vieron
al frente del ganado a las tres diosas... (?)

512. sitios sin perfume — 513. estruendo berecintio — 514. con letras fenicias — 515. ¡oh, el rey! — 516. arruinar — 517. un navegante — 518. los griegos (?) — 519. Jonia — 520. parasangas — 521. ¡so!

•

POLIXENA

522

Quedándote tu aquí, cerca del Ida,
y juntando rebaños del Olimpo,
sacrificios ofrece...

523

Vine dejando las riberas tristes
del hondo lago de sombrías playas,
y el estéril raudal del Aqueronte
con rumores de golpes y lamentos.

524

Complacer y agradar a un tiempo a todos
no lo ha podido capitán alguno,
cuando ni Zeus que tanto me aventaja
lo pudo al repartir lluvia o sequía,
—y si se sometiese a un juicio humano
sería condenado...— ¿Cómo entonces
yo, ser mortal de una mortal nacido,
podré ser más que Zeus en buen gobierno?

525

desde la altura de sombría nube...

526

La túnica fatídica te (espera),
red sin salida que te envuelva en males...

527. calzado que en los lados defiende el pie — 528. (los mutiladores cercenan las extremidades)

•

PRÍAMO

529. escoplos — 530. canteros — 531. pulidores — 532. exponer (a un niño en una tinaja)

•

PROCRIS

533

Jueces castigadores de maldades.

•

LOS HECHICEROS

534

En vasijas de bronce ella recibe,
vueltos los ojos, el lechoso zumo
que al cercenar los tallos goteaba.
Dejan ocultos las tapadas cestas
los cortes de raíces que ella, alzando
báquicos alaridos y sin peplo,
iba segando con segur de bronce.

535

Oh sol divino, y tú, fuego sagrado
con que va armada Hécate en el cielo
cuando ministra allí, con el que ronda
los sacros trivios de la tierra, ornada
con la corona que le dan la encina
y las espinas de hórridos dragones...

536

derritiendo en el fuego la muñeca...

•

SALMONEO (drama satírico)

537

Yo con cosquillas y rumor de besos
premio al que lance el vino con más pulso
y la testa de bronce con él bañe.

538

Pronto herido serás del retumbante
soplo del rayo, ardiente tufarada...

539

vendaval cuyo soplo anuncia el rayo...

540. cabrones de Caria — 541. tumba

•

SINÓN

542. encender — 543. sin precedente — 544. inspirado

•

SÍSIFO

545. las tres Gracias unidas

•

LAS ESCITAS

546

No brotaron los dos de un mismo lecho:
él, no ha mucho, nació de una Nereida;

ella, antes de él, tuvo por madre a Idía,
hija del río Océano.

547. (el viaje de los Argonautas) — 548 (los continentes están separados por el Tánais)

549

riscos y precipicios y caletas
de la playa del mar...

550. intocado — 551. Aquíleas (tortas así llamadas) — 552. hundiendo (el barco)

•

LOS DE ESCIRO

553. la ventosa Esciro

554

Gusta la guerra de hacer presa en jóvenes...

555

Mortales infelices los marinos:
no hay quien pueda premiarlos dignamente
ni un dios ni el hombre que más rico fuese.
Lanzándose a lejanas aventuras,
siempre a riesgo de fáciles desastres,
a tanta ruina expuestos, su ganancia,
si unas veces consiguen, otras pierden.

556

El tormento mayor: la vida larga.

557

Si se curasen, con llorar, los males,
si el llanto hiciese revivir al muerto,
menos valiera el oro que las lágrimas.
Mas esto, anciano, ¿cómo? El que en la tumba
yace oculto, a la luz ya nunca vuelve.
Que al precio de mis lágrimas, mi padre,
si fuera eso posible, viviría.

558. solitario — 559. que viene por sí mismo — 560. sin gasto — 561. descuidar

•

LOS COMENSALES

562

dejando presurosa la marina
región de las Nereidas...

563

Haced la mezcla y que remeza alguno
y escancie una gran copa, que este hombre
como toro de arada no trabaja
si no está bien cebado...

564

No conviene que a un joven ya crecido
le destile el mentón muelles ungüentos,
ni que a un hijo se ensalce con llamarle
por el nombre materno, si es que puede
llevar el nombre de su padre propio.[1]

565

El hediondo bacín lanzome airado,
y acertó a estrellar en mi cabeza
el trasto con sus tufos y no de ámbar.
Pasmado me dejó su pestilencia...

566

Al verte frente a Troya te estremeces,
ya entiendo... lo que evitas no es que no hablen
mal de ti, sino que Héctor ya está cerca...
y quedar a afrontarle no resulta...[2]

---

[1] Pulla de Ulises contra Aquiles.

[2] Dicho capcioso con que se propuso Ulises picar el amor propio de Aquiles e impedir que se retirara del ejército.

567

¡Hombre capaz de todo! en ti cuán claro
en toda forma se traslucen Sísifo
y el padre de tu madre...[3]

568

Es el olvido cosa que aborrecen
las Musas y no aguantan. ¡Oh dichosa
potencia la del canto, que a los hombres
da buena suerte y su valor alienta
en la senda tan corta de la vida!

569. Los de Azus — 570. profano — 571. correa

●

TÁNTALO

572

El tiempo del vivir, qué corto... El tiempo
de dormir bajo tierra, ése sin límite...

573

Fue de Hermes este oráculo profético.

574

...siendo hombre acabaré... ya que es éste el único entre estos terrores...

Puedo por cierto ver su imagen pétrea
y en apariencia igual a mudas rocas;
pero la forma de ella reconozco,
sus ojos que gotean como fuentes
en la húmeda mansión de su descanso.
Enorme fue mi espanto, pues o tienen
alma las muertas rocas, o es que en piedras
puede el dios nuevamente transformarnos.
Así que a mí tan atrevido otrora
me parte el alma la doliente suerte
de mi hija. Ella tal vez osó indiscreta

[3] Réplica de Aquiles a Ulises.

desafiar a los dioses; y mortales
que retan la potencia del destino...[1]

575

(Y no es que únicamente) haya perdido
(a la hija mía: ¿dónde está) mi cetro,
el firme asiento de mi casa ¿dónde?
¡En soledad ahora... que perpetua
la puedo denunciar! Cercado estaba
de un muro contra todos los reveses,
dominando la dicha poderoso...
(¡Ay) malaventurado! ¡como rueda,
a todo hace dar vueltas la Fortuna!

•

TEUCRO

576

Verás que los más grandes, los más sabios
hacen lo mismo que éste, que tan cuerdo
supo antes consolar a un desdichado.
Mas cuando a un hombre antes feliz trastorna
algún dios el platillo de su suerte,
de tanto dicho hermoso nada queda.[2]

577

¡Qué vaciedad mi gozo, ay, hijo mío,
al escuchar feliz que aún vivías!
cuando en la sombra halagadora Furia
con dulzuras fingidas me engañaba...[3]

578

Rasgó los cielos deslumbrante el rayo,
y del seno del rayo rompió el trueno.

579. la colina de Cijreo

[1] En este trozo incompleto, que procede de un papiro, lamenta Tántalo la suerte de su hija Níobe.

[2] Versos que se refieren a Áyax Oileo, y que tiene traducidos Cicerón en las Tusculanas (3, 71).

[3] Habla Telamón lamentando la muerte de su hijo Áyax.

•

TÉLEFO

580. siempre en guarda

•

TEREO

581

A él que contemplaba sus desdichas,
lo dejó transformado en abubilla,
ave multicolor que, bien armada,
agresiva revuela por los riscos.
Al despuntar la primavera, tiende
alas blancas de halcón, pues, aunque tenga
un solo nacimiento, dos plumajes
exhibe, uno de cría, de ave el otro.
Y cuando amarillean las espigas
al entrar el estío, nuevamente
con dicoloras alas vuela en torno.
Mas en su odio de aquéllas, siempre emigra
de paraje en paraje a los espesos
encinales desiertos de los montes.[1]

582

¡Oh Sol, clara lumbrera que los Tracios
amantes de caballos, más veneran!

583

Lejos de casa ahora, no soy nada...
Cuántas veces mirándolo he pensado
cuán triste es nuestra suerte de mujeres.
En la casa paterna, cuando niñas,
es nuestra vida, creo, lo más grato
que quepa entre mortales: la inconsciencia
es manjar de dulzura para el niño.

---

[1] Metamorfosis de Tereo, trocado en abubilla, después de haber comido la carne de su hijo Itis, que le sirvió Procne su mujer, por vengar el adulterio que había cometido él con Filomela, hermana de Procne.

Mas llegando a la edad en que se piensa,
expulsadas nos vemos y vendidas
lejos de nuestros dioses familiares,
lejos de nuestros padres, a extranjeros,
Griegos los unos, bárbaros los otros,
unas a casas en que es todo extraño,
otras adonde en todo se las tache.
Mas, pasada la noche de las bodas,
todo esto hay que aceptar y dar por bueno.

584

Mucho envidio tu vida, sobre todo
si no has probado lo que es tierra extraña...

585

Dolorida está Procne, mas es fuerza
que se allane a sufrir lo que un dios manda
quien es mortal...

586

(Le pregunté lo que) ella estaba ansiosa
(de contar), y en la túnica bordada...

587

Ávido de dinero es todo bárbaro.

588

Mientras hables verdad, no tengas miedo
de resbalar jamás.

589

Si él fue insensato, más lo fueron ellas
al extremar tan recio su venganza;
pues quien contra sus males ciego de ira
les aplica un remedio peor que ellos,
es médico que ignora qué son males.[1]

[1] Hizo mal Tereo en violar a su cuñada Filomela; pero hizo peor Procne en vengarse de este adulterio matando a su hijo Itis por darlo de comer a su padre.

590

Sienta el mortal como al mortal compete:
sepa que, salvo Zeus, nadie dispone
de cómo lo futuro ha de cumplirse.[1]

591

La raza humana es una. Un día a todos
nos dio, de padre y madre, un mismo origen
y por su nacimiento nadie trae
nada en que a los demás haga ventaja.
Mas mientras la desgracia nutre a unos,
a otros lo hace la dicha; y aun hay tristes
a quienes dura suerte ha hecho esclavos.

592

¿Qué deleite halla el hombre en su fortuna,
si imprudentes consejos le destrozan
todo el caudal en que su dicha estriba?
Pues con maldad astuta las desgracias
traen a todas horas rudos cambios
en lo inestable del vivir humano.

593

No se debe mirar como portento
la ventura del hombre, pues la vida
no le dura más tiempo que sus hojas
al grácil chopo. Viva, pues, al día
gozando cuanto alcance, ya que siempre
el mañana le llega imprevisible.

594. adorno brillante — 595. la voz del bordado

●

TRIPTÓLEMO

596

(Arrastraban el carro) dos dragones
(que) ceñían el eje con sus roscas.

---

[1] Palabras finales de la tragedia.

597

(conserva) en las tablillas de tu mente
(grabadas) mis palabras...

598

Y desde allí tomando a la derecha
te acogerán toda la tierra Enotria,
el (gran) golfo Tirreno y la Liguria.

599

será preciso que de allí de nuevo...

600. (y cantar a Italia feliz por sus blancos trigales) [1]

601. la producción de Hiria.

602

Saludo las fronteras de Cartago...

603. plantaciones de silfio

604

de Yarnabón que hoy manda entre los Getas...

605

Llegó Dais la lozana, entre las diosas
la más antigua...

606

ni el infeliz banquete (reducido)
a pescado en salmuera...

607. gavillas — 608. tallo de mijo — 609. pan de arroz

610

ese turbio brebaje de cebada,
(bebida) para puercos...

[1] Este verso sólo se ha conservado traducido al latín por Plinio (N. H. 18, 65).

611

En la mesa no debe presentarse
una copa sin base.

612. sentir rectamente — 613. insensato — 614. úlceras — 615. Hogar — 616. auriga — 617. Griega

•

TROILO

618

Novia de mal agüero fue la suya,
Tetis, sin voz humana y polimorfa,
con la que tuvo que luchar un día.[1]

619

A mi amo yo perdí siendo muy joven

620

la reina
los testes me cortó con un cuchillo.

621

vamos por agua al manantial que corre...

622

con mantos que llegaban hasta el suelo...

623

(sitios) llenos de miembros mutilados...

624

bañados en aceite los cabellos...

[1] Se refiere a Peleo que hubo de luchar con Tetis antes de unirse a ella. A lo mismo se refiere el fragmento 150.

625. segará para sí — 626. sin carcaj — 627. desobediente — 628. daños — 629. amable — 630. armas defensivas — 631. ¡Ay! — 632. (grito) de dolor — 633. tarda — 634. bienhechores del rey — 635. (gusano) que devora el cuero de los escudos

•

LAS TIMPANISTAS

636

¡Vaya, vaya! ¿qué gusto hay comparable
al de verse ya en tierra, y bajo techo
escuchar entre sueños suavemente
cómo afuera la lluvia cae recia?

637

nosotras en las cuevas que hay cercanas
al cabo Sarpedón...

638

el Colco y el Caldeo con el Sirio...

639. fuera de su pueblo — 640. se cuenta — 641. flojamente — 642. correspondo — 643. que convive con una serpiente — 644. las flautas — 645. (Fineo se desposó con Idotea del Ida)

•

TINDAREO

646

Nunca debe llamarse venturosa
la suerte de un mortal, mientras su vida
no se alargue hasta el término postrero,
pues en tiempo brevísimo se lleva
el adverso destino en sus repartos
la fortuna y la dicha más cabales,
cuando aprueban los dioses sus mudanzas.

647

Con la vejez la vista se oscurece.

•

TIRO I Y II[1]

648

así criola con su blanca leche...

649. preguntas... todo el color...— viva... terror nocturno... ni uno salga a las puertas... cuerpo... suerte...— dolor... proporciono...— por qué tememos... en muchos que... el rescate impuesto... no pequeño... con palabras... (¿?) por cierto, señora... urgió a que caminase... del portón... oír a ambas... a la que estaba dentro de casa... benévolo y estas (¿?) plañideras... veo... ni con dolor ni... librando de sufrimientos aflictivos... solamente... y los malos... tanto... aun suponiendo que debiese morir primero... a él que lo lleva bien... del no vacío — gratifica...

un miedo a ella y un terror nocturno...

pasos errantes... en esto participa... hermoso vado en el Alfeo... porque... pero de los males... mas, hijo mío...

yo he sabido llevarlos suavemente

malas tú... (de) excesivos lamentos... apremia...

ruego al padre (que venga) a socorrerme...

señor del ponto y a la madre... hijos si es que... falta que tú... harapo... nueva hacia...

650. enfermedad enviada del cielo — 651. objeto de odio — 652. con frutos excesivos —

653

Tu presente desgracia no publiques:
mejor es que la llores en silencio.

654

¿Cuál es el ave
que posa en sitio de tan mal agüero?

655. pastor — 656. (ritmo de Anacreonte) — 657. (Tiro expuso a sus hijos en una canasta).

---

[1] Lo que de una de las dos tragedias "Tiro" se ha hallado en trozos de papiro está demasiado destrozado para rendir sentido.

658

Amiga es de pendencias, como suele
quien usa espada, cuyo nombre lleva...[1]

659

Por mis cabellos lloro, cual la yegua
que arrastran los gañanes al establo
y allí, con mano incompasiva siegan
la rubia crin que de su cuello pende,
y echada luego a la pradera, mira
reflejada en el río su figura
deshonrada por rústico esquileo.
Ah, ni el hombre más duro le negara
su compasión al verla que se alebra
de vergüenza y dolor enloquecida
por las preciosas crines que ha perdido.

660

Por entre los manjares y las copas
a la mesa subieron (las serpientes).

661

La ira adormecida deja al hombre
ver mucho en sus desgracias.

662

Hasta que no hayas visto cómo acaban
las cosas, no te jactes.

663

Causan enfermedad las largas penas.

664

La experiencia y la edad lo enseñan todo.

665

No hay criminal por yerro involuntario.

---

[1] La madrastra de Tiro se llamaba Sidero, que significa "hierro", "espada".

666

Dieta de mil variados alimentos
dimos a nuestros huéspedes...

667

Entre la multitud innumerable,
no siempre de los nobles nace el noble,
como tampoco el vil, de los plebeyos.
En esto nada hay cierto entre mortales.

668. Dioniso que come toros — 669. aguanté

•

YBRIS (drama satírico)

670

Todo falta al Olvido. Es sordomudo.

671

con ganas de comerse el marranillo...

•

LAS HIDRÓFORAS

672

montando
con firme planta un carro de Segesta...

673. Anfitrita la de las muchas hermanas — 674. Bacante

•

LOS FEACIOS

675. condimentos de la comida — 676. mostrar

FEDRA

677

No es justo que se goce un alma noble
en cosa que resulte innoble gusto.

678

La rechazó con ademán asqueado.[1]

679

Perdón, y consentid en que se calle:
pues debe la mujer echar un velo
a lo que afrenta a las demás mujeres...

680

Mujeres, nadie escapa a esas vergüenzas
si Zeus se las ha puesto en su destino,
y mal que manda el cielo hay que aguantarlo.[2]

681

¿Existirá algún hombre que de veras
sea en todo feliz? Ninguno nunca
lo pudo descubrir, no, ni uno solo.

682

¿Qué mal mayor puede caber a un hombre
que su mujer, si es mala? Y al contrario
¿qué bien mayor que su mujer, si es buena?
Cada cual lo dirá según le ha ido.

683

No tendrán las ciudades paz segura
si en ellas se conculcan la justicia,
el juicio y la virtud, y un hombre gárrulo
la pretende regir y alza en sus manos
el aguijón que incita a todo crimen.

---

[1] Hipólito a Fedra.
[2] En este fragmento y el anterior trata Fedra de excusar su pasión criminal.

684

No sólo entre los hombres y mujeres
cunde el amor. El ánimo trastorna
de los dioses también allá en la altura,
y por sobre las aguas se desliza.
¿Resistirle? Ni Zeus omnipotente:
cede él también y ríndese gustoso.

685

Antes para la madre son sus hijos
el ancla de su vida...

686

¿Conque vives? ¿no has muerto? ¿no te fuiste?
—No, que antes de la hora del destino
no pudo violentarme la fortuna.[1]

687

la cola meneaba, y las orejas
dejó caer...[2]

688. voces de tempestad — 689. sacrificio expiatorio — 690. sinceros — 691. traidoramente — 692. sin cuidado — 693 corta (de entendimiento)

•

LAS PTIÓTIDAS

694

Eres joven aún; de muchas cosas
te tienes que enterar, oyendo mucho
y ensanchando tu campo de noticias.

695

Viejo y todo, contigo, (noble) anciano
yo haré de pedagogo que te cuide.

---

[1] Es Teseo quien responde aludiendo a su bajada al infierno con Pirítoo. A ésta se refiere también el fragmento siguiente.

[2] el can Cerbero.

696

juicio por parricidio fue la causa
en que se vio enredado...

•

FILOCTETES EN TROYA

697

porque mi hedor no os cause pesadumbre...

698

Cura postrera
de las enfermedades es la muerte.

699

lanzando agudos gritos discordantes...

700. el caduceo

701

Como vara de heraldo, Hermes la suya
entrelazada lleva con dos sierpes.

702 pestillo de roble — 703. dar por feliz

•

FINEO

704. (fue mutilado en los ojos Fineo por haber cegado a los hijos de Cleopatra, persuadido por las calumnias de Idea) — 705. (fue mutilado Fineo por haber acabado con sus propios hijos) — 706. con manos rapaces

707

ni las aguas del Bósforo en Escitia...

708. barreno no (hecho) de metal — 709. con condimentos

710

En vez de su ceguera recibieron
nueva vista y pupilas brilladoras,
por la gracia benévola de Asclepio,
(divino) curador.

711

Sus párpados quedaron tan cerrados
cual las puertas sin sol (del negro Hades).

712

un muerto parecía, embalsamado
(como momia) de Egipto...

713. volvieron las espaldas — 714. que bajan en calada — 715. fluxión (en el ojo) — 716. langostas — 717. compañero de habitación

•

FÉNIX

718

espinos siempre verdes esa tierra
cubren por todas partes...

719. emboscada — 720. prostituta

•

FRIXO

721

...límites de la senda
de este paraje a la ciudad vecino... (?)

722

ululaban, aullando como perros...

723. sencilla

•

LOS FRIGIOS

724

Suele Ares a los nobles y valientes,
hijo mío, segar. Los que de boca
su valor muestran y huyen del peligro
libres se ven de todo mal, pues Ares
no recoge sus flores entre viles.

725

¿Cuándo os vais a callar y poner término
a los himnos nupciales de estas bodas?

•

CRISES (drama satírico ?)

726

Oh diosa del Hogar, que recibiste
la libación primera, ¿escuchas esto?

727

de arriba abajo demolido sea
con la zapa de Zeus...

728

siendo él quien es, ¿en estas carnes mías
había de mandar?

729

¿pelos de barba?
¡si apenas el primero estoy echando!

730. hogar para sacrificio.

•

FRAGMENTOS DE DRAMAS NO IDENTIFICADOS

731. engañar (el higo aparentemente maduro) — 732. inacabable

733

Hombre a quien le va mal no tiene amigos.

734

los sagrados pasteles (que se sirven)
en las cenas de Hécate...

735

Beber forzado es cosa tan molesta
como padecer sed.

736. ojos que no rompen (en lágrimas)

737

Odio a quien anda en torno curioseando
los ocultos secretos...

738

Y hoy reverencian todos al que hizo
que su curso ordinario el sol cambiara.[1]

739

¿Y quién podrá impedirme que yo muera
entero en mi justicia?

740. raza inmortal — 741. inmortal dolor —

742

(hacer cosas ilícitas e impías)

743

de arriba ha de alcanzarle una venganza
que la sangre le beba....

[1] Zeus, para favorecer con un portento a Atreo, que contendía con su hermano Tiestes por la soberanía de Micenas.

744. cuerpo no dominado

745

pues acaloramientos que se ocultan
en casa, no hay razón por qué a las puertas
se deban escuchar...

746

Hago excepción del hecho involuntario...

747

el murciélago hostil a las miradas...

748

(oráculo de muertos evocados
junto al lago sin aves del Tirreno)

749. habiendo roto los anillos — 750. ¡ay de mí, he sido apresada!

751

Ante los dioses de la playa hicieron
sacrificios de añales corderillos.

752

¡Que de mí te apiadaras, tú a quien llaman,
oh Sol, los sabios: "padre de los dioses
y padre universal"!

753

Pesado, sí, pesado, bien pesado
es este compatriota, oh extranjeros...

754

Alma Deméter, que a los hombres brindas
las fuentes del placer apetecido...

755

Jamás pudo él probar mi bastardía:
para ambos uno mismo es quien de padre

lleva el nombre, y es Zeus, el señor mío,
que no ningún mortal.[1]

756

del cuello le agarré mientras yacía...

757

Oh lengua mía, tanto tiempo muda,
¿tendrás valor para contarlo todo?
¡Cruel Necesidad!... nada como ella
para allanar secretos de los grandes...

758

Remedio del dolor es la bebida...

759. nogales y fresnos

760

¡Ánimo! que he de serte gran defensa
en este trance de terror...

761

Se pusieron a alzar los marineros
el ancla del navío...

762

Estrépito armonioso levantaba
el raudo coro de los mudos peces
a su ama saludando con las colas.[2]

763

Más agrada a un sediento un vaso de agua
que mil alardes de sabiduría.

764

¡Maldígante los dioses,
tú que así, copa en mano, armas la fiesta!

[1] Se trata en este fragmento de Heracles e Íficles.
[2] Se refiere a Tetis, cuando salió a tierra para sus bodas con Peleo.

765

el sagrado bajel, amor (de Apolo)

766

No danzan en el pecho alegremente
las hijas del terror.

767

con el agudo grito del milano
que en calada se lanza hacia su presa...

768

Ya no en flautas menudas va tocando,
sino en las de hondo soplo y sin boquilla.

769

Te haces notar por trajes femeniles.

770

Y qué dios es aquel a cuyas manos
irás a dar un día, que no entiende
de equidad ni de gracia, y sólo gusta
de la justicia estricta...

771

Lo que sé de este dios es que usa siempre
oráculos que al sabio son enigmas,
y que al necio parecen de un maestro
que dice cosas llanas sin rodeos.

772

El cuerno de beber halleme entonces
para la danza loca de los sátiros...

773

De Tebas me hablas, la de siete puertas,
la única ciudad donde se han visto
madres mortales engendrar a dioses.[1]

---

[1] A saber Sémele, madre de Dioniso, y Alcmena, madre de Heracles, ambas por Zeus.

774

Mas yo con ojos que cerrados miran
en vela estoy, y más soy yo su guarda,
que no ellos los que a mí me tienen preso.

775

Noble señor, portero de estas verjas.

776

De la vaca de Lemnos en los lomos
tiende su sombra el Atos...

777

Tapado con los míseros andrajos
de un manto de Tesalia...

778

Pretenden sacar miel cuando no hallaron
sino un nido de avispas...

779

Entre mis manos
teniendo estoy a la furiosa ménade...

780

¡Qué tal verdugo nuestro el que se ha ido!

781

Entre los pies se corre la pelota...

782. Arma lanzada

783

todo el poso del vino salta fuera
de la ancha jarra...

784. instrucciones para el heraldo — 785. con muerte miserable.

786

No perduran los frívolos desmanes
hasta el asiento de la edad madura:
cosa de juventud, con ella pasan.

787

dispuesto estoy para amasar el barro...

788

Hacia su madre vino y hacia el padre
que le engendró a la vida...

789

No necesitan lámparas los ojos
que velan en el lecho...

790

Quien sienta todavía los pies vivos
no tema irse tan pronto para el Hades...

791. el ave canta claro — 792. antílope del país

793

Aparezcan las madres con sus crías,
y cabras que amamantan a sus pechos
los tiernos cabritillos...

794

Son los consejos tuyos anticuados...

795

El me esposa por mano de Molosos...

796

No sacudir de la medida justa,
ni colmarla por cima de los bordes...

797

Ni la azuela ni el corte de la sierra...

798

Ni hay por cierto medida en su locura...

799

No te voy a decir ningún agravio,
ni que estás desterrado de tu patria,
ni que Tideo, al derramar en Argos
la sangre de uno de su raza propia,
quedose allí domiciliado, y cómo
aquel festín horrible hizo ante Tebas
con los sesos regados del Astácida...[1]

800

de lejos le atrajiste, como al hierro
la piedra imán...

801

la pasión que nos entra por los ojos...

802

aguijones que sirven para golpes...

803. como Sirio, el can (de Orión)

804

los solemnes misterios de tu virgen...

805. (Sófocles puso en escena a Bóreas)

806

Este rico botín que hemos cogido
con tanta suerte, a casa llevaremos...

807

Preferible es pasar por cualquier daño
que conseguir una ganancia injusta.

---

[1] Desahogo de Ulises contra Diomedes, hijo de Tideo.

808

Lo que Naturaleza ha dado al hombre
con nada nunca lograrás quitárselo.

809. (Sófocles compuso un himno a la Fortuna) — 810. (Heracles presa de locura)

811

Escribo yo en el agua el juramento
que me haga una mujer...

812

con estacas del cerco de la casa...

813. capitanes invencibles — 814. el asador por donde quema

815

Calla y oye quién grita así en la casa...

816. el insidioso amor

817

Oigo que salpicada fue de sangre
la estatua ante el altar...

818

pensar agudo, ejecutar con brío...

819

porque nunca te irás así en silencio...

820. como barro de tiro — 821. tronco mondado de ramas — 822. calentarse la cabeza

823

prende con troncos verdes el brasero...

824. fue despertado del sueño — 825. tierra no desmontada

826

¡Tú nos lo diste, oh diosa Anesidora![1]

827

Ya no me lo dirás con verbo de hombre...[2]

828

Y yo dándome prisa a responderle...

829

vase sin ser pagado el extranjero...

830. (trébol venenoso)

831

Cualquier trabajo que con bien se inicia
da esperanza de un término dichoso

832

la garganta del Hades, la marea
del hondo abismo...

833

Gustosa es la ganancia, aunque proceda
de engaños mentirosos...

834

No dan fruto palabras de mentira,

835

Puede ganar honores hasta el pobre.

836

No desmerece el pobre, si es sabido.

[1] Deméter.
[2] Probablemente amenaza de Circe a Ulises.

837

Oh tres veces dichosos los que han visto
esos misterios antes de ir al Hades,
pues es lo cierto que ellos, y ellos solos,
se ven allá gozar de dulce vida,
y para los demás todo es miseria.[1]

838

Ciego es Ares, mujeres, nada mira;
salvaje jabalí, con el hocico
lo va arrasando todo...

839

No bastan a encubrir lindas palabras
lo malo de las obras.

840

como el peso del plomo hunde las redes...

841

mas en quien ha clavado su mordisco
el amor de los niños...

842

donde son las pasiones más violentas...

843

Lo que puedo aprender, aprendo; busco
lo que buscarse puede; y a los dioses
aquello pido que pedirse debe.

844

Salid, pues, al camino el pueblo todo
de artesanos que honráis con canastillos
a Ergane, hija de Zeus, de ojos terribles,
y que a golpe de maza sobre el yunque...[2]

[1] Elogio de los misterios de Eleusis.
[2] Ergane, nombre de la diosa Atena.

845

Porque un mortal ha muerto, tú suspiras,
y no sabes siquiera si el futuro
le guardaba algún bien...

846

Verás, ay infeliz, que no es ornato,
sino desorden y falaz locura...

847

la fértil Citerea...

848

cual potro bien comido, de la rienda
te quieres sacudir: vientre y carrillos
así tienes de llenos...

849

no está a gusto la lira con los llantos...

850

cosas que vienen de los dioses mueren,
los dioses, no.

851

mi gallo le llevaba a la molienda...

852

mi casa han asaltado sólo el llanto
funeral y una musa plañidera...

853

Quien urgue intimidades de los hombres
muchas bajezas hallará...

854

Amargo es el remedio con que purgan
lo amargo de la bilis...

855

No me voy contra ti: malo es lo que hablas,
pero buenas, en cambio son tus obras...

856

Que tengan igual fin no se concibe
carrera atropellada y buen consejo.

857

Me ganaste con ruegos, con halagos...

858

El son de las palabras entra lento
por los oídos que la cera embota.
Miran siempre a distancia, pues de cerca
quedan del todo ciegos....[1]

859

Siempre a caballo y siempre con sus arcos,
y al trabarse en la lucha se presentan
con escudos cargados de sonajas...

860

Lo que antes nunca fue tuvo algún día
que hacer su aparición por vez primera.

861

Ante las dos Sirenas presenteme,
hijas de Forco, que a la par emiten
sus fatales oráculos.

862

y en el ritmo danzad de Coribantes...

863

Amigos tales, quien los pierde goza
y perderlos ansía quien los tiene.

[1] Se refiere el fragmento a la sordera y presbicia de los ancianos.

864

Cual metal bien nacido brilla el bronce
con el uso, y en cambio la vivienda
que se deja desierta al fin se arruina.

865

La pasión tentadora tiene un rostro
que es bien para temer...

866

el doméstico ganso y la paloma
que en torno del hogar en casa vive....

867

Pues aun las opiniones más diversas
se avienen fácilmente si ambas partes
concurren en un mismo punto medio.

868

cual cardo viejo que encumbrarse mira
su pelusa de un soplo...

869

Obra es ésta que pide mucho freno
y gran cuidado en el timón...

870

Pronto la tentación se abre camino...

871

Mas siempre mi destino da las vueltas
y va cambiando con el raudo giro
de la rueda del dios: como la luna
cuyo rostro no puede ser el mismo
en dos noches seguidas; de las sombras
surge primero nueva y poco a poco
su figura embellece y redondea,
mas cuando más espléndida fulgura,
nuevamente decae y en la nada
acaba por perderse....

872

Joven aún, Hermiona viste túnica
sin ceñidor, que el muslo deja al aire.

873

Quien va a la corte del tirano, esclavo
se hace de él, aunque al ir fuese hombre libre.

874

¿Qué espíritu de gracia y de belleza
habrá dispuesto, oh dioses, tal conjunto?

875

miedo que eriza el pelo como cuernos...

876. burra cebada — 877. manto no tejido

878

con chasquido de labios (a los potros)
alienta la cochera...

879

zumbido cual de enjambre el de los muertos
al subir a la altura...

880

Alfesibea, a quien su propio padre...

881

Me parecieron ambos continentes
juntos venirse a mí...

882. (que el flujo de la nieve derretida desemboca en el Nilo)

883

¡oh ciudad escarpada!...

884

Sobre el cetro de Zeus yérguese el águila,
fiel ministro del dios.[1]

[1] A la letra: perro o lebrel del dios.

885

Para morder adulas, perra falsa
que atacas a traición...

886. (espuma en torno de la boca)

887

Dele Zeus una vuelta triunfadora
y término al dolor de los Atridas...

888. junto a las rocas de Elimnia

889

ni otro fruto maduro antes de tiempo...

890

con los zumbidos de la lanzadera
que hacen saltar del lecho a los que duermen...

891. (Pinta Sófocles los resplandores desparramados en la llanura por los iniciados)

892

muertos tiene a los hijos que engendrara...[1]

893

Silencio he pregonado yo ante todo...

894

La ira del anciano es filo blando:
pronto se aguza, mas se embota pronto.

895

Sin falla nunca
dan los dados de Zeus buena jugada.

896

Así pues, por igual eras prudente
en palabras y en obras...

---

[1] Tiestes.

897

Si has comido laurel, muerde tus labios...

898

Como lo ves, tras él estoy saliendo...

899. (Creta la de noventa ciudades)

900

Quien no sufrió mi mal no me aconseje...

901. (la cabeza de Hermes)

902

porque al fin de contento desarrugue
la frente Zeus...

903

Que estéis de acuerdo ya, no lo he sabido...

904

Iremos más a gusto acompañados
de estos pocos jinetes escogidos
que con la tropa entera...

905

Yo que al andar por la marina playa
la fui dejando limpia de sus monstruos...[1]

906

Quédate para ver a mi gran sabio (?)

907

¿Tendrá, pues, Zeus su asiento entre los dioses
en último lugar?...

[1] Teseo.

908

Yo lo he de libertar, aunque me cargue
con un mal de los tres...[1]

909

Cual tratante fenicio en compra y venta
trapicheas sidonias mercancías.

910

Es de tal condición la mente humana
que cría juntos el dolor y el gozo,
y le saltan las lágrimas al tiempo
en que sus dichas máximas consigue.

911

¡Salve, oh tierra de Feras, agua hermana
de la fuente Hiperea, manantiales
queridos de los dioses, yo os saludo!

912

No enredes eso, como hablando eolio...

913

El Laertida, ese viviente enredo...

914

navegando hacia Ea...

915

Hay una tierra de Ea, que es dominio
de solos los Tesalios

916

llamado Anactoreo por el nombre
que ha dado a aquella tierra...

[1] Los tres males proverbiales eran, según unos: el puñal, la horca y el precipicio; según otros: el puñal, la horca y el veneno.

917

¿Qué esperáis, Artazanos y Percosios?...

918

A todo al fin el Tiempo arranca el velo
y saca a plena luz...

919

De las cosas divinas nunca nada
sabrás, si está en los dioses encubrirlas,
aunque lo arriesgues todo por lograrlo.

920

Para el hombre que olvida en nada quedan
amor y gratitud...

921

Para acabar a un sabio sobran necios...

922

Todo hombre noble ayuda al desgraciado.
- Mas la recta prudencia es diosa grande...

923

Sordo se vuelve el hombre en la desgracia,
y más: ni ve lo que sus ojos miran.

924

¡Qué mal tan invencible es la ignorancia!

925

Necedad y maldad son dos hermanas,
las más conjuntas que hay...

926

¡Nunca alegrarse en goces vergonzosos!

927

No ayuda la Fortuna a los cobardes.

928

No sirve la modestia en la desgracia,
pues su silencio abona al que la acusa.

929

¿Qué estás allí alabando? El vinolento
nunca es capaz de dominar la ira;
fáltale el juicio, y tras haber soltado
la lengua como quiso, tendrá luego
que oír en cambio lo que no quisiera.

930

Por fuerza ha de callarse el que se ha visto
cogido con el hurto entre las manos:
¿de qué puede servirle su hábil lengua?

931

Fuerza grande en verdad es la del justo
que de su rectitud tiene conciencia.

932

En el dolor terrible de los partos
la mujer hasta jura que ha de huirlo;
y al verse libre de él, se entrega presa
entre las mismas redes, dominada
del aguijón de la pasión presente.

933

No hay juramento que al ladrón contenga.

934

Quien vive en buena dicha, quede en casa.

935

Nada oculto me cuentes, que a la lengua
nadie ha puesto jamás tan firme valla
que por ella no pasen los secretos.

936

Aquella no es ciudad de hombres con juicio
donde pueden los hijos a sus padres.

937

Bueno es seguir las leyes de la tierra.

938

Quien yergue su ambición a un fin excelso
de prendas no pequeñas necesita,
pues no da leve lucha gloria grande.

939

Más que fuerza de manos es el juicio.

940

Esclavo el cuerpo, pero libre el alma.

941

Hijos míos, Ciprina no es Ciprina
tan sólo, es diosa de infinitos nombres:
es Muerte, y es Poder indestructible,
rabioso Frenesí, Pasión ardiente
que se desboca, lamentable Duelo.
En ella está todo lo más activo,
lo más calmado, el ímpetu más fiero.
Infíltrase en el ser de cuantos tienen
en sí soplo de vida: ¿quién no queda
rendido ante esta diosa? Se abre paso
en la tribu de peces nadadores;
por la tierra, entre todos los cuadrúpedos,
y tiene entre las aves sus revuelos;
los tiene entre las bestias y los hombres,
y entre los mismos dioses de la altura.
¿A cuál no ha derrocado hasta tres veces?
De poderlo decir —y, sí, lo puedo,
pues tal es la verdad— sin hierro o lanza
en el pecho de Zeus se enseñorea;
y así es Amor el que los planes todos
trastorna de los hombres y los dioses.

942

Entre los hombres ¿quién ha visto nunca
felicidad perfecta en una casa,
por vistoso que fuese su regalo,
si en su seno faltó la mujer buena?

943

Desdichada cual huérfano la casa
en que una hembra viril manda como hombre...

944

Fundidas la impiedad y la indigencia,
son el descuaje y ruina de la vida.

945

¡Ay cuán desventurados los mortales,
que nada somos sino sombras hueras,
inútil peso que la tierra mira
vagar de un lado a otro!...

946

Vivir libre de males nadie puede
sino sólo los dioses.

947

Al jugador habilidoso importa
de lleno aprovechar lo que le cae
y arreglarse, sin quejas por su suerte.

948

Muchos son los mortales que la vida
sustentan de esperanzas...

949

En la extrema vejez, todos los males:
ido el juicio, las obras sin provecho
y mil cuidados y ansias infundadas...

950

No llega la vejez para los hombres
que con sabiduría se nutrieron
antes de que la edad los abrumara:
la ganancia mayor es prevenirse.

951

El mortal que se aterra en demasía
por la muerte, es un loco. Es eso cosa

que le toca a la suerte. Y cuando llegue
la hora de morir, nadie se libra,
ni pudiendo acogerse a las moradas
del mismo Zeus...

952

Quien, sumido en desgracias, por la vida
suspira todavía, o es cobarde
o da muestras de un ánimo insensible.

953

Muerto él, morir ansío... —No des prisa:
ya llegarás al término de tu hado.

954

Todo lo empaña el tiempo y da al olvido.

955

Siempre el poder de la verdad es grande.

956

Sobre el mar, a los últimos confines
del mundo, hasta las fuentes de la noche,
hasta el espacio en que los cielos se abren
y el jardín antiquísimo de Febo...

957

¡Oh, por los dioses de Argos y de Esparta,
por los Lapersas, por el río Eurotas,
tercero a quien invoco!...

958

Se abrió el suelo de Tebas y sumiole,
todo en un punto, el carro y la cuadriga.[1]

959

de donde vieron Nisa la famosa,
cruzada de Bacantes, la que Yacco,

[1] A Anfiarao.

dios con cuernos de toro, más frecuenta
con tanto gusto, como a tierra madre,
y donde no hay un ave que no trine...

960

De extrañar es que el arco se le escape.

961

No hay mortal que de un salto el golpe esquive
que le aseste algún dios...

962

¿Hiciste grandes crímenes? Pues debes
sufrir grandes castigos.

963

afeminados viles, bien hablados...

964

Eso es don de algún dios, y nunca, hijo,
se ha de esquivar lo que nos dan los dioses...

965

Bien me llaman Ulises por mis males:
tantos son los que hostiles me han odiado.

966

El que en ritmo beocio entona el canto
va primero despacio y luego aprisa.

967. no comido — 968. te engríes — 969. rompientes — 970. soltero — 971. objetos de culto — 972. no vencido por la edad — 973. se retiraba — 974. trailla — 975. dirección de los juegos — 976. glotona — 977. con manos injustas — 978. que no debe segarse — 979. madurar — 980. jadear — 981. Acecia (nombre de la diosa Deméter) — 982. de un modo no admirable — 983. Aiantia (tierra de los Nabateos) — 984. desgarrar — 985. sin ley — 986. gato — 987. derramar la sangre — 988. indomeñable — 989. desventura — 990. acción de acompañar y atender — 991. ansiando oír — 992. pico del fuelle — 993. me guardaré — 994. Aliba — 995. muelen — 996. defiendo valerosamente — 997. os cambiéis — 998. habitantes de Alus — 999. error — 1000. aborto — 1001. oscuro — 1002.

con diademas — 1003. que defiende de los enemigos — 1004. resguardarse — 1005. no manchado — 1006. asados sobre un hierro — 1007. galopa — 1008. vuelto a llamar — 1009. habitante de Anactoria — 1010. Anaxidora (nombre de la diosa Deméter) — 1011. ladrón de esclavos — 1012. negando — 1013. haciendo revivir — 1014. sin enfermedad — 1015. más torpe — 1016. sin bodas — 1017. todos juntos — 1018. fraude — 1019. cosas delicadas — 1020. inhumano — 1021. desnudar — 1022. de forma desusada — 1023. te pondré en evidencia — 1024. matador de Argos — 1025. matador — 1026. que se aísla del rebaño — 1027. con un tubo de enganche — 1028. a mí mismo — 1029. un mero niño — 1030. no techado — 1031. tienda de pieles — 1032. ungüento — 1033. piedra de toque — 1034. malicioso — 1035. montículos — 1036. el río Genes — 1037. inseguras — 1038. conocedor — 1039. revolver los ojos — 1040. ama — 1041. desterrado — 1042. estaban indignados en contra — 1043. tapa — 1044. agorero (epíteto de Apolo) — 1045. de seis codos — 1046. cosa que recubre — 1047. hacer de juez en los juegos — 1048. de mala reputación — 1049. habilidad agorera — 1050. buena suerte — 1051. medio malo — 1052. remero de la fila inferior — 1053. femenina — 1054. de hembra — 1055. fue perturbado — 1056. experimentada — 1057. mozos de caballos — 1058. he matado — 1059. malo — 1060. Cerberiano (por Cinmeriano) — 1061. espada corta — 1062. silbar — 1063. ahuecar la voz — 1064. resina aromática — 1065. cambista — 1066. la ciudad de Magnesia — 1067. carbonero — 1068. novio — 1069. ganado — 1070. tener una polución — 1071. la que engendró — 1072. mudo — 1073. lana cardada — 1074. el participante — 1075. irritándose — 1076. bebidos de un trago — 1077. con espíritu erguido — 1078. el miembro viril — 1079. ventaja — 1080 calzado — 1081. juego de damas — 1082. menear la cola — 1083. timón — 1084. abanico — 1085. cobarde — 1086. fácil — 1087. (Griegos) — 1088. cresta de la montaña — 1089. los Ritos (dos arroyos de Eleusis) — 1090. juez — 1091. estremecimiento — 1092. armadura — 1093. chimenea — 1094. sarcillo — 1095. los Escombros — 1096. crujir (por la estrechez) — 1097. habiéndose abierto paso — 1098. con voz clara — 1099. de pelo ensortijado — 1100. la ciudad de Tegea — 1101. hasta que — 1102. copos ya hilados — 1103. vientos tornadizos — 1104. Tifón — 1105. traicionero (el caballo de Troya) — 1106. vanagloriarse — 1107. brillante — 1108. arruga — 1109. tienda del tintorero — 1110. la Ftiótida — 1111. fuerte como varón — 1112. manto de invierno — 1113. ganapán — 1114. quebrado el color — 1115. polvillo — 1116. que profiere oráculos.

•

FRAGMENTOS DUDOSOS O ERRÓNEAMENTE ATRIBUIDOS A SÓFOCLES

1117. no domado — 1118. apegado a la vida — 1119. descendencia justa (por auténtica)

1120

Ya el culto terminó que al dios debíamos;
pronto a la escuela, niños, donde sabios
nos enseñen la música; que es bueno

adquirir cada día ciencia nueva,
mientras podamos mejorar. Lo malo,
sin aprender lo sabe hacer el niño:
se lo enseña a sí mismo sin trabajo;
lo bueno, aunque un maestro le aconseje,
no le queda, y lo aprende a duras penas.
Manos a la obra, que evitar debemos
aparecer por hijos malcriados
de un padre que anda ausente de la casa.

1121

vigilando a los que hablan, con las cejas
arqueadas y erizadas las espinas...

1122

Yo hago de cocinero, y se lo arreglo
todo a punto y sabor.

1123

maldiciones lanzar a los Aqueos...

1124

anda, toma el anzuelo...

1125

Poblada fue Butea en el paraje
por donde al mar el Drilo desemboca.

1126

Uno en verdad es Dios, es uno solo:
él hizo el cielo y la anchurosa tierra,
el azulado mar de hinchadas olas
y los arrebatados huracanes.
Pero los hombres —corazones ciegos
que erramos el camino— hemos labrado,
pensando consolar nuestros pesares,
imágenes de dioses, piedra y bronce,
y oro y marfil; y haciendo a honra suya
sacrificios y vanas asambleas,
juzgamos por piadosas nuestras vidas...

1127

Con la madre de este hombre [1] Zeus no quiso
entrarse simulando lluvia de oro [2]
ni con plumas de cisne disfrazado,
como al dejar encinta la doncella
vástago de Pleurón.[3] En forma de hombre,
y hombre completo, se lanzó el adúltero
por las gradas del cuarto de la novia;
sin comer, sin lavarse, carcomido
del deseo, arrojose sobre el lecho
y cebó su pasión la noche entera.

1128

En el curso del tiempo vendrá el día
en que el éter dorado expanda suelta
su inmensurable provisión de fuego.
La llamarada que en su seno ardiente
se cebaba, con furia todo entonces
abrasará en la tierra y en el cielo.
Y cuando haya colmado su violencia,
nada habrá del abismo de los mares,
la tierra habrá perdido sus cimientos,
en el aire hecho hoguera ya las aves
no encontrarán sostén. Mas luego el éter
todas las ruinas volverá a la vida.

1129

Ni los dioses escogen lo que quieren,
salvo Zeus; porque él sí tiene en su mano
el principio y el fin.

---

[1] Alcmena, madre de Heracles, por Zeus.
[2] Como lo hizo con Dánae.
[3] Leda.

INDICE

Acabóse de imprimir el día 30 de enero de 1960, en los Talleres de la Editorial Jus, S. A. Plaza de Abasolo número 14, Colonia Guerrero. México 3, D. F. El tiro fue de 5,000 ejemplares en Olmeca y 200, numerados, en Córsican.